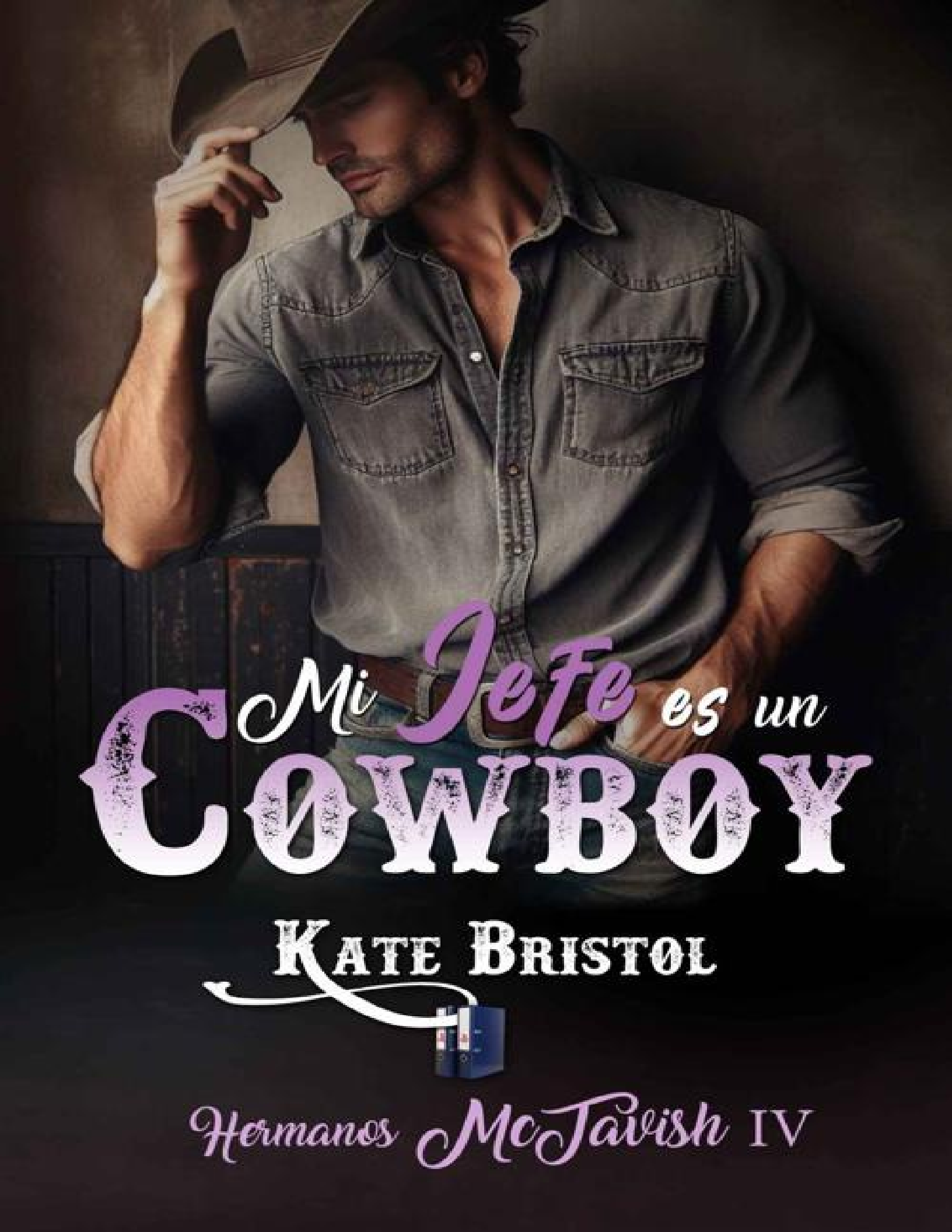

Mi Jefe es un
COWBOY
Kate Bristol
Hermanos McTavish IV

# Mi Jefe es un COWBOY

Kate Bristol



Hermanos McTavish IV

**Primera edición en formato digital:** febrero 2024
**Título Original:** Mi Jefe es un Cowboy
© **Kate Bristol**, 2024

*Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.*

*Dedicado a mis Brillis*

# ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo
¿Aún no conoces al resto de mis cowboys?
Mi salvaje Cowboy: Una novela de Taylor Salas
Un falso matrimonio con un cowboy
SAGA HERMANOS MCTAVISH
Grupo Brilli-brilli de la Juani en Facebook

# Capítulo 1

—¡Jane! ¡Ojo por ojo! —Jane sabía perfectamente lo que su amiga Mónica, al teléfono, quería decir—. A ti tu jefe, siempre te pareció atractivo. ¡Tíratelo!

*Dios del cielo, de verdad que Mónica no tiene filtro.* Pensó, mientras caminaba sobre sus zapatos de tacón negro, rumbo a la oficina. Ese día Red regresaba del rancho de su familia para una reunión muy importante y por eso Jane se había levantado dos horas antes para dejar todo el papeleo preparado. Puede que su mejor amiga tuviera razón. Si George, su marido, le ponía los cuernos y no sólo en una ocasión sino de forma reiterada, ¿por qué no podría ella acostarse con quien quisiera? Y, ¿quién mejor que Red para…? Tragó saliva al pensar en él y en esa posibilidad. Sin poder evitarlo, se puso colorada.

*No, Jane, es una pésima idea.*

—En serio —dijo, acelerando el paso de forma inconsciente, pues se había puesto nerviosa solo de pensarlo—, debes dejar de hablar de Red, como si fuera un trozo de carne —se quejó Jane.

—Pero un trozo de carne, riquísimo —contraatacó Mónica—. Además, lo hago para animarte. No es plato de buen gusto que tu marido te ponga los cuernos por enésima vez.

Tampoco lo era que su amiga se lo recordara cada dos por tres, pero así era Mónica. Odiaba a George por sobre todas las cosas. Entre un chupito de lejía y un café con él, sabía que elegiría la muerte.

—Sería una venganza tan romántica. El imbécil de George siempre tuvo celos de Red. Será porque el cowboy es un hombre y tu ex es una piltrafa.

—Aún no es mi ex.

—Ya, espero que no te estés planteando volver con él —dijo Mónica ahogando un grito —. Eso no te lo perdonaría jamás. Hemos hecho demasiada terapia juntas como para que no te

valores como te mereces. Eres tan jodidamente guapa y sexy…

Así era Mónica, una de cal y otra de arena. Jane la adoraba, aunque a veces sus palabras fueran puñaladas traperas, sobre todo cuando ella sola tomaba decisiones que beneficiaban a todo el mundo menos a ella misma, como el hecho de plantearse volver con su marido George. Una decisión que quizás beneficiaría a los niños, pero no a ella. Porque su cornamenta era tan grande que debía agacharse para cruzar las puertas, ahora solo le faltaba tener que arrodillarse, y eso era exactamente lo que pasaría si seguía con George y eso era exactamente lo que su amiga quería evitar.

—Hablo en serio, ¿no puedes tirártelo? —le suplicó Mónica—. Debes sacarte a tu ex de la cabeza.

No podía negarse a sí misma que había fantaseado con Red desde… siempre. Pero una cosa eran los sueños y otra bien distinta la realidad.

—George siempre va a estar en mi cabeza, recuerda que tenemos tres hijos.

Se escuchó al teléfono un sonido muy poco atractivo, como si su amiga hubiera escupido al suelo.

—Algo que nunca entenderé —refunfuñó—. Créeme, amo a mis sobrinos, pero no entiendo como follando tan poco y siendo tan malo en el catre, te pudo embarazar tres veces.

Jane puso los ojos en blanco, mientras subía las escaleras que daban al edificio de oficinas en Boston. En verdad se habría reído si el asunto no fuera tan triste.

—Créeme, cielo. Yo también me lo pregunto. Seguramente porque era idiota —llegó a la entrada, casi sin aliento—. Tengo que colgar, entro en el edificio.

Mónica se puso a hacer ruido de interferencias.

—*Súper Girl*, entra en el edificio.

—Basta, payasa —se rio de su amiga—. Nos vemos más tarde. Mi hija adolescente, odia a su madre, lo cual quiere decir que para su baile de graduación necesita la ayuda de su tía y estilista: Mónica.

—Por supuesto, todo por mi sobrina. Y no te odia.

—Si tú lo dices…

—Lo digo, pero ¿sabes a quien odio yo?

Jane no contestó enseguida.

—Mónica…

—En serio, a tu ex, con el que me vas a prometer que no volverás, jamás.

Jane hizo todo lo posible por ignorarla.

—En serio, tengo que colgar.

—¡George caca! ¡George malo! ¡Picha corta!

—¡Mónica!

—No te dejes convencer, no vuelvas con Satanás. —Era evidente que su amiga no era la mayor fan de su marido—. Creo que ser cornuda una vez es una putada, dos un drama… pero ¿perdonarle una tercera vez? ¡Chica! ¡Eso es ser gilipollas!

—Lo he pillado.

No obstante, insistió.

—¡Jane! Aléjate de ese *atapuerco*. A su inmensa lista de gilipolleces y maldades, sólo le falta el de haber asaltado el Capitolio con un sombrero de cuernos de bisonte.

—Mónica… —Jane hizo una mueca y abrió la puerta acristalada donde Red McTavish tenía sus oficinas en la planta veinticuatro—. Te dejo.

Colgó sin más mientras sacaba su pase del bolso.

—Buenos días —empezó a decir a Rupert, el jefe de seguridad del edificio de oficinas.

—Buenos días, señorita Summers. —Como siempre ese hombre le dedicó una agradable sonrisa. Medía cerca de dos metros y estaba segura de que podría abrazar a una secuoya sin problemas, pero era encantador—. Ha madrugado.

Jane, prácticamente seguía con la cabeza metida dentro de su bolso. Uno carísimo que Red le había comprado por su cumpleaños, y que llevaba porque no quería que su jefe pensara que no le había gustado. Pero que, por otra parte, le avergonzaba llevar, ya que con lo que costaba podrían alimentarse los habitantes de un país pequeño.

—Mi jefe vuelve hoy y… ¡Aquí está! —Jane alzó la mano victoriosa con el pase en la mano y una radiante sonrisa de felicidad, que intentaba demostrar que no se sentía tan incompetente después de todo.

Y lo cierto es que no lo era, Jane era una *cerebrito*, un hacha en matemáticas y para retener información, la mayoría totalmente inútil como que los únicos ataques de orcas a humanos, hubieran sido por parte de las que estaban en cautividad. Por supuesto, no estaba pensando en ello cuando su tacón se quebró y su tobillo decidió doblarse a causa del peso, nada despreciable de su dueña.

—¡Joder! —La palabra fue pronunciada dos segundos después de que Jane viera alzarse sus piernas sobre su cabeza y caer de espaldas contra el suelo marmolado del edificio de oficinas donde trabajaba.

Se quedó mirando al techo, uno precioso con una lámpara más grande que su primer apartamento.

—Dios… —gimió—, creo que me he roto algo.

—¡Señorita!

—Jane…

Llegaron a sus oídos dos voces de hombre. Por supuesto, la del armario empotrado que era el jefe de seguridad, y la del *cowboy empotrador* que era Red McTavish.

—Oh, chicos. Estoy bien —gimió de nuevo, llevándose una mano a la cabeza para no ver las dos cabezas masculinas que ahora le impedían ver la enorme lámpara.

—No te levantes —la voz de Red, su jefe, sonaba preocupada. Pero cuando lo vio sonreír, ella se tragó un suspiro. Estaba tan guapo con su sobrero vaquero—. Dime donde te duele.

—En mi dignidad —Jane hizo una mueca y los dos hombres se echaron a reír.

—Yo me encargo, Rupert.

El hombre le dedicó una sonrisa a Jane, que no hizo más que avergonzarla.

—Qué suerte que no haya nadie en la oficina todavía —rio, nerviosa, mientras Red la

tomaba de ambas manos para ayudarla a levantarse.

—Estoy yo.

—No me lo recuerdes.

Cuando apoyó el pie derecho, cerró los ojos y apretó los dientes. Red no pudo menos que fijarse en la mueca de dolor.

—¿Todo bien?

Ella asintió apretando los labios. Lo que significaba que nada iba bien.

—Sí.

—¿Por qué será que no te creo? —preguntó, aún cogiéndola de la mano, como si temiera que fuera a caerse.

Tragó saliva.

Red era alto y, cuando lo miró, Jane tuvo que alzar la cabeza para poder ver esos increíbles ojos azules ensombrecidos por el sombrero de ala ancha. Llevaba un traje impecable, de color azul, y unas botas tejanas de reluciente cuero. No podía decirse que ese hombre no amara su origen.

—Ven.

Ella abrió los ojos ligeramente más de lo normal. ¿Qué significaban aquellas palabras? Pronto lo supo. Su cuerpo se elevó por los aires, pero no como hacía un momento, donde había dejado parte de la espalda incrustada contra el piso, era más una suspensión de ingravidez.

Red la estaba alzando en brazos.

—Oh. Dios… yo… —se supo más colorada que una manzana madura—. Red. Por favor, no.

Pero por supuesto que el cowboy la ignoró por completo. Quizás si fuera por cualquier otra cosa, pero cuando se trataba de su seguridad, no había excusas.

—Puedo andar —se quejó.

—No, no puedes —la miró con esa sonrisa… que provocaba que pensara: ¡Oh! Bien, hazme lo que quieras.

—Te dejaré en el sofá de mi despacho —respondió, caminando a grandes zancadas.

—Una vez más te digo que es totalmente innecesario.

—Pero tan romántico —Red le guiñó un ojo y ella se puso aún más colorada.

—Yo... oh, Red. ¡Cállate!

Con sus tartamudeos y su sangre a punto de entrar en ebullición, Jane prefirió cerrar el pico. Entraron en el ascensor y él seguía sonriéndole como si tal cosa. Como si no llevara a una mujer entradita en carnes, que le estaba destrozando la espalda.

—¿Puedes pulsar el botón?

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo pulsaría con mayor dignidad si me dejaras en el suelo.

—Mmmm… —esa maravillosa expresión de adolescente endiablado… —Creo que te falta convicción.

—Lo que me falta es vergüenza, —replicó ella—, acabo de dejarla toda en recepción.

Con los brazos rodeando su cuello, intentó no mirarle de forma directa mientras el ascensor seguía su camino de ascenso hasta la planta veinticuatro. Llegaron en el mismo momento que el reloj de pulsera de Red, marcaba las siete de la mañana. Era una auténtica suerte que sus compañeros de trabajo llegaran a las ocho, o tal vez quince minutos antes.

Bea, la secretaria de Red, era la más madrugadora y por fortuna tampoco había llegado.

—¿Qué tal el vuelo? —Le preguntó Jane, para romper el silencio que solo a ella le parecía incómodo— ¿Cuánto hace que has llegado?

—Llegué esta mañana.

—Son las siete —frunció el ceño—, querrás decir que llegaste esta noche.

—Apenas hace una hora.

—Y estás así… —refunfuñó por lo bajo como si no tuviera perdón de Dios.

—¿Así cómo? —la miró, ladeando la cabeza, haciendo que sus preciosos ojos azules asomaran bajo el ala de su sombrero. Dios, era tan guapo que hasta le dolían los ojos.

—Tan fresco como una lechuga. —Jane suspiró—. Quien tuviera tus genes.

El elegante cowboy se rio, provocando un cosquilleo en el estómago de Jane. Le miró el perfil, y tragó saliva. Ese mentón tan bien definido, esa nariz tan mona… era realmente atractivo. Sintió cada centímetro de su cuerpo contra el suyo, y hasta rozó disimuladamente la nuca con sus uñas de monstruosa manicura que su hija de quince años se había empeñado en hacerle, para practicar. Desde luego, Violet, no sería esteticien.

—No tan fresco —dijo Red.

—¿Cómo?

La miró con esos ojazos azules que parecían un mar embravecido. Jane contuvo la respiración.

—Digo que no estoy tan fresco, pero quería repasar la patente antes de presentarla a los accionistas.

—Por supuesto —Apartó la mirada, avergonzada.

*¿En qué demonios estabas pensando, Jane?*

Llegaron a las puertas del despacho, que Red abrió, maniobrando sin mucho esfuerzo y girando el pomo. Su oficina era la única que no tenía paredes de cristal. No es que nadie sospechara que hiciera cosas indecentes. Nadie, nunca, pensaría algo así de Red McTavish. Era un señor, correcto y maravilloso que encandilaba a las mujeres con su elegante sonrisa, y hacía que los hombres lo admiraran por otras cosas que a un hombre menos encantador podrían haber generado envidias.

—Ya puedes bajarme —carraspeó.

Red miró a su inestimable ayudante de reojo.

—En el sofá —le dijo. Tuvo que tragarse un suspiro.

Estaba tan guapa. ¿Se había hecho algo en el pelo? Sí, quizás un poquito más claro, ¿un baño de color? Sin duda Mónica, su mejor amiga y con la que había coincidido en más de una ocasión, habría insistido en que se arreglara, ahora que parecía estar soltera de nuevo. Porque… ¿estaba soltera? Oh, esperaba que de una vez por todas hubiera cerrado las puertas de su corazón a su marido. Ese tipejo solo le había hecho daño. ¿Cómo era posible que le hubiera traicionado

con otra…? ¿Es que no sabía lo que tenía en casa? Jane era la mujer más especial y única que había conocido en la vida. Y ese George era un imbécil.

—¿Estás bien? —le preguntó Jane de pronto, haciendo que su mirada se enfocara de nuevo en ella. La vio parpadear y tragó saliva.

—¿Por qué lo dices?

Ella se encogió de hombros al llegar frente al sofá que estaba en una esquina del despacho, con dos sillones más y una mesilla auxiliar donde poner los cafés.

—Por tus ojos, los tienes brillantes.

Red sonrió sin ocultar como le afectaban sus palabras.

—Me conoces tan bien…

A su ayudante se le escapó una risita.

—Un poco. Pero he de reconocer que esa expresión me ha… inquietado un poco. Te has puesto tan serio de repente…

Red calló unos instantes. ¿Cómo decirle a la cara lo mucho que la adoraba, cuan preocupado estaba y cómo reaccionaba su cuerpo al sostenerla en brazos? Aún era una mujer casada y él un caballero.

Pero por supuesto que sí. Jane, después de su hermana Phiona, era la mujer que más bien lo conocía.

—Aquí estarás bien. —La colocó suavemente sobre los mullidos almohadones y le hizo estirar la pierna. Con delicadeza le sacó el zapato y se dio cuenta de que definitivamente se estaba hinchando.

—Voy a ir a por un poco de hielo.

—No, por favor —suplicó ella—, qué vergüenza.

Red, solo le sonrió. Se quedó agachado a su lado, tocando el tobillo magullado, mucho más tiempo del que era necesario. Cuando volvió a elevar la vista, Jane lo miraba fijamente, y la sonrisa había desaparecido de su rostro.

Era preciosa. Tan bonita, que quitaba el hipo. Ojos azules, como el cielo en verano.

Cabellos rubios y lacios que siempre llevaba recogidos en una cola de caballo y solo Dios sabía la tentación que era para Red, el desatarlos y verlos caer sobre sus hombros. Tenía un rostro con forma de corazón, los labios gruesos y la nariz perfecta. Y su cuerpo, con esas exuberantes y generosas curvas.

Sí, perfecta.

—¿Red?

Él carraspeó. No le gustaba la línea que seguían sus ideas. Podía estar soltera o casada, pero Jane era fruto prohibido, no iba a perderla por hacer el imbécil y no poder evitar insinuarse, o finalmente confesarle que estaba enamorada de ella. ¡Oh! Algunas veces habría jurado que sí, que tendría el valor de pedirle una oportunidad, pero otras, entraba en pánico con sólo pensarlo. ¿Qué pasaría si la cosa no acababa bien y ella se veía forzada a salir de su vida? No quería ni pensarlo.

—Ahora vuelvo —rompió el contacto visual y huyó como alma que lleva el diablo, hacia la sala de descanso.

Suspiró al presionar el botón de la máquina de hielo.

¿Cuánto tiempo llevaba enamorado? Tres años, sí, más o menos. Hacía tres años que se había dado cuenta de que se había enamorado, que no existiría jamás una mujer que pudiera ocupar su corazón, porque este ya rebosaba de amor, y era completamente de Jane Summers.

Pero antes de que se hiciera esa confesión a sí mismo, había negado esos sentimientos, disfrazándolos de una bonita amistad. Sí, había negado lo que sentía por ella. Principalmente porque Jane estaba casada, pero también porque era indispensable para él. Un pilar en los negocios y también en su vida privada. A parte de su familia, era la única persona en quien confiaría su vida.

¿Y qué? ¡Pues nada! No iba a pasar absolutamente nada entre los dos. Jamás.

Volvió a suspirar.

Regresó con el hielo envuelto en un pañuelo y se lo puso sobre el tobillo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿A parte de lo del tobillo?

Él asintió con una cálida sonrisa.

—Sí.

—Pues… estoy bien.

Red le frotó el pañuelo contra la enrojecida piel del tobillo.

—¿Y esos suspiros y gemidos?

Ella parpadeó ante la pregunta de su jefe.

—Yo no gruño. —Jane se rio, con esa risa fresca que le decía que todo iba a salir bien, que no había problemas en el horizonte—. Tú, sí lo haces.

—Te lo estás inventando.

—Sí que gruñes, pero no importa. —Red se levantó y fue hacia su escritorio, antes de rebuscar el informe, se volvió hacia ella y la señaló con el dedo índice—. Ni se te ocurra moverte.

Ella volvió a dejar caer el culo contra el sofá.

—De acuerdo —alzó las manos en señal de rendición—. La patente ya está preparada, esa nueva gama de productos, será un éxito.

Red se acercó al sofá de nuevo, con el informe en una carpeta. Lo estaba leyendo cuando se sentó junto a ella para comentarlo.

—Eres un genio. —Escuchó que ella le decía sin previo aviso.

—Eh… gracias.

Ambos se rieron, estando a gusto el uno con el otro. Era increíble la complicidad que había entre ambos. A veces se entendían sin necesidad de hablar. De hecho, pasaba mucho más de lo que pensaban.

Jane, se volvió hacia él.

—Eres el mejor, Red. Y vas a triunfar a nivel nacional.

Red se quedó mirando la mano de Jane que se había posado justo encima de su corazón. Tragó saliva y fue incapaz de articular palabra.

—Por supuesto —dijo Red a punto de tartamudear—. El mejor.

Ella soltó otra risita y se apoyó en el respaldo del sofá para empezar a repasar el informe y la patente de los nuevos productos.

Los dos se concentraron en su trabajo, disfrutando de cada instante, porque todo lo que hacían juntos era maravilloso.

# Capítulo 2

Jane abrió una botella de vino blanco y se sentó en el cómodo sofá de su salón. Ahora sí que tenía tiempo para relajarse, o para autocompadecerse. Miró su teléfono móvil. Bien, su madre no le había llamado, ni enviado ningún mensaje, eso quería decir que los niños se portaban bien.

Ella tenía que irse de viaje con Red, imposible llevárselos ese fin de semana. Tenían que reunirse con un magnate criador de purasangres, que había prometido a Red que, si sus productos eran buenos, los utilizarían en todos sus ranchos. Cuarenta y ocho ranchos por todo el país. Más la recomendación a sus colegas. Eso era mucha pasta. Estaba tan orgullosa de su cowboy…

Cuando conoció a Red era un chico bueno con mucha ambición, pero en el mundo de los negocios, las buenas personas, rara vez triunfan, pero Red… Tenía un algo especial que encandilaba a la gente. La encandilaba a ella.

Suspiró y miró la copa de cristal. Se notó las mejillas encendidas y supo que no era a causa del vino.

Desde el momento que pasó a ser su secretaria y después su asistente, Jane se había desvivido para que él se sintiera tan orgullosa de ella, como ella lo estaba de él.

Bebió otro sorbo de vino blanco y levantó las piernas, colocándolas sobre dos almohadones. ¿Maratón de *El amor es ciego* o *Mi casamentera india*?

—Mmmm… pito, pito… tú. ¡Casamentera!

Apretó el botón y puso el *reallity*. Se terminó media botella antes de empezar a insultar a los participantes.

—Esa chica, es idiota —le habló a la televisión, indignada—. ¡El yogurín no es para ti! Es que no aprendes, hija.

Como ella, que no aprendía.

Había intentado reanimar su matrimonio zombi de lo muerto que estaba, pero… algunas cosas era mejor dejarlas correr. Cada día lo tenía más claro.

Hacía un mes que se habían dado un tiempo, pero ese tiempo solo había servido para que él encontrara un buen apartamento y pagara una fianza para quedarse tres años. Para Jane, eso había significado que su marido deseaba tanto una reconciliación como un dolor de muelas. Luego estaba, su "amiga", a la que sus hijos habían mencionado. Sí, era doloroso, pero tenía que reconocer que desde que George se había marchado, al menos estaba más tranquila. Tenía el control del mando de la televisión y de repente, había descubierto que tener la enorme cama de matrimonio a su disposición era increíblemente agradable.

Por supuesto, al preguntar si debían poner fin definitivamente a su relación, George había contestado que era solo una amiga, pero que, si tantas ganas tenían de acostarse con su jefe, que no buscara más excusas.

Acostarse con Red… qué más quisiera.

Red no era su jefe, ni su mejor amigo. Era… el sueño de toda mujer. Su amor platónico de toda la vida. Volvió a sentir las mejillas calientes y apuró la copa de vino.

Qué distinto hubiera sido todo si él hubiera estado interesado en ella, y si ella… hubiera tenido el valor de decirle lo mucho que le gustaba. Pero había pasado media vida a su lado, tanto como para darse cuenta de que un hombre así era inalcanzable.

De pronto, le llegó un mensaje.

MÓNICA: ¿Qué estás viendo?

Jane sonrió, su mejor amiga la conocía tan bien.

JANE: La casamentera india.

MÓNICA: ¿Puedes ser más previsible?

JANE: NOPS.

MÓNICA: Arréglate, estoy de camino.

Abrió mucho los ojos y le envió un emoticono acorde a su expresión.

JANE: ¿Qué?

MÓNICA: Nos vamos a celebrar que vuelves a ser una chica soltera.

De pronto, le entró el pánico. Por una parte, le hacía ilusión el plan que le proponía Mónica y por otra… hacía tanto tiempo que no tenía una noche de chicas, que se sintió insegura.

JANE: No soy una chica soltera. George y yo solo nos hemos dado un tiempo.

MÓNICA: Por supuesto que lo eres. Porque no partirás el corazón a tu mejor amiga volviendo con el *neanderthalensis*.

JANE: Deberías haber estudiado antropología.

MÓNICA: He estudiado en la universidad de la vida, como evitar a tíos gilipollas que solo sirven para chuparte la energía.

Ese era George, había que reconocerlo.

MÓNICA: ¡VÍSTETE! Pero, vístete pibón. Salimos de caza.

JANE: Voy a por el arco y las flechas.

Menos de una hora después, las dos estaban de camino a uno de los bares de “gente soltera” que tanto le gustaban a Mónica.

—No sé cómo has logrado convencerme —gimió, insegura, estirándose de forma inconsciente la minifalda de su vestido sexy, al tiempo que intentaba no romperse los tobillos con los tacones de quince centímetros que Mónica prácticamente le había obligado a calzarse.

—Deja de hacer eso —la regañó cariñosamente su amiga, para después darle un beso en la mejilla—. Estás preciosa.

Cuando entraron, se dio cuenta de que realmente a la gente le gustaba salir, y no estaba nada mal.

Pensó que, al volver a salir, con la mirada puesta en tener una cita que le quitara a George de la cabeza, se encontraría con veinteañeros con ganas de pasárselo bien, sin más. Pero lo cierto es que aquel lugar estaba lleno de gente de su edad.

—Vaya…

—Por supuesto que salimos —le comentó Mónica ofendida, sabiendo a qué venía tanta sorpresa—. Algunos somos difíciles de cazar, y otros están en pleno divorcio o ya lo han dejado atrás. —La miró con una radiante sonrisa—. ¿Acaso pensabas que te traería a un antro de yugurines?

—Lo cierto es que no sabía qué pensar.

El ambiente era interesante. La barra estaba llena, los camareros no paraban de servir copas. La música no estaba demasiado alta pero las voces sí hacían que las dos amigas se vieran obligadas a casi gritar o hablarse al oído.

—También hay bares de esos —casi gritó Mónica—. Si quieres un yogurín, avísame.

—No, no quiero nada de eso.

Mónica pareció meditar.

—Oh, debo actualizarme, ahora no se llaman yogurines, sino colágeno.

—¿Colágeno?

—Sí, de eso que necesitan tus articulaciones.

Lo peor es que Mónica parecía decirlo muy en serio, pero Jane no sabía si sus articulaciones necesitaban colágeno veinteañero. Se conformaba con una cita decente, quizás una cena, una copa y… ¡Sí! Admitámoslo, puede que algo de sexo, del bueno. Ese que te sacude todo el cuerpo y… Inmediatamente pensó en Red y se puso colorada.

—¿Estás valorando a quien te puedes tirar? —Mónica rompió el hechizo, cuando efectivamente estaba mirando si había alguien a quien valiera la pena conocer.

—Cállate, y pidamos una copa.

Se sentaron en una de las mesas altas que había en una pared lateral del local. Era el único sitio libre. Y eso que la mayoría de gente estaba de pie, con una copa en la mano, ocupando el espacio mientras fingían tener conversaciones realmente interesantes para llevarse a su presa a la cama.

Mónica observó el ganado.

—Me encanta este lugar —señaló con descaro a un tío que se había dirigido hacia la barra—. ¡Ese está buenísimo!

Jane le bajó la mano de un manotazo.

—Te lo suplico, no me hagas pasar vergüenza.

—Tranquila —le dijo, pasándole un brazo por los hombros—. Pasas vergüenza porque quieres. Aquí todo el mundo viene a lo mismo. Y tú, hoy vas a conocer a un tío guapísimo que...

—No, no… —dijo negando con la cabeza—. Solo he venido para acompañarte. No… no estoy preparada.

—¿Y por eso te has vestido así?

—¡Me has obligado! —dijo Jane, ofendida.

Ambas llevaban un vestido que apenas le llegaba a la mitad de los muslos. El de Mónica

era de una estridente verde lima, acorde con su sombra de ojos. Por supuesto, y para no desentonar, le había hecho vestirse con otro del mismo corte, de escote en pico, aunque el de Jane era más discreto, de color negro, elegante, pero no por eso menos sexy.

—Sería un desperdicio que no ligaras —hizo un puchero, Mónica—. Estás tan buena. Todo el mundo lo piensa. ¡Eres sexy!

—Una divorciada con tres hijos, no es sexy —Y en verdad, Jane lo pensaba. Eso enfurruñó a Mónica.

—Eso es lo que tú te crees. Podrías ser la *sugar mammy* de cualquiera. —De repente y para espanto de Jane, Mónica alzó los brazos para llamar la atención de los tíos que estaban a su alrededor—. ¡Escuchad! ¡Aquí mi amiga…!

Jane le tapó la boca con una mano.

—¡Te lo suplico! —exclamó, empezando a reír—. Déjame beber un par de chupitos para dejar atrás mi vergüenza.

—¿Y luego? —alzó una ceja, Mónica.

—Luego negociamos.

—No hay negociación posible. ¡Quiero un “esta noche follo”!

—Sólo compartir una cerveza con un tío bueno.

—Con miraditas y después beso en el callejón.

—Miraditas y ya.

—Te tomó la palabra —dijo Mónica, haciendo una mueca—. Voy a por esos chupitos.

Jane se quedó pensando en qué estaba haciendo allí. Se sentía algo incómoda, quizás por lo corta que era la falda de ese vestido que hacía años no se ponía. Le iba un poco justo y es que era de antes del embarazo de su hijo pequeño. Puso los ojos en blanco, decidiendo cuanto tiempo tendría que estar en ese pub, antes de que Mónica ligara con alguien y la dejara marchar.

—Ya estoy aquí. —No solo traía dos vasos de chupitos, sino media botella de tequila. Cuando Jane alzó una ceja, esta le respondió—. Conozco al camarero, tú bebe y calla.

Veinte minutos después, la botella estaba vacía, y Jane ya empezaba a sentir los efectos

del alcohol, aunque el último chupito había ido a parar a una de las plantas que estaban sobre el alfeizar de la ventana.

—Debemos salir más.

—No gracias, no puedo seguirte el ritmo —negó Jane.

Mónica la miró, fingiendo estar dolida.

—Tienes que quitarte a George de la cabeza. Quizás si no quieres salir de fiesta y encontrar por fin al amor de tu vida, podrías… buscar en la oficina.

Cuando los labios de su mejor amiga empezaron a curvarse hacia arriba, Jane supo perfectamente a dónde quería ir a parar.

—Mónica…

—Vamooos —gimoteó—. A ti tu jefe siempre te pareció atractivo —dijo Mónica con mirada inocente justo antes de sorber su coctel con una pajita.

—Red McTavish es el hombre más sexy del mundo, y la mejor persona que conozco.

Mónica hizo una mueca de decepción absoluta.

—Vaya, eso también me incluye a mí.

—Ni lo dudes. —Jane se encogió de hombros y su amiga se echó a reír con ganas—. Ahora en serio, Mónica. Nunca me acostaría con él para vengarme de mi marido. Red se merece algo mejor.

—¿No? ¿En serio? —dijo Mónica, algo decepcionada—. Yo estoy convencida de que él se dejaría.

—Esa no es la cuestión, y no, no se dejaría. Red no es así.

—¿Así?, ¿cómo? ¿Un hombre adulto que le gustan las mujeres atractivas e inteligentes como tú?

En el bar abarrotado de gente, Jane ya empezaba a sospechar que había sido muy mala idea salir con Mónica. Estaba convencida de que creía que estaba al borde del suicidio porque su marido era un capullo integral que le había puesto los cuernos por enésima vez. Pero… no era así. Jane había aprendido como era George. Un mujeriego del que una no podía fiarse.

No, indudablemente esta vez se la veía venir. Y cuando son cuernos, pero no te engañan porque ya lo sabes, duele menos.

—Llevas enamorada de Red desde… ¿Cuándo?

—Cállate. No estoy… —chasqueó la lengua y apuró el coctel antes de levantar el brazo y pedir el tercero—. No es eso, es que… A veces no puedo evitar pensar en qué distinta hubiera sido la vida con un hombre como él.

—¿Millonaria?

Jane se rio y le dio un manotazo en el brazo.

—No, su dinero es lo menos importante —dijo Jane mirando el fondo de su copa vacía de Martini, pensativa—. Hubiera sido… una esposa querida, y respetada por un marido amoroso.

—Marido millonario, respetuoso, amoroso y sexy —dijo Mónica, pensativa—. Definitivamente, eso da mucho que pensar.

—Pues sí.

—Y hasta has fantaseado con pasar por el altar.

Jane le sacó la lengua mientras la camarera les servía las copas que habían pedido.

—Aún estás a tiempo —Mónica lo dijo muy seria.

—¿Con tres hijos? —le preguntó Jane, divertida.

—A Red no le importa si tienes tres o veinte hijos.

—A mis hijos sí, le odian.

Mónica puso los ojos en blanco.

—Sobre todo Violet —añadió.

—Desde el incidente del gato —asintió Jane. Era verdad, en parte, y siempre se le olvidaba ese pequeño detalle—. Pobre Red, tampoco es que pudiera prever que su gato haría eso.

—No, no podía.

—Pero eso no importaría si lo amases, y… siempre has sentido algo por él.

—No siempre.

—¿Media vida?

—En serio —de pronto su expresión cambió.

—¿Qué? ¿No puedo decir que estás enamorada de tu jefe?

—Hablo en serio, cállate —dijo con los dientes apretados—. Cállate, Mónica. Por favor.

Su amiga se dio cuenta de que pasaba algo cuando la mirada de Jane se posó justo encima de su hombro.

—No jodas, ¿está aquí?

—¡Hola Red! —Jane gritó llena de entusiasmo, agitando los brazos.

Por supuesto que se alegraba de verle, pero su actitud se debía más al pánico de que Mónica siguiera hablando y él pudiera enterarse que el tema de conversación, no era otro que él mismo.

—¡Chicas!

A Jane de pronto se le secó la boca al verlo acercarse a ellas. Su sonrisa era espléndida, con una expresión de sorpresa y al mismo tiempo, feliz de verla. Y estaba tan guapo…

—Oh, pero qué coincidencia —exclamó Mónica, dándose la vuelta para mirarlo.

Jane observó la cara de entusiasmo de su amiga. Por supuesto que era una coincidencia, ¿no? Era imposible que ella supiera que su jefe iba a estar ahí. Miró a Red y se tragó un suspiro. Decir que era guapo era quedarse corta. Su cuerpo, alto y musculoso, de hombros anchos y cintura estrecha era impresionante y no sólo llenaba el espacio que ocupaba, también, como era lógico, acaparaba las miradas femeninas más cercanas. Vestía un elegante traje azul oscuro, aunque llevaba la chaqueta doblada en el antebrazo y la camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados, le daba un aspecto elegante y al mismo tiempo informal. Pero lo más impresionante era su rostro, de ojos azules y mandíbula cuadrada. Cuando sonreía, sus iris se iluminaban y aparecían dos hoyuelos tan sexys que quitaban el hipo.

—Me alegro de encontraros —dijo él besando ambas mejillas de las chicas, un gesto muy español que les había enseñado Mónica, que era de Albacete.

Cuando se inclinó a besar a Jane, hubo un leve forcejeo al no saber por qué parte debían empezar los besos. Pronto lo solucionaron con un choque de narices.

—Qué monos sois —dijo Mónica, parpadeando velozmente—. Voy a por unas bebidas.

—No, yo os invito —se apresuró a decir, Red.

—Qué caballero —le guiñó un ojo mientras lo veía alejarse hacia la barra.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, Mónica se volvió hacia Jane y su expresión cambió.

—Yo me largo.

—¡Ni hablar! —Jane entró en pánico—. No puedes irte, o me voy contigo.

—¡Ni de coña! —Puso cara de horror— ¿Cómo vas a dejar al pobre Red sólo?

—¡¿Cómo vas a dejar tú a la pobre Jane!?

Red se acercó con un par de cócteles en las manos y su increíble sonrisa que hacía que las rodillas femeninas se volvieran como de mantequilla.

—Oh, mira que monada, Jane —le dijo Mónica, poniendo carita de lástima, mientras él le ofrecía la bebida—. Si nos los ha traído con sombrillitas y todo.

Mónica sorbió de la pajita con ganas, hasta succionar la mitad del contenido en tiempo récord. Así dejó a Red, con la boca abierta y también acabó con la paciencia de Jane, que sabía exactamente cuáles eran sus intenciones.

—¡Mónica! —la miró, escandalizada y pensando que era una traidora.

—Lo siento, acábatelo tú —le dijo—. Desgraciadamente, tengo que irme, me espera ese chico tan guapo de la puerta —lo señaló, y tanto Red como Jane miraron en esa dirección.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó él, con una sonrisa.

—¡No! —rio Mónica—. Pero me acompañará a casa, y quien sabe… igual se quede.

—Dios mío —Jane cerró los ojos abochornada.

Red, en cambio, no ocultó lo bien que le caía la española. Por supuesto que se había dado cuenta de la treta. Y se lo agradecía inmensamente.

—Red, amor… —empezó a decir Mónica, zalamera— ¿Acompañaras a mi amiga Jane a casa para que no se pierda?

—Dalo por hecho —el cowboy le guiñó un ojo y Mónica empezó a deslizarse entre la

maraña de gente, hacia la salida.

Jane se dijo que no había bebido lo suficiente, y no es que no adorara a Red, pero… pocas veces se habían quedado solos en un bar donde claramente la gente iba a ligar. ¿Habría ido él esa noche a buscar un rollo? Ese pensamiento hizo que lo mirara con ojos de cervatillo,

Suspiró mientras empezaba a sorber la pajita de su cóctel y Red se sentaba a su lado.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo Jane, rogando mentalmente para que su voz no hubiera sonado ni demasiado ronca, ni entrecortada.

Él la miró con detenimiento. Tardó varios segundos en responder.

—Lo cierto es que yo tampoco.

No supo si él decía la verdad, aunque tampoco importaba. Se le había acelerado el corazón y en esos momentos sus cuatro hormonas de la felicidad parecían lanzar fuegos artificiales.

# Capítulo 3

Jane era una visión, se dijo Red, sin poder apartar la mirada de ella. No estaba acostumbrado a verla vestida así, tan sexy. Ese vestido corto y ajustado no le restaba elegancia, pues era innata en ella. La tela negra y brillante marcaba sus curvas. Un escote en pico, pronunciado, dejaba ver la línea donde se unían unos pechos plenos que él siempre había fantaseado con abarcar con las manos.

Carraspeó.

Decidió apartar la mirada de ese lugar tan sensual y la miró a los ojos.

Llevaba el pelo suelto. El flequillo largo iba escalándose con el largo de su melena, que acababa cayendo en cascada tras su espalda. Dos mechones descansaban a cada lado de sus hombros. Los ojos azules de largas pestañas eran un sueño y sus bonitos labios, gruesos y pintados de rojo, se unían para rodear la pajita, por la cual ascendía el líquido anaranjado del cóctel.

Ella succionó de nuevo, y… joder. Mejor dejar sus fantasías a un lado, o lo que rondaba por su cabeza se haría demasiado evidente.

No podía creer la suerte que había tenido al encontrársela, no en ese local, sino un par de manzanas de allí. Las había visto pasar cuando él salía de una de esas cenas soporíferas con un inversor. De esas de las que Jane nada sabía, porque insistiría en ir, y la pobre ya tenía demasiado trabajo. Red no solo se refería a su trabajo diario en la empresa, sino también como ama de casa y madre. Y aunque él la necesitaba como a nadie, sentía que había sido muy exigente con ella. Debía ser más autónomo, su organización no podía depender solo de Jane.

Suspiró al contemplarla a placer, ahora que ella aún no se había dado cuenta de su presencia.

Llegar donde estaban no había sido fácil y quizás su vida privada se había resentido. Era

probable que su esposo lo odiara por hacer que llegara tarde a casa algunas noches. Sabía que sus hijos sí lo hacían. Violet, su hija adolescente, se lo había dejado bastante claro. *"Eres un poco explotador, y eso que dices que te cae bien mamá"*.

Anotado.

A Violet le caía tan bien como una coz en las nalgas. Y es que había apartado a Jane de su vida familiar, ¿acaso podía culparla?

Cuando vio que Jane lo miraba ya sin la pajita en la boca y parpadeando, él carraspeó y regresó de sus pensamientos.

—¿Qué tal los niños?, ¿y George? —se animó a añadir, forzando una sonrisa.

Lo hizo por cortesía, porque hablar de George le ponía los pelos de punta. No le caía bien ese tipo, ni ahora, ni nunca. Y era extraño porque a él solía caerle bien la gente. Pero para Red, George no era gente, era un capullo infiel y manipulador, que se merecía despeñarse por un barranco. Sobrevivir, por supuesto, pero partirse los dientes frontales.

Volvió a carraspear para eliminar esa imagen de su mente y Jane pareció tensarse cuando iba a contestar la pregunta.

—¿George? Bueno… —tardó en añadir—: Es complicado.

—Lo siento, no quería meterme donde no me llaman.

—No, es solo que… —Jane miró su copa y después alzó la vista para perderse en los ojos azules de Red—. George y yo nos estamos dando un tiempo.

*¡Joder! ¡Sí!*

—Joder, ¿sí? —el cowboy controló la emoción que le produjeron esas palabras y puso cara de póquer. Estaba convencido de que su hermana Phiona, su confidente, estaría súper orgullosa de él—. Lo siento mucho.

No lo sentía en absoluto y esperaba que el brillo de sus ojos no lo delatara. Por lo que a George se refería, el tipejo podía perderse por el desierto de Atacama, sin móvil, ni agua.

—Gracias —respondió Jane, ladeando la cabeza con una sonrisa algo triste. Algo que lo puso aún más nervioso.

¿Querría volver con él?

Cielos, el teléfono móvil parecía quemarle en el bolsillo. Tenía que llamar a Phiona y preguntarle qué se hacía en esos casos. O quizás Tess, su cuñada, sabría cuanto tiempo debía esperar para poder pedirle una cita, o… lo que fuera.

¡Dios! Se empezaba a poner histérico.

Un momento… ¿y si Jane estaba ahí para buscar un ligue?

Se puso más nervioso todavía, y empezó a sudar. ¿Eso era una cita? Estaban allí los dos solos y Mónica había huido como lo haría Indiana Jones frente a una bola de piedra gigante.

—¿Y cómo están las cosas? —Carraspeó, intentando apartar sus malos pensamientos, aquellos relacionados con George sufriendo aparatosos accidentes que lo dejaban desdentado —¿Y los niños?

Ella sonrió y él se dijo que tampoco quería pensar en ellos. *En esos pobres niños que me odian y que jamás me dejarán estar contigo sin protestar… Pero dentro de muchos años, cuando vayan a la universidad, quizás podamos tener un futuro juntos, pasear de la mano hacia la puesta de sol.*

¡Oh! ¡Señor! Había subido otro escalón hacía la cima del patetismo.

Suspiró, porque lo que realmente quería tener con ella, era una relación romántica completa. Sí, lo de la puesta de sol estaba bien, pero él quería sexo desenfrenado y todo lo que tuviera que ver con besos, abrazos y osos de peluche.

—Bien —el rostro de ella pareció iluminarse ante la pregunta sobre sus hijos—, Tobby es una enciclopedia andante, le gusta recopilar datos curiosos que no tienen conexión aparente entre ellos. Da dolor de cabeza, pero es tan listo... angelito.

*Como su madre*, pensó, orgulloso.

La sonrisa de Jane era tan dulce, e inconfundible...

Red podría reconocer esa boca en cualquier fotografía. Labio superior carnoso, dientes perfectos, boca grande… Carraspeó: *Nota mental, no volver a pensar en qué era capaz de hacer esa boca grande. Y menos en público.*

¡Oh! Mmmm… Lo estaba haciendo, ¿verdad? ¡Había vuelto a poner esa cara de corderito enamorado! Bebió un largo sorbo de su bebida mientras intentaba mudar su expresión y poner cara de cowboy malote. Y es que eso es lo que le había recomendado Phiona. *A las chicas le gusta*.

¡Pues estupendo!

—¿Te encuentras bien? —la mano de Jane voló hacia su hombro y él se puso tenso.

—¿Yo? —de repente su mano era como un flan, y el líquido de su cóctel parecía temblar por las pisadas de un T-Rex aproximándose—. Sí, sí, por supuesto—. Colocó la copa sobre la mesa, por miedo a que se le escurriera.

Ella volvió a ladear la cabeza, y sus largos y rubios cabellos se desplazaron hacia su hombro izquierdo.

—Es que has puesto una cara, como si te hubiera sentado mal el trago.

Nota mental: No sabía poner cara de cowboy malote.

—¿Y Violet? —preguntó por su hija para distraerla.

Después él mismo, reprimió una mueca. *Violet. La hija mayor, que encabeza el club de; Muerte al jefe explotador*, se flageló Red.

Jane empezó a reírse.

—En la edad del pavo. Intenta que le dé el visto bueno para teñirse el pelo.

—¿De morena?

—¡De violeta!

—¡Oh!

Red empezó a reírse al ver la cara de horror de Jane. Parecía que, a su ayudante, ese color no le gustaba nada en absoluto.

—¿Y tú qué tal? —preguntó Jane—. Siempre hablamos de negocios, y de mí.

*Mi tema favorito*, pensó Red.

—Bueno, es que yo no soy tan interesante.

—Sí que lo eres —y Jane tuvo que reprimir una sonrisa de idiota. Porque Red era

jodidamente interesante, y sexy y… todo lo que el hombre perfecto pudiera ser.

Sí, sin duda Red era con mucha diferencia el hombre más interesante que conocía. Era inteligente, gracioso, guapo… y tierno. Dios, estaba tan jodidamente bueno que había habido épocas en las que fantaseaba con tumbarse sobre su escritorio para que hiciera lo que quisiera con ella.

Se rio como una idiota. Pero esa risa provocó que a Red se le ensanchara el corazón.

—Creo que he bebido demasiado.

—¿Sí? —preguntó Red con inocencia, totalmente ajeno a los pensamientos pecaminosos de Jane.

—Sí, estos cócteles me sueltan la lengua —dijo risueña. *Y también tú me aflojas las piernas.* Pero eso no pensaba decirlo en voz alta.

Miró el imponente físico de Red. Puede que de todos los hermanos McTavish él fuera el más guapo. No era tan grande como su hermano mayor, ni tan risueño como Howard, pero… sin duda, Red era una maravilla de espécimen masculino. Tan alto, tan guapo, elegante, caballeroso. Y aunque pudiera parecer extraño, teniendo en cuenta su potente físico, también era dulce, como un oso de peluche.

Se le escapó un suspiro.

—¿Te aburro?

*¡No! Tú nunca harías eso.*

—No —fue comedida en su respuesta—, en absoluto.

—¿Sabes? he estado pensando —dijo Red acercándose un poco más a ella. Parecía como si quisiera hacerle una confidencia, pero Jane solo podía pensar en lo bien que olía.

—¿Sí?

—Creo que te he estado exigiendo demasiado.

¿Cómo? Por supuesto que no le exigía demasiado, al contrario. Las únicas veces que Red se había enfadado con ella, había sido por no tomarse sus vacaciones o los días libres que le correspondían por enfermedad.

—Sí, lo hago —asintió—. Creo que te sientes obligada a hacer un sobreesfuerzo en el trabajo, pero…

—¡Claro que no! —le interrumpió—. Pero si me has echado en más de una ocasión para que me fuera a casa a descansar.

Él la miró asintiendo, como si fuera lógico.

—Tuve que largarte en taxi a casa, porque te presentaste a trabajar con fiebre. ¿Qué persona hace eso si no se ve obligada a hacerlo?

—Tú no me obligas a nada.

—¿Vamos a volver a discutir sobre el mismo tema? —Red la miró muy serio y Jane puso las manos juntas entre los muslos y agachó la cabeza.

—Está bien, no discutiré sobre ello —él pareció satisfecho—. Pero, ¿qué quieres decir exactamente con eso de que me exiges demasiado? Porque no me siento para nada una mujer exigida.

—¿Eso existe? —se rio Red.

—No lo sé —dijo Jane chupando de la pajita y acabándose el coctel con alcohol. Se llevó una mano a la sien y cerró los párpados con fuerza—. Después de esto ya no sé nada.

Sintió una caricia en la cabeza, un contacto suave, pero al abrir los ojos, Red estaba ahí, como antes y sus manos sujetaban de nuevo su propia copa.

Lo habría soñado.

No era la primera vez que soñaba con las manos de Red sobre ella, acariciándola.

Carraspeó con fuerza. Mierda, estaba bebiendo demasiado y Red olía jodidamente bien.

Alcohol, Red y deseo, no era algo que ella pudiera manejar en esos momentos.

—Lo que quiero decir —la voz de Red hizo que intentara centrarse en lo que estaba diciendo—, es que hace tiempo que no nos tomamos unas vacaciones.

—No podemos irnos de vacaciones, estamos tramitando un contrato millonario y… En unos días volamos a Texas y… ¡No te olvides de la patente en la que estás trabajando! —empezó a hablar Jane, a toda velocidad.

—No ahora —alzó las manos para frenarla. Jane se ponía realmente intensa cuando de planes de negocios se trataba—, sino dentro de unas semanas.

—¿Después de la reunión inicial?

—O en las vacaciones de verano. Nos irá bien desconectar —aseguró él—. Estoy convencido de que estando en el rancho de mi familia se nos pueden ocurrir ideas muy buenas…

—Un momento —parpadeó Jane, algo confusa—. ¿Me estás diciendo que vayamos al rancho de vacaciones?

Red asintió, extrañado de que no lo hubiera entendido.

—Por supuesto —le aseguró—. Con los niños.

—¿Con los niños?

*Madre mía, ya puedo visualizar el infierno.* Pero se guardó sus pensamientos para ella y solo dijo:

—Claro, se divertirán.

Por supuesto, ellos sí, pero el pobre perro al que dejaron calvo, no. Y… no creía que Tobby sobreviviera entre caballos y polvo, con sus alergias y apartado de la tecnología. Y pensando en tecnología, quien no iba a poder sobrevivir sin wifi, era Violet.

—No pareces muy convencida —dijo, algo dolido.

—Oh, no es eso.

Él forzó una sonrisa, en verdad estaba deseando que ella dijera que sí a aquella escapada que pretendía fuera espontánea, pero que era de lo más premeditada.

—Entonces…

Ella lo miró, y asintió.

—¡Qué demonios! Mis hijos ya me odian —rio ella por su ocurrencia—, y no creo que pueda empeorar su opinión sobre ti… —*Dios, Jane, contrólate o asustarás al pobre Red*—. Lo que quiero decir es que sí, vamos a irnos al rancho. Echo de menos a tu madre y a tus hermanos.

—Genial. —No pensaba demostrar lo jodidamente contento que estaba, porque haría el ridículo—. Así que después del rodeo y de presentar el proyecto a ese magnate, nos vamos al

rancho McTavish.

—Brindo por ello —alzó la copa, pero está ya estaba vacía. Y su parte funcional del cerebro le decía que no debería seguir bebiendo más.

—¿Te acompaño a casa? —dijo Red con esa sonrisa tan irresistible.

—Por supuesto.

—Mañana hablaremos de estrategias y de cómo haremos que ese contrato millonario sea nuestro.

—Lo será.

Y Jane estaba convencida de ello, como también estaba convencida de que lo del rancho le traería más de un dolor de cabeza. Pero, ¿qué importaba cuando eso significaba pasar tiempo de ocio con su cowboy favorito?

# Capítulo 4

Dos días después, Red pasó temprano para recoger a Jane. Les quedaba un vuelo de cuatro horas y media, aproximadamente, para llegar a su destino, Tejas, donde iban a firmar un contrato millonario si todo salía bien.

Red, la vio esperarle en la acera, justo a la salida de su casa. Y era poco menos que impresionante. Llevaba un traje de dos piezas, como una auténtica ejecutiva. Falda de tubo cubriendo las rodillas, una blusa blanca y chaqueta. El cabello recogido en un perfecto moño a la nuca, le daba un toque de sobriedad. Soplaba algo de viento, por lo que un mechón rebelde se le escapó. Vio como se lo apartaba y eso le hizo sonreír.

Se preguntó si en casa vestiría más informal. Le gustaría verla con unos jeans y una camiseta. Recordaba haberla visto así en el rancho, cuando hacía tiempo había aceptado una invitación para pasar dos semanas del verano en Montana, con sus hijos.

Sí, recordaba las curvas de su trasero redondeado, llenando aquellos viejos tejanos, y una camiseta con un gatito estampado…

Red frenó, parando el coche justo frente a ella. Puso una sonrisa estudiada, de bienvenida.

—Buenos días.

—Buenos días —ella abrió la puerta en el momento que Red saltaba del vehículo.

Dio la vuelta al coche para ayudarla con el equipaje, que acomodó en la parte trasera.

Se saludaron con unas palabras amables, como viejos amigos. No hubo besos, ni ningún roce de su mano sobre el hombro. Pero Red ya estaba nervioso por pasar tantas horas con ella, fuera de la oficina. En verdad, un sueño hecho realidad.

Cuando subieron al coche, él se dio cuenta que Jane llevaba una cajita en las manos. La miró de reojo y ella estalló en carcajadas mientras se incorporaba al tráfico.

—¿Qué es eso? —preguntó Red.

—Ya sabes lo que es.

Él no dijo nada durante un minuto mientras sonaba una bonita balada en la radio: *Always*, de Bon Jovi.

—¿Sabes que, si en el control de seguridad nos hacen tirar tus famosas galletas, perderemos el avión?

—¿Por qué lo perderemos? —preguntó Jane, mirándolo extrañada.

—Porque tus galletas, jamás irán a la basura mientras yo esté ahí. Y tardaré algún tiempo en comérmelas.

Ella se echó a reír.

—Nos las comeremos en el avión. Sabes que son nuestras galletas de la suerte.

*Nuestras*. Red respiró hondo.

Desde que una vez que Jane hizo esas galletas, cubiertas con azúcar glasé y les habían dado un contrato millonario, se convirtieron en obligatorias en las vistas previas a firmar grandes acuerdos. Red adoraba esas galletas. Pero si había algo que Jane no sabía, es que no las amaba por su sabor, sino por el ritual.

Antes de las reuniones, comían una en el ascensor y el pasillo, en silencio, relajándose y repitiéndose que todo iría bien. Y después… después se comían la caja entera. Los dos juntos. Solos. Una vez en un parking, otra en las escaleras de emergencia de un edificio de oficinas, otras las mesas al aire libre de un parque. Se pasaban una hora apurando la caja de galletas, siempre acompañándolas de cafeína y risas.

Ese día no iba a ser menos.

No hubo problemas para embarcar, y el avión llegó a la hora prevista. A primera hora de la tarde, recogieron el coche de alquiler en el aeropuerto de Dallas y al llegar al hotel, Jane lo tenía todo previsto.

—Tenemos una reserva, dos habitaciones, una junto a la otra —dijo, mientras revisaba su teléfono con una mano—.  Media pensión, aunque si los inversores quieren ir a cenar, ni modo.

—No importa, todo estará bien —la reconfortó Red—. No te preocupes por eso.

Lo que Red no sabía es que quien había reservado las habitaciones había sido Mónica. Tenía una clienta habitual que siempre se encargaba de buscarles los mejores alojamientos, al mejor precio, porque trabajaba en una agencia de viajes. Así que Jane se había fiado de ella en más de una ocasión para sus estancias y siempre con un resultado maravilloso.

Al dejar el coche en el parquin, Red sacó las dos maletas y las arrastró hacia la recepción, a pesar de las protestas de Jane, que seguía con la caja de galletas en la mano.

Se pararon sobre el piso de mármol, y esperaron mientras una pareja de turistas hablaba con la recepcionista.

Se sonrieron mientras a Red le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo interior de su chaqueta. Hacía calor, pero había optado por un atuendo formal, al menos hasta la reunión de mañana.

—Ese es el señor Harper —dijo, mirando la pantalla del móvil.

—Yo haré el checking —le susurró Jane, sonriente—. No lo dejes escapar.

—No lo dejaré escapar —le guiñó un ojo.

—Así me gusta.

Nadie podía negar que parecía que compartían el mismo cerebro, cuando a cosas de trabajo se refería.

Red deslizó el dedo sobre la superficie para coger la llamada y Jane lo vio alejarse hacia una zona con mejor acústica. Al mismo tiempo ella dio un paso hacia recepción.

La pareja de turistas frente a ella, había dejado de hablar, y una simpática recepcionista asintió con la cabeza, alentándola a acercarse.

—Tenemos una reserva, a nombre de Red McTavish.

La recepcionista tecleó rápido en el ordenador, sin perder su pose amigable.

—Aquí están. —La miró de tal manera, que Jane sospechó que algo estaba ocurriendo.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

*¿Qué demonios…?*

—Muy bien, veo que son recién casados. Enhorabuena.

Los ojos de Janet se cerraron al tiempo que mascullaba.

—¿Qué cojo…? ¡Mónica! —Pidió paciencia para no montar una escena.

Puso ambas manos sobre el mostrador mientras respiraba hondamente para calmarse.

La pobre recepcionista, que no se había enterado de que su mente escenificaba un estrangulamiento a su mejor amiga, ciertamente placentero, sacó dos tarjetas y las puso sobre el mostrador.

—Aquí tiene —dijo, muy animada—. La suite nupcial. Verá que tiene todos los extras para que los enamorados estén en las nubes.

*No, no, no, no… Menuda hija de puta.*

—¿Cómo dice? —preguntó Jane, inclinándose hacia delante. No lo había entendido bien ¿verdad? Eso no podía ser cierto.

—Les espera una botella de champán fría para celebrar su…

—No, no, no… —Se puso a reír para no llorar.

Era un error, y cuando la chica de recepción la miró como si no la entendiera, Jane supo que había pasado algo.

—Mónica…

—No, soy Judith. —le sonrió la recepcionista, por primera vez, nerviosa al ver que Jane no parecía nada satisfecha con todos los extras que llevaba incorporada la suite para recién casados.

Iba a matar a Mónica.

—Lo siento muchísimo —alzó la mirada hacia Judith, que a su vez la miraba desconcertada—, debe haber un error, viajamos por trabajo. No voy con mi marido, si no con mi jefe…

La cara de espanto de Judith, fue un poema.

—Lo lamento mucho. Pero… —paseó los ojos por la pantalla del ordenador, nerviosa—. Incluso tenemos un correo específico. Les han pagado unos masajes y…

—¡¡¿Unos masajes?!!

*¿En serio? ¿Unos putos masajes?*

Jane se llevó las manos a la cara y se resistió a restregarlas para no estropear el maquillaje y acabar teniendo la cara del Joker. Pero… ¿cómo había sido posible todo eso?

—Son masajes de pareja… —dijo Judith, mientras su voz se iba apagando al darse cuenta que no es lo que la clienta quería.

O quizás sí lo quería. Un masaje con Red, desnudo bajo la toalla. ¡Dios! Ese viaje de negocios se complicaba por momentos.

—Mire, ha habido un error. —Era mejor aclarar las cosas y planear la muerte lenta de Mónica después.

La cara de Jane se iba transformando en una inequívoca muestra de enfado.

—Lo siento ¿no es así? —dijo Judith, mirándola consternada—. Emm… el problema es que con el rodeo, estamos al completo. No podemos… cambiarlo.

Dios del cielo. ¿De veras? Esto no le estaba pasando a ella ¿verdad?

—No, no… —se llevó las manos a la cabeza. Una suite para enamorados, con Red ¿estaban de coña? —Espéreme aquí un segundo.

Jane se dio la vuelta y miró en dirección a su jefe. Red acababa de cortar la llamada y se acercaba a ella, sonriente.

Oh, la sonrisa más sexy y dulce del mundo… Se le aflojaron las rodillas.

¡Ni en broma podría pasar una noche con él en la misma habitación!

Sin perder la sonrisa, Red le habló al llegar a su lado.

—El señor Harper nos ha invitado a cenar en… —Al ver su expresión preguntó asustado — ¿Ocurre algo?

—¿Ocurrir? —Jane rio con cierta histeria—. No, solo un pequeño inconveniente. Voy a salir un momentito para hacer una llamada.

Jane salió fuera para respirar, pero una ráfaga de aire caliente la cabreó aún más. ¡Maldito cambio climático!

Apretó un botón de la pantalla, tenía a Mónica en marcación rápida. Y pensar que era su

única amiga…

Cuando escuchó su voz al otro lado del teléfono, empezó a gritar.

—¡Estás de coña!

—¡¿Tú no lo harías?! —le gritó a su vez, Mónica. Por el tono parecía que estaba celebrando la final de la Súper Bowl, lo que cabreó a Jane aún más.

—¡Claro que no! —protestó Jane—. Soy una persona con moral, que no engatusa a hombres por muy buenos que estén.

—Sí, Red está muy bueno. Eso es así.

Jane suspiró.

—Sí que lo está… —gimió— ¡Pero ese no es el caso! —volvió a gritar—. El caso es tu encerrona…

—Lo siento, pero debo darte un empujoncito.

El tono lastimero de Mónica la sacó de quicio, como si fuera ella la culpable de no haberse liado con su jefe.

*Eres la culpable*, le dijo la voz de su conciencia. *Hace mucho tiempo que tendrías que haberlo hecho. No seas tonta, aprovecha, esta es tu oportunidad. No te enfades con Mónica, te lo ha puesto en bandeja… ¡Este es tu día de suerte!*

—¡Cállate!

—Lo siento.

—No es a ti —le dijo Jane—, pero… sí. Igualmente, cállate. ¡Eres una traidora!

—Míralo por el lado bueno.

—¿Hay lado bueno?

—¡Por supuesto!

Podía imaginar la cara de triunfo de Mónica.

—Esta noche dormirás muy bien protegida. Contra ese pechote, o sobre esa enorme po…

—La la laaaa ¡Aaaaah!

Jane colgó furiosa antes de que las palabras de Mónica le frieran los oídos, o peor,

metieran ideas en la cabeza que no debían estar ahí.

Red la vio entrar en el hall del hotel con cara de pocos amigos. Estaba furiosa, no había ninguna duda de que estaba pasando algo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Red mucho más serio que hacía unos momentos.

—Nada, que mataré a Mónica.

—¿Qué ha hecho? —Red no pudo evitar que la comisura de su labio temblara a punto de reírse. Conocía a Mónica y se esperaba cualquier cosa.

—Cancelarnos la reserva.

¡Ups! Eso no se lo esperaba.

—¿No tenemos hotel? —los ojos de Red se abrieron con espanto. Era consciente de que el rodeo que se celebraba en la ciudad iba a ser multitudinario, y todos los hoteles de la zona estarían hasta arriba. De hecho, podía ver claramente que el complejo donde se encontraba el hotel, estaba a rebosar.

—Sí, sí, tenemos hotel —intentó tranquilizarle—, pero solo tenemos una habitación.

Red se llevó una mano al pecho, aliviado.

—Oh, no es para tanto.

—¡La suite nupcial!

—¿Qué…? —Red parpadeó, intentando asimilar lo que acababa de oír. Luego sus labios se curvaron hacia arriba y al final se puso a reír sin poder parar—. Recuérdame enviarle un ramo de flores a Mónica.

—Uno para su funeral —masculló.

De repente, Jane asimiló lo que él acababa de decir y lo miró, parpadeando confusa

—Un momento… —lo miró fijamente— ¿Por qué harías eso?

Red dejó de reír.

*Sí, Red. ¿Por qué agradecer que Mónica, su mejor amiga, te meta en una suite para enamorados con la mujer por la cual estás completamente colado?*

—Mierda… —susurró.

—¿Y bien? —insistió, al borde de lanzarse por un barranco.

—Emmm —Red no contestó, pero volvió a reírse sin apenas parar para respirar.

—No tiene gracia —masculló Jane—. Una puñetera suite, con champán y pétalos de rosa sobre la cama…

Oh, Dios… no quería pensar en ello.

—Si tiene gracia. —Ante su comentario, ella lo fulminó con la mirada y Red añadió—: Un poco sí.

Cuando Jane le golpeó el hombro, él le dedicó su mejor sonrisa.

—Jane… vamos a pasarlo bien.

—Tenemos masajes incluidos —gimió ella, derrotada.

Él parpadeó sin asimilar sus palabras. Al menos no en un primer momento.

—Dios, esto mejora por momentos —se burló Red— ¿Qué puede salir mal? ¿Roncas?

Ella le dio un codazo en las costillas. Pero no pudo evitar sonreír.

Red siempre la hacía sonreír.

# Capítulo 5

Al llegar a la habitación, Jane se convenció de que era mucho peor de lo que había pensado en un primer momento. Era una auténtica habitación para enamorados, hasta las toallas en forma de cisne estaban sobre la cama, dándose besitos, rodeadas ambas por un enorme corazón hecho con pétalos de rosas.

—Huele muy bien —dijo Red.

—Sí —Jane soltó el maletín y la bolsa de mano sobre el sofá—, son los pétalos que han esparcido sobre la cama.

Red, que también estaba dejando sus cosas junto al sofá, inclinó su cuerpo hacia un lado para ver el dormitorio que separaba el salón con dos puertas correderas.

—¡Que maravilla!

Jane puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Claro. —Él la miró como si estuviera de broma, pero estaba más que feliz—. Nunca me han tratado como si tuviera novia. ¿Eso hacen los enamorados? ¿Champán, cisnes y pétalos de rosa?

Jane tuvo que reírse ante su entusiasmo.

Red tenía la mirada de un niño ante los regalos de Navidad.

—Por lo visto hay un spa —dijo a regañadientes—. Y tenemos un masaje… de pareja.

Su incomodidad se notaba en su postura y también en la voz. Eso inquietó a Red.

—Bueno, está… muy bien —dijo, vacilante—. Y los masajes… ¿nos los tendremos que dar el uno al otro?

—¡No! ¡Por Dios! —Por algún motivo a Jane no le gustaba nada esa situación.

—Lo siento —puso los brazos en alto a la defensiva—, es que nunca me han dado un

masaje de pareja.

Ella suspiró y entró en el dormitorio. Al mirar por el balcón, se dio cuenta de que la terraza era enorme.

—¡Joder!

—¿Qué ocurre?

—Tiene jacuzzi.

Red empezó a carcajearse, hasta que… tuvo que parar cuando en su mente se formó la idea de ellos dos, solos, desnudos rodeados de burbujas y agua caliente.

*No puedes pensar en Jane de esa forma, y menos cuando vais camino de cerrar un trato súper importante. Bueno, ni ahora, ni nunca. Pero especialmente hoy no, ni mañana. Y menos cuando compartiréis.…* Tragó saliva y miró la gran cama de matrimonio.

Cerró los ojos con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó ella—, de pronto pareces mareado.

Mareado era decir poco.

Se le aceleró el corazón. ¿Cómo diablos iba a sobreponerse a aquello?

De pronto el molesto tono del teléfono de Jane interrumpió sus pensamientos. Sonó repetidas veces.

Cuando Jane miró la pantalla suspiró audiblemente.

—Mi hija. —Le dijo a Red señalando el teléfono—. ¿Sí?

Red asintió al ver que se retiraba para tener un poco de privacidad.

Segundos después, Jane puso los ojos en blanco. Solo se escucharon monosílabos dignos de una adolescente que odiaba que su madre se preocupara por ella.

—Hola a ti también, Violet.

—Mándale recuerdos de mi parte —dijo Red, totalmente ajeno al mal humor de su hija Violet que lo que menos deseaba era quedarse con su católica abuela.

Jane alzó la mano mientras apretaba los párpados con fuerza, señal de que la adolescente estaba utilizando un tono bastante elevado para hablar con ella.

—No, no tienes la obligación de ir a la iglesia el domingo, pero tampoco te hará ningún mal.

Red ocultó una sonrisa y se marchó a tiempo de la habitación, entró en el baño con su neceser y el agua empezó a correr antes de que se escucharan los primeros gritos de Jane.

—No, no eres una adulta. Tienes quince años recién cumplidos. Haz caso a la abuela, o si no… —Una exclamación indignada después, Jane se llevó la mano a la cabeza—. ¡No me hables así! ¡Soy tu madre!

Estaba furiosa, y lo peor de todo es que no estaba preparada para lo que vio, cuando quince minutos después de discutir a pleno pulmón con Violet, la puerta del baño se abrió de golpe.

—Mierda —gimió, confusa.

La luz tenue del baño iluminó la habitación cuando Red salió, tan solo con una toalla abrazando su cintura. Apenas pudo verle la cara, pues con otra toalla de menor tamaño se secaba su abundante cabello. Diminutas gotas de agua salpicaban ese formidable torso y las crestas de sus abdominales.

Ella se tragó un gemido y se mordió el labio inferior ante esa visión.

Red dio un paso tras otro hacia el sofá, donde había dejado su maleta y su bolsa de mano. No fue consciente de la presencia de Jane hasta que la tuvo delante.

Ella levantó la mirada justo a tiempo para que sus cuerpos no chocaran. Tragó saliva y desde el móvil se proyectaba la voz de su hija, que seguía en completo desacuerdo con ella. Jane, no estuvo muy lucida o no se hubiera puesto a balbucear.

—Yo… Esto… —Sus ojos no podían apartarse de la figura de Red.

Lo peor fue cuando él se quitó la toalla de la cabeza y esos magnéticos ojos la miraron entre sorprendidos y anhelantes. ¿Cómo diablos alguien podía ser tan condenadamente sexy?

Jane no supo cuánto tiempo permaneció ahí con la boca abierta, y el teléfono pegado contra su pecho. Pero, desde luego, fue el tiempo suficiente como para imaginarse a sí misma, poniéndose de rodillas para lamer cada una de esas diminutas gotas que bajaban sin control por

su abdomen.

Dios Santo, estaba al borde del orgasmo.

*¡Joder! Estás enferma… muy enferma.*

—¿Te ocurre algo?

Jane solo pudo negar con la cabeza. ¿Cómo hacía una para apartarse de la órbita de su atractivo? Le parecía casi imposible.

—Estoy bien —dijo en un hilo de voz—, solo…

Carraspeó varias veces hasta escuchar de fondo la voz de su hija, gritando.

—¡Mamá! —Gritó Violet desde el otro lado de la línea.

—Voy a hablar… con… con mi hija —balbuceó nerviosa, señaló el teléfono mientras se afanaba en pasar al lado de ese cowboy semidesnudo y…

—¡Joder!

El tiempo pareció ralentizarse, porque juraría que ella misma se había visto tropezando con sus propios pies, alargar los brazos mientras el teléfono salía disparado de sus manos y caer a plomo, lentamente hacia la moqueta.

Hasta ahí todo bien, ninguna tragedia.

Lamentablemente Jane era adicta al drama y puesto a caerse de bruces al intentar huir de un cowboy buenorro, lo haría sin estilo y con todos los ingredientes necesarios para que fuera una experiencia bochornosa que no podría olvidar tan fácilmente.

Después de tropezar, cuando sintió el golpe en su sien, no le extrañó sentir que algo húmedo y pegajoso empezaba a resbalar por su cara.

Vio la sangre, mucho antes de sentir dolor.

Sí, definitivamente acababa de comerse la esquina del mueble bajo con la cara.

Cinco centímetros más arriba, y ese golpe la habría matado. Recordaba un golpe coreano llamado *chun chun mog* que podía dejarte al otro lado de las puertas de San Pedro.

—¡Jane! —A su espalda, Red gritó.

—*Chun chun mog* —gimió acordándose del golpe de Taekwondo.

—¿Qué? —Red se mostró horrorizado—. ¡Dios! ¿*Chun chun*… qué? Oh, daño cerebral —gimió Red tomándola por los hombros.

—Estoy… bien.

Sí… no. No estaba bien. *¡Qué puta vergüenza!*

Jane tomó el móvil del suelo y se puso de pie. Impulsada por la adrenalina, echó a correr hacia el baño. Juraría que Red la había perseguido hasta que le cerró la puerta del baño en las narices.

—Mierda… —susurró, mientras la sangre goteaba sobre su parpado.

Se había hecho una brecha en el nacimiento del pelo.

—¡Jane! Por Dios, ¡abre! —Red golpeaba la puerta, cada vez más insistente.

No, no… no estaba por abrir.

—¡Mamá que ocurre! —se escuchó la voz de Violet saliendo de su teléfono.

—¡Dejad de gritar! —les dijo tanto a Red como a su hija. Respiró hondo y se miró en el espejo—. Menudo estropicio.

Se apartó el mechón de la cara y se fue poniendo blanca como la pared, mientras Red intentaba entrar en el baño.

*Oh, oh. Demasiada sangre.*

—¡Mamá! ¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —oyó la voz de Red, tras la puerta.

—¡Sí! —gritó. Pero no era cierto.

Jane empezó a parecerse a la protagonista de una película gore de los años ochenta.

# Capítulo 6

Sangraba tanto que empezaba a marearse por momentos. Y no es que sintiera un dolor especialmente agudo, era más bien una molestia. Pero la sangre siempre le había dado mal rollo y en esos momentos empezaba a entrar en pánico.

—Tengo que dejarte, cariño —le dijo a su hija, en un hilo de voz.

—Mamá…

Cortó la llamada mientras Red seguía aporreando la puerta.

Jane solo pudo echar mano de su salvavidas, que siempre era Mónica.

—Hola, encanto —le saludó su amiga al otro lado de la línea—. ¿Algo menos cabreada?

—¡Estoy sangrando como un cerdo! —intentó un grito que le salió como una especie de graznido.

—¡Oh! ¿La regla? Menuda faena, adiós a tu tórrida noche de sexo salvaje con el cowboy.

—¡Mónica! —exclamó, indignada.

—¿Qué? No seas dramática. Eso molesta, pero no impide. En el hotel hay toallas…

—Toalla es lo único que lleva puesto Red en estos momentos —dijo, en voz baja, mientras el hombre seguía aporreando.

—¡Wow! —Mónica estaba anonadada— ¿Ya? Ha sido rápido nuestro chico.

Jane resopló y agarró una pequeña toalla para parar la hemorragia. La mojó en agua fría y se la llevó a la frente.

Siguió escuchando los golpes, y la voz preocupada con que la llamaba, pero no podía dejar que la viera así. Estaba en shock.

—Estás sangrando —decía él— ¡No puedes encerrarte en el baño! ¡Jane! Abre por el amor de Dios. ¡Jane! —En la voz de Red se escuchaba verdadero pánico, hecho que la ponía aún más nerviosa.

—¿Qué pasa? —Mónica se alteró—, ¿sabe que estás sangrando? —dijo de pronto, sorprendida—. ¡Oh! En vez de la regla, ¿cree que te ha montado con demasiada intensidad? Qué mono, nuestro Red.

—¿Quieres callarte? —le gritó.

Red paró, pensando que se lo decía a él, y enseguida Jane se sintió culpable.

—¡No te lo digo a ti, Red!

—¿Me lo dices a mí? —preguntó Mónica sin comprender muy bien de que iba todo aquello.

—Por favor, Jane. Ábreme —El tono del cowboy era suplicante, pero mucho más calmo que hacía unos segundos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mónica, y la situación ya no le pareció tan divertida.

—Me he dado contra una mesa y me he abierto la cabeza.

—¡¿Qué?!

—¡Jane! —gritó Red, pero ella no respondió, siguió en voz baja hablándole a su amiga.

—Ha salido medio en bolas —empezó a susurrar al teléfono—, me he puesto nerviosa y cuando he querido salir de la habitación para hablar con Violet, me he caído. Sangro como un cerdo y él está intentando entrar en el baño, pensando que voy a morir.

—¡¡Jaaaaane!!

—Pues abre la puta puerta —dijo secamente, Mónica—. Si te desmayas tendrá que echar la puerta abajo.

—Qué vergüenza, qué vergüenza —se repetía Jane una y otra vez.

—¿Cómo que qué vergüenza? ¿Eres tonta o qué? ¡Ábrele la puerta! ¿Y si te mueres desangrada?

—¡No me voy a morir!

—¿Y tú qué sabes?

Al otro lado, Red, al escuchar la palabra “morir” sintió la urgencia de atravesar la puerta para llegar hasta su asistente. La había visto golpearse la cara, seguro que se había hecho mucho

daño. Y ahora simplemente su voz sonaba apagada, como si se quedara sin fuerzas.

Entró en pánico.

—Jane, por favor, háblame —le dijo Red mientras volvía a golpear con la palma la puerta. Su corazón latía a mil por hora—. Por favor, Jane, no tiene gracia.

No, no la tenía, pensó ella.

—¡Jane, ábrele de una vez! —gritó Mónica.

—Que te calles, por Dios —dijo en voz baja, con la pequeña toalla presionando sobre la herida con la otra mano.

Red esperó, y esperó un poco más, pero ella no le respondió y entró en pánico. ¿Y si se había desmayado? Podría estar desangrándose.

No estaba para ser paciente, debía derribar aquella puerta.

—¡Jane!

Intentó abrir de nuevo, girando el pomo, tirando y empujando.

Fue inútil.

En un arrebato, decidió hacer las cosas como habrían hecho sus hermanos. Pensó en Daril. ¡Por favor! Él ya habría derribado la puerta justo cuando ella la cerró y de seguro que la abría sacado en brazos como *Superman*. ¡Buf! A veces Red se sentía muy pusilánime en comparación con sus hermanos. No parecía un McTavish.

—¡Voy a entrar! —Al menos avisó.

Dio una fuerte patada con el pie desnudo y apretó los dientes al sentir el dolor en la planta. Pero no cejó en su empeño. Decidió apartarse metro y medio de la puerta y arremeter con sus hombros. Una vez, dos veces… Hasta que, a la tercera, esta cedió.

La puerta se desencajó para alegría de Red y consternación de Jane, que abrió mucho los ojos, espantada, o más bien…

—Jane…

Dio un paso hacia el interior.

—¿Jane? ¡¿Qué ocurre?! —gritó Mónica.

Pero Jane no pudo contestar, pues fue en ese momento cuando la toalla que rodeaba la cintura del cowboy decidió hacerse fan de Newton y cedió a la fuerza de gravedad.

Se quedó tirada en el suelo, dejando a Red completamente desnudo frente a ella.

—No me jodas… —gimió.

—¿Qué ocurre? —la apremió Mónica.

—Red ha echado la puerta abajo.

—¡Te lo dije! —Parecía pletórica porque ese hombre tan elegante e inteligente, tuviera suficiente fuerza bruta como para reventar una puerta—, debe estar super sexy…

Jane tragó saliva.

—Está… está desnudo.

—¡¿Qué?!

Él se apresuró a agacharse y volver a cubrirse, pero para Jane ya era tarde. Jamás podría borrar esa imagen de su cabeza. Imposible hacerlo cuando había fantaseado tantas veces con ello. Y… sinceramente, la realidad superaba la ficción, por unos cinco centímetros como mínimo, tal vez siete. Pero no solo eso. El cuerpo desnudo de ese hombre era… Jane no tendría jamás palabras para describirlo. Alto, fornido, con unas potentes pectorales y unas abdominales que habrían sido capaces de rallar un parmesano. No pudo evitar pensar en lamer todos y cada uno de los duros y seguramente cálidos rincones de esa bronceada piel, aún húmeda, e imaginar lo que él podría hacerle con ese… cuerpazo de infarto.

Mientras se miraban el uno al otro, paralizados, el silencio reinó entre los dos en el baño unos instantes, pero ambos escucharon la débil voz de Mónica al otro lado de la línea y regresaron a la realidad.

—Ahora puedes jugar con él a la damisela en apuros y dejar que te cure las pupas.

Jane cerró los ojos cuando fue consciente de que Red también había escuchado a su amiga.

—Te odio —gimió, colgando la llamada.

Bajó la tapa y se sentó sobre el WC y echó la cabeza hacia abajo, mientras se la cubría

con la toalla húmeda.

Estaba abochornada, y… cachonda. ¿De veras había visto a Red en pelota picada? Sí, así había sido. Lo había visto desnudo y la realidad superaba todo lo que se había imaginado.

—En serio… me bajo de la vida.

—Jane. Yo… —Red parecía sorprendido—, lo siento.

Aunque ella se había cubierto el rostro para no seguir viéndolo en cueros, era consciente de como se habían agrandado sus ojos al verlo entrar. Y eso la estaba matando de la pura vergüenza.

—Has roto la puerta —dijo sollozando, sobrepasada por todo.

Compartir habitación, tener una amiga tan metomentodo, que su hija la odiara, la vergüenza de haberse tropezado con semejantes consecuencias… ¡RED EN PELOTAS!

Era demasiado. Demasiado para su paz mental y emocional.

—Llamaré a recepción para que la arreglen.

—¿Y sí no la arreglan hoy?

Él le dedicó una mirada tierna mientras la veía sollozar.

—La arreglaran mañana.

—¿Y cómo haré pipí? —gimió de nuevo, con mucha más fuerza.

Red parpadeó, sin entenderla.

—¿Sin puerta? —intentó consolarla—. Oh, Jane. No es el fin del mundo, nos las apañaremos.

—Pero me oirás.

—Puedo cantar algo…

—¡¿Mientras orino?! —lo miró horrorizada, sonrojándose con intensidad. Enseguida volvió a arrancar en llanto.

Él le sonrió con cariño mientras sus brazos rodearon sus hombros. La abrazó porque no podía verla así sin hacer nada. Le dio algunos golpecitos en la espalda y pareció funcionar.

Esperó a que se calmara. Se acercó, ajustándose bien la toalla, y le dio varias palmaditas

en el hombro, esperando que se tranquilizara.

Desde luego, Jane no era así, no solía perder el control, pero estaba pasando una mala época, se dijo Red. Le entristeció pensar que estuviera enamorada de su marido el impresentable, y que su ruptura la hubiera afectado muchísimo más de lo que le había dejado entrever.

—Jane, todo saldrá bien —y no se refería solo a la puerta que acababa de echar abajo.

Un minuto después, ella dejó de hipar. Red se apartó un poco para observarla.

—Discúlpame, Jane. —Le acarició la mandíbula como si tuviera el tacto de una pluma—. Pensé que te habías desmayado y entré en pánico. Déjame ver —le pidió, apartándole la toalla del rostro y viendo como la herida dejaba de sangrar poco a poco.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos y Red vio como se le estaba hinchando la zona, pero nada que no arreglara un poco de maquillaje. Por suerte la herida era en la frente, en el nacimiento del pelo y apenas se vería si se la cubría un poco con el cabello y base.

—No te preocupes —la consoló Red—. Pero llamemos a un médico para asegurarnos.

Ella negó con la cabeza.

—No, no. Estoy bien. Ha sido un golpe tonto. Y no es que ahora me vaya a la cama. Estaré despierta y alerta.

Red la miró fijamente a los ojos, haciendo que el corazón de ella se acelerara.

—Siento, tantas molestias —le dijo a Red en voz queda.

El cowboy le acarició la mejilla.

—No te preocupes por nada —le sonrió y tomó un disco desmaquillante para limpiarle la herida.

Esto estaba saliendo muy mal. Ella solo quería ayudarle en su trabajo, superar su divorcio… joder, no esperaba…

—Me duele —hizo un puchero, no por el corte, sino porque la vida se estaba le poniendo muy difícil a una mujer que se acercaba a los cuarenta. Y a los cuarenta, la vida debería estar resuelta y ser muy fácil.

—No te preocupes —la suave mano de Red le acarició la frente para observar el corte—,

parece que ya no sangra. No vas a necesitar puntos, pero… te saldrá un chichón.

Empezó a llorar al escuchar eso.

—¿En serio?

—Vamos, lo cubrimos con un poco de ese flequillo tuyo.

—Odias mi flequillo —dijo ella, mientras los ojos se le volvían a llenar de lágrimas.

—¡No! —se horrorizó de que Jane pudiera pensar que había algo de ella que no le gustara —. Es solo que es muy largo.

—Y no te gusta.

—Jane, no vamos a discutir sobre tu flequillo —dijo tajante.

—Por Dios —se dobló sobre sí misma y Red la consoló acariciando su espalda con movimientos circulares—. Solo tenía que ayudarte con el trabajo, no darte más problemas.

—Tú nunca me das problemas.

—¡Eso no es cierto!

Sobrepasada por todo, empezó a llorar de nuevo y Red, decidió coger el toro por los cuernos.

—Muy bien, levántate.

—¿Qué? —lo miró como si fuera él quien había perdido el juicio.

—Levántate —la apremió, flexionando los dedos hasta que ella puso una mano en la suya y Red tiró de ella.

Se levantó hasta quedar cerca de Red, muy cerca.

—Bien —la envolvió en sus fuertes brazos antes de que ella pudiera protestar—. Como dice Phiona, a veces, solo necesitamos un abrazo.

Jane abrió los ojos como platos cuando las manos de su jefe se deslizaron sobre su espalda, estrechándola contra su pecho. Soltó un grito ahogado, cuando sintió la dureza de su pecho y el calor que emanaba, pero fue incapaz de moverse.

Seguía desnudo, al menos lo estaría si no fuera por esa toalla que envolvía su cintura. Cómo era posible que tuviera una vida que era un desastre y un buen día, estuviera en un baño,

con su jede semidesnudo, abrazándola como si fuera un osito de peluche.

—Red…

—Sssh…

Jane respiró hondo y su respiración se entrecortó. Hizo un puchero silencioso antes de dejarse llevar y apoyar la mejilla contra su torso desnudo. Era tan cálido, olía tan deliciosamente bien. A… ¿lilas? ¿Por qué olía a lilas? Pensó en ello mientras le rodeaba la cintura con los brazos y cerraba los ojos. Quizás porque el gel del hotel era de esa fragancia. Su cuerpo era duro a causa del ejercicio diario, pero su piel… era tan suave…

Respiró hondo, para después soltar el aire despacio.

—Hueles de maravilla.

Red no se rio, ni dijo nada para cortar ese momento precioso. Jane se relajó contra su cuerpo, como no hubiera creído posible. Suspiró al sentir que él la estaba meciendo.

—Todo saldrá bien —le dijo en una voz ronca, apenas audible—. Las batallas de una en una. Ya verás que, dentro de un tiempo, no recordarás por qué estabas sufriendo.

Sabía lo comprensivo que Red era con ella. Lo que no había descubierto hasta ese momento es lo a gusto que era sentirse rodeada por su abrazo, lo maravilloso que era sentirse consolada por él. Su corazón se le antojó más ligero y una agradable sensación la recorrió de arriba abajo, provocando que sus ojos se empañaran.

Cuando volvió a alzar la cabeza, él le tocó la barbilla con el dedo índice y la obligó a mirarle.

—Gracias. Eres muy bueno conmigo.

En un gesto lleno de cariño, él puso sus labios sobre la frente de Jane, cerca del corte que ya había dejado de sangrar.

—Tú eres la mejor, Jane. ¿Qué haría yo sin ti? —y Red sintió pánico porque sabía la respuesta. Nada. No podría hacer nada.

—Vivir más tranquilo.

—No es posible que creas eso —parpadeó confuso.

Dependía de Jane, y no solo porque fuera una asistente eficiente, sino porque la quería. Le daba paz, le calmaba en sus momentos más oscuros. ¿Por qué no podía hacer lo mismo él por ella? Necesitaba que se exigiera menos.

Deseaba verla feliz, aunque eso significaba trabajar la mitad y que pudiera disfrutar más de su vida familiar, con sus hijos… y Dios no lo quisiera, con su ex, si es que decidía darle una nueva oportunidad. Ese último pensamiento lo llenó de tristeza, pero la quería tanto que antepondría su felicidad a la suya propia.

—Me ayudas más de lo que crees —volvió a acariciarle el rostro.

Jane le sonrió. Significase lo que significase, le hacía bien escuchar esas palabras de su jefe y amor platónico.

Pero dejó de mirarle a los ojos cuando su corazón empezó a bombear con fuerza, al darse cuenta de la situación.

¡Que vergüenza! No sabía cómo, pero sus manos habían dejado de rodear su cintura para tenerlas ahora extendidas sobre su torso desnudo.

—Esto…

Por suerte, Red se rio de la situación y dio un paso atrás, separándose de ella. Ambos, sin decírselo el uno a la otra, se sintieron completamente huérfanos ante la súbita falta de contacto físico.

—¿Más calmada?

Ella se puso el largo flequillo detrás de la oreja.

—Sí, gracias.

—Dale las gracias a Phiona, es ella quien siempre dice que, a veces, las personas solo necesitan un abrazo.

—Y es evidente que, en este caso, ha tenido razón.

La hermana de Red era muy sabia. Debería darle las gracias cuando se vieran de nuevo.

# Capítulo 7

Media hora después, la puerta del baño volvía a estar en su lugar. Además de guapo y sexy hasta quitar el hipo, Red era un tipo estupendo y todo un manitas. ¿Quién lo hubiera dicho, de todo un empresario como él? Pero, al fin y al cabo, era un McTavish, ¿qué no eran capaces de hacer los hombres de esa familia?

Jane estaba segura que el rudo de su hermano mayor, Daril, había obligado a cada uno de sus hermanos a hacer un curso intensivo de supervivencia. Curso que de seguro incluía: arreglar cercas, galopar a pelo sobre un brioso semental, cruzar desnudos a nado el río que surcaba su propiedad… Sí, los McTavish eran unos genios, cada uno con su estilo, pero unos genios, al fin y al cabo. Y las féminas, tampoco se quedaban atrás.

Después de que Red se vistiera y arreglara la puerta, dejó privacidad a Jane para darse una ducha. Cuando se hubo vestido con ropa cómoda, Red entró en el baño para ayudarla con el corte.

—Ya está bien —se quejó ella, algo avergonzada por su estallido emocional.

—Espero que me dejes asegurarme.

Ella asintió, sin poder evitar negarle nada. Se sentó en la tapa del WC, con los brazos caídos entre sus piernas semiabiertas, esperando a que él se acercara. Red la miró con ojo crítico. No demasiado satisfecho por la hinchazón, mojó en yodo una de las gasas que había en el botiquín y la aplicó varias veces contra el corte.

—Quizás te escueza un poco.

Ella sonrió.

—Eso se dice en todas las pelis.

Él le dedicó una sonrisa torcida.

—Si nuestra vida fuera una peli, la esperaría…

Las cejas de Jane se juntaron ante aquella frase inconclusa, y cuando le animó a terminarla, las orejas de Red se pusieron de un intenso color rojo.

*Qué mono…*

—No iba a decir nada, solo sandeces… me has puesto nervioso.

—¿Por qué? —le sonrió ella, muy inclinada a burlarse un poco de su caballero andante.

—Pensé que íbamos a tener que llamar a una ambulancia.

—Por suerte no —sonrió ella mucho más tranquila—, y tampoco hemos tenido que llamar a un cerrajero. Se me olvidaba que los McTavish servís absolutamente para todo.

—Solo se había desencajado el marco, aunque no creo que podamos usar la cerradura.

—No será un problema —le dijo, tranquilizadora—, mientras no quede la puerta abierta, podré sobrevivir a nuestra estancia en el hotel.

—Nada de puertas del baño abiertas —se burló—. Tomo nota.

—Tu hermano mayor estará orgulloso de ti cuando se lo cuente.

Red rio con ganas. Una risa franca que a Jane siempre le había parecido de lo más sexy.

—Si te digo la verdad, antes de tirar la puerta abajo he pensado ¿qué haría Daril?

Jane se contagió de su buen humor y le dedicó una amplia sonrisa.

—Si fuera Daril el que estuviera aquí, probablemente la puerta solo hubiera servido para hacer leña.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero ya ves que, aunque no ha quedado tan mal, he cumplido mi misión.

—La has cumplido —le dijo sin apartar la mirada de sus ojos.

Con cuidado, Red prosiguió a limpiar la herida en la cabeza de Jane. Su tacto era suave y estaba tan cerca… su aliento cálido, sus labios gruesos y jugosos estaban demasiado cerca que le hacían desear… Carraspeó alejando ese pensamiento lascivo. Pero … ¡Cielos, olía tan bien!

Jane clavó su mirada en la de él, que fingía estar absorto en la limpieza del corte, aunque lo que realmente deseaba era perderse en la mirada de su asistente.

Red dio unos toquecitos más al pequeño corte y le sonrió.

—Listo. Nuestro padre nos dio mucha caña cuando se trataba de ayudar al prójimo.

—Os enseñó bien —dijo ella, con dulzura.

No había una familia más bien avenida que los McTavish. Eran uno solo, como una piña, se apoyaban en todo. Y aunque a veces no quisieran pedir ayuda, ahí estaban los hermanos para hablar, o simplemente escuchar.

Red siguió con el dedo índice el recorrido por su frente, en una caricia tan leve como afectuosa, que a Jane hizo estremecer.

—Parece que esto ya está. —Empezó a entrecortársele la respiración y carraspeó.

—Gracias —susurró.

*Eres un auténtico príncipe azul*, quiso decirle, pero no creía que eso fuese muy justo. George, su marido, había sido un príncipe azul durante su noviazgo, pero pronto descubrió que ese azul desteñía. En cambio, Red… él era genuino. Había pasado años demostrándole que era un hombre de fiar, que siempre estaba hí para tomar su mano. Y ahora, la preocupación que veía en sus ojos era auténtica. Algo así no podía fingirse, ¿verdad?

¿La había mirado su esposo, alguna vez de aquella manera tan tierna? Quizás en algún momento, pero hacía ya una eternidad. La misma eternidad que hacía que conocía a Red, quien siempre había dado su mejor cara a los demás, porque la vida ya era lo suficientemente fea.

—Siempre estás a mi lado —le dijo ella en un susurro, revelando sus pensamientos en voz alta.

—No, Jane —le sonrió—, tú siempre estás en el mío.

Y ojalá pudiera quedarse ahí para siempre. En un mundo de cambios, el cowboy siempre había sido su constante, su punto de referencia. Jane era incapaz de entender su vida sin él.

—He dejado a George —soltó a bocajarro—. Definitivamente.

No sabía de donde habían salido aquellas palabras, ni por qué sentía una imperiosa necesidad de decirlas en voz alta para que él las escuchara. Pero así era.

El dejó en suspensión el dedo índice que le acariciaba el rostro y lo apartó lentamente.

No sabía qué hacer, ni qué sentir, y fue torpe al balbucear.

—Ah… ¿sí?

*Ah, ¿sí? ¿Eso es lo único que se te ocurre decir, idiota?*

—O bueno… —dudó Jane—. Si tengo que ser sincera, él me ha dejado a mí.

La mandíbula de Red se tensó ante la confesión.

—¿Y estás segura de que…?

—¿Qué? —ella alzó una ceja, expectante, como si creyera que él diría algo que la sacaría del paso.

—Quería decir de si estás segura de si es definitivo.

No podía enfadarse porque él dudara, al fin y al cabo ¿Cuántas veces ella había pensado que era definitivo? Un millar. Y siempre regresaba con él. Siempre. ¿Por qué Red tendría que pensar que esta vez sería distinto?

—Creo que esta vez, así es —se obligó a corregir.

Lo vio tragar saliva, en silencio, mirándola a los ojos y sin decir nada.

*Red, hora de apartarse*, se sorprendió diciéndose a sí mismo.

Sentado en el taburete del baño, apoyó ambos pies en el suelo y se alejó un poco más de ella. Necesitaba poner espacio entre los dos, o de lo contrario, saltaría sobre su boca y aquello sería un absoluto desastre.

¿Cómo era posible que el muy imbécil de su marido… futuro exmarido, no supiera lo que tenía? Se arrepentiría de jugar así con los sentimientos de una mujer como su Jane.

*Mi Jane.*

*Prrff. Sigue soñando. Eres más imbécil que George si piensas que ella es algo tuyo.*

Sintió un nudo en el estómago mientras ella miraba sus manos, apesadumbrada.

—Supongo que de todas maneras le hubiera dejado yo —se encogió de hombros—, a la tercera va la vencida, ¿no? —intentó hacer una broma que estuvo lejos de animarla—. George debía saber que mi paciencia tiene un límite, y que era la consecuencia más lógica después de que se lo montara con su monitora de spinning.

—Imbécil.

Jane alzó la mirada y lo vio apartar la suya.

—Oh, ¿te has cabreado con alguien? —le dijo ella, y esta vez su sonrisa sí iluminó sus ojos—. Es muy mono por tu parte que te caiga mal mi ex por ponerme los cuernos.

Red tenía muy buen carácter y una paciencia infinita, pero tenía que reconocer que George lo sacaba de sus casillas. Así mismo no era correcto expresarse así ante ella. Eso podría hacerla sentirse presionada. Así que rectificó.

—Emmm… lo siento mucho —se pasó una mano por el cabello y respiró hondo—. No puedo entender que no vea la extraordinaria mujer que eres, sólo es eso.

—Es que siempre me miras con buenos ojos.

*Sé como te miro, y hay algo más que bondad en mis ojos cuando los pongo sobre ti.*

La mirada de Red hizo un barrido, desde su falda estrecha de tubo que dejaba ver sus bien torneadas piernas, hasta sus pies desnudos con uñas pintadas de rojo. Ella pareció darse cuenta del escrutinio y se revolvió algo inquieta, lo que hizo que pusiera un poco más de distancia entre ambos, arrastrando el taburete hacia la puerta.

—Supongo que es la crónica de una muerte anunciada.

—Hay cosas que no tienen futuro —dijo Red, y nuevamente se arrepintió—. Lo siento, no estoy juzgando. Ni tampoco debería meterme donde no me llaman.

—No te preocupes, sé qué hace años que debí tomar la decisión. Además, eres libre de decirme todo lo que quieras. Yo te lo agradezco.

Se miraron en silencio unos instantes. Había una pregunta que le quemaba la boca a Red.

—Y… ¿definitivo?

Ella asintió, sin despegar sus ojos de los de él.

—Muy definitivo.

El pulso de ambos se aceleró. Y Red fue el primero en cortar el contacto visual.

—Yo… lo siento mucho, Jane.

—No pareces muy sincero.

Ambos se echaron a reír.

—De veras, siento que lo pases mal, pero mentiría si te dijera que se merece seguir contigo. —Así de claro—. Lo siento, yo… te quiero y creo que te mereces algo mejor.

*Te quiero.*

Jane se tragó un suspiro al oír esas palabras en labios de Red.

Bueno, sí. Claro que la quería. Sabía que era cierto, la quería, como a una amiga, como a su mejor asistente. Pero pensar que podría amarla como a una mujer… era soñar despierta.

—Me quieres —suspiró ella en voz alta, dándolo por perdido.

La espalda de Red se puso recta, como si le hubieran dado una sacudida.

—Yo… Te qui… te quiero —balbuceó—, como una gran amiga y una gran profesional —tartamudeó Red, de pronto nervioso.

—Sí, sí —se rio ella—. Lo he pillado. Era una broma.

Pero Red permaneció muy serio.

¿Y si por fin se atrevía? ¿Y si finalmente le confesaba todo cuanto sentía por ella? La miró fijamente y entreabrió los labios.

—Yo… —empezó a decir—, no sé qué podría hacer sin ti.

Gracias a Dios, Jane le sonrió y él pudo dejar de hiperventilar.

—Gracias.

Soltó el aire y se inclinó hacia ella, dándole un apretón cariñoso en el brazo.

—Perdóname, no quería… —*No quería aprovecharme de la situación y confesarte que te quiero, para que así empieces a plantearte una vida conmigo*.

—Tranquilo —le sonrió con afecto—, yo también te quiero, jefe.

Red cerró los ojos e intentó tragarse un gemido de absoluta frustración.

—Vamos, será mejor que repasemos la presentación —dijo Jane—, y después nos acicalemos para la cena con el pez gordo.

Red no pudo hacer otra cosa que asentir y suspirar.

Seguiría siendo un cobarde toda la vida.

# Capítulo 8

—No te queda tan mal —dijo Red, refiriéndose al golpe que ella había tapado con sus cabellos. Apenas se apreciaba el corte, aunque si mirabas de cerca, lo tenía un poco hinchado.

Jane hizo rodar los ojos mientras entraba desde el baño en la habitación. Se sentó en la cama para ponerse sus sandalias de tacón, mientras disimuladamente miraba como Red se ajustaba la corbata. Había elegido para la cena un traje azul marino. Bajo este, la camisa blanca hacía resaltar su piel bronceada. Se fijó en su muñeca, el caro reloj, uno de los pocos lujos que Red se había permitido, ya que no era un hombre de caprichos caros.

Era tan endiabladamente sexy y elegante…

Suspiró y eso captó la atención de su jefe. Rápidamente bajó la mirada hacia sus sandalias y se las ató a los tobillos.

—Ya estoy lista —agitó la cabeza para que él admirara sus brillantes pendientes que él le había regalado el día de su anterior cumpleaños.

—Radiante —la devoró, deslizando su mirada de arriba abajo, apenas con disimulo.

Jane, había optado por un vestido sin tirantes en un tono champán. Parecía una bella postal, totalmente sincronizada con las cálidas noches de la región. Le sentaba tremendamente bien el color rojo, así lo había creído en las ocasiones que cenaban con inversores y se ponía realmente despampanante. Pero aquella noche, ese color cálido… estaba espectacular. La tela vaporosa caía delicadamente hasta los tobillos, un cinturón sencillo abrazaba su cintura y en la parte superior, el vestido se ajustaba a sus pechos como un guante.

Red casi ahogó un gemido. ¿Cuántas veces había soñado con esos pechos? Y ni siquiera soñado… ¿era un maldito pervertido por imaginarse tocándolos, besándolos… chupándolos hasta que ella gritara de placer?

—¿Red?

—¡Sí!

Se le secó la boca al posar sus ojos ahí y tuvo que apartarse un par de pasos para no incomodarse todavía más.

—¿Nos vamos? —preguntó Jane, ladeando la cabeza, haciendo que sus pendientes tintinearan—, no queremos hacer esperar al señor Wilson.

—No, no queremos —convino Red, que le ofreció el brazo para salir de la habitación.

Caminaron por el pasillo muy animados. Tomaron el ascensor entre bromas, hasta llegar a la planta baja, en la zona de recepción. Sin pararse demasiado a admirar la belleza del hall, salieron al exterior y siguieron el camino que los llevaría a la zona de juegos y restaurantes del complejo. El área estaba muy animada, con familias al completo disfrutando del buen tiempo en las terrazas, y parejas en otros restaurantes mucho más íntimos donde pasar una buena velada romántica.

A la luz del crepúsculo siguieron avanzando. No hacía demasiado calor, la brisa que anunciaba la noche, agitaba las palmeras y se encargaba de ello.

Flotaba en el aire un aroma a flores, y Red no tardó en descubrir que quien olía tan bien era Jane. Se inclinó disimuladamente para respirar cerca de ella y por fortuna Jane no se dio cuenta.

Cualquiera que los hubiera visto, tan relajados y elegantes, los hubiera confundido con una hermosa pareja.

Y ojalá fuera así, maldita sea.

Red miró a Jane de reojo. Estuvo a punto de gemir cuando se dio cuenta de que con ese ambiente tan propicio, lo que deseaba era tomarla de la mano. Pero, claro. Era Red, y dar ese paso era algo que no haría en la vida. Aún le quedaba algo de sensatez, porque de seguro, si lo hacía, se le pararía el corazón. Aunque… ahora que George estaba fuera de juego…

—Red.

—¿Sí? —saltó él, como si le hubiera asustado.

Jane lo miró, esta vez arrugando ligeramente el ceño. Estaba muy raro…

—¿Es ese nuestro bistró? —preguntó.

Miró el cartel que rezaba *Brasserie*. Era un restaurante con una arquitectura de líneas rectas, elegante y contemporánea, las luces cálidas estaban encerradas en esferas que daban un toque único al ambiente.

—Así es.

Aceleraron un poco el paso hasta quedar frente al metre, que les saludó cortésmente.

—¿Tienen reserva? —preguntó amigable.

—Por supuesto —respondió Jane, adelantándose a Red—. El señor Wilson nos está esperando.

Red no sabía si allí conocerían al señor Wilson, pero como si Jane le hubiera leído la mente se inclinó sobre su hombro y murmuró.

—Es el dueño del complejo.

Red se guardó de no demostrar su sorpresa mientras el metre, les hacía pasar al interior, tan acogedor como la terraza.

—¿Nuestro señor Wilson a quien queremos impresionar, no solo tiene una cadena de tiendas de equipo equino, sino que tiene este complejo?

—Entre otras cosas —aseguró Jane.

—¿Y yo no sé todo esto, porqué…?

Ella lo miró con coquetería.

—Porque me tienes a mí para memorizar todas estas cosas intrascendentes y que tu cabecita no se canse.

Red hizo una mueca, pero no pudo evitar divertirse.

—Recuérdame que te suba el suelo.

Ella pensó que era una broma, pero en realidad y a pesar de sus juegos, Red lo decía en serio. Así que después de cerrar el trato con Wilson, Jane se llevaría una prima más que generosa.

—No me dejes nunca —susurró el cowboy.

—¿Qué? —Jane se volvió hacia él y Red negó con la cabeza. No quería repetirlo, había sonado demasiado íntimo. De pronto señaló con la barbilla a su futuro socio—. Está ahí… con su hijo.

Al parecer, el hijo del señor Wilson no debería estar ahí, porque a Jane no le hizo demasiada gracia.

—Dicen que heredará la empresa familiar, pero yo creo que más bien la llevará a la ruina. —Debía ser cierto, porque Jane no hablaba mal de nadie jamás, y si criticaba lo hacía con motivo —. Esperemos que Wilson nos sobreviva.

—Al menos hasta que nuestra marca se haga famosa a nivel nacional.

—No dudes que es lo que ocurrirá.

Jane confiaba ciegamente en la empresa.

—Vamos allá —susurró, sumergiéndose en el ambiente del moderno restaurante.

El aroma de la alta cocina, flotaba en el ambiente mientras avanzaban por el diáfano espacio hasta la mesa de los Wilson. Esta se encontraba apartada, en un rincón acogedor, donde seguramente su futuro cliente ya había planeado tener una amena charla de negocios con Red.

Perry Wilson sería un gran cliente que marcaría la diferencia. Si bien la empresa de Red se había hecho famosa en el mundo ecuestre, por la calidad de sus accesorios y el gran trato a sus caballos, contar con el visto bueno de un magnate en la industria como Perry Wilson, sería como ganar la lotería. No solo trabajaría a nivel estatal, sino que lo haría por todo el país, y con el capital suficiente para hacerlo a lo grande.

—Buenas noches, señor Wilson —se afanó en saludar.

Cuando el hombre se levantó y estrechó la mano que el otro cowboy le ofrecía, ambos se reconocieron como iguales. Eran hombres a quien no les asustaba el trabajo duro, que luchaban por su empresa y sabían donde podía haber un buen negocio.

El metre se retiró, dejándolos a solas. A Wilson no le pasó desapercibida la presencia de Jane, que esa noche lucía radiante.

—Ella es la señorita Jane Dorothea.

¡Como odiaba que la llamara así! Casi nunca usaba su segundo nombre, aunque hubo un período que la llamaba Tea, y la presentaba como Dora a aquellos clientes que le caían mal, era como una especie de código que aparentemente no había quedado del todo atrás.

Ella saludo con elegancia, tanto al señor Wilson como a su hijo, quien se veía un poco más joven que Jane, aunque por su afición al whisky era probable que tuviera muchos más años de los que aparentaba.

—Es un placer, señorita.

—Puede llamarme Tea —dijo, estrechándole la mano a su vez al señor Wilson. Miró de reojo a Red, para decirle que le caía bien ese hombre. Luego saludo a su hijo—. O si lo prefiere, puede llamarme Dora.

Red ocultó su sonrisa de satisfacción, al darse cuenta de que Jane se había pispado de la clase de parásito que Wilson tenía como hijo.

—Me alegra mucho que hayan podido desplazarse hasta aquí para esta reunión informal.

—Los honrados somos nosotros —dijo Red apartando la silla de Jane para que esta se sentara—, de verdad estamos muy interesados en expandir horizontes, y qué mejor que hacerlo en su cadena de tiendas.

No podía decirse que el ambiente no se volviera enseguida amigable. Empezaron una conversación amena, alejada de los negocios, quizás para conocerse mejor. Jane entendía que el señor Wilson, era un hombre más bien chapado a la antigua y que para conocer al Red, prefería primero conocerlo más en el ámbito personal, para entender como lo haría en el profesional.

Todo hubiera ido como la seda, si no fuera por la presencia de su hijo. Kevin Wilson, tenía una postura más bien perjudicada por el alcohol y su padre intentó ignorarle. Por supuesto tanto Jane, como Red, también lo intentaron, pero no fue nada sencillo evitar las preguntas directas.

—Habla de nosotros, ¿acaso es su esposa? —le preguntó Kevin Wilson mientras devoraba a Jane con la mirada.

—No som… —Red se mordió la lengua al ver como los ojos de ese imbécil empezaban a brillar, como si hubiera decidido que tenía alguna posibilidad con Jane—. Es mi asistente.

—Entiendo.

*No entiendes una mierda*, se dijo Red. Si hubiera entendido algo se hubiera dado cuenta de que como la siguiera mirando así, perdería todos sus dientes, estuviera él o no, interesado en el negocio de su padre.

—Como le íbamos diciendo, habíamos pensado un generoso descuento para usted, según el porcentaje de artículos adquiridos por sus tiendas…

—¿Entonces no está casada? —Volvió a interrumpirle, esta vez se inclinó un poco más hacia delante, lo necesario para acercarse a Jane y que ella no pudiera evitarlo en su campo de visión.

—Hijo —le amonestó su padre—, no interrumpas.

—Lo que tú digas, papá —por el tono de burla estaba claro que seguiría haciendo lo que más le apeteciera.

La atmósfera se puso algo incómoda mientras pidieron los entrantes y el plato principal. Acompañados de la excelente comida, Kevin pidió una botella de vino que se fue vaciando a una velocidad vertiginosa. Su embriaguez soltó su lengua y un comentario inapropiado hizo que Red lo mirara con fijeza.

Definitivamente, otra insinuación a Jane y le saltaría los dientes.

—Deberías ir a despejarte un poco —le sugirió su padre, pero Kevin, mirando a Jane, apuró la copa y negó.

—Estoy bien aquí, gracias.

Jane, visiblemente molesta, intentó ignorarle y centrarse en la conversación de negocios que con toda probabilidad le llevaría a cerrar el trato esa misma noche. Con profesionalidad hablaron de sus productos estrella, de las manufacturas y de donde sacaban las materias primas.

—Criado en un rancho, veo que domina totalmente el tema —dijo Perry Wilson. Era todo un halago viniendo de un hombre como él, tan experto en caballos, como en ranchos. Había

dedicado toda su vida a su negocio y parecía amar ciegamente cuanto hacía.

—No podría ser de otra manera —le sonrió Red—. Es todo un cumplido viniendo de usted, sin duda un hombre que ama a los caballos.

—Tanto como los ama su familia —le sonrió Perry—. Los McTavish no solo sois conocidos en Montana, Red. Y me alegro haberle conocido en persona por fin, y que haya cumplido mis expectativas para así poder hacer negocios juntos.

Su hijo sorbió por la nariz, molesto porque su padre pareciera apreciar más a ese tipo que no conocía de nada que a su propio hijo.

Red lo ignoró, y los demás también.

—Mi padre nos enseñó todo lo que sabemos, aunque es muy cierto que Daril, mi hermano mayor, nos enseña más cosas cada día que pasa. Él es el primero en probar nuestros productos, y le aseguro que sus estándares de calidad son mucho más exigentes que el de cualquier agente independiente.

—Eso me deja más tranquilo —dijo Wilson—, está bien saber que no vendería nada que no quisiera para sus propios caballos.

—Así es.

—¿Y su familia se dedica en exclusiva a la monta de caballos? —preguntó el hijo, como si no le importara la respuesta. Después miró a Jane—. He oído que tienen un buen semental para la cría de potrillos.

Red apretó los dientes al ver que Jane se revolvía en la silla, incómoda más por la mirada de ese imbécil, que por el comentario.

—Nuestros potros son excelentes.

—Me alegro de que las yeguas disfruten de una buena cabalgada.

Jane puso rápidamente una mano sobre el muslo de Red y se apresuró a impostar una sonrisa. Era muy consciente de que ese imbécil iba a salir con un ojo morado y el labio partido como siguiera así.

Por supuesto, pensó Red, Jane tenía más luces que él para entender que no se lo podían

permitir.

—Supongo que no querrán postre —dijo Wilson, quien se había dado cuenta de lo mala idea que había sido traer a Kevin a la reunión.

—No, será mejor que nos marchemos, mañana debemos madrugar para volver a casa.

Mentira.

El señor Wilson asintió y miró a su hijo que miraba de forma lasciva a Jane. Se contuvo para no poner los ojos en blanco.

Sí, era su sucesor. Pero carecía totalmente de tacto. Lamentablemente para su padre, no era diplomático para los negocios, aunque había triunfado en algunos sin escrúpulos, y fracasado estrepitosamente en otros, como en aquel de querer hacer un parque temático de cowboys en Montana. Solo esperaba que los McTavish no se enteraran de que había sido idea de su hijo.

Perry Wilson se removió inquieto en la silla. Definitivamente quería firmar con Red McTavish, y haber permitido que su hijo fuera con él, había sido muy mala idea. Esa misma tarde había perdido en las apuestas y estaba de un humor de perros.

—Nos retiramos —anunció Red—, pero ha sido un placer conocerle, espero poder presentarle la propuesta definitiva esta misma semana, con los cambios que ha sugerido.

Jane sonrió ante las palabras de Red, era todo un diplomático, pero dejó de hacerlo cuando Kevin se inclinó sobre ella y rodeó el respaldo de su silla con el brazo, invadiendo su espacio personal.

—Pero aún es muy pronto —dijo, ladino— ¿No te gustaría que fuéramos a dar una vuelta…?

—Kevin —su padre le llamó la atención, pero él ni siquiera se inmutó. Solo dejó escapar el aire pausadamente.

—Como he dicho, tenemos que madrugar —aseveró Red.

—Pero se lo decía a ella.

Se batieron en duelo con las miradas, y Jane suspiró.

Estaba pensando en Mónica, seguro que diría algo escatológico como que estaban a punto

de iniciar un concurso de meadas.

Reprimiendo la risa, carraspeó.

—Creo que el señor McTavish tiene razón —dijo Jane, pero por desgracia el niñato no aceptaba un no por respuesta. Era un capullo de manual.

Cuando alargó la mano bajo la mesa y la puso sobre el muslo de Jane, antes de que Red pudiera darse cuenta, alcanzó la copa de vino y la volcó sobre el mantel a modo que cayera sobre la entrepierna de Kevin.

—¡Oh! —se disculpó Jane—, cuanto lo siento.

*No siento una mierda.*

—Pero… ¡Tenga más cuidado!  Me ha puesto perdido.

—Lo lamento —dijo Jane—. Parece que mi mano se ha vuelto torpe, o estaba donde no debía —esta última frase la dijo mirando a Kevin a los ojos, para que se diera cuenta de que la disculpa era más falsa que una moneda de madera.

—Maldita…

Jane se levantó y Red hizo lo mismo.

—Señor Wilson, ha sido un auténtico placer, quedan invitados a la cena.

—Por supuesto que no —dijo Wilson estrechándole la mano—, a esta cena están invitados ustedes, y espero que no pase mucho tiempo antes de volvernos a ver.

Después de despedirse de Perry Wilson y antes de que Kevin pudiera ponerse en evidencia como el niñato que era, Red tomó la mano de Jane y tiró de ella hacia la salida.

—¡Por Dios…! —dijo nada más atravesar las puertas acristaladas— jamás he tenido tantas ganas de partirle la cara a alguien.

Jane empezó a trotar, sus piernas eran largas, pero Red era demasiado alto como para seguir su paso acelerado.

Se le escapó una risita incontenible a causa de su mal humor.

—Coincido contigo, vámonos de aquí —le dijo a Red antes de que alguno de los Wilson pudiera detenerlos.

# Capítulo 9

Rieron durante el trayecto de vuelta al hotel, pero sólo al pasear por el gran paseo, rodeado de vegetación y terrazas a rebosar, fueron realmente conscientes de que el complejo estaba a su máxima ocupación. A Red no le extrañaba nada que no hubieran tenido una habitación extra donde poder quedarse. Aunque ciertamente, no le importó lo más mínimo compartirla con Jane.

Más bien todo lo contrario.

Aunque tenía que reconocer que le daba miedo. ¿Y si no era capaz de controlar sus emociones y Jane se daba cuenta de lo que realmente sentía por ella? Eso sería un total y completo desastre.

Frunció el ceño y Jane, al notar su inquietud, ladeó la cabeza, interrogante.

—Un dólar por tus pensamientos —le dijo, haciendo que él la mirara con una sonrisa.

—Estaba pensando que hace una noche preciosa.

Y ciertamente, así lo pensaba: la noche era increíblemente agradable y, a decir verdad, Red no sabía si era por la compañía o porque la temperatura era ideal para un paseo nocturno bajo las estrellas.

*Pero tú, mi Jane, la haces más hermosa todavía.*

Mientras avanzaban por el sendero, unos niños que no superarían los siete años de edad, pasaron corriendo y gritando a su lado en una persecución amistosa. Cuando uno empujó a Jane sin querer, esta no tuvo más remedio que agarrarse al brazo de Red para no caerse.

Ambos rieron mientras sus padres los amonestaban, pero en secreto agradecidos de que hubiese sucedido, pues eso había dado pie al contacto que podían fingir casual, pero que era más que deseado.

También se dieron cuenta de que, mientras seguían andando, el brazo de Jane continuaba

entrelazado al de él. Pero ninguno hizo ademán de cambiar la situación y frenar el contacto físico.

—Tienes razón. Es una noche maravillosa —suspiró Jane.

—Hubiera sido perfecta si no fuera por la presencia de Kevin Wilson.

Ella empezó a reír de nuevo.

—Te juro que pensé que le ibas a partir la cara.

Red la miró muy serio.

—Es que iba a partírsela —aseguró.

Una nueva risa desinhibida hizo que la noche siguiera valiendo la pena.

—Eso habría sido una mala idea.

—No sé si quiero trabajar con ellos —reveló Red, pensativo. Hecho que la sorprendió.

—¿Qué? ¿Por qué no? Si todo son ventajas. Además, no es que tengamos que volver a ver a ese idiota. Su padre creo que ha aprendido la lección.

—¿Qué lección? —prosiguió él, y Jane se dio cuenta de que estaba dolido— ¿No llevar a un imbécil a una cena de negocios?

—Podríamos decirlo así —dijo intentando quitarle hierro al asunto. Aunque pensaba que Red tenía razón, prefería no ahondar en el tema. Como ambos habían convenido, la noche era demasiado hermosa para perder el tiempo hablando de ese imbécil.

—Créeme, ese niñato querrá volver a verte. —Red la miró con intensidad mientras esas palabras calaban en ella.

—¡Red!

—¿Qué? Es cierto —se encogió de hombros—. Estaba claro que esta noche lo que quería hacer contigo no era precisamente utilizar su bolígrafo para firmar un contrato.

—Si no te conociera diría que estás haciendo un paralelismo entre su bolígrafo y su pene.

—Con gusto se los hubiera metido los dos por el…

—¡Red! —exclamó, escandalizada—. Has bebido mucho vino ¿verdad?

—No tanto como ese niño de papá.

Pasearon por los jardines iluminados por la luz de la luna. Esa noche de verano era perfecta, el ambiente era cálido, pero una brisa fresca se había levantado y jugaba con las hojas de las palmeras, su sonido era relajante y embriagador. La tensión que habían arrastrado en la cena, al fin se había disipado del todo.

Al recorrer algunos metros más, en el aire flotó el ritmo fluido de un saxofón. Jane cerró los ojos, le encantaba ese instrumento y Red lo sabía. Esquivaron a las parejas que habían salido a disfrutar de la noche, y cuando llegaron cerca de la terraza donde el músico solitario amenizaba la velada, Red la tomó de la mano, haciendo que abriera los ojos, sorprendida.

—Red…

Tiró de ella y, con gesto caballeroso, le envolvió la cintura con un brazo.

—Baila conmigo. —No fue una orden, más bien una tierna petición a la que ella no puso objeción alguna.

Se dejó envolver por el sonido del saxofón y por el calor que desprendía el cowboy. Oh, si el supiera todo lo que la hacía sentir… Se inclinó hacia él y apoyó su mejilla en el pecho, dejándose mecer al ritmo que marcaba el músico experimentado. Pudo sentir los latidos de su corazón y supo que su pulso se acompasaba al suyo. Era agradable y su efecto, calmante. Ese hombre le daba la paz que no tenía en el día a día.

Red fue consciente de que la noche había tomado otro rumbo, no del todo inesperado, pero sumamente atrayente.

¿Quién le hubiera dicho que estaría bailando con la mujer de sus sueños bajo la luz de la luna? Se fundió con ella y disfrutó del momento, del ambiente que los envolvía

Nadie más existiera a su alrededor. Era una noche mágica. Jane, era mágica.

Red la miró con una mezcla de ternura y anhelo, pero ella seguía sumergida en la música y en el roce de la mano en su cintura.

Guio el baile improvisado, hasta que ella despegó la cabeza de su pecho al escuchar su corazón latir aún con más fuerza. Abrió los labios para decirle algo, pero se quedó sin palabras al ver aquellos ojos azules mirándola con una expresión nueva que no había visto antes. ¿Deseo?

¿Pasión? ¿Anhelo? ¿O acaso se lo estaba imaginando?

Carraspeó y los nervios hicieron que diera un paso hacia atrás. Torpe como ella sola, se enredó con sus propios tacones. A punto estuvo de caerse de culo si no fuera porque los fuertes brazos de Red la envolvieron evitándole un buen batacazo.

—¿Estás bien? —le dijo sonriente, sin duda burlándose por su torpeza.

—Podría estarlo más, sin sentir la vergüenza de ser tan patosa.

Ambos rieron, pero Red no la soltó.

—Me encanta tu torpeza, es entrañable —le dijo en un tono confidente.

—¿También cuando te traigo el café con sal en vez de azúcar?

—Eso puedes ahorrártelo, pero sé que no lo haces con maldad.

Esas miradas, esos gestos entre ambos… No podía decirse que no tuvieran una relación especial. Y había ocasiones como aquella, que parecía más especial que nunca.

Amaba a esa mujer, la deseaba, pero era consciente que ella tenía otras cosas que hacer en esos momentos, mucho más importantes como para iniciar una relación con su jefe.

Sería paciente. Era lo único que Red podía hacer para no asustarla.

En verdad la quería, y estaba dispuesto luchar para tenerla, pero para eso, necesitaba hacer las cosas bien.

—¿Nos vamos? —preguntó ella, mordiéndose el labio inferior.

En ese instante Red se dio cuenta de que aún la abrazaba. La puso en vertical y le dedicó un guiño.

—Por supuesto. ¿Una peli?

Ella pareció pensarlo.

—Bien, pero elijo yo —dijo enfurruñada—. Tú… tienes un gusto terrible.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó ofendido mientras la soltaba y emprendían de nuevo el camino.

—¿Tren a Busan? —hizo una mueca.

—¡Por el amor de Dios! Es un clasicazo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Más bien una peli de culto, sobrevalorada y que solo les gusta a los frikis amantes de lo bizarro oriental.

—Habló a la que le gustan los coreanos.

Ofendida, abrió la boca y lo señaló con el dedo índice.

—¡Eh! Deja a mis coreanos en paz.

Cuando llegaron a la habitación ya se habían decidido por una película de Sandra Bullock que Red puso después de que ambos se hubieran cambiado de ropa. Él no dijo nada sobre sus calcetines de gatitos, y el corto pijama de pantaloncitos diminutos de color amarillo y azul eléctrico. Ella tampoco sobre su pijama de seda, de dos piezas de un color negro que parecía atrapar la luz.

Él carraspeó cuando se sentó a un lado de la cama y ella en el otro. Mientras Jane se reclinaba contra dos grandes almohadones, Red se sentó tieso contra el cabecero de la cama. A los diez minutos de película, Jane intentó centrarse en la película y no en lo grande que parecía Red, a pesar de que aquella cama era enorme. Parpadeó confusa y frunció el ceño.

Se incorporó.

—Esto no es una peli romántica.

—No —Red se encogió de hombros—. Creo que es de alienígenas y ella va con los ojos vendados…

Jane gimió.

—Déjalo, no me interesa sufrir una apoplejía por una de tus pelis de terror gore.

—No es de terror, ni gore…

Jane se había vuelto a tumbar en la cama, pero esta vez quitó las almohadas cuadradas y las lanzó a sus pies. Se quedó solo con una rectangular que abrazó mientras fingía ver la peli, apoyada contra el cabecero.

—¿Quieres que la cambie? —propuso.

—No —respondió, somnolienta.

En realidad, no le importaba la película, solo era una excusa para no quedarse encerrada con Red en la misma habitación, y poder pensar en algo más que no fuera comérselo a besos o arrancarle la ropa.

Oh, sí… arrancarle ese pijamita de niño pijo. Suspiró, acurrucándose mientras se le cerraban los párpados y seguía fantaseando.

—Mmm… —ronroneó, captando la atención de Red, pero ella no se dio cuenta— de niño bien.

Red se giró hacia su asistente, y la bio entreabrir los labios para después cerrarlos.

—¿De niño bien, ¿qué?

Jane no respondió hasta mucho después.

—Pijamita —dijo gangosa y siguió con los ojos cerrados, dejando que el sueño la venciera, o más concretamente sus fantasías.

Red rio mientras se deslizaba sutilmente hacia ella, pero sin dejar de mirar la película.

La mente de Jane estaba volando. Sí, desnudarle le hubiera gustado más que ver esa película fantasiosa y absurda. Aunque también se libraba de que en cualquier momento apareciera en pantalla una escena subida de tono que le hiciera recordar lo que podría estar haciendo con su jefe, pero que era demasiado cobarde para proponer.

Volvió a suspirar y, cinco minutos después… empezó a roncar.

El cuerpo de Red se relajó al verla tan despreocupada. Sí, hacía unos ruiditos de lo más extraños cuando respiraba, pero era una monada.

Se deslizó más hacia abajo, hasta que su cabeza quedó a la misma altura que la de ella.

—Eres preciosa —le acarició la frente, donde se había golpeado y se alegró de que el chichón no fuera tan visible como había supuesto—. Eres torpe, pero una profesional de primera.

Sí, esos nuevos contractos de expansión, habían sido todo mérito de ella. Y cuando le contara lo de su nuevo producto, sin duda Jane sería capaz de hacerle multimillonario.

—Yo… ¿sabes? No solo te quiero como amiga —se atrevió a decir, ahora que ella estaba en estado comatoso.

Todavía dormida, Jane tomó una fuerte inhalación y se acercó un poco más al calor que el cuerpo de Red desprendía. Acurrucándose contra él, rodeó su cintura con un brazo, mientras su mejilla buscaba donde descansar. Finalmente lo hizo sobre su pecho, mientras él la abrazaba.

Se quedó inmóvil, intentando no mover ni un solo músculo. Hasta que pasaron unos minutos no se dio cuenta de que estaba profundamente dormida y que esa era la posición en la que seguramente pasaría la mayor parte de la noche.

A él le parecía estupendo.

Sonrió antes de apagar la televisión y cerrar los ojos, sintiendo el calor de su cuerpo y la respiración profunda de Jane.

Era el paraíso.

Y así se quedó dormido.

# Capítulo 10

Jane se despertó muchas horas después, al notar un cuerpo cálido y duro contra el suyo. Podía oír su corazón, cómo el pecho subía y bajaba bajo su mejilla. El calor que desprendía su piel.

Estaba soñando, suspiró dibujando inconscientemente una sonrisa. Sí, sin duda aquello tenía que ser una de sus excitantes fantasías.

Sin abrir aún los ojos, movió las piernas, o al menos lo intentó, porque fue incapaz. Una de ellas estaba encajada en… ¿en qué? Respiró hondo mientras intentaba despegar los párpados, poco a poco entrando en la realidad. Cuando logró hacerlo, y reconoció de quien era ese cálido cuerpo sobre el que estaba, abrió un poco más los ojos. Entrando en pánico.

No, aquello no era un sueño.

Red estaba profundamente dormido boca arriba y ella, con la mejilla sobre su pecho, había encajado la pierna entre sus muslos y…

—Dios mío —jadeó. ¡Estaba apretada contra el cuerpo duro de su jefe!

Se quedó mirándolo con la boca abierta. Duro, era el adjetivo perfecto.

Su corazón había empezado a latir tan rápido que pensó que el sonido podría despertarle.

Había estado durmiendo pegada a su costado, con su muslo encajado ahí, tan cerca de…

—No, no, no… —gimió, al ver lo abultado de su entrepierna— ¡Oh, Señor!

Despegó la mejilla de su pecho y de repente, se le paró el corazón.

¡Había estado babeándole encima!

Una mancha de humedad en el inmaculado pijama de Red, le dio la respuesta. Sí, definitivamente era la mujer menos sexy del planeta. Había tenido la oportunidad de dormir entre los brazos de su cowboy, y lo único que había hecho era babear sobre su esculpido torso y

meterle un muslo entre las piernas.

Se alejó unos centímetros, levantando la mano de su pecho, donde había reposado un largo rato, pero se congeló en el aire cuando Red protestó.

—Mmmm… preciosa…

Ella abrió los ojos como platos.

¿Preciosa? ¿Quién era preciosa? ¿Se lo decía a ella?

—Deja que te monte…

*¿Qué mierda…?*

No soñaba con ella, ¿verdad? sino con una yegua. ¡Pues menuda decepción!

*Oh, bueno, ¿Y qué esperabas, Jane?* Aunque en sus fantasías o en sus anhelos, él podría montarla cuanto quisiera. Se tragó un suspiro.

—Eres tan sexy —balbuceó Red.

Jane alzó una ceja.

En fin… quizás no estuviera soñando con una yegua después de todo. ¡O eso esperaba!

Los muslos de Red apretaron el suyo, que seguía aprisionado ahí, junto a algo duro que la rozaba… Al percatarse de lo que se trataba, abrió la boca y acto seguido sintió un latigazo de electricidad en su sexo.

No, eso no podía estar bien. ¡Él estaba dormido, soñando con a saber quién y ella se estaba poniendo cachonda!

Se puso a sudar cuando lo escuchó gemir de nuevo y se revolvió, ondeando las caderas.

¡Oh! Esto no podía estar pasando. Pero pasaba, vaya si pasaba, y esa protuberancia bajo el vientre de Red, no hacía más que crecer… y crecer…

—Ponte en cuatro p…

—¡Joder! —gimió, sintiendo un fogonazo de deseo.

El corazón empezó a palpitarle entre las piernas, de solo imaginarse a Red pidiéndole que se pusiera boca abajo, apoyada sobre sus manos y rodillas, y le dejara hacer lo que quisiera.

Se mordió el labio inferior y volvió a poner su mano sobre su pecho. Sin poder evitarlo,

empezó a acariciar aquella calidez que desprendía el pijama de seda que envolvía el perfecto cuerpo de ese cowboy. Observó sus labios entreabiertos y sus párpados completamente inmóviles.

—Tú sí que eres sexy —le susurró.

Fue entonces cuando Red se revolvió y abrió los ojos.

¡Joder! Con el corazón a mil por hora, Jane cerró los suyos y dejó caer la cabeza contra su pecho.

Se hizo la dormida, mientras sus mejillas se encendían como un farolillo chino.

Mierda, ¿cómo podía ser tan torpe? ¡Casi la había descubierto mirándolo como una pervertida!

Red pareció despertar y con ternura le apartó el cabello de la cara.

—Buenos días —susurró, haciendo que girara entre sus brazos y desencajando la pierna que ella tenía entre las suyas.

Jane no abrió la boca, ni siquiera hizo ningún movimiento después de rodar sobre sí misma y acurrucarse en el otro extremo de la cama.

Su corazón latía desbocado, pero se sentía a salvo a cierta distancia. Red no la había pillado observándole, menos mal, ni sabía que desde que se había despertado fantaseaba con el cuerpo desnudo que había bajo ese pijama de seda. Mmmm… y ella sabía bien lo que había. Un cuerpo sexy que le hubiera gustado lamer y morder. Chupar y…

¡Basta!

Se quedó un largo minuto sin moverse, pero le extrañó que él tampoco lo hiciera.

¿Era posible que siguiera medio dormido, o que definitivamente no se hubiera despertado?

Con sumo cuidado, Jane alzó la cabeza y miró por encima de su hombro.

Red seguía boca arriba, esta vez con las piernas abiertas, los brazos extendidos y los ojos cerrados, ocupando prácticamente toda la totalidad de la cama. ¡Y sí! ¡Había levantado por completo su tienda de campaña!

Jane se puso como un tomate, se giró de nuevo y, justo en ese momento, él rodó sobre su costado y logró alcanzarla. La abrazó por la cintura, mientras pegaba sus caderas a las de ella, haciendo la cucharita.

Paralizada por el súbito contacto, se concentró en su respiración superficial. Apenas la pudo controlar al sentir aquella enorme dureza en su trasero. Apretó los puños y atrapó su labio inferior entre los dientes, pero no fue hasta que notó la presión que soltó un gemido involuntario.

*¿Pero qué coño…?*

Red empezó a frotarse contra ella.

*¡Oh! ¡Jesús Bendito!*

—Estás muy… caliente —escuchó que le decía.

Jane podía sentir también su cálida respiración en su cuello y las palabras de ese hombre vibrando en su piel.

Lo que le estaba haciendo era una tortura. Sus roces, sus manos posesivas, acercando su cuerpo al suyo, y su miembro duro, rozándose contra sus nalgas… Era más de lo que Jane podía soportar.

—Buenos días —susurró de nuevo Red, ininteligiblemente.

Ella, cachonda hasta límites insospechados, no sabía si debía contestar y acabar con ese trance o darse la vuelta y montarlo como si no hubiera un mañana.

Decidió que iba a hablar hasta que su cuerpo se tensó por completo cuando él ajustó más sus caderas y pudo notar aún más la protuberancia iniesta en su trasero.

¡Oh, señor! ¡Era enorme!

*Jane, piensa… ¿qué hago? ¿Le despierto? ¿Me escabullo de la cama? ¡¿Qué demonios hago?*!

Mientras él seguía gimiendo y frotándose contra sus nalgas, Jane solo pudo cerrar los ojos y sentir como todo su cuerpo se estremecía de arriba abajo.

Cielos, sabía muy bien qué quería hacer, nunca, jamás había estado más segura de algo. Estaba súper cachonda y la única idea que podía rondarle por la cabeza en esos momentos era

quitarse las bragas y cabalgar sobre ese semental hasta acabar exhausta.

—Oh, Jane… —él volvió a jadear mientras le metía la mano bajo la camiseta de tirantes.

Sintió la calidez de esa palma, surcando su piel hasta encontrar el monte generoso que apretó con fuerza. Instintivamente, la espalda de Jane se curvó, mientras Red clavaba la nariz en su cuello, para aspirar su aroma.

Ella, tremendamente excitada, pegó aún más el trasero contra su enhiesto miembro y gimió, retorciéndose bajo su toque.

De pronto, la mano masculina abandonó su pecho y empezó a bajar, esta vez hacia su vientre. Se entretuvo dando suaves roces alrededor de su ombligo, mientras ella seguía frotándose contra su erección. Finalmente, Jane ya no pudo soportarlo más. Abrió las piernas para que se encajara en esa zona.

Gimió retorciéndose, mientras los dedos de Red se abrían paso por el elástico de sus pantaloncitos del pijama.

Ronroneó. Oh, era su sueño hecho realidad, despertar con Red y… dejarse acariciar hasta rendirse al placer.

Pero… ¡Eso tenía que estar mal! Él no sabía lo que estaba haciendo, era evidente que seguía dormido y... Oh, pobre Red. ¿Se estaría aprovechando de él?

Sus pensamientos perdieron el hilo cuando de pronto, los dedos masculinos se abrieron camino hacia sus labios inferiores, y los abrieron con suavidad.

—Oh… —contuvo el aliento mientras su boca abierta intentaba no soltar ningún ruido.

Echó el cuello hacia atrás y abrió un poco más los muslos para dar más fácil acceso a ese roce maravilloso. ¡Oh! Joder… El suave y excitante toque de Red, acariciando su húmedo sexo, provocó que gimiera involuntariamente.

Se tapó la boca con las manos para no gritar. Red seguía frotándose contra ella. También gemía y podía notar su aliento en la nuca, haciendo que toda su piel se erizase de la excitación.

Pero su mano abandonó su sexo y empezó a subir de nuevo por su vientre. Jane seguía totalmente excitada cuando las yemas de dos de sus dedos empezaron a juguetear sobre su pezón.

Lo pellizcó, al tiempo que ondeaba de nuevo las caderas, frotándose contra sus nalgas e intentando clavarse en ella.

—Oh… Red —gimió Jane, tan cachonda como no había estado en años.

Pero fue en ese momento que pronunció su nombre que el apretón sobre su pecho se hizo más fuerte, cuando las caderas se impulsaron hacia delante y…

De repente, él se quedó terriblemente quieto.

Jane, notó su respiración en el cuello y, acto seguido, lo oyó expulsar un gemido de pánico.

De pronto, el cuerpo de su jefe salió propulsado fuera de la cama y Jane escuchó un graznido de horror.

—¡Lo siento! —exclamó él, ya completamente despierto—. Estaba… estaba…

*Más lo siento yo, créeme.*

Jane se dio la vuelta sobre sí misma y se incorporó, quedando sentada sobre la cama. No quería ni pensar en el color que tendrían sus mejillas en esos momentos. De seguro que parecería un tomate. No se atrevía ni siquiera a mirarle a los ojos.

—No te preocupes —logró decirle al fin, azorada y sintiendo aún las manos y el calor del cuerpo de Red contra el suyo—. Yo… —soltó una risita que pareció más bien el graznido de una gaviota afónica—, también estaba en el limbo… No me he dado cuenta de nada.

¡Y un cuerno! Había sentido cada roce, en uno de los momentos más excitantes de tu vida y lo peor de todo es que sigues más cachonda que una mona.

Red seguía excusándose y ella aún se resistía a mirarle.

—Usaré el baño primero, si es que tú… —le dijo.

—Por favor —respondió él, y después le hizo un gesto con la mano para que entrara. Necesitaba estar solo y le daba igual donde.

Jane se levantó de la cama como impulsada por un resorte y, sin atreverse aún a mirarle, entró, cerrando la puerta tras de sí.

Cuando salió del baño quince minutos después, ya vestida y maquillada, él seguía

intentando ocultar su incomodidad. Le sonrió sin darse cuenta de las circunstancias que él estaba travesando.

Lo vio rascarse la cabeza y no pudo evitar sonreír con ternura. Ese era un gesto que todos los McTavish hacían cuando se ponían nerviosos.  A Jane siempre le había parecido súper tierno.

—Voy a darme una ducha —dijo él, atropelladamente.

—Claro, adelante.

Pasó por su lado casi a trompicones y llegó hasta el baño. Una vez dentro, cerró la puerta y apoyó la espalda en esta.

*Joder, Red… ¿qué cojones acabas de hacer?*

Bajó la cabeza y al ver el bulto de sus pantalones, exclamó:

—¡Mierda!

*Estás jodido, bien jodido.*

# Capítulo 11

El corazón de Red latía a mil por hora, mientras su espalda seguía pegada a la puerta, como si ese débil muro de madera pudiera protegerlo del embrujo de Jane.

Cerró los ojos con fuerza y se maldijo: Jane habría de estar muy ciega para no darse cuenta del deseo arrollador que sentía por ella. Y él era un iluso que debería haber supuesto, no solo que se empalmaría de buena mañana en esa habitación compartida, sino que, al estar en la misma cama, por instinto su cuerpo buscaría el suyo.

Se dio la vuelta, apoyó las palmas en la puerta y golpeó la madera, repetidas con la frente.

No debería haberlo hecho.

—¿Red? ¿Estás bien?

Él se apartó varios pasos de la puerta del baño, como si de repente esta quemara.

—Sí, lo siento. Voy… voy a ducharme.

—Esta bie… —el sonido del teléfono fijo de la habitación la interrumpió.

Seguramente serían sus hijos, porque se recordó que Jane tenía una vida que no era estar siempre con su jefe para cerrar un trato.

Se lavó los dientes mientras esperaba para ver si esa cosa bajaba. Se miró la entrepierna, pero, no. ¡No hubo suerte!  Al parecer, su cuerpo tenía otros planes.

Unos minutos después, Jane le habló desde el otro lado de la puerta.

—Te espero aquí —le dijo con una voz audible—, tengo que hacer unas llamadas.

—De acuerdo —Respiró, maldiciendo su suerte. Si estaba al otro lado de la puerta no podría hacer ruido mientras se… aliviaba.

Se quitó el pijama de seda y se metió bajo el agua helada de la ducha.

Su maldita erección le saludó, hinchada y dura. No parecía tener ninguna intención de languidecer sin ayuda. Chasqueó la lengua y apoyó la frente contra los azulejos.

Un caballero no hacía eso. No se empalmaba mientras su asistente estaba dormida, ni se restregaba contra ella, ni le agarraba sus…

—Oh, joder…

Sí, tenía una obsesión con sus pechos. No es que fueran los más grandes del mundo, ni los más pequeños. Es porque… eran perfectos. ¿Cuántas veces no había soñado con…?

Gruñó cuando su polla dio un brinco y tuvo que agarrársela.

Puede que intentara encontrar mil excusas, pero a su mente le daba igual, seguía ahí, en ese momento en el que memorizó el tacto de sus pechos, de su pezón inhiesto atrapado entre el índice y el pulgar.

¡Oh! Qué imagen más erótica.

Siguió acariciándose, de la forma en que pensó que lo haría ella. Concienzudamente.

Cerró los ojos y se dejó llevar por sus fantasías. Ella quitándose su pequeña camiseta de tirantes, revelando sus pechos, altos y plenos.

—Red, eres un maldito pervertido.

¿Cómo podía hacer eso y luego mirarla a la cara mientras se tomaba su café? Pues de la misma forma que se había masturbado pensando en ella durante la última década.

Se mordió el labio y gimió, mientras sus caderas se propulsaban hacia delante.

Había soñado tanto con ella, en tumbarla sobre la mesa de su oficina y devorarla. Pasar su lengua de arriba debajo de su cuerpo, solo para complacerla, para hacerla gozar.

¿Cómo sería Jane en la cama? No lo sabía, pero deseaba que disfrutara de cada cosa que quería hacerle. Y, ¡Oh! Quería hacerle muchas cosas.

Aumentó el ritmo de su mano. Estaba dura, y quizás lo estuviera desde anoche cuando ella se quedó dormida, acurrucándose contra él.

Sin duda había tenido un sueño erótico, ella desnuda, solo con su sombrero de cowboy.

—Joder… eres un pervertido —se dijo de nuevo con la voz entrecortada, mientras el agua recorría su piel, lamiéndolo, como si fuera la lengua de Jane, haciendo que el tacto de la palma con su miembro, cubierto de jabón fuera más suave y placentero.

Sí, penetrándola sin descanso, al tiempo que ella bajaba y su carne chocaba con la de ella. Si se concentraba, podía escuchar el sonido de sus cuerpos, la respiración de Jane entrecortada, para después gemir mientras echaba la cabeza hacia atrás, sujetándose el sombrero blanco para que no se le cayera. ¿Y sus pechos? Perfectas montañas rebotando sobre él. Sus senos plenos bajo las palmas de sus manos, coronados por esos pezones tan duros como dulces.

Otro gruñido, para después abrir la boca y dejarse arrastrar por la imagen de él apretándolos, adorándolos como ella se merecía, y hasta… metiéndoselos en la boca.

—Oh Dios.

Podía imaginar el sonido de su succión, el tacto de su duro pezón en la lengua. Su piel, cálida y suave. En su fantasía, los lamió, rodeando la cima con su lengua, para después metérselo en la boca y chupar, y chupar…

—Ah. —Iba a correrse.

¿Un hombre podía correrse solo por tener esos pechos en la boca? Sí, podía hacerlo si eran los de Jane.

Y si encima los hacías suyos mientras la penetraba…

—Aaaaah… Joder.

Cerró los ojos mientras seguía tocándose, acariciándose, envuelto en esa excitante fantasía. Hasta que los abrió para encontrarse aún bajo el agua tibia.

Apoyó una mano en los azulejos y con la otra aumentó el ritmo. Miró como el líquido elemento se escurría por el desagüe y se la imaginó a sus pies, mirándole con esa sonrisa pícara y tomándolo en la boca.

—Oh, Jane…

Esos labios dulces y rosados, plenos. Empezó a convulsionar cuando se los imaginó entreabiertos, tomándolo con suavidad. Introduciéndosela en la boca, cada vez más adentro. Chupando como él habría chupado sus pechos.

Oh, como le gustaría tenerla de rodillas. Sí, era un maldito pervertido. Se imaginó haciéndolo, mirándola mientras su polla entraba y se perdía en el interior de su boca. Aumentaría

el ritmo, para después aminorarlo, y poder disfrutar de sus gemidos, para que ella volviera a asaltarlo con fuerza.

—Oh, sí —se mordió el labio y por fin salpicó todos los azulejos de la ducha que se encontraban al alcance de su chorro espeso.

Al salir de la ducha, se guardó mucho de anudarse bien la toalla esta vez. Vio a Jane entrar en la terraza y desde allí le sonrió.

—¿Todo bien? —le preguntó, saliendo del cuarto del baño.

Ella parpadeó y se sonrojó al ver su torso y su pelo, revuelto y húmedo. A Red no le pasó desapercibido como se humedeció los labios con la lengua y tuvo que apartar la mirada. Carraspeó mientras rebuscaba en su equipaje su ropa interior y se volvía para tomar el traje que había colgado convenientemente en el armario.

—Ha llamado el señor Wilson —dijo Jane entrando en la habitación.

Red se volvió hacia ella soltando el traje sobre la cama y mirándola como si esperara que continuara hablando.

Por su parte, Jane iba a decir algo… lo tenía en la punta de la lengua. Pero era muy difícil concentrarse con Red vestido solo con una toalla, bajo la cual ella sabía perfectamente lo que escondía.

Se tocó la sien donde se había golpeado, evitando mirar ese fuerte pecho, que tenía el poder de enloquecerla.

—Sí, esto…

—El señor Wilson —le recordó Red con una sonrisa.

—Sí. Nos pide que nos quedemos otro día. Ya sabes… hay rodeo, y quiere probar nuestros accesorios en sus caballos para la competición.

Red parpadeó.

—¿De veras? Eso…

—¡Es estupendo! —exclamó ella, ampliando su sonrisa—. Está convencido, y se convencerá aún más cuando pruebe nuestra calidad. Deberías animarte.

Los labios de Red se curvaron en una verdadera sonrisa.

—Estoy animado.

—Genial.

—Y… —algo pareció preocupar el cowboy que miró la suite, recorriéndola con la mirada —. ¿Habrá sitio para quedarnos una noche más?

—Sí, eso también está arreglado —parecía muy aliviada cuando dijo—: Algunos huéspedes se marchan después del rodeo, así que tendremos una para cada uno. ¿No es genial?

Red asintió sin saber que decir.

Por una parte, era un alivio, no habría empalmamiento involuntario. Pero por otra…

—Estarás más cómoda sin que te acose.

Los dos se quedaron mirando fijamente. Jane abrió la boca para decir algo y Red se maldijo porque la broma no había funcionado. Quizás porque había usado un tono demasiado serio. La vio con las mejillas encendidas y balbuceó algo.

—Era una broma. No me ha importado compartir la cama contigo.

—Ya —dijo Jane, aún azorada—. Sí, yo…

—Siento si esta mañana… —¿Qué iba a decirle que sentía haberle metido mano estado medio inconsciente?

—No ha pasado nada —le repitió ella.

—Sí —pero Red no estaba muy convencido—. No ha pasado nada.

—Ahora… —lo recorrió con la mirada, ruborizada—. Vístete —dijo tragando saliva como si de pronto se hubiera dado cuenta de que él estaba desnudo—. Y vayamos de rodeo.

—De acuerdo.

La alegría de Jane era contagiosa, y cuando ella pasó por su lado para retocarse el maquillaje en el baño, él se apresuró a vestirse.

Empezaba un nuevo día y esperaba firmar el dichoso contrato y regresar a casa, lejos de

Jane, donde podría respirar.

# Capítulo 12

Llegaron al sitio indicado una hora después de desayunar. Las competiciones se sucederían durante todo el día, pero el señor Wilson los había citado a las once. Al parecer, había hecho una gran apuesta por uno de sus chicos, y es que Perry Wilson, no solo se dedicaba a sus tiendas de suministros, sino que era dueño de varios caballos que competían en las grandes ligas. Esa competición regional era un boleto seguro para la estatal, y de ganar, el señor Wilson estaría de buen humor para recibirlos.

—Un rodeo tejano, es como una experiencia religiosa —le comentó Red a Jane, mientras esquivaban a los aficionados que gritaban excitados—. No solo se trata de deporte, es más por la tradición y por eso de competir para dejar claro que eres el mejor en todo.

Desde luego a Jane le encantaba la hospitalidad sureña y la pasión que sus gentes sentían por disfrutar del día al aire libre. Daba igual lo que fuera, carreras de caballos, monta de toros, carrera de barriles, lazo de becerros… picnics. Si había buena música, comida y ganas de demostrar algo, sin duda ahí estaba un cowboy.

El AT&T Stadium era mítico.

Jane miró la arena batida en el suelo de la pista cuadrada, del tamaño de un campo de rugby. A su alrededor, en las gradas, la gente empezaba a corear a sus favoritos. Una pantalla gigante justo en el centro, proyectaba desde varios ángulos anuncios publicitarios, entre ellos, la marca de Red. Pronto sonaría el country y después, cuando la competición empezara, mostraría a cámara lenta los mejores momentos de la velada. El lugar era enorme, tanto que muchos habían ido preparados con sus prismáticos.

Aunque en el pabellón cubierto era donde se llevaría a cabo la monta de toros y la doma de caballos, ahí les esperaba todo un espectáculo. La primera carrera estaba a punto de empezar. La multitud estaba más que animada, la música country apenas se distinguía sobre el rugido de la

muchedumbre.

Pero antes de la carrera, empezó el desfile de los cowboys, con sus sobreros vaqueros y sus atuendos, algunos de lo más estrambóticos. Jane se acordaba de haber visto a dos nativos americanos con largas bandas fluorescentes atadas a sus brazos, antifaces y chorreras de cuero con largos flecos que se movían a su paso. Llevaban el pecho descubierto y pintado como si fueran a la guerra. Y aunque las carreras eran pura adrenalina, Jane adoraba la monta de broncos. Una vez vio competir a Red, a quien ahora miró de reojo con su inmaculado traje azul. Había estado esplendido. Valiente y ágil.

Si era sincera consigo misma, ese día lo pasó francamente mal. No estaba preparada para verlo lidiar con un enorme toro. Era un deporte de sumo riesgo y cualquier distracción o caída podía resultar fatal. Suspiró, mientras sentía que su corazón bombeaba cada vez la sangre más caliente, hacia lugares que últimamente habían estado muy desatendidos. Bueno, no tan desatendidos si pensaba en el despertar de la mañana.

Red se dio cuenta de su escrutinio y le devolvió la mirada, algo que hizo que ella le diera un codazo, como si no tuviera importancia que se lo hubiera estado comiendo con los ojos durante los últimos cinco minutos.

—Ojalá tus hermanos estuvieran aquí —le dijo Jane.

—Sí, aman estos eventos.

—¡Como si tú no lo hicieras! —se burló ella.

—Es verdad los adoro, pero prefiero verlo todo desde la seguridad de las gradas.

Ella entrecerró los ojos, no dijo nada, pero esa modestia era totalmente innecesaria con ella. Jane lo había visto montar, correr junto a sus hermanos, echar el lazo a los terneros, domar potros… Sabía lo que era capaz de hacer Red sobre un caballo.

*Deja que te monte.*

Las mejillas de Jane se incendiaron al recordar lo que le había dicho aquella mañana mientras aún estaba dormido.

Carraspeó, y eso captó la atención del cowboy.

—¿Estás bien? —preguntó, inclinándose hacia ella, pues el griterío era ya ensordecedor.

—Sí —Jane se abanicó con la palma de la mano—, solo tengo un poco de calor.

—Vamos a por unas bebidas —le dijo, tomándola de la muñeca y arrastrándola entre el gentío—, después de hidratarte, podemos regresar a nuestros asientos.

Ella no protestó. Tomarla de la muñeca no era un gesto tan íntimo como tomarla de la mano, pero se sintió protegida, esquivando hombres altos con sombrero de cowboys y botas tejanas.

Después de tomar un par de refrescos, regresaron al graderío.

—Esto es impresionante —suspiró Jane—. Phiona se moriría por estar aquí.

—Ya lo creo. —Red miró la arena y sintió cierta tristeza—. Y lo que Edgard daría por estar ahí…

Su pierna no había mejorado, y mucho se temía Red que el dolor crónico le estaba agriando el carácter. Necesitaban hacer algo, Daril y Phiona estaban buscando un especialista, quizás un fisioterapeuta que pudiera estar en el rancho las veinticuatro horas del día mientras se obraba la recuperación.

—En cuarenta y cinco minutos, deberíamos ir a los establos, el señor Wilson nos espera ahí.

Red asintió, fijando la vista en los caballos y sus jinetes, que habían aparecido en la pista.

—Ya va a empezar —aseguró Red, sin apartar la mirada de los competidores, que acababan de dar una vuelta en sus monturas.

El aroma a heno y cuero flotaba en el ambiente, así como el inconfundible olor, agradable y dulzón, del sudor de los caballos, algo que sólo los que convivían con estos animales eran capaces de apreciar. Los jinetes se alinearon para pasar hacia los corrales, que se llenaron de relinchos y cascos golpeando el suelo. Era el sonido previo al inicio de carrera.

—Vaya —silbó Jane—, ese sí que lleva un buen traje.

Extendió el brazo y señaló a un jinete completamente vestido de negro. Incluso sus chorreras lo eran y los largos flecos ondeaban a cada tranco que daba el caballo. Un pañuelo de

ese color cubría su boca, dejando ver solo los ojos. Arriba, el sombrero le cubría la cabeza. No era demasiado alto, pero sí esbelto y delgado, lo que hizo pensar a Jane que sería tremendamente ágil, sobre todo en la prueba de los obstáculos.

—No es de los favoritos —dijo Red—. Los chicos de Wilson y los de Brown, sí lo son. Irán a las estatales, seguro.

Jane asintió mientras el hipódromo rugía de anticipación. La excitación de la multitud era contagiosa. Los caballos se alinearon en la pista y los jinetes, vestidos de distintos colores, ajustaban los pies en los estribos y recogían riendas con una mano, mientras saludaban a la multitud portando en la otra mano sus respectivas banderas. Jane se fijó en dos de los nativos, que lucían en sus banderas los símbolos de sus naciones. Jane no lo sabía, pero Red sí reconoció la bandera de la nación Crow, con un fondo azul celeste y un círculo en medio, dentro del cual había dibujado un tipi, dos tocados a cada lado y arriba, el sol naciente.

Algunos de los jinetes sonreían, otros simplemente permanecían cabizbajos, concentrados en la prueba que estaba por empezar. El jinete negro miró por un momento al crow, pero después regresó su atención a la pista.

—No me extraña que tus hermanos amen este deporte —dijo Jane, dándole un ligero codazo y acordándose de todos los McTavish.

Red la miró con devoción y se abstuvo de decir que él también amaba las carreras, el rodeo, la doma… todo lo que estuviera inspirado en caballos le parecía fascinante, porque eran las criaturas más nobles que podían existir en la faz de la Tierra.

De pronto, los jinetes se posicionaron detrás de los portones de salida.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Jane, algo confundida—. Nunca antes he visto esta especialidad.

Red se apresuró a aclarar:

—Es algo relativamente nuevo, y por primera vez no está fuera de la competición.

—Entiendo.

—Después vendrán las pruebas de habilidad, con los distintos obstáculos. Luego la suelta

de reses, es decir, el rodeo, y por último la prueba final: la monta de toros y potros salvajes.

Jane asintió, pero no pudo evitar tragar saliva. A ella sí que le gustaría montar un potro salvaje, o más bien el semental que tenía a su derecha. Pero… *deja de pensar cosas que no van a ocurrir, Jane.*

—¿Por eso, las sillas son algo distintas? —siguió diciendo Jane para distraerse de sus acalorados pensamientos—. El nuevo diseño adaptado.

—Exacto. Este es uno de los motivos por los que estamos aquí —empezó a decir Red, aunque eso era algo que Jane también sabía—. Esta silla es un prototipo, una maravilla de la guarnicionería. Aunque nuestra idea es mucho más innovadora, no está de más tomar ideas.

—Nos pondremos a ello al regresar a casa.

—Si lo nuestro funciona, nos haremos de oro —suspiró Red, emocionado.

—¿Por qué tiene que ser diferente la silla para estas carreras?

Red la miró con una sonrisa, complacido porque le interesara el tema.

—Ya sabes como son las sillas western y sus estribos, no difieren mucho de las españolas. Pero no están diseñadas para carreras.

—Para eso están las sillas inglesas —sonrió, orgullosa de saberlo.

—Exacto —le dio un codazo amigable—. Porque esas sí permiten que el culo del jinete se alce.

—Debo reconocer que los jokers ingleses no son tan sexis como estos jinetes —se rio Jane.

Red dejó de hablar cuando la multitud pareció enmudecer, esperando el pistoletazo de salida. No era muy frecuente ver esta clase de competiciones, ya que lo clásico era centrarse en las carreras de postes o barriles. En Europa directamente sería impensable saltarse las tradiciones así, y adentrarse en un nuevo mundo de carreras de caballos con banderas y jinetes entrenados para domar caballos prácticamente indomables.

Cuando este llegó las graderías, estas parecieron irse abajo, los gritos eran ensordecedores y Jane rio de buena gana viendo como Red se levantaba del asiento. Jamás lo

había visto tan excitado por una competición. Quizás porque el ambiente de ese día parecía mágico.

Desde la pista también sonaron gritos, los de los propios jinetes azuzando a sus equinos. Red silbó y el sonido penetró en sus oídos haciéndola reír de nuevo.

Miró hacia la pista ovalada. Más larga de lo habitual, precisamente para abarcar la nueva prueba. Los competidores la recorrían agachados sobre sus monturas, esforzándose por ganar velocidad.

Observó detenidamente al jinete de negro que destacaba sobre los demás, casi echado sobre el cuello de su caballo, tomando la delantera a uno de los favoritos. Los largos y extensos trancos de su semental oscuro y el poco peso del jinete hicieron que lograra sacarle medio cuerpo de ventaja en la segunda vuelta y el público pareció volverse loco.

—¿Quién es ese? —preguntó Jane.

Pero por la cara de desconcierto de Red, estaba claro que no era ninguno de los favoritos.

—No tengo la menor idea, pero el tipo es ágil y rápido.

—No es muy grande —asintió Jane.

—Y tiene buena cintura —observó cómo se inclinaba en la primera curva—. Tiene pinta de agarrarse como una garrapata al caballo. Seguro que los obstáculos, no tendrá rival.

—Coincido —respondió ella.

El jinete negro se convirtió en el favorito de Jane. Su elegancia y habilidad, hizo que se pusiera en cabeza en diversas ocasiones, pero a veces parecía vacilar en los giros, como si no quisiera que su ventaja fuera excesiva sobre los demás.

En Texas se tomaban muy en serio los rodeos. Era un espectáculo competitivo, donde la velocidad y la destreza hacían de esas competiciones un espectáculo digno de admirar. Y sin duda, allí estaban los mejores.

—¡Va a ganar! —dijo Jane, dando saltitos mientras Red, a su lado, ponía todo el cuerpo en tensión.

—¡Vamos! —Animó al jinete negro que era quien también le había llamado la atención.

Podían verle con su sombrero negro bien sujeto a la cabeza y el pañuelo tapándole la boca. Se inclinaba sobre la silla para ganar velocidad y las crines de su caballo casi le tapaban la cara. Iba a ganar por dos cabezas, cuando en la última recta, uno de sus oponentes se le atravesó, haciendo que su caballo se desconcentrara hasta casi lanzarlo hacia la parte exterior.

—¡No! —Jane se llevó las manos a la boca—. ¡Será tramposo!

—Ese es el hijo del señor Wilson.

Al ver como el jinete negro colgaba de un costado, Jane se tensó.

—Nos cae mal —le dijo ella a Red, mirándolo de reojo y asintiendo con vehemencia.

—Muy mal —le guiñó un ojo a ella, que se echó a reír.

Por fortuna, su jinete favorito, en un movimiento extremadamente ágil, logró de nuevo el equilibrio y se enderezó para seguir compitiendo por el primer puesto.

—¿Has visto eso? —exclamó Red, entusiasmado.

—Ha sido impresionante.

—Hay que ser muy diestro para hacer algo así. Seguro que practica el volteo.

El jinete negro espoleó a su caballo para que compitiera de forma agresiva por el primer puesto. El animal, extendió todo su cuerpo en un galope largo y logró ponerse en cabeza.

—Va a ganar… —susurró Red, quien apretaba los puños y miraba fijamente la línea de meta— ¡Seee!

Cuando el jinete negro atravesó la línea de llegada, el hipódromo pareció enloquecer. Jane se puso a gritar como una loca mientras daba saltos y se aferraba a Red.

—¡Qué emocionante!

Mientras los gritos de júbilo los envolvían, Red sintió el abrazo cálido de Jane. Por un momento la miró, olvidándose de donde estaban y pensando solo en cuan hermosa le parecía. Ojalá estuviera así de feliz siempre.

—¿Te ha gustado?

Ella lo miró a los ojos y asintió. Era uno de los mejores días de su vida.

Dejó de abrazar a Red, y él notó frío en su brazo y hombro, donde habían estado

apoyadas las manos de Jane.

Carraspeó.

—Será mejor que vayamos a ver al señor Wilson.

—Sí.

Ambos empezaron a moverse después de que los jinetes ganadores hubieran recibido los vítores del público.

Red vio a ese imbécil de Kevin Wilson en su puesto, el podio parecía quedársele pequeño, y pensaba que iba a lanzarse sobre el jinete que ostentaba el número uno. El caballero negro, saludó a las gradas, pero no se quitó, ni el sombrero, ni el pañuelo.

Descendieron del podio y pudo ver al hijo del señor Wilson increpando a algunos de los jinetes.

—Qué mal perder —resopló Jane por lo bajo, mientras empezaban a moverse.

Jane, apartó la mirada mientras Red se puso en marcha para descender los peldaños de la grada. Se acercaron a la parte reservada a los jinetes y sus caballos. Por supuesto, el señor Wilson, nada más verlos aparecer, los hizo entrar.

Jane se sintió como si llegara a un lugar prohibido, donde no debería estar. El olor a cuero y el polvo que flotaba en el ambiente le hizo picar la nariz.

—Señorita Dora, ¿cómo ha visto el espectáculo?

—Realmente ha sido formidable.

Wilson asintió.

—¡Lo hubiera sido más si ese jinete no me hubiera arrebatado el primer puesto!

La voz furiosa del hijo del señor Wilson se dejó escuchar por todos. Jane se dio cuenta de que no era un joven que cayera especialmente bien, pues incluso su equipo carraspeó, ocultando alguna que otra risita. Parecían muy satisfechos con el resultado.

—¿Competía con algunos de sus caballos? —le preguntó amable, pero ella ya sabía la respuesta.

El hombre asintió ante las palabras de ella.

—Sí, mis chicos han conseguido el podio, el segundo y tercer puesto —dijo, mirando a su hijo que se estaba quitando la chaqueta y se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo.

Como si tuvieran cierta confianza el señor Wilson agachó la cabeza para susurrarle a Jane:

—Mi hijo es muy mal perdedor, pero por fortuna mis caballos son buenos, y eso no suele pasar a menudo.

Jane contuvo una risita, y Red que lo había escuchado, no pudo evitar una sonrisa. Le caía mal ese niñato.

—Ese miserable escuálido… —dijo por fin Kevin, acercándose donde estaba su padre.

Se quejó en voz alta mientras otro de los hombres del señor Wilson tiraban de su caballo para meterlo en los establos. Red podía saber qué clase de hombre era un jinete, solo por ver como trataba a su caballo, y sin duda, Kevin Wilson era una rata de la peor calaña. No obstante, contuvo su lengua y mantuvo su cara de póquer, para que nadie sospechara qué pensaba del hijo de su nuevo socio.

—Ese caballo no sirve —dijo Kevin Wilson, ignorando a todo el mundo, menos a su padre a quien le dirigió esas palabras—, habría que sacrificarlo. Casi me tira en la segunda vuelta.

Había sido así, porque dio un duro tirón de rienda para hacerlo girar, era un milagro que el animal no se hubiera roto la boca con el duro bocado. Por eso, en la última recta, casi se había llevado al jinete negro por delante. Aunque Red no estaba seguro si eso no lo habría hecho apropósito.

—Sacrifícalo, papá.

Jane lo miró horrorizada y Red la calmó poniéndole una mano a la espalda.

—No exageres hijo —se rio su padre—. Es un caballo formidable.

A Red empezó a quedarle claro que Kevin era un niño mimado de papá, y aunque al principio pensó que el señor Wilson eran un hombre de negocios, de carácter férreo, cuando se trataba de su hijo, hacía demasiadas concesiones.

—No sacrificará al caballo ¿verdad? —preguntó Jane, apenas con un hilo de voz.

Fue en ese momento que Kevin se acercó a ella, viendo su oportunidad de consolarla.

—Es usted demasiado blanda de corazón. Una mujer… todo dulzura —arrastró la palabra, y pareció que su humor mejoraba por segundos—. Qué placer volver a verla, señorita…

—Puede llamarme, Dora —dijo más seca de lo que pretendía y Red ocultó su sonrisa. Esas palabras solo significaban que le daba poco menos que nauseas.

Cuando Kevin se acercó un poco más a Jane, Red se tensó, tanto como ella, al ver la mirada de indisimulado deseo que le lanzaba.

—¿Y qué tal los artículos del señor McTavish? —le preguntó su padre.

—Ah, eso… —dijo, despectivamente Kevin—, sí, no están mal.

Su padre mantuvo la compostura, pero no le gustó que su hijo despreciara a su nuevo socio, y menos cuando ya había decidido que vender los productos de Red en sus tiendas, le daría prestigio, porque eran de una calidad excelente.

—Muy bien, señor McTavish —dijo, ignorando a Kevin y avanzando un par de pasos hacia un lado, para que pudieran mantener una conversación más privada—. Venderemos sus productos, haremos la prueba durante un año.

—Eso es estupendo —miró a Kevin, quien se puso demasiado cerca de Jane. Estaba por decirle que se acercara también, pero era evidente que el señor Wilson solo quería hablar con él.

—Si vemos que nuestros clientes están satisfechos, ampliaremos los pedidos, siempre a cambio de un descuento a pactar.

Red contuvo la emoción al ver que el baboso de Kevin Wilson alzaba una mano para tocarle el cabello a Jane.

—Por supuesto —le sonrió aún más interesado en mirar qué pasaba a su derecha, que en estrecharle la mano—. Jane… ¿has oído?

Eso le dio la excusa para que ella avanzara hasta su lado, dejando atrás a Kevin. Ese imbécil no parecía estar de acuerdo en recibir un no por respuesta. Apretó los dientes y dio por terminado el apretón de mano para volverse hacia Jane.

—El señor Wilson ha decidido firmar con nosotros —dijo, extendiendo el brazo para que ella se cobijara a su lado.

—Eso es fantástico.

Jane asintió con entusiasmo, y también estrechó la mano de Wilson, ignorando por completo a su hijo, que no parecía nada contento de que se le dejara al margen. Al juntarse con ellos intentó captar de nuevo la atención de Jane.

—Quizás podríamos celebrarlo esta noche.

—Lo lamento —rehusó Red, antes de que nadie pudiera decir nada más—. Me temo que tenemos trabajo esta noche. Pero ha sido maravilloso verlos competir.

—Ah, eso… —Kevin volvió a ponerse de mal humor—. Debería estar prohibido competir de esa manera —se refería al jinete negro, el enmascarado—. ¿Quién es ese imbécil? Es demasiado delgado y bajito, seguro que no tiene la edad mínima para apuntarse a la carrera.

—No te pongas así hijo.

—Por algún motivo debe ir con la cara tapada.

Jane contuvo la risa, al igual que Red. Al fin y al cabo, que quisiera permanecer en el anonimato, no quería decir que no se hubiera registrado con su nombre real y su ficha fuera auténtica y privada.

—¿Insinúa que le ha ganado un adolescente? —preguntó Jane, intentando ocultar la malicia de sus palabras.

—No, por supuesto que no. Pero… —Kevin resopló y alzó el mentón, intentando dejar el tema.

Era evidente que Kevin Wilson no sabía perder. Es lo que tiene ser un hijo de papá, que siempre lo ha tenido todo en el mundo.

Bueno, todo no, pensó Red mientras su mano apretaba cariñosamente la cintura de Jane.

—Prepararé la documentación y se la haré llegar hoy mismo, señor Wilson.

Este asintió a las palabras de Jane.

—Gracias, se lo enviaré a mis abogados y firmaremos en breve —dijo Wilson—. De

hecho, dentro de dos semanas voy a Boston.

—Podríamos volver a vernos allí —insistió Kevin, que no deseaba que se le excluyera de la conversación.

—Revisaremos nuestra agenda —dijo Red mirando a Kevin de soslayo—. Por supuesto no nos importaría desplazarnos, o invitarle a nuestro rancho.

—Oh —el señor Wilson se frotó las manos—. El rancho de los McTavish es una leyenda. Quizás me anime a conocer la zona en persona.

—Estaremos encantados de hacer negocios con usted.

—Lo mismo digo —Wilson miró a Jane con una sonrisa—. Señorita Summers, espero también verla en la firma.

—No haría nada sin ella —dijo Red.

—Ha sido todo un placer conocerla, y hacer negocios con usted, Red McTavish.

Kevin la miró con fijeza.

—Espero que volvamos a coincidir pronto —se inclinó para susurrarle cerca del oído y Jane aguantó el rechazo que le provocaba.

—Sí, por supuesto —vaciló, tensa.

Pero ni ella, ni Red, lo deseaban.

***

No muy lejos de allí, el Jinete Negro se había ocultado de la vista de todos.

Con la espalda apoyada en uno de los cubículos que, por la tarde contendrían a los toros más bravos, el Jinete Negro miraba a Red McTavish y a Jane Summers, mientras acariciaba el cuello de su caballo, Tornado, que le acababa de dar la victoria y le había hecho ganar quince mil dólares.

—¿Qué tal lo hemos hecho? —se burló acercando la frente a la del animal—. Yo creo

que los hemos dejado impresionados.

Bajo el ala de su sombrero negro, sus ojos azules y rasgados se centraron en la hermosura azabache del caballo. Pero, poco después volvió a mirar a las dos figuras que se desplazaban por los laterales de la pista.

Miró con detenimiento a la pareja y sonrió.

—¿Es posible que entre esos dos haya nacido más que una bonita amistad? —Se burló el jinete—. Yo diría que sí, Tornado.

Dibujó una gran sonrisa, oculta tras el pañuelo que le seguía cubriendo el rostro.

De seguro, se llevarían una buena sorpresa si supieran quién era en realidad el Jinete Negro, pero…

—Todo a su tiempo. Mejor volvamos a casa.

Echando un último vistazo a la pareja, acarició a su caballo y se afanó en buscar un lugar tranquilo donde cambiarse. Hacía demasiado calor para ir con tejanos, ¿qué tal un bonito vestido veraniego?

# Capítulo 13

Cuando salieron d el AT&T STADIUM, ya entrada la tarde, ambos estaban muertos de hambre. A Jane le hacía especial ilusión probar la carne a la barbacoa, algo típico de Texas. Así que Red la llevó a hacer un tour gastronómico por una de las calles más míticas de Dallas, cerca del gran estadio. Jane, acostumbrada a la fría formalidad de Boston, adoró la variedad culinaria sureña y el bullicio de sus alegres calles.

— Hmmm —dijo Jane, tomando un pincho de ternera con salsa barbacoa, mientras andaban entre los puestos ambulantes de comida Tex-Mex—, creo que nunca he comido nada igual. Bueno, quizás las costillas de su madre.

—Está deseando volver a cocinar para ti, siempre dice que estás muy flaca y que te hago trabajar demasiado.

Ella se rio.

—¿Yo flaca? —se pellizcó un michelín y él se echó a reír.

—Estás preciosa, con o sin michelines, aunque he de reconocer que los prefiero.

Jane casi se atraganta con la comida, la mirada cargada de fuego que había dejado entrever su jefe, la hacía querer pecar. Y no se puede pecar con el jefe, y menos cuando hace tanto calor que uno solo piensa en quitarse la ropa.

Red la miró mientras se limpiaba del labio un poco de salsa barbacoa. Como no acertó con su servilleta, se acercó.

—Espera —pidió y con sumo cuidado le quitó la mancha con el dedo pulgar —Ya está. Ahora estás perfecta.

Cuando se llevó el dedo que antes había estado en sus labios a la boca, Jane se sonrojó, deseando que hubieran sido sus labios quienes hubiesen hecho ese trabajo.

—Gra… gracias —graznó.

—Un placer, señorita.

Él sonrió con ternura y siguieron caminando entre las luces de neón de los pubs más famosos de la cuidad. En la calle había muy buen ambiente, no sólo los viandantes disfrutaban de los puestos callejeros, también había varios locales con música country que estaban a rebosar y la gente se agolpaba afuera, porque prácticamente dentro no cabía ni un alfiler. Un músico afroamericano, no muy lejos de allí, tocaba en una plaza cercana y la alegre música del acordeón los envolvía.

—Me encanta este sitio —siguió diciendo Red—. Y la comida es magnífica.

—Cierto. Estas brochetas son impresionantes —respondió Jane, con la boca llena—. No esperaba que la comida Tex-Mex estuviera tan buena. Es decir, sabía que podría estarlo, pero el probarla me ha terminado de convencer.

—Creo que me podría quedar a vivir en Texas sólo por eso, si no fuera porque me gusta más la del rancho.

—A mí también me gusta más cómo cocina tu madre, pero eso es trampa.

Red la miró fijamente.

—Recuerda que tenemos unas vacaciones pendientes en cuanto acabemos de cerrar el trato con Wilson y los niños empiecen con las vacaciones escolares.

—En apenas unas semanas —le recordó Jane.

—Y entonces, probarás el estofado de res de mi madre y gemirás de puro placer.

Ella sonrió, algo nerviosa. Seguro que gemiría de placer con ese estofado, pero… Mmmm… no pudo obviar el comentario y pensar en los gemidos que Red le había provocado esa misma mañana.

Respiró hondo y esperó a que su cuerpo no combustionara.

Le hacía mucha ilusión ir a Montana, respirar el aire fresco de sus prados, bosques y montañas, bañarse en el río… Pero no tenía muy claro si a sus hijos les agradaría la idea. Desde luego, la última vez que habían ido, a pesar del caos, se lo habían pasado bien. Pero en ese entonces, Violet no era una adolescente que odiaba a todo el mundo. Ahora sí lo era,

especialmente cuando se trataba de odiar a su madre en concreto. Sí, era probable que Violet… en fin, ella posiblemente les amargara el viaje.

—¿Por qué no vamos a tomar unas cervezas antes de regresar al hotel? —propuso Jane —. Necesito beber algo fresco.

Red respondió con una radiante sonrisa.

—Pensé que jamás me lo pedirías.

El pub estaba a rebosar y la música country sonaba muy alta. Red le ofreció su brazo a Jane para no separarse de ella entre aquella marabunta humana y Jane se aferró a él con gusto hasta que llegaron al borde de la pista de baile.

Red la miró alzando las cejas.

—¡Ni hablar! —gimió ella echándose a reír. Pero antes de poder negarse otra vez, se vio arrastrada a un baile en línea, que no le salió nada mal.

No pudo parar de reírse mientras daban vueltas con los demás.

¡Vaya! Había olvidado lo bonito que era divertirse con alguien sin más preocupación que equivocarse en un paso de baile.

Cuando terminó la canción, lograron llegar a la barra, donde una camarera rubia, ataviada con un sombrero de vaquero y una camiseta con un gran escote, les dedicó a ambos una radiante sonrisa.

—¿Qué se os ofrece, parejita? —dijo, con alegría y un marcado acento sureño.

—Dos cervezas, por favor —pidió Red, mirando a Jane para buscar su aprobación en la elección. Ella asintió.

—¡Marchando dos jarras bien frescas!

A Jane no se le escapó la forma en que la bonita camarera miró a Red, pero tampoco era nada sorprendente, no había mujer que no desviase la mirada cuando él entraba en un local. Cuando la chica regresó con dos jarras bien llenas y las colocó sobre la barra le guiñó un ojo, cómplice.

—Yo de ti no lo dejaría escapar, muñeca —le dijo, y Jane soltó una risa nerviosa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Red, que debido al bullicio no había podido oírla.

—Nada importante, no te preocupes —rio Jane.

Tomaron las cervezas y cuando sonó la famosa canción country de Beyoncé, Jane empezó a mover las caderas.

—¿A la pista? —preguntó Red divertido.

—¡A bailar!

Red la miró fascinado mientras ella le tomaba la mano y lo arrastraba hacía donde los bailarines ya estaban tomando su lugar.

Jane no paró de reírse durante toda la canción y Red… él tragó saliva. Estaba hermosa, con esos simples jeans, y su blusa blanca. Mmm… le gustaría ver su pelo suelto bajo un sombrero. Su sombrero.

Siguió mirando con disimulo como la tela de los pantalones se ceñía a su cuerpo y marcaba sus bonitas curvas. Y sobre todo esa camisa, apretando sus pechos llenos y turgentes. Cielos, cómo se movía. Era una diosa, capaz de acelerarle el corazón y… Cuando ella dio una vuelta y lo miró con los labios entreabiertos, sintió cómo su ingle se tensaba.

—No pongas esa cara, que tampoco bailo tan mal —dijo ella, malinterpretándolo cuando de pronto… —¡Ay!

—¿Estás bien? —la asió por la cintura para que no cayera.

Jane dobló la rodilla y se apretó el tobillo.

—Sí, creo que me lo he torcido.

Red, aún con el brazo rodeando su cintura, barrió el local con los ojos y por suerte, en una de las esquinas, una pareja abandonaba su mesa.

—¡Vamos, rápido! —dijo, tomándola de la mano y apresurándose antes de que otros les quitaran el sitio.

Cuando Jane se sentó en el taburete, gimió de puro alivio. Se sacó los botines y se masajeó los pies.

—Y yo que no me he puesto los taconazos de diseño de tu hermana Charlotte, para que

no me ocurriera especialmente esto.

Red le sonrió.

—No tienes nada roto.

—Menos mal —dijo aliviada.

—Aunque te aseguro, que con los taconazos que diseña mi hermana, seguro que hubiera sido mucho peor.

—Ajá… —dijo ella distraída mientras se masajeó el pie y el tobillo dolorido—¿Red? —Jane intentó captar su atención al ver seguía mirándola… de forma extraña.

—Cuando lleguemos al hotel —le habló por fin el cowboy—, te haré un masaje en esos pies tan bonitos que tienes.

Jane ladeó la cabeza.

—¿Harías eso por tu asistenta?

Él la miró, serio.

—Haría eso y mucho más.

Jane sintió cómo una agradable sensación la recorría. ¡Madre mía! ¿Dónde se estaban metiendo? Porque esa mirada… eso anunciaba peligro.

No dijo nada más sobre el tema del masaje, pero sí que siguieron conversando hasta que la mesa estuvo llena de jarras de cerveza y chupitos vacíos de tequila.

Jane se sintió algo mareada mirando los pequeños vasitos.

—¿Cómo ha pasado esto?

Las sonoras carcajadas de Red le dieron a entender que él era el mayor perjudicado.

—No vas a poder conducir.

—No, no voy a poder hacerlo.

Entonces ambos rieron hasta que les dolió el estómago.

Red se la quedó mirando, tenía el labio inferior lleno de espuma de la nueva jarra de cerveza que les había traído su camarera. Sintió unas ganas irrefrenables de acercarse y limpiárselo con un beso. Por fortuna, o más bien para su mayor desgracia, ella se pasó la lengua

y Red apuró su jarra de un solo trago, sintiendo cómo su corazón se desbocaba.

—Voy a por más —dijo, escueto, cogiendo las jarras.

Jane vio cómo se marchaba y sus ojos fueron directamente hacia su trasero prieto. Esa manera de caminar, ese cuerpazo… Suspiró. Era demasiado para su autocontrol. Inmediatamente pensó en lo sucedido aquella mañana, cuando él con sus dedos, y dormido…

—¡Oh! Dios del cielo —dijo para sí, dejando caer la cabeza contra la madera de la mesa.

De repente, dejó atrás su dramatismo cuando la vibración de su teléfono móvil la sacó de sus deseos más primarios.

¡Mónica!

MÓNICA: Eres una petarda.

Le recriminó su amiga por Whatsapp.

—¿Y ahora que he hecho?

JANE: ¿Por qué lo dices?

MÓNICA: ¿Serás cabrona? ¿Cómo que por? ¡Me tienes en ascuas!

JANE: No sé qué me quieres decir.

MÓNICA: ¿Qué pasó después de que tu cowboy buenorro rompiera la puerta del baño? Y lo que más me interesa… ¿dónde ha dormido?, ¿en el suelo?, ¿en la cama…?

JANE: En la cama.

MÓNICA: ¡En la cama! ¿Haciendo la cucharita?

El Whatsapp se llenó de caritas diabólicas y berenjenas.

Jane estaba escribiendo su respuesta cuando recibió otro mensaje. Mónica era muy impaciente y de seguro, sus dedos volaban sobre el teclado de su móvil más rápido que los suyos.

MÓNICA: Si tu jefe aún no ha caído en tus redes, sólo tienes que decirle: *No es que sea coqueta, es que quiero ser el pastelito con el que rompas la dieta*.

Desde luego, Jane supo que estaba muy borracha, porque no se habría puesto a reír hasta las lágrimas por esa mierda si no lo estuviera.

JANE: No pienso decirle eso, pero gracias por la ayuda.

Jane no paraba de reír.

MÓNICA: Eres una cagada.

JANE: Te recuerdo que sigo casada, Mónica.

MÓNICA: ¡Aahhggg, pero qué hartura! —puso varios emoticonos de enfado, para añadir —: Como sigas pensando en el puto cucaracho, teniendo a tu alcance a un buen muchacho…

Red llegó con dos cervezas más, haciendo que Jane abandonase la pantalla del móvil para mirarlo a él. Ladeó la cabeza y convino con Mónica que sí, Red era un buen muchacho. El mejor. El más guapo y sexy de todos los cowboys del universo.

JANE: Tengo que dejarte. ¡Adiós!

MÓNICA: Eso, huye, traidora, pero recuerda: Estado civil… ¡ingobernable!

Y tras imitar a uno de sus *influencers* favoritos, volvió a llenarle la pantalla de pepinos y berenjenas.

—¿Va todo bien? —preguntó Red, dejando las jarras en la mesa y sentándose junto a ella. De repente, Jane estaba colorada como un tomate.

—Era Mónica.

Él la miró esperando que continuara hablando, cuando no lo hizo preguntó de nuevo.

—¿Y está bien?

—Sí —rio, nerviosa—. Sólo me hablaba de… pepinos y berenjenas.

—¿Cómo?

—Déjalo —respondió, tomando un sorbo de su cerveza—. ¿No crees que hemos bebido ya demasiado?

—Yo creo que sí —Red empezó a reírse—. Esta será la última, te lo prometo.

Pero de pronto la sonrisa desapareció.

Otra vez la espuma sobre sus gruesos y rojos labios.

Jane, parpadeó confusa.

—¿Está todo bien?

Esta vez fue más rápido y reaccionó antes de que la lengua de Jane hiciera de las suyas.

—¿Me permites? —pidió, acercándose demasiado para que ella no sintiera una fuerte excitación naciendo de su vientre.

Oh, maldición. Jane contuvo el aliente. Ese hombre guapo y sexy estaba demasiado cerca. Su boca, de aliento cálido y dulzón, a escasos centímetros de la suya era toda una tentación. Tragó saliva y tembló, cuando la mano de Red se puso en su mejilla y le acarició el

pómulo.

Se estaba acercando, más y más.

¡Iba a besarla!

¡Dios a Mónica le daría un infarto cuando se lo contara! La comisura de los labios se estiró en una sonrisa bobalicona, y entonces… en el último momento, su dedo pulgar recorrió su labio, limpiándole la espuma de cerveza.

¿Qué…? ¿Qué coño acababa de pasar?

La sonrisa desapareció, pero sus labios se entreabrieron con la mirada fija de sorpresa al ver que el dedo pulgar de Red, volaba de su mejilla a su boca.

El fogonazo de deseo fue tan fuerte que casi se cae del taburete. De hecho, habría sido así, si Red no llega a estirar el brazo para agarrarla con fuerza.

—Jane…

—¡Estoy bien! —gritó demasiado alto, haciendo que un par de cabezas de volvieran. Bien jodida, quería decir. ¿Por qué no la había besado? ¿Por qué…? —Aaaaaah, vámonos a casa.

—¿Seguro?

—Sí —se quejó ella haciendo un puchero. Jane se quedó pasmada, quieta, paralizada, cuando él se metió el dedo en la boca. Había estado completamente segura de que iba a besarla. Y lo había deseado tanto, que en esos momentos sentía una profunda decepción—. He bebido demasiado.

Red no se lo discutió, se puso en pie y la siguió mientras abandonaban el local.

Avanzó como un robot, esquivando a las parejas que, si se hacían carantoñas y desde luego, sí sabían pasárselo bien. Cuando vio un beso demasiado apasionado en un rincón del bar, sintió tanta envidia de que no fueran Red y ella que gimió de pura frustración.

—Ingobernable y una mierda —masculló para sí al pensar en las palabras de Mónica—. ¡Tonta del bote, eso es lo que eres, Jane Summers!

Red se la quedó mirando, mientras avanzaba hacia la salida.

Parecía molesta, y quizás lo estuviera… con él. Y es que, había estado a punto de besarla.

Pero en el último momento había sido un cobarde y no lo había hecho. ¡Mierda, mierda, mierda!

Cuando salió al exterior y el aire templado le acarició la cara, ambos se quedaron en silencio, respirando con cierta dificultad.

—¿Pedimos un taxi?

Ella asintió.

—Un taxi.

A su espalda había varias parejas, hablando y besándose con cariño. Red carraspeó e intentó ignorarlas mientras ambos esperaban acercándose al borde de la acera para ver si pasaba algún taxi.

Sus manos se tocaron por un instante, sin querer, pero fue suficiente como para que los dos se miraran con fijeza y acariciaran sus dedos respectivamente, en un gesto íntimo y dulce.

Las pupilas de Jane se dilataron, fue incapaz de apartar la vista del azul más hermoso que había visto en su vida, y Red… él solo podía pensar en que había perdido la oportunidad de besarla y que iba a arrepentirse de por vida.

—Oh, Jane…

Red no pudo soportarlo más. Era demasiado. Necesitaba besarla, no había excusa que pudiera usar para hacerlo, pero poco le importaba ya. Eran ella y él, nadie más importaba.

Cuando Jane vio que se la quedaba mirando con los ojos empañados de anhelo, tragó saliva y entreabrió los labios.

—Esto… ¿Qué…?

—Shhh. No digas nada. —Red puso el dedo índice sobre sus labios y ella no habló más.

Después, muy lentamente, el sexy cowboy acercó la boca a la suya. El deseo y el amor que sentía por Jane era demasiado fuerte para obviarlo. Y en esos momentos, la necesitaba, como los pulmones necesitan el aire para respirar.

Se acercó, mucho, demasiado. Pero se quedó quieto unos segundos, a escasos centímetros, acariciando su rostro con el pulgar mientras se perdía en su mirada.

Era una invitación, o más bien, como el caballero que era, una forma de pedirle permiso.

Jane, cerró los ojos y él rogó que, por favor, aceptara su beso.

—Oh, Jane…

Fueron los labios de ella los que cortaron la distancia y se posaron en los de Red. Sí, fue ella quien lo besó a él. Un beso torpe, tan anhelado, tan deseado… Sus labios chocaron despertando la urgencia de explorarse.

Jane le rodeó su cuello con los brazos, pegándose a su torso y él la envolvió como si necesitara calor en esa bochornosa noche de Dallas. Sus labios se entreabrieron, buscándose con urgencia hasta que las lenguas de ambos, exploraron y saborearon.

Mientras un brazo colgaba de su cuello, la otra mano de Jane se cerró contra la camisa de Red, arrugándola con su fuerza al cerrar la mano en un puño. No quería que se arrepintiera, no quería que se apartara ni un milímetro. Gimió contra su boca, y él hizo lo mismo. En un momento dado, notó la ardiente caricia de la mano de Red en su trasero.

Bien, eso estaba pero que muy bien.

Sus cuerpos iban prendiendo, hasta que de pronto…

¡Aplausos!

Unos silbidos y vítores los volvieron a la realidad.

—¡Así se hace vaquero!

—¡Muy bien! Reclama tu cowboy, monada.

El rostro de Jane pareció prenderse fuego ante el espectáculo que acababan de dar.

—Bueno, no ha estado nada mal —dijo Red—, el público parece contento.

Ambos empezaron a reír sin poder parar. Hasta que por fin un taxista se apiadó de ellos y paró a recogerlos.

# Capítulo 14

Habían estado besándose durante el camino de regreso al hotel. No querían ni imaginarse la cara que había puesto el pobre taxista cuando Jane se subió al regazo de Red. Por suerte no estaban tan lejos del estadio. En apenas quince minutos habían tomado la autopista para entrar después en el complejo y llegar a trompicones al ascensor, donde por supuesto habían vuelto a besarse.

No estaba bien, Jane lo sabía, pero en el mismo ascensor había empezado a arrancarle la ropa y él no se quedó atrás.

Si no hubiera sido por Red, que no quería que la primera vez fuera tan poco romántica, estaba convencida de que habría sido capaz de pulsar el botón de stop para montárselo ahí mismo. Por suerte Red tenía más cerebro que ella, y había pensado en las cámaras de seguridad.

—Entonces, ¿crees que nos han visto enrollarnos?

—Por supuesto —le dijo mientras la estampaba contra la pared, apretando su trasero con ambas manos—. Pero déjame abrir la puerta, en la suite no hay cámaras.

—Bien —asintió ella mientras sus manos se deslizaban por sobre la camisa entreabierta de Red y le quitaba el cinturón.

El chasquido de la cerradura, le indicó que quedaban apenas unos segundos para estar en posición horizontal… o vertical, como fuera. Pero no quería esperar más.

—Red… ¡Ah!

Cuando la alzó por el trasero, después de abrir la puerta y cerrarla de una patada, se dejaron caer sobre la cama, enredados el uno con el otro.

Los besos se fueron haciendo cada vez más apasionados, hasta que a Red le costó respirar. Se apartó un instante para mirarla a los ojos.

—No quiero aprovecharme —dijo.

Jane estaba más que dispuesta a ignorarle.

—No lo estás haciendo —gimió contra su boca.

Cuando sus labios volvieron a unirse, él exploró su cuerpo con las manos, intentando arrancarle los vaqueros y la liviana camisa. Ella aspiró con fuerza cuando sin pretenderlo los botones de su camisa saltaron en todas direcciones. Con una risa fresca de puro gozo, le mostró el cuello para que se lo mordiera mientras se estiraba bajo su cuerpo.

De pronto, él se quedó quieto y ella lo miró, con los labios hinchados y las mejillas rojas.

—¿Qué ocurre? —preguntó confusa.

—¿Por qué me da la impresión que sí? —preguntó él, inquieto.

—Qué sí, ¿qué?

—Que me estoy aprovechando —dijo sonriéndole con ternura.

—Porque eres un tipo decente —le acarició la cara, suspirando—, y sabes que soy una mujer casada.

Esas palabras le obligaron a fruncir el ceño.

—¿Vas a seguir estándolo?

—No, ya te dije que no —negó, convencida—. Ya le he pedido el divorcio y no voy a cambiar de opinión.

—Entonces no debemos sentirnos culpables.

Ella negó con la cabeza, esperando ansiosa que volviera a regalarle sus besos.

—No, el *cucaracho* no se merece que perdamos ni un segundo pensando en él.

—¿Qué? —preguntó confuso ante la palabra en español que Jane había soltado, sin duda influenciada por Mónica.

Jane rio, tal vez sí había bebido un poco más de la cuenta. Y no es que Red se hubiera quedado atrás, pero él sólo quería estar seguro de que lo que estaban a punto de hacer estaba bien, que no era un error.

—Dímelo otra vez —insistió Red.

—¿El qué?

—Eso de que lo de que esta vez va en serio.

—Esta vez va en serio —asintió ella, poniéndose seria, para que viera que estaba decidida. Por supuesto que iba en serio, no pensaba perdonar a George, y a su marido y futuro exmarido, le traía sin cuidado que lo perdonara o no.

Definitivamente, no iban a volver.

—Joder, pues… —la miró intensamente, paseando sus manos por su cuerpo como si no hubiera nada más preciado para él—. A la mierda —gimió antes de abalanzarse contra sus labios.

La agarró por la nuca y la atrajo hasta que sus bocas hicieron contacto de nuevo.

Ella se dejó llevar por el beso, hasta que le puso las manos sobre los hombros y lo empujó lo suficiente como para separar sus bocas.

—Pero…—gimió finalizando el beso—. Reglas.

—¿Qué? —Frunció el ceño, confuso, porque ella seguía mirándolo con deseo—. ¿Tienes la regla? —parpadeó—, porque no me importa si a ti…

—No —Jane se rio, haciendo que sus pechos rebotaran contra el torso de él—. Reglas. Hay que poner reglas.

—Oh —la mente de Red trabajó para averiguar qué quería decirle exactamente—. ¿Usar condón… y nada de guarradas…?

Jane estalló en carcajadas, mientras él la seguía.

—Pero ¿qué dices?

—¿No? —Estaba más confuso que antes— ¿No es eso?

—No, no me refería a eso —le dijo ella—. Era más bien reglas, tipo… —vaciló porque lo que iba a decir, no era exactamente lo que quería hacer—. Solo sucederá una vez.

¿Hubo una chispa de decepción en los ojos de Red? Hubiera jurado que sí, pero era imposible, ¿verdad?

—Yo… ¿tú? ¿Quieres que sea solo el polvo de una noche?

Ella resopló.

—Dicho así, parece que sientes que se acaba el mundo.

*¡Joder! ¡Es que se acababa el puto mundo!*

—No es eso… —mintió—. Pero si quieres poner límites, aceptaré lo que impongas.

*¿Qué otra cosa puedo hacer?*

Ella le acarició el rostro. Con sinceridad, no quería imponer nada, pero…

—Tengo hijos.

—Los conozco —él puso los ojos en blanco y ella estalló de nuevo en carcajadas.

—Veo que te caen bien.

Red chasqueó la lengua.

—Aunque no lo creas, no me caen tan mal, sobre todo el pequeño. A ese chico tenemos que montarle un laboratorio con tecnología punta. Estoy seguro que nos llevará a Marte antes que Musk. Y la mayor… bueno, si se estuviera ahogando, le lanzaría un flotador. Y a los demás también.

—¿Y no te meterías a rescatarlos? —ella enarcó una ceja sin parar de reír.

—No lo sé, ¿dónde se ahogarían?

—¿Es relevante? —no se apagaron las risitas entre los dos.

—Sí, si fuera verano en el mar mediterráneo… los salvaría a todos, incluso a Violet. Aunque sé que ella se resistiría con arañazos en los ojos y patadas voladoras.

—Nadie puede dar patadas voladoras en el agua, ni siquiera Jackie Chan. Pero sí, supongo que sabes el riesgo que corres.

—Y bueno, si en lugar del mediterráneo fuera en el frío mar del norte… —pareció meditarlo y solo respondió cuando Jane soltó una carcajada—. No, creo que solo les tiraría una rueda. Aunque Tobbie seguro podría fabricarse una balsa con un par de conchas de tortugas.

Otra carcajada.

—Le diré a mi hija lo mucho que la quieres, tanto como para tirarte en verano a un cálido mar y salvarla.

—Sí, mejor obviar que dejaría que se ahogara en la costa noruega.

—No iremos a Noruega, queda anotado.

—Chica lista —volvió a inclinarse y rozarle los labios una vez más.

—¿Y a mí? —Jane arrugó la nariz, coqueta.

—¿A ti qué?

—¿Te tirarías al mar del norte para salvarme?

Él la miró como si le hubieran salido dos cabezas, totalmente sobreactuado.

—¿Estás de broma? No eres consciente de lo fría que está el agua.

—Eres de Montana, sobrevivirías a la hipotermia. Estás más que preparado para el frío.

—No lo creo.

Ella puso los ojos en blanco.

—En serio, se me había olvidado que duermes con calcetines de lana.

—Solo en invierno. En verano uso unos normales.

Ella lo miró horrorizada.

—Pero vas a quitártelos para hacerme el amor.

—¿Haremos el amor? —se burló él—, pensaba que estábamos evaluando qué tal me comportaría en una situación de riesgo.

—Ya lo has dejado claro —Jane puso los ojos en blanco—, dejarías morir a mis hijos.

—Dicho así suena cruel, no es como si hubiera enfriado el mar para que murieran. La culpa es tuya, haberles enseñado a nadar. No me hagas responsable por dejarlos en una tormenta en el mar del norte y tirarlos por la borda sin que sepan nadar.

—Tienes razón, soy una madre horrible —se rio de nuevo Jane—, nada de lanzar a mis hijos a las gélidas aguas árticas.

—Seguro que lo agradecerán.

Red tocó la nariz de Jane con el dedo índice y después le hizo recorrer la frente y todo el contorno, perdiéndose en la suavidad de su piel y las mejillas.

—Ahora en serio —dijo Red—, vaciaría el Océano por vosotros.

—No podrías —se restregó más contra él.

—Pero sabes que lo intentaría. —Notó que, con cada movimiento del cuerpo de ella contra sus caderas, perdía la capacidad de pensar— ¿Vamos a seguir retrasando esto?

Jane suspiró y tragó saliva.

—Estoy… algo nerviosa —se sonrojó tanto, que a Red le resultó encantadora—. Hace tiempo…

—Lo sé —le sonrió con cariño—. Yo también…

Ella le devolvió la sonrisa.

—También lo sé.

Eso le hizo fruncir el ceño.

—¿Cómo es que lo sabes?

—Porque controlo tu agenda —dijo, enigmática—, y de vez en cuando aparecen estrellitas.

A Red se le paró el corazón. Luego abrió la boca como un pez.

—¡¿Sabes lo de las estrellitas?!

Cuando Jane empezó a reír, no pudo parar.

—Las estrellitas significan un polvo, y las dibujas más o menos grandes dependiendo de lo bueno que haya sido.

—No puedo creer que sepas eso —dijo, alucinando.

—Carla Smith debió ser un polvazo porq…

—¡Cállate! —empezó a hacerle cosquillas y ella se retorció sobre la cama—. Está mal que te burles de la escasa vida sexual del jefe.

—No llores, sé perfectamente que es escasa porque quieres. La señorita Smith te dejó varios recados y nunca más volví a ver estrellitas…

Siguió haciéndola gritar cada vez que tocaba un punto especialmente sensible. Rieron hasta que se les saltaron las lágrimas, y después dejaron de hacerlo, mirándose con intensidad a los ojos.

—Eres preciosa, Jane.

Ella no respondió, siguió acariciándole los hombros hasta que los labios de Red descendieron sobre ella. La besaron con delicadeza, para después hacerlo con más pasión y entrega.

—No quería más estrellitas con… —*ninguna mujer que no fueras tú.*

Antes de poder decir las últimas palabras, la propia Jane, lo salvó. Lo besó con una dulzura y calidez, como no había creído posible.

El cuerpo de Jane se revolvió bajo el de Red, exigiéndole más fricción, buscándolo para acariciar su piel, que aún seguía escondida bajo aquella impecable camisa.

—Las reglas —gimió él, acordándose de pronto de la conversación—, ¿de veras que solo quieres hacerlo una vez?

Ella suspiró.

—Una noche —le confesó.

Le dejaba claro que no tenía ningún problema en repetir, pero que más allá de una noche, la cosa sería complicada. No quería que su relación cambiara, no quería involucrarlo en su divorcio horrible, y que sus hijos lo miraran con recelo.

—Entonces, voy a hacerte todo lo que siempre he deseado —dijo con una sonrisa seductora en los labios—, con tu permiso.

Ella rio de nuevo.

—Lo tienes.

Empezó a besarle la comisura de la boca, mientras sus manos se deslizaban sobre los costados, hacia sus caderas. Necesitaba tenerla desnuda bajo su cuerpo.

Una noche, solo tenía una noche, e iba aprovecharla.

Aprisionó el cuerpo de Jane, como si no quisiera que se escapara de él. Colocó los codos a cada lado de su cabeza y capturó su boca de nuevo.

Ella se retorció y gimió contra sus labios. Sabía a cerveza y olía tan bien… a romero y a... hierba fresca. Ese era su perfume. Haciéndose un hueco entre sus piernas, Red se las abrió. Aún

vestidos, empezó a frotarse contra su ingle. Jane no se podía mover, pero sí pudo alzar las rodillas y buscó el roce de su miembro. Solo sus bragas y los pantalones de Red impedían que las pieles se tocasen. Ambos estaban dispuestos a ponerle remedio.

Abandonó su boca y la miró, reverente.

—Oh, Jane… eres… un sueño.

Ella se estremeció ante esas palabras y gimió, mezcla de la excitación y lo que le provocaba Red con sus ojos, azules y profundos. Se mordió el labio inferior cuando él detuvo su escrutinio en los pechos. Pudo notar la dureza del cowboy palpitando contra ella. Se mecía con movimientos lentos y sensuales que la hacían gemir.

Jane, se incorporó ligeramente, apoyándose en los codos. Sus dedos trabajaron con urgencia y abrieron su blusa, para que él se deleitara con la visión de sus pechos plenos.

—Dios —jadeó Red, al ver sus preciosos pechos llenos, únicamente cubiertos con un bonito sujetador de encaje negro.

Su polla dio un brinco cuando Jane se sacó la camisa y la tiró sin preámbulos, fuera de la cama.

Red no pudo esperar más, puso su mano sobre el seno derecho y lo masajeó, mientras se mordía el labio y gruñía. Jane gimió como una gata cuando él liberó sus pechos, arrastrando el sujetador hacia arriba, sin desabrochárselo. Con la prenda todavía puesta, los masajeó.

Ante el toque ardiente de sus caricias, Jane no pudo hacer más que disfrutar de su contacto, alzándose contra aquella palma cálida que apretaba sus senos sin descanso, hasta que…

—Oh, Red.

Jane se arqueó cuando la cabeza de él descendió para atrapar la cima de uno de sus pechos entre los labios. Los succionó con fuerza, para después darse a la tarea de lamer uno, y después el otro.

—Oh, preciosos —separó su boca de la cálida piel para que sus manos los sopesaran y probaran su turgencia.

La hizo gimotear al restregarse contra ella. Jane se retorció, con los ojos empañados de

placer. Podría notar todavía su enhiesto miembro hinchado y palpitando contra su piel.

Cuando finalmente le desató el sujetador, la prenda hizo el mismo recorrido que había hecho su camisa.

Se tomó un tiempo para admirarla con tanta intensidad que Jane quiso cubrirse, pero Red no se lo permitió. Atrapó su muñeca y la apartó de sus senos, devorándola con la mirada.

Cuando sus pechos fueron liberados, se le hizo la boca agua.

La miró con auténtica devoción.

—Santo cielo, no he visto jamás unas tetas tan bonitas. En toda mi vida.

Jane no pudo evitar reír y sus pechos se movieron como flanes, eso hizo que su polla diera un brinco.

Aún concentrado en esa visión, Red los cogió, masajeó y pellizcó, hasta que el cuerpo de ella fue maleable bajo sus manos.

—Oh, Red… ¡Ah! —gritó ante el asalto de él chupando sus pezones, uno por uno.

Jamás se saciaría, pero se detuvo porque había más partes del cuerpo de Jane que deseaba explorar.

—Si sólo tenemos esta noche —empezó diciendo Red—, hay muchas partes de ti que quiero explorar.

La miró a los ojos y la sintió boquear cuando se meció entre sus piernas, frotándose contra ella.

—Oh, Jane, jamás podré saciarme de ti.

La besó de nuevo en los labios, mientras ella aprovechó para tirar de su camisa y lanzarla sobre el montículo de ropa que iban dejando al desnudarse.

Cuando él se incorporó, Jane ahogó un gemido al ver sus duros pectorales y las crestas de sus abdominales. Red disfrutó de aquella mirada ardiente puesta sobre él. Lo deseaba, no había ninguna duda de ello.

Un sonido ronco y gutural se escapó de entre sus labios y se lanzó sobre ella, atacando su cuello, besándolo con intensidad y dándole un pequeño mordisco.

—Aaaah —gimió, asaltada por sensaciones que no parecía haber experimentado jamás.

Fue bajando, de nuevo a sus pechos. Cada roce era una tortura, cuando llegó a la sensible piel alrededor de su ombligo, ella se arqueó mordiéndose los labios. No quería gritar y que él entendiera que había alguna absurda necesidad de parar. Porque no la había. Nada en este mundo podía evitar que ocurriera lo que estaba a punto de suceder. Red iba a ser suyo, y ella de él.

Red siguió descendiendo por su piel. Besó su ombligo y llegó a la frontera que era el elástico de sus bragas. Se las bajó, lentamente.

—Ábrete —En una especie de orden y súplica. La asió de las caderas y la miró directamente a los ojos.

Jane, no se resistió. Abrió las piernas y Red desvió la mirada para ver su sexo rosado y húmedo. Cuando volvió a mirarla directamente ella se mordió el labio inferior, expectante. Se preguntó a que estaría esperando, pero lo supo nada más ver la sonrisa silenciosa que él dibujó.

La acarició sin ceremonias, notando su humedad y abriéndose paso entre los pliegues con los dedos.

Estaba tan resbaladiza… Le metió un dedo y su contacto visual se rompió. Jane echó la cabeza hacia atrás, disfrutando de la sensación, y él se concentró en su tacto, en cada sonido que escapaba de ella, con el cuerpo tenso como un arco de violín.

La acarició por dentro y Jane soltó un gemido ahogado.

—¿Más?

Ella asintió, golpeando la cabeza contra la almohada.

Red, metió otro dedo y giró la mano con cuidado, de forma que el pulgar quedó sobre su clítoris y pujó a más profundidad.

—Aaaah.

Jane se retorcía, gemía, suspiraba. Sentía los dedos de Red, acariciándola por dentro, mientras su dedo pulgar dibujaba círculos sobre su clítoris, y lo pulsaba.

—¡Dios! —jadeó—. No sé qué estás haciendo, pero… ¡Aaaah!

Acercó la boca al lugar donde transcurría toda la acción. Fascinado substituyó el pulgar

por sus labios. Tuvo que sujetar la cadera de Jane, con la mano que tenía libre para que no lo propulsara hacia arriba mientras se arqueaba buscando más presión.

—¡Oh! ¡Red!

Sacó la lengua para adorar ese pequeño botón hinchado. Estaba muy duro y caliente. Lo lamió varias veces, mientras sus dedos seguían torturando el interior de Jane. Entraba y salía de su interior haciéndola gritar. Jamás pensó que esos gritos y gemidos pudieran significar tanto para él. Su polla presionaba contra sus vaqueros a punto de estallar.

—Ah —Jane, cerró los puños sobre la sábana— ¡Ah!

Red lo notó en la punta de la lengua. Sintió cómo se le aceleraba el pulso y, en los dedos, como las pareces de Jane se contraían y se expandían. En ese momento, succionó su clítoris mientras que con la lengua lo frotaba, al mismo tiempo y cada vez más y más rápido.

El grito de Jane fue desgarrador. Lo agarró del pelo y empezó a mover las caderas de arriba abajo. Red seguía chupando y entrando y saliendo de su cueva, a dada punto más rápido.

El orgasmo duró una eternidad, Jane jamás había sentido nada igual. Solo supo una cosa: y era que quería más.

—¡Red! —suplicó— ¡Fóllame! ¡Ya!

Él aún llevaba puestos los pantalones. La miró, como un lobo hambriento, y reptó por su cuerpo. Cuando se puso a ahorcajadas sobre ella, se sacó el cinturón muy lentamente. La miró con sus ojos azules llenos de deseo. Jane tenía su piel arrebolada, el pelo revuelto sobre la almohada y estaba completamente desnuda debajo de él.

Su sola imagen era tan erótica que Red se habría corrido en ese momento, si no se hubiese sabido contener. Aun así su mano rozó la protuberancia aún encarcelada en sus vaqueros.

—Eso debe doler —le dijo Jane con la boca seca—. ¿No quieres que te alivie?

Se hubiera reído por sus propias palabras, pero lo cierto es que seguía excitada, y no tenía ganas de reír, sino de follar. Necesitaba que Red la montara, saber que todas sus fantasías podían hacerse realidad.

—Quizás luego —le respondió Red—. De momento, déjame que me desnude para ti.

Él se deslizó hacia los pies de la cama y se desabotonó los pantalones.

Verlo frente a ella, desnudándose, era un sueño hecho realidad. Cuando después de quitarse los calzoncillos descubrió su miembro, duro, largo y grueso, casi roznándole el ombligo, Jane no pudo evitar gemir y juntar los muslos para aliviar de alguna forma su necesidad.

—Red, date prisa —Él sonrió ante la orden—, quiero que me folles.

Dejó de sonreír cuando el líquido preseminal empezó a gotear, con una erección casi tan completa que era dolorosa. Se agachó para meter la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó un condón de la cartera. Mientras Jane se lamía los labios expectantes, Red se lo puso en un tiempo récord.

No esperó más para inclinarse sobre la cama y gatear de nuevo sobre el cuerpo de su asistente.

—Abre las piernas —Ella no esperó ni un segundo para obedecer a la orden de Red.

Lo hizo, esperando una súbita invasión que no llegó. Pero lo que sí hizo Red fue besarle los labios, de una forma dulce y pausada, dejando que ella sintiera el roce de su piel por todo el cuerpo, que sintiera su exquisito peso.

Su pecho empezó a subir y a bajar, frenético. Jamás había deseado tanto a alguien. A duras penas era capaz de respirar.

—Dios, nena… vas… vas a matarme.

La mano de Jane se posó sobre su cadera y poco a poco se deslizó sobre sus glúteos. Se acomodó abriendo más las piernas y notando la punta de su polla, rozándola entre los labios húmedos.

—Por favor, no me hagas esperar más.

—No lo haré.

La mano de Red se agarró su miembro y lo guio hasta que quedó encajado en la jugosa obertura.

—¿Preparada?

—Llevo años preparadas —se retorció notando como la invadía centímetro a centímetro.

Cerró los ojos y se arqueó, dejando que la invadiera.

—Llevo años deseando hacerte esto —le dijo, y Red sintió los duros pezones bajo su pecho.

Movió las caderas más súbitamente hasta clavarse por entero en ella.

Notó como contenía el aliento, como sus piernas lo abrazaban y como sin previo aviso empezaba a moverse contra él.

—Dios, Red… por favor.

Supo exactamente lo que ella quería, porque era lo mismo que ansiaba él.

Empezó a moverse en una especie de danza antigua, pujando para llegar más y más dentro, para fundirse con ella.

Pesó sus labios mientras sus caderas embestían, primero con estocadas bruscas para después retirarse lentamente y después marcando un ritmo que se fue acelerando por momentos.

Las manos de Jane recorrieron sus pectorales y abdomen, recreándose en su dureza. Con los ojos entreabiertos al igual que su boca, iba gozando de cada envite.

—Aaaaah —gimoteó, metiéndosela hasta el fondo.

Nada la había llenado tanto, jamás.

—Oh, sí… Jane…

Pronto, él empezó a notar cómo sus paredes lo iban apretando, más y más. Ella estaba tan cerca como él, pero… había durado tan poco.

—Dios, nena… que vergüenza. Voy a…

Jane apretó los músculos, contrayéndose alrededor de su miembro.

—Te deseo —le confesó casi sin aliento—, yo también voy a correrme.

Red aumentó el ritmo viendo como el cuerpo de ella se retorcía, elevando los pechos, contorsionando sus caderas… Echó el cuello hacia atrás y aumentó el ritmo. Cabalgó sobre ella, empujándola contra la cama. Sus dedos se hundieron en su piel amarrándola a él.

Jane empezó a gritar con cada pulsión y de pronto se quedó quieta, apretando sus piernas,

haciéndolo prisionero. La sangre de Red fluyó con un rugido, podía escuchar el corazón en sus oídos, y cuando se vació sin previo aviso, supo lo que era el paraíso.

—¡Jane!

Ella no respondió, demasiado concentrada en su propio placer, en saborear cada latido con Red entre sus piernas.

Se dejó caer contra ella, besando su sien y resollando exhausto, pero con el pecho hinchado de tanta felicidad. Jadearon al unísono por un largo minuto. Después de quitarse el condón y echarlo en la papelera, Red la abrazó explorando el cuerpo desnudo con las yemas de sus dedos.

—¿Te lo habías imaginado así? —le preguntó a Jane.

Ella negó con la cabeza y siguió mirándole a los ojos.

—¿Y tú?

—No.

Jane tuvo miedo de que no hubiera sido lo que esperaba. Y no sería de extrañar porque después de esa tensión sexual durante años, era probable que le hubiera decepcionado.

—Ha sido mucho mejor y… —se volvió hacia ella, acomodándose nuevamente entre sus muslos—, y no quiero que termine.

Ella se rio con gusto.

—Yo tampoco quiero que esto termine nunca, pero…

Red la hizo callar con un tórrido beso, haciéndole saber que entendía, pero que esa noche… esa noche era de los dos.

# Capítulo 15

Red despertó enredado entre las sábanas y con el olor de Jane acariciando sus fosas nasales. Sonrió y luego estiró el brazo hacia la derecha, buscando el calor de su piel.

La cama estaba vacía.

Ella ya se había marchado. Cuando abrió los ojos se sintió completamente solo. Más solo de lo que se había sentido jamás.

—¿Y qué esperabas? —se dijo, revolviéndose el pelo, para después restregarse la cara con las manos, en un gesto de desesperación.

Recordó esa maldita “regla”.

*Sólo por esta vez*.

No se podría decir que no hubieran aprovechado la noche.

De pronto, su traidora virilidad le dio los buenos días. Alzó el rostro, completamente desolado, al ver que eso era lo único que le daría los buenos días por las mañanas.

Había sido maravilloso y excitante, pero Red sabía que ambos habían cruzado el punto de no retorno. Y él no la quería para una sola noche, la quería para siempre.

Se sentó en la cama y cogió su teléfono. Había un mensaje de Jane, que le provocó una sonrisa.

JANE: Buenos días, dormilón. Te espero en el salón de desayuno.

No pudo evitar sentir cierta tristeza mientras escribía: *Me habría gustado despertar contigo entre mis brazos.* Sí, era algo con lo que siempre había soñado. Pero borró esa frase y escribió:

RED: Me ducho y vengo enseguida.

Cuando entró en el salón, la vio sentada en la silla con la espalda apoyada en el respaldo y las piernas cruzadas. La mesa del desayuno estaba junto a una gran cristalera y Jane parecía fantasear con la mirada perdida. Sobre la mesa había una taza de café y un pequeño plato con restos que parecían ser los de un croissant y las migajas de un donut.

La luz del sol de la mañana acariciaba sus cabellos, haciendo que resplandecieran. Se detuvo unos momentos para besarla con la mirada. Cuando se puso en movimiento, sacando su agenda del bolso, pareció romper el hechizo que tenía sobre él y se acercó a la mesa.

Para cuando se sentó frente a ella, Jane estaba revisando el orden del día para la próxima reunión del lunes.

—Buenos días —dijo, acercando su silla a la mesa.

—Buenos días —respondió ella, alzando la cabeza—. Te pediré un café.

¿Se había sonrojado un poco? Seguro que sí. Jane se tragó un suspiro. Estaba tan guapo esa mañana, pero… ¿acaso no lo estaba todas las mañanas? El traje que se había puesto era de sus favoritos, porque le resaltaba los ojos, aunque dudaba que él lo supiera. Le sonrió con timidez, a la vez que lo devoraba con la mirada. Sí, el traje de dos piezas era bonito, pero ella sabía lo que escondía debajo, y eso sí que era una auténtica obra de arte.

—Has madrugado —le dijo Red sin perder la sonrisa.

—No quise despertarte, pero tomaré otro café contigo mientras desayunas.

Red se tragó un suspiro.

Dios, era tan bonita… Se le habían calentado las mejillas y tenía los labios… ¿ligeramente más hinchados? Esperaba que él tuviera un poco de culpa de eso. Estaba tan hermosa.

—Siento haberme ido —se excusó, algo insegura después de que el camarero les hubiera traído el café y unas tostadas.

—Estás aquí —Red le guiñó un ojo.

—Insinúas que podría haberme ido del hotel —ella puso los ojos en blanco—. No tendría sentido. Sabes que tenemos los asientos contiguos en el avión, ¿verdad?

Eso le hizo reír.

—Los podrías haber cambiado.

Ella entrecerró los ojos.

—No huiré de esta batalla.

—¿Tal como has huido de mi cama?

—¡Red! —Miró alrededor avergonzada al ver que varias cabezas se giraban hacia ella—. No tiene gracia —susurró inclinándose hacia él.

—Yo creo que sí —dijo inclinándose hacia ella al mismo tiempo—. Estás incomoda, y no tienes por qué. Pusiste normas. Solo una noche. Entiendo que no quieres que lo que ha pasado afecte a nuestro trabajo, y eso no pasará. Al igual que tampoco afectará a nuestra relación, porque… porque es imposible que me caigas mal o que piense algo raro de ti.

—¿Algo raro? —frunció el ceño.

—Ya sabes.

—No, no sé.

—Pues que… —Red vaciló, realmente no sabía qué podía añadir a sus palabras—. Ya sabes que piense que has abusado de mí.

—¿Abusar de…? —se cruzó de brazos y su espalda chocó contra el respaldo de la silla —. No se me habría pasado por la cabeza que tú, precisamente, pudieras pensar que he abusado de ti.

—¡Oye! —Se sorprendió Red— ¿Qué es eso de precisamente tú?

—Ya sabes… No he sido yo la que se ha pasado la noche dando órdenes —Mientras las mejillas de Jane volvían a encenderse como un farolillo, tomó un sorbo de café, mirándolo a los ojos por encima de la taza.

—No pretendía darte órdenes —dijo Red más serio de lo que había estado nunca—. Yo

espero que no hayas interpretado…

La mano de Jane voló sobre la que Red tenía sobre el mantel de lino.

—No me he sentido coaccionada por ti en ningún momento —dijo con preocupación y extrema dulzura—. Lo de anoche fue maravillosa. Me hiciste sentir… wow.

—¿Wow? —se burló Red con una sonrisa ladeada.

—Sí. Me gustó todo lo que me hiciste, incluso cuando me exigías más y estaba al borde del desmayo.

—¿Debí ser más…?

—Joder, Red —se quejó resoplando—. Fue perfecto. Ya está, ya lo he dicho. —se enfurruñó aún más—. Me has desgraciado para cualquier futura experiencia sexual que pueda tener.

—¡Jane! —Red empezó a reírse a carcajadas y pronto lo hicieron los dos.

Después de un par de miradas vidriosas, siguieron cogidos de la mano.

—Hablo en serio —dijo Red—, cuando digo que para mí fue perfecto. Te deseaba desde hace mucho tiempo, y aunque solo ha sido una noche, quiero que sepas que eres especial para mí.

*Tan especial que eres la mujer de la que estoy jodidamente enamorado.* Pero obviamente, no podía decirle eso.

—Tú también eres especial para mí —le confesó Jane—. Pero por el bien de los dos…

No terminó la frase.

—Lo sé —convino, Red.

Bebiendo de nuevo un sorbo de su café, Jane reajustó la silla y miró la agenda, hasta que sintió una punzada en la sien.

—¿Cómo es posible que no tengas resaca?

—Sí, bebimos mucho, ¿no?

—Demasiado.

Jane alzó la mirada, preguntándose si eso querría decir que Red se arrepentía de haber

dado el paso de acostarse juntos. Era cierto, las cosas serían menos complicadas si no se hubieran acostado, y aunque de momento todo parecía seguir su curso sin mayores inconvenientes, el problema no residía tanto en el hecho de que quizás su relación laboral se viera afectada, sino en el hecho de que quizás ella no podría sacárselo de la cabeza. ¿Cómo hacerlo? Esas manos por todo su cuerpo, esa boca haciéndole…

—Jane, ¿me estás escuchando?

—Por supuesto.

*Joder, Jane. No escuchabas una mierda. Solo pensabas en lo bien que te lo come.*

Carraspeó. Se revolvió en el asiento, inquieta, y él se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Quieres hablar del tema? —le preguntó Red.

—¿Qué tema?

—Sobre lo que pasó anoche… —empezó a decir Red, pero ella entró en pánico.

No, no, no. No era posible que se hubiera arrepentido tan pronto. Cerró los ojos y respiró hondo para no marearse.

Pero los pensamientos de Red estaban muy lejos de lo que ella creía. Él iba a decirle que no se arrepentía de nada, que le gustaría que al volver le diera la oportunidad de salir a cenar, de tener una cita como Dios manda, pero Jane carraspeó, interrumpiéndolo.

—Fue una tontería —soltó, a bocajarro—. No podemos tener nada. Queramos o no, eres mi jefe. No saldría bien. Mi vida sentimental en estos momentos, es muy complicada…

Esa frase fue la que le sentó como un dardo directo al corazón. Sí, su vida sentimental era complicada. George aún pululaba por su órbita, y quizás… su ruptura no fuese tan definitiva como esperaba.

—Ya está olvidado.

—¿Olvidado? —él alzó la cabeza súbitamente. Confuso, mientras su corazón empezaba a latir como un potro desbocado.

—Claro —Jane se encogió de hombros—. Bebimos demasiado, y en fin… somos jóvenes, al menos no tan viejos como para no divertirnos. Y dijimos claramente… —tragó saliva

como si eso fuera una excusa para salvarla del bochorno—, que solo sería una vez. Una noche y olvidado.

—Yo…

*¿Una noche y olvidado?* Si le hubiesen clavado un cuchillo en el corazón, no le habría dolido tanto.

Ella lo miró, se dio cuenta de su expresión y se puso aún más nerviosa.

—Fue divertido —Jane se encogió de hombros, fingiendo que no le importaba lo más mínimo.

Él se quedó de piedra ¿Eso habían hecho? ¿Divertirse? Por supuesto que se habían divertido, pero para Red no había sido solo sexo, fue… algo que llevaba siglos esperando.

—Pero…

—Trabajamos bien juntos, nos llevamos bien —volvió a interrumpirle—. No lo compliquemos.

Jane alargó la mano sobre la mesa y le tocó el brazo, era evidente que estaba preocupada, o tal vez arrepentida. Red no apartó la mano, es más, a su traicionero corazón le encantó su contacto.

—No vamos a dejar que el sexo se interponga entre nosotros, ¿verdad?

—No —dijo él muy seguro—. No lo haremos.

—Formamos tan buen equipo, ¿verdad? —siguió diciendo, cada vez más nerviosa, como si necesitara convencerse de eso—. No quiero dejar de trabajar para ti.

Los ojos de Red se abrieron como platos.

—Dios, ¡no! —ahora fue él quien entró en pánico—. Jane, ¿cómo se te ocurre? ¿Por qué ibas a dejar de trabajar para mí?

Red se llevó una mano al corazón, totalmente aliviado.

—¡Gracias a Dios! —Jane pareció tan aliviada como él—. Por un momento pensé…

Eso no le gustó nada. Nada de nada.

—¿Pensaste que te echaría a la calle por haberte acostado conmigo?

¿Cómo podía habérsele pasado algo así por la cabeza?

—Ssshh. —Jane se inclinó hacia delante y chistó—. No lo digas en alto.

—Por supuesto —apartó la mano, ofendido—. No vaya a ser que alguien se entere de que he sido el polvo de una noche.

—¡Red! Por favor, no he pretendido ofenderte.

—No lo has hecho, pero me siento dolido, ¿cómo puede pasarte por la cabeza que podría despedirte por…?

—No, no —dijo angustiada—. No me he expresado bien. Red, eres el hombre más íntegro que conozco. Por supuesto que no me despedirías por… eso.

Él asintió, dejando pasar el tema, aunque su corazón lamentara haber escuchado esas palabras.

—Hagamos como que esto no ha pasado y no volvamos a hablar de este tema, ¿quieres?

Red apretó los labios y la miró en silencio. Por dentro se estaba rompiendo. Para él, aquella noche había sido la más hermosa y excitante de toda su vida. No podía creer que la única preocupación que tenía Jane era que su trabajo se viera dañado. Entró en la cuenta de que era más que evidente que no sentía lo mismo que él. Y era doloroso, mucho, pero tampoco es que pudiera hacer nada al respecto.

—Está bien. Si es lo que deseas.

*No sé,* se dijo Jane a sí misma, *¿es en verdad lo que deseas, Jane?*

Por supuesto que no.

Lo que quería era volver a acostarse con ese hombre, sentirse deseada, volver a notar cómo su corazón se ensanchaba ante su mirada azul y cómo su piel ardía y su cuerpo temblaba bajo sus caricias y sus húmedos besos. Red no sólo era un buen hombre, era el más maravilloso del mundo y llevaba mucho tiempo negando sus sentimientos por él. Estaba enamorada. Lo estaba desde hacía mucho tiempo.

Pero no podía ser… ¿verdad?

No, era imposible. No podía arriesgarse a perderlo, sólo por una noche de sexo

desenfrenado.

*Se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes.* Empezaba a tener migraña, o tal vez era la situación que había puesto su mente del revés.

Ella asintió a su vez.

Estaba aliviada ¿no? Pensó Red, al intentar leer su rostro. Seguramente seguía enamorada de su marido y no quería que ese desliz le impidiera regresar con él. No iba a juzgarla, eran muchos años juntos. Claro, era lógico, porque formaban una familia, tenían hijos y…

—Lo entiendo. —Él contuvo la respiración, incapaz de decir nada más, aparte de—: Como tú prefieras.

Luego miró por la cristalera y estuvo atento a cualquier sonido. Estaba convencido de que, si escuchaba bien, podría escuchar su corazón partirse en pedazos.

*Maldita sea.*

Después de haber pasado la noche más maravillosa de su vida, la mañana estaba siendo muy amarga.

***

Su estancia en Dallas estaba a punto de finalizar, y tanto Jane como Red estaban satisfechos con los logros obtenidos.

Sin embargo, a nivel emocional… Era difícil para los dos explicarse cómo se sentían.

Por supuesto, no se habían arrepentido por lo sucedido, a pesar de que ambos intentaban aparentar todo lo contrario. Pero después de la conversación en el salón del desayuno, había aparecido entre los dos un aura extraña. A Red, aunque intentaba disimularlo, ya no se le iluminaban los ojos cuando sonreía. Y Jane estaba inquieta, dudaba hasta de su propia sombra. No sabía si había hecho lo correcto, o más bien había metido la pata hasta el fondo, dejando pasar el tren que llevaba años esperando.

—¿Ya tienes la maleta preparada? —preguntó él, bajo el marco de la puerta del cuarto de

baño. Jane no pudo evitar sonreír al recordar lo sucedido con esa misma puerta el primer día.

—Sí —respondió, aclarándose la voz—. Reviso que no me dejo nada y podemos ir a comer algo antes de tomar el avión.

—Vamos con tiempo, así que no hay problema.

—De acuerdo.

Cuando Red la dejó a solas, Jane recogió sus enseres del cuarto de baño. Mientras vio de reojo como Red cerraba la maleta en el dormitorio, el teléfono de Jane vibró sobre el mármol del lavabo. Inevitablemente puso los ojos en blanco al ver el nombre de la llamada entrante.

—¡Buenos días, amiguita! —Exclamó Mónica al otro lado de la línea cuando Jane descolgó.

—Buenos días, Mónica.

—¿Cómo fueron mis intentos para que los dos tortolitos acabaran enredándose en el jacuzzi y bebiendo champan?

Jane echaba chispas. Cerró los ojos para tomar aire, y salió del baño para atravesar la habitación y poder hablar en la terraza sin que Red escuchara aquella conversación que sería del doto inapropiada. Por supuesto le hizo un gesto de que necesitaba un minuto.

—Te hace gracia ¿verdad? —preguntó sentándose en la silla de la terraza.

—Vamos, Jane, solo fue una broma.

—Una broma que ha acabado exactamente como tú querías.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea, y de pronto escuchó el sonido de cristales rotos.

—¿Mónica? ¿Estás bien?

—¿Bien? No lo sé —dijo, en shock— ¿Puedes negar o afirmar que tú y Red os…? ya sabes…

—Nos hemos acostado.

—¡Aaaah…!

La loca de su amiga empezó a gritar y Jane tuvo que apartarse un momento el teléfono de

la oreja. Al parecer, le entusiasmaba la idea de que su amiga hubiera caído en los brazos de su jefe buenorro.

No es que Red no fuera todo lo que ella había deseado, pero las consecuencias podían ser fatales. Adoraba a Red, no podía perderle. De ninguna manera.

Volvió a ponerse el móvil en la oreja y Mónica seguía fuera de sí.

—Deja de gritar, solo fue sexo.

—¡Aaaah! ¡Sexo!

—Si no paras, te cuelgo.

—No, no, no… espera. Es como si hubiera esperado a que mi equipo favorito ganara la Súper Bowl.

—Eso nunca ocurrirá.

—Pero tu sexo salvaje con Red, sí ha sucedido.

—No fue sexo salvaje.

—¿No? —preguntó bajito—. ¿Solo sexo, sin salvaje? ¡No me desanimes!

—No lo hago, fue… —las mejillas de Jane se incendiaron y su voz sonó temblorosa mientras miraba hacia el interior de la suite para comprobar que Red seguía ajeno a la llamada—. Increíble.

—¡Aaaaaaah! —Mónica volvió a gritar como una loca.

Jane escuchó el tintineo de una campana y entonces Mónica gritó:

—¡Se ha acostado con su jefe!

Mierda, ¿eso eran…? Hubo aplausos y de los gordos, podía escuchar a otras mujeres jaleando a través del teléfono.

Mónica acababa de decirles a todas sus clientas de la peluquería que su amiga se había acostado con su jefe.

—Doña Juanita, está más emocionada que yo.

Jane se quería morir.

—Te odio —gimió llevando su mano a la frente.

—¿Qué vas a odiarme? ¡Soy tu mejor amiga! —le dijo, feliz— ¿Cómo vas a compensarme el hecho de que anulara la habitación extra, esa totalmente innecesaria, para que pudieras acurrucarte sobre el pechote peludo de tu jefe?

—Se depila —la cortó—, pero ese no es el caso.

—¡Se depila, chicas! —gritó de nuevo a sus clientas.

—¡Deja de hacer eso! ¡Por Dios! —Jane, de nuevo, se tapó la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—Sarah dice que ya parecía un metrosexual, si es que eso todavía existe. Ya somos de otra época.

—Deja de hacer eso.

—¿Y bien, para cuando otra sesión? —preguntó Mónica muy emocionada.

—No habrá otra, lo dejamos claro desde…

—¡Alto ahí! —Se hizo el silencio al otro lado de la línea, como si estuviera meditando sobre las palabras que acababa de escuchar. Al parecer, no le gustó nada que ambos hubieran decidido que solo era el rollo de una noche—. ¿Lo dejasteis claro, o tus inseguridades hablaron por ti?

—Mónica… —gimió Jane. Pues algo le decía que su amiga había dado en el blanco.

—¡Jane! —se quejó, lastimosa—. Vamos.

—Él estuvo de acuerdo —se excusó, muy convencida de que Red había deseado exactamente lo mismo—. Está claro que no le intereso, que solo fue sexo.

—Sexo que podríais haber repetido, si no le hubieses propuesto semejante idiotez.

—Pero… —gimió, Jane—. Es que si repito… —se mordió el labio y apretó la frente contra la pared de la terraza—. ¿No crees que ya estoy bastante colada?

—Me parece de lo más ridículo que le hayas propuesto algo así, estando colada por el hombre más perfecto del mundo.

—¿No te das cuenta, Mónica? —dijo, lastimera—. Llevo años sintiéndome culpable por estar con un hombre que sé que no me quiere, y teniendo fantasías con otro del que depende mi

economía familiar. ¡Es mi jefe!

—No deberías sentirte culpable, todas tenemos fantasías con Red McTavish.

—¡Mónica! —eso la hizo reír—. Pero quitémosle hierro al asunto. Está claro que, por como se mueve en la cama, no me echará de menos.

—Hm… ¿y cómo se mueve en la cama, Jane? —dijo, pícara, mientras las clientas de Mónica le preguntaban exactamente lo mismo.

—Lo que quiero decir es que Red podría tener la mujer que quisiera, y practicar… a diario.

—¿A diario?

—Quien sabe —respondió, acordándose de las estrellitas de su agenda—, quizás no lo conozco tan bien como pensaba.

—¿Y no podrías plantearte ser una de esas mujeres que se acuestan con él a diario? —preguntó su amiga, en tono lastimero.

—¡Mónica! —jadeó.

—Tú piénsalo. No fue mal sexo, al menos no como el que has tenido en la última década. —En eso, Mónica tenía razón—. Te gusta, es evidente. Tu voz me dice que te arrepientes de haberle puesto el freno. Yo pienso que podríais repetir y relajarte.

—Cómo si fuera tan fácil…

—Sólo digo que estás muy estresada por lo del divorcio, los niños. Yo los adoro, pero son engendros del infierno.

—Eres su madrina, ¿lo sabes?

—Por eso los conozco tan bien. —Se burló—. Y volviendo al tema, no te lo pienses, deja que fluya.

—¿Y cómo se supone que debo dejar que fluya?

—Te acercas después de una reunión estresante y le dices ¡Follemos!

Tener una amiga como Mónica, sin duda te sacaba las carcajadas en cualquier situación.

—Estás loca —rio—. Y ahora, vuelve a tus rulos. Tengo que colgar, ya hablaremos de lo

bien que fue el negocio. Venderán todo el equipamiento de…

—Y pensar que eso te excita tanto como a tu jefe —resopló su amiga y seguro que también estaba poniendo los ojos en blanco—. Sois muy raritos. Deberíais celebrarlo con un buen polvo.

—Te dejo.

—¡Oh! —siguió, como si nada—. Tal vez podríais probar vosotros mismos el equipamiento. Ya sabes, darle una buena galopad…

—Voy a colgar.

—Ahora que lo pienso mejor, que es mejor que lo cabalgues a pelo… Quiero decir, sin silla de montar.

—Te quiero. Un beso —se rio Jane, sin dejar que esa idea hiciera mella en ella.

—¡Un aplauso para nuestra Jane! ¡Que después de medio siglo, se ha tirado a Tarzán! —Se escuchó gritar a Mónica, que había puesto el manos libres.

Todas las clientas aplaudieron.

—Oh, por favor…

—Jane —le dijo Mónica por última vez—. Seguís en otro estado, si no quieres continuar con vuestra aventura al volver, perfecto. Pero… ¡despídete hoy por todo lo alto!

—¡Adiós! —Jane colgó cuando aún el ruido de los aplausos inundaba sus oídos—. Está loca…

—¿Quién está loca? —preguntó Red, cuando salió a la terraza con su traje impecable al ver que ya no tenía el teléfono en la oreja.

—¿Quién va a ser? Mónica.

—¿Y qué te ha dicho para que la llames loca?

Jane se puso colorada y soltó una risita nerviosa.

—Que… —lo miró a los ojos y la reacción de su propio cuerpo ante aquella mirada azul, fue difícil de ocultar—. Ha dicho que follemos.

# Capítulo 16

La empotró contra la pared, una vez entraron en la habitación.

—Oh, Jane… —Sus bocas hambrientas se devoraban mutuamente—. ¿Es lo que quieres?

No respondió enseguida. Dio un tirón a su corbata y después otro hasta que terminó en el suelo junto a la americana. Red la tomó por el trasero y la alzó, encajándose entre sus piernas.

—Dioses…

—Una noche no es suficiente —jadeó ella contra su boca mientras le desabrochaba la camisa—. Te juro que aún no he cumplido todas las fantasías que he tenido contigo estos últimos años.

—Mmm… yo tampoco —las manos de Red apretaron sus pechos, mientras se miraba a sí mismo hacerlo, comprobando que apenas cabían en el ellas.

—Necesito… Oh, nece… ¡Ah! —Jane gritó cuando las manos descendieron por su cuerpo y se colaron bajo su falda para subírsela y arrancarle las bragas.

Su mano voló hacia su sexo y notó su humedad, lo festejó gruñendo.

—Condones… en la maleta —jadeó Red, restregándose contra ella.

Jane siguió besándole de forma salvaje.

—Innecesarios —gimió sintiendo como la erección de Red se restregaba contra ella—. Sé el resultado de nuestros últimos análisis, y llevo un diu. Así que…

—Oh, vas a matarme —No hubo terminado de decir esto y lo agarró de la camisa para hacerlo girar.

Jane lo empujó contra la pared y sus manos trabajaron afanosamente para desabrocharle el pantalón y bajarle la cremallera. Jadeó cuando metió su mano por la cintura de los calzoncillos y tocó su mástil duro y erecto.

—Dios, ¿sabes que siempre me lo imaginé grande?

—¿Muy grande? —dijo acariciándole el cuello y atrayéndola de nuevo hacia su boca—. Espero no haberte decepcionado.

—No lo has hecho. Es preciosa —dijo sacándola de su ropa interior y mirándola con deseo—. Quiero chupártela.

—¡Jane! —Su polla dio un brinco en la mano de Jane, como si se anticipara a lo que iba a venir—. Por favor, no…

—¿No te gustaría? —preguntó tentándolo, fingiéndose decepcionada por su vacilación.

Lejos de contestar, él solo pudo mirarla cuando empezó a caer hacia el suelo. Dobló las rodillas y sus manos acariciaron su torso, deslizándose hasta agarrar su miembro con fuerza.

Tiró su cálido aliento sobre la punta y eso lo hizo jadear.

—Por favor, Jane —suplicó, sin saber muy bien por qué. No sabía si rogarle que lo hiciera o que se levantara para poder llevarla a la cama. Cualquiera de las dos cosas lo ponían al límite.

—Red… —susurró mirándolo a los ojos—. Quiero que me la metas en la boca. —Todo el cuerpo del cowboy se tensó como las cuerdas de una guitarra—. Lo deseo tanto…

Finalmente inclinó la cabeza y sacó la lengua para lamerle la punta.

Un siseo cortó el aire.

—Jane… No sé si…—No hubo terminado de hablar cuando los labios de Jane rodearon su glande. Él cerró los ojos y apretó la mandíbula cuando la boca, suave y húmeda, empezó a succionar.

Con las manos abrazando sus caderas, Jane trabajó en ello, metiéndosela en la boca. Al principio de manera torpe y vacilante, pero después…

—¡Oh! ¡Dios! —El sonido erótico y hasta obsceno de su mamada empezó a empujarla hacia el vacío. ¡Y las sensaciones! Sentir su lengua lamiendo cada gota, sentir su garganta en la punta cuando tragaba con más fuerza…— Por favor —suplicó agarrándola por la nuca.

Fue incapaz de resistirse y sus caderas se movieron, buscándola, haciendo que se la

tragara más profundamente.

Cuando lo miró a los ojos se estremeció de placer y empezó a temblar.

La vibración de su voz era tan placentera y excitante que Red tuvo que gruñir para no correrse enseguida.

—¿Te gusta? —preguntó ella, deteniéndose para mirarle.

Red alzó la cabeza y bebió de esa imagen tan erótica. No le quedó otro remedio que respirar hondo y apretar la mandíbula.

Ella lo miró a los ojos, y con las manos le masajeó la polla. Al ver como Red boqueaba en busca de aire, sonrió, lamiéndolo desde la base hasta la punta para después metérselo en la boca y succionar.

—Ah, sí… Así —gimió Red, mientras ella se la introducía en la boca, una y otra vez, variando el ritmo y el orden. La mirada, cargada de deseo y pasión, no se apartaba de la suya—. Oh, nena… Si sigues haciendo eso yo…

—Córrete en mi boca.

—¿Qué…? —jadeó, mientras su polla brincaba—. ¡No!

La risa de Jane lo envolvió. Ella sabía que Red estaba luchando por no correrse en su boca, pero era totalmente innecesario.

—Te deseo —la sonoridad de esa última succión lo puso a cien—. Hazlo, lo deseo y tú también.

Pero ella no estaba dispuesta a detenerse. Lo deseaba, ansiaba sentir como la polla de Red se hinchaba entre sus labios para después notar cómo se vaciaba entre estertores.

Y finalmente, eso fue exactamente lo que sucedió.

—Nena… ¡Me corro! —gritó—. Por favor, para… ¡Jane!

Jane lo abrazó con los labios, mientras sus brazos, le envolvían las caderas. Succionó y se la metió hasta el fondo. Una y otra vez. Hasta que no tardó en notar su cálido y dulce néctar, regándola.

—Hmmm —gimió, mientras seguía chupando.

Red apoyó la cabeza contra la pared mientras sus caderas se sacudían. Apenas podía respirar, ni hilvanar un pensamiento con coherencia.

—Dios mío, nena. ¿Qué me has hecho? —preguntó deseando más. Jamás en la vida había estado tan cachondo, tan duro, tan excitado jamás.

Jane seguía succionando y él no dejaba de estar como una piedra.

Finalmente, los ojos de Red cayeron sobre ella, la vio sacársela de la boca, sonreír satisfecha. Pero él no sonreía y mucho menos cuando miró el sutil movimiento de ese cuello, tragar.

—Ponte en pie —dijo Red con la voz áspera. Ella tardó demasiado en obedecer, y la mano de él voló hacia su nuca—. Ven aquí.

La atrajo con brusquedad, tirando de su ropa con brusquedad hasta empujarla desnuda sobre la cama.

Se metió entre sus piernas, después de quitarse toda la ropa. La besó con desesperación, pero Jane volvió a tomar el control de la situación.

—Es mi fantasía.

Lo empujó para que quedara tendido de espaldas sobre la cama.

Se colocó sobre él y lo besó, sensual. Lamió sus labios, su barbilla. Luego se incorporó y con un golpe de melena se la echó hacia atrás. Sentándose sobre sus caderas, pudo ver como los ojos del cowboy la miraban con puro deseo.

Red no gimió, intentó permanecer calmado cuando ella asió su polla con una mano. El apretón le valió un siseo, y cuando la movió arriba y abajo, un gemido.

—Te gusta torturarme.

—Un poco —se rio ella.

Mordiéndose el labio inferior, Jane guio el miembro hacia su hendidura. Poco a poco se la fue metiendo.

Red estaba duro aún después de correrse. Verla con los cabellos sueltos, rozando con los mechones sus pechos llenos, era más de lo que podía soportar. Era la visión más sexy que había

visto en su vida.

Jane gimió hondamente mientras la amplitud de Red la iba llenando. Empezó a ondear las caderas, lentamente, como si estuviera en un rodeo.

Red alzó las manos y agarró sus pechos. Los apretó mientras ella empezaba a cabalgar sobre él.

—Oh, Red…

Echó el cuello hacia atrás y aumentó el ritmo.

Cabalgó, frenética.

Red rozó sus inhiestos pezones con los pulgares, mientras se le hacía la boca agua. Se incorporó, apoyando sobre la palma de su mano el peso de su cuerpo, mientras movía las caderas con más fuerza para salir al encuentro de Jane. Ella se agarró a su cuello para mantener el equilibrio, y se echó hacia atrás cuando notó la boca de Red abriéndose contra uno de sus pechos, para después lamer y cerrarse contra su pezón.

—Oh… ¡Señor!

Después de explorar sus dos montículos, lamió su cuello y las manos bajaron hasta rodear la cintura de Jane, que serpenteaba, bailando la danza más antigua del mundo.

Jane empezó a gritar y a moverse con más fuerza y rapidez sobre él. Apoyó las palmas en su pecho, haciendo que cayera contra el colchón.

Lo miró a los ojos y sonrió al ver cuanto le gustaba tenerla sobre él.

Movió las caderas de arriba abajo, mientras sus pechos rebotaban.

—Inclínate —le ordenó él. No pensaba dejar de tener a su alcance esos perfectos pechos.

Ella le hizo caso y entonces, los tomó de nuevo entre sus manos, apretándolos hasta que su boca pudo apoderarse de ellos. Los mordió, mientras ella se corría.

Le abrazó la cabeza para que no la soltara, y antes de darse cuenta, ella estaba de espaldas contra el colchón y él había tomado el control, pujando con fuerza en su interior hasta vaciarse por completo.

Red se mordió el labio inferior para no gritar, mientras Jane lo hacía descontroladamente

con cada estocada. Su orgasmo se prolongó, dejando su cuerpo desmadejado y tembloroso.

—Dioses, Jane —se quejó apoyando su frente sobre la de ella.

—Creería que he muerto he ido al cielo —se burló ella—, pero hace demasiado calor.

Red se desplomó sobre ella y la abrazó un instante mientras recuperaba el aliento.

Aún en su interior, Red la abrazó y cerró los ojos, acompasando su respiración con la suya.

—Ha sido… —empezó a decir Jane, pero tuvo que callar, porque él parecía no estar dispuesto a parar. Sintió cómo movía las caderas, de arriba abajo, entrando y saliendo de ella.

—Estás… duro. ¿Cómo puedes…? —jadeó y abrió la boca intentando recuperar el aire que se le escapaba de los pulmones—. ¡Red! —gritó cuando él tocó una parte especialmente sensible.

—Hmmm… Creo que es por lo mucho que me has hecho esperar —le sonrió.

Ella le acarició el rostro.

—Red…

La aprisionó con su cuerpo y empezó a bombear, primero lentamente, después aumentando el ritmo.

—Si solo tenemos un par de horas… voy a hacerte el amor de todas las maneras posibles, Jane Summers.

Ella lo miraba a los ojos, estos estaban colmados de deseo y pasión.

—Pero… ¡Ahhh! —gritó, cuando él le dio una rápida y certera estocada.

Y luego vino otra, y otra.

Alzó las rodillas y abrazó su cintura con las piernas, entrelazando los tobillos en su espalda. Él bombeó con más fuerza. No apartó los ojos de ella. Tenía los labios hinchados y gemía durante cada envite y Red pensó que nada podía hacer que se cansara de esa visión.

Sus cabellos revueltos y la forma en que se retorcía, lo excitaron como nunca.

No tardó en sentir una fuerte oleada, empezando desde el pecho, cruzando su vientre hasta acabar explotando en su sexo.

Red se corrió, justo en el momento en que ella también se corría.

Gritaron, se besaron, se retorcieron el uno contra el otro, hasta acabar absolutamente desmadejados sobre la cama.

Ambos miraron al techo, sabiendo que tenían que salir de esa burbuja que habían creado durante esos dos días. Sabían también que debían tomar un avión y volver a su rutina. Una rutina, donde no había cabida para el sexo desenfrenado y los sentimientos románticos, porque ambos habían pactado que…

No volvería a pasar.

# Capítulo 17

¿Que si durante las siguientes dos semanas hubo tensión sexual en la oficina?

¡Por supuesto!

¿Hicieron algo al respecto?

Bueno… Se comportaron como verdadera gente civilizada y asexual, aunque hubo una mañana en la que…

…algo sí pasó.

¿Antecedentes?

La bruja Medusa, como Jane apodaba a su madre, se había quedado a los niños el fin de semana, y por eso el lunes estaba tan feliz como descansada. Le hubiera gustado decir que su madre se había apiadado de ella, pero realmente se los pidió prestados porque había una actividad en el centro cívico y todas las abuelas llevaban a sus nietos.

Pero, sea por lo que sea, Jane agradeció a su madre ese domingo libre de niños, con un buen baño de espuma y un buen libro en la bañera. No es que hubiera hecho nada del otro mundo, ni tampoco que no hubiera añorado a sus hijos… siempre los echaba de menos cuando no los tenía cerca. Pero una mujer joven que está pasando por un momento tan delicado como es un divorcio, necesita un buen descanso de vez en cuando para recargar pilas. Y hablando de pilas, solo le amargó la tarde que su succionador se hubiera quedado sin batería. Y es que llevaba una semana dándolo todo.

Había invitado a Mónica a una pizza, solo para contarle con pelos y señales lo que era sexo del bueno.

Después de ese fin de semana de relax, Jane había vuelto a nacer.

Aquella mañana llegó más que temprano a la oficina. Fue la primera en cruzar los tornos y una vez en su despacho, se puso los auriculares y se quitó los tacones. Bailó descalza sobre la

moqueta al ritmo de Shakira, antes de que llegara cualquier empleado.

—Una loba en el armario… ¡Auuuu! —Un dossier aquí… —Tiene ganas de salir… ¡Auuuu! Deja que se coma el barrio, antes de irse a dormir…

Y eso mismo era lo que estaba haciendo mientras meneaba el trasero y aullaba, al mismo tiempo que metía un nuevo informe en una carpeta para llevárselo a Red.

Caderas hacia la derecha, caderas hacia la izquierda y…

—¡Auuu!

Pero calculó mal la hora de llegada de su jefe, por eso al darse la vuelta con el informe en la mano, su cadera quedó desplazada hacia la derecha mientras miraba los ojos desorbitados de Red, viéndola bailar.

Bajó los brazos y dejó de intentar mover el ombligo.

—Mierda… —gimió, mientras se quitaba los auriculares.

—Buenos días, Jane —dijo él, moviendo los labios a través del cristal. De pronto abrió la puerta—. ¿Sabes que instalé cámaras en tu despacho?

Se puso roja como un tomate y los ojos por poco se le salen de las órbitas.

—No es cierto.

—No —negó con la cabeza mientras estallaba en carcajadas—, pero deberías haberte visto la cara.

Jane se giró y le lanzó una bola de papel mientras él la esquivaba cerrando la puerta.

—Serás…

¿Por qué su sonrisa era tan jodidamente devastadora? ¿Por qué era tan guapo? Eso era una injusticia, cualquier mujer que lo conociera tendría unos estándares estratosféricos. Imposible no tener fantasías con ese hombre. Tenía que recordar que todas sus fantasías se habían cumplido y ahora… ¡Cielos! Acababa de pillarla haciendo el tonto en la oficina. Moviendo las caderas intentando parecer sexy… pero el sexy era él, con ese traje gris que le sentaba como un guante y esos ojos azules que parecían comérsela con la mirada. Tragó saliva y luego se humedeció los labios, pensando que el lobo era él.

Cuando entre risas, y después de haber esquivado la bola de papel, Red volvió a abrir la puerta, Jane le dio los buenos días.

—Buenos días, Red — Se mordió el labio y se puso tiesa.

—Buenos días, Jane.

Él siguió sonriendo como si quisiera comérsela. Se apoyó en esta y la miró con una ceja alzada y una mirada que dejaba pocas dudas de su deseo.

¿Podía ser más sexy? La respuesta era un rotundo no. No había nadie en el mundo más sensual que Red McTavish. Se puso colorada al recordar, una vez más, cómo se lo comió en Dallas y carraspeó, intentando no delatar sus pensamientos.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó él, con esa voz aterciopelada que, recordaba, le había susurrado en lo que parecía ya otra vida, palabras excitantes cargadas de deseo—. Veo que estás llena de energía.

Jane dibujó una sonrisa, pero le salió una mueca rara, después se apoyó en la mesa fingiendo una actitud relajada y le lanzó una mirada muy profesional.

—Sí, ¿y tú?

—Yo también. —Verla bailar, con sus caderas moviéndose de un lado a otro y sus preciosos pechos… Meneó la cabeza. Por supuesto que también lo habían llenado de energía—. Carraspeó, para apartar esos pensamientos tan inadecuados—. Quiero decir, que también he pasado un buen fin de semana. —Aunque la verdad, había estado hasta arriba de papeleo. Y también, como cada día que no la veía, había pensado en ella.

—Bien. —Como él de pronto pareció dudar, ella lo miró, expectante.

—Verás… —empezó a decir Red—. Mi madre me llamó. Te echa de menos y está deseando que vayas al rancho con los niños.

Cielos, pensaba que Red ya se había olvidado de esa invitación. Tomó aire, nerviosa. E ilusionada también. Pero, ¿era conveniente? ¿Cómo se lo tomaría Violet? ¿Qué diría George?

—Oh, me encanta el rancho McTavish.

Fue más un pensamiento dicho en voz alta, pero el rostro de Red se iluminó.

—Cocinaría para ti.

—¿Tú? —preguntó ella, extrañada.

—No, mi madre.

—Oh, eso tiene más sentido. —Se sintió algo decepcionada, pues no había nada más sexy que un hombre como ese alimentando a una mujer tan hambrienta como ella.

Se quedaron mirándose un largo instante a los ojos, ambos sin hablar. Él porque esperaba que Jane le respondiera que sí. Rezaba, en verdad, a todos los dioses habidos y por haber, que dijera que sí.

Y ella, porque se había perdido en esa mirada azul. En unos ojos que… ¡Por Dios! No era capaz de olvidar cómo la habían mirado cuando la había penetr…

Suspiró lentamente, como si con ello expulsara toda la excitación que sentía al recordar su noche de pasión en la suite, con Red McTavish.

—¿Y bien? —insistió él, con una ceja alzada. Empezaba a ponerse nervioso.

—¿Y bien qué? —parpadeó Jane. Intentaba ganar algo de tiempo. No sabía qué contestar.

*Oh, por amor de Dios, Jane,* pensó Red, *me dará un infarto si no respondes que sí de una vez.*

—Que si quieres venir al rancho cuando los niños terminen la escuela.

¡Vaya! Eso sí que eran palabras mayores. Sería maravilloso ir, pero recordó la última vez que fue. Su hija no se lo pondría fácil, por no hablar de su ex.

Debería haber rechazado la oferta de pleno, pero solo le salió un:

—Lo consultaré.

***

Red se sentó tras su escritorio después de dejar a Jane en su despacho. Los primeros trabajadores habían hecho acto de presencia, por lo que ella no había podido seguir bailando descalza. Se le ensanchó la sonrisa al evocar su desenfadada imagen.

Se escuchó el suspiro en el despacho. Acto seguido, intentó concentrarse con los documentos que Jane le había dado. Por supuesto, todos ellos, perfectamente archivados y con un montón de notas adhesivas pegadas en cada página para que a él no se le escapara nada. Sonrió al ver en una de ellas lo siguiente:

*Recuerda que cuando firmen, tenemos que celebrarlo con nuestras famosas galletas.*

Era consciente que sonreía como un bobalicón.

—Por supuesto. —Por algo esos eran los momentos que él más amaba de su trabajo, momentos de complicidad que siempre estaban relacionados con Jane, su Jane.

Intentó concentrarse de nuevo, pasando las páginas de los informes, pero pronto se dio cuenta de que sus pensamientos siempre regresaban a lo mismo.

No podía evitarlo. Verla bailar en su despacho, con los pies descalzos, y moviendo las caderas, le había hecho recordar cómo las había mecido sobre él cuando…

—¡Basta! —se dijo a sí mismo, llevándose las manos a la cara para después apartarse el cabello.

Se apoyó en el respaldo de la silla, cerró los ojos y tomó aire lentamente.

Una vez más, era incapaz de no pensar en su noche de sexo en Dallas. Y tan inevitable era, pensar en esa maldita regla de que no se volvería a repetir, y la frustración hizo mella en él.

Habían pasado dos semanas desde la mejor noche de su vida y no se la había contado a nadie. Se lo había guardado para sí y eso se lo estaba comiendo por dentro. No sabía qué hacer. Una parte, se negaba a renunciar a ella tan fácilmente, pero otra… Quería insistir. Pero por supuesto, no lo haría. No quería presionarla.

Se imaginó a alguno de sus hermanos en esa situación. Sí, definitivamente habrían capeado el temporal mejor que él. Con total seguridad, habrían luchado por el amor de su vida. ¿Y él? Era un cobarde. Definitivamente.

Miró su teléfono móvil a su izquierda y casi de forma inconsciente, lo cogió. Con la yema de su pulgar deslizándose por la pantalla, buscó en la agenda el número de su hermana Phiona.

De todos sus hermanos, ella era su confidente. Entre otras cosas, porque también, junto

con Tess, era una buena amiga de Jane. Toda su familia sospechaba que llevaba años enamorado de su asistente, pero sólo con la pequeña de los McTavish era capaz de hablar de su vida privada sin tapujos. Y a decir verdad, sus buenos consejos siempre le habían ayudado, calmando su ansiedad.

Sin pensarlo más, pulsó sobre su nombre y el teléfono empezó a sonar en su oreja. Nada más escuchar la voz de su hermana se sintió mucho mejor. No dio muchos rodeos después de preguntar como estaba su madre e interesarse por la nueva relación de esta con el padre de Tess. Al parecer, iba viento en popa, y bien que se alegraba él, aunque Daril se hubiera puesto un poco protector.

Por supuesto, luego le tocó hablar a él de su vida privada, y no pudo esquivar el hecho de que se había acostado con Jane.

—Dijo que solo una noche —gimió, en un tono de voz que incluso a él le sonó penoso.

Phiona, al otro lado de la línea, agrandó los ojos por la sorpresa.

Pobre Jane, pensó, debía estar con las emociones desbordadas. Su ex era un imbécil de manual, y ella, madre de tres hijos, a punto de divorciarse y con el jefe cañón detrás… era para volverse loca. La entendía. Pero también entendía a Red. No debía de estar pasando por un buen momento, después de tantos años enamorado en secreto.

—¿Y qué le dijiste? —indagó.

—Pues nada. ¿Qué iba a decirle? Si ella solo quiere eso, tendré que respetarlo.

—Hermanito, en serio… —Con sinceridad, Phiona pensaba darle la charla, pero era inútil hacerlo por teléfono. Lo mejor sería dejarlo para cuando llegaran al rancho. Sólo se atrevió a decirle—: Eres demasiado bueno. Pero recuerda que todo caballero tiene que ser un poco malote de vez en cuando.

—No sé si podré serlo. Jane se merece lo mejor, no que el idiota de su jefe sea un poco malote.

Se escuchó la risa de Phiona al otro lado de la línea.

—Tú solo tráela al rancho y yo me encargo de explicarte lo que debes hacer.

—No sé si fiarme.

—¿Por qué? —se rio su hermana—. Nunca te he dado malos consejos.

—En eso tienes razón. —Suspiró—. Entonces cruzaré los dedos para que todo salga bien en las vacaciones y los niños accedan a venir al rancho.

—Aceptarán —Phiona le quitó importancia—, puede que Violet no te soporte, pero a mí me adora.

—Entonces ya sé con quien va a salir a cabalgar.

Phiona no se lo discutió, al fin y al cabo, adoraba a los niños y por supuesto a Jane.

Desgraciadamente para Red, era muy consciente de que su amiga tenía una moral bastante elevada. ¿Divorciarse y acto seguido tirarse al jefe buenorro? Seguramente se estuvo flagelando durante todo el día siguiente. Algo que no pensaba decirle a su hermano. Pero sí que tendrían una charla de chicas. Lo que Jane necesitaba era darse cuenta de que a veces las cosas no funcionan y hay que pasar página. También le explicaría que no todos los tíos eran iguales. Definitivamente, Red no tenía nada que ver con George, y eso también se lo dejaría claro.

—Bien, os estaremos esperando.

¿Qué haría sin su hermana pequeña? Pensó Red, mientras sus labios dibujaban una tierna sonrisa.

—Me muero de ganas de veros.

—Y nosotros aún más.

—¿Cómo esta Edgard? —Red frunció el ceño, algo preocupado porque lo último que le había dicho Phiona, era que el pequeño de los McTavish seguía de mal humor y su dolor no había disminuido, por lo que su vida no había vuelto a la rutina.

—Su carácter se ha agriado —dijo Phiona con cierto resentimiento—, y me temo que vaya a ser permanente si la operación a la que va a someterse no le ayuda. —otro gruñido—. No quiero ni imaginarme como será el postoperatorio. He contactado con alguien para que le ayude con la fisioterapia. Es nuestra última esperanza.

Red la entendía. Puede que estuviera más lejos que los demás, pero no había dejado de

preocuparse. De hecho, todos estaban preocupados por él, pero él no se dejaba ayudar.

—¿Tienes alguien en mente?

—He contactado con una antigua amiga de la universidad y creo que podría ayudarnos.

—Ah, ¿sí? —se interesó, Red.

—Actualmente está intentando ahorrar para montar su propia clínica especializada en deportistas. Gwen es fisioterapeuta. Le he comentado la situación y el dinero le vendría bien para dentro de un año poner su propio negocio, pero quiero que lo manejes tú.

—Por el dinero no te preocupes…

—No me refería a eso —aclaró su hermana—, yo también tengo ahorros, más lo que nos sobró del seguro después de que Daril se empecinara en hacerse cargo de las reparaciones del granero…

—Yo cubriré todos los gastos —la interrumpió, tajante.

—No seré yo quien discuta contigo, pero a tu otra hermana vas a tener que convencerla. Ya sabes que siempre se enfada cuando no le pedimos ayuda financiera.

Red sonrió. Charlotte estaba creando un imperio con su marca de diseño de calzado, que actualmente estaba en boga de todo el país, y estaba ganando una fortuna. No era conveniente dejarla al margen.

—Lo tendré en cuenta.

—Y sobre lo de Gwen, me gustaría que tuvieras una charla con ella —prosiguió Phiona —, haz que acepte.

—¿Y no sería mejor que la convencieras tú? —Frunció el ceño—. Al fin y al cabo, es tu amiga.

—Precisamente. Si lo hago yo pensará que se lo propongo porque es mi amiga.

—¿Y no es así?

—¡No! Y… sí. —dudó Phiona—. Es una profesional, y si quieres saber la verdad…

—Por favor.

—Creo que, así como está Edgard, nadie con un carácter pusilánime podría aguantar más

de veinticuatro horas con nuestro hermano. —Hubo un prolongado silencio por parte de los dos, mientras Red asimilaba las palabras.

—Es decir que Gwen…

—Tiene un carácter de mierda —confesó al fin—. Si Edgard se pasa de la raya… seguramente le partirá la otra rodilla.

—¡Wow! —toma terapia de choque.

—Sí, pero créeme. En este momento, lo que no necesita Edgard es compasión.

Red asintió. Era un buen plan.

—Entonces lo que me dices es que debo conseguir que Gwen acepte, porque es una chica de armas tomar.

—Siempre supe que no hacía falta que te explicáramos las cosas dos veces.

Hubo un silencio que a Phiona le llegó al alma, estaba convencida de que Red había entendido lo importante que era sacar a Edgard del pozo de autocompasión donde se había metido.

—¿Pinta tan mal?

—No pinta bien. —Phiona se mordió el labio mirando más allá de la ventana, con el teléfono pegado a su oreja. Suspiró—. No es el mismo. Hasta había pensado en llevarlo a una mujer medicina de los Crow.

Red tomó aire, y lo expulsó lentamente. Que Phiona se hubiese planteado algo tan extravagante para ella, siempre tan práctica, significaba que la cosa no pintaba nada bien.

—Si hemos llegado a este extremo… —asintió, con el ceño fruncido de preocupación.

—Es… poco menos que insoportable —la voz de Phiona se escuchaba triste—. Necesito que nuestro hermanito vuelva a ser el de siempre y no lo será hasta que no vuelva a competir.

Red se envaró.

—Phiona, vigílalo —dijo, angustiado—. Si se monta en uno de nuestros caballos y empieza a hacer el imbécil, la pierna no se le curará, y lo que es peor, puede que el dolor vaya a más.

—Para esto estará Gwen con nosotros —dijo Phiona—. Pero como está en Boston, me gustaría que fueras tú quien quedara con ella. Tengo los informes médicos que te enviaré.

Red asintió, masajeándose la nuca.

—¿Quieres que le haga una especie de entrevista?

La risa de Phiona le llegó más allá del teléfono.

—Algo así. Sé que Gwen es de fiar, pero me quedaría más tranquila si vieras los informes y hablaras con ella. Quiero que estés convencido que es la mejor para hacer este trabajo. —Hubo verdadera preocupación en su hermana—. Quiero asegurarme de que no estoy exagerando. Que sé que no exagero —se excusó—, es solo que… necesito apoyo.

—Lo tendrás —aseguró Red, muy serio—. Siempre tendrás mi apoyo, en lo que sea que necesites.

Phiona guardó silencio. Esas palabras significaban mucho para ella, al fin y al cabo, había ciertos asuntos en los que si necesitaría un brazo al que agarrarse para seguir cuerda.

—Además…

Entonces, Red supo que ocurría algo más.

—¿Sí?

—Gwen es un poco cabezota.

—Ah —se burló Red—. Por eso sois amigas.

—Cállate, hablo en serio —pero su voz dejaba entrever todo lo contrario—. Si le pido a Gwen que venga, quizás lo haga solo para hacerme un favor, y no querrá cobrarme lo que le corresponde, y necesita el dinero para abrir su clínica.

—Así que yo tengo que hacer…

—Lo que haces siempre —dijo Phiona muy decidida—. Ser un hombre encantador y persuasivo que la convenza para que venga a pasar una temporada en el rancho, gastos pagados.

—¿Algo más?

—¡Hacer que se sienta súper valorada! Y no asustarla diciéndole cómo es nuestro hermano últimamente.

—¿Un ogro insufrible y sin corazón?

—¡Exacto! Sabía que me entenderías.

—Siempre lo hago.

Los dos con mejor ánimo, hablaron pudieron cambiar de tema después de varias aclaraciones.

Charlaron de cosas un poco menos interesantes. Volvieron al tema de que su madre, Mag, parecía estar en una luna de miel permanente con el padre de Tess, pero no tanto como esta misma y Howard.

—Oh, créeme. Esos dos pueden llegar a ser verdaderamente empalagosos —dijo Phiona refiriéndose a su amiga y a Howard.

—Me encantará ver esto cuando vaya. Todos reunidos, no veo la hora.

Phiona suspiró.

—Charlotte y Kurt posiblemente no asistirían este verano, ella está de promoción de su nueva línea juvenil, pero si le han prometido a mamá venir un fin de semana. Bernard debe de estar enorme, habrá que poner a salvo a todos los animales para que no los esquile.

Sí, su sobrino era un auténtico demonio y a Red le encantaba ese espíritu. El año pasado su hermana fue de viaje con Hug y su hijo Bernard a Nueva Zelanda, donde el diablillo se dedicó a perseguir canguros y conejos. Adoraba los animales, y Mag estaba intentando convencer a Charlotte que pasara más tiempo en la granja, aunque con su negocio y el prospero bufete de abogados de Hug, Holland Asesores, eso era casi imposible.

—¿Y cómo se porta Daril siendo padre primerizo?

—Eli y Daril viven en una nube.

Su hija había sido una bendición y su hermano mayor, siempre tan receloso, se había vuelto excesivamente protector con la encantadora bebé de ojos azules y tirabuzones rubios.

Charlaron un rato más y antes de colgar, la conversación derivó de nuevo a Edgard y su necesidad de una fisioterapeuta.

—Red, en serio, haz que acepte el trabajo, quiero que esté pendiente de la recuperación

de Edgard, o todos nos veremos en problemas.

—Ok, hermanita, todo sea porque el ogro gruñón desaparezca de nuestras vidas y nos devuelva al hermano que todos conocemos.

—Gracias —suspiró, realmente aliviada.

Phiona sabía que Red jamás le fallaría.

Los McTavish siempre habían estado muy unidos, y aunque todos se querían, cada uno tenía a su favorito. Red era algo así como el favorito de todos para recibir apoyo emocional.

—Orgulloso de poder ayudar.

# Capítulo 18

—Vas a volver a tirártelo, ¿verdad?

Jane casi se atragantó con el café, mientras observaba el extravagante atuendo de su mejor amiga: Unas mallas negras, una falda roja con topos negros y un enorme florón de plástico rojo en el pelo, ajustado a su perfecto moño. Sin olvidar los tacones de baile, que dejaban bien claro cuando Elvis entraba en el edificio.

Ambas solían quedar una vez a la semana a la salida del trabajo de Jane. Daba la casualidad que la academia de flamenco donde asistía Mónica se encontraba justo al lado de su oficina, y ese día su mejor amiga ni siquiera se había cambiado de ropa. Jane la envidió por ser tan espontánea y porque le importase un pepino lo que pensaran los demás.

—Mónica… Red no es mi… ¿amigo con derecho?

—Amantes —la corrigió, Mónica, ajustándose el moño—. Y por lo visto, no, no sois amantes, pero deberíais serlo.

—Mónica —le advirtió.

—¿Qué? —se enfurruñó cruzándose de brazos—. ¿Qué puede salir mal?

Jane la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Lo dices en serio? ¡Todo! Es mi jefe, mi amigo… mi economía depende de él. Y por si fuera poco, está George.

—¡Oh! Puto George —soltó con hartazgo.

—¡Mónica!

—En serio, si no fuera tana torpe y por lo tanto sé que me pillarían, te juro que lo tiraría por un terraplén. Puede que no muriera, pero con dos piernas rotas a ver cuanto más podría joder. —A pesar de todo, Jane se tragó una risa—. Pero no quiero hablar de George, sino de tu jefe.

Jane meneó la cabeza cuando su amiga puso morritos.

—No te contaré nada como sigas haciéndome preguntas tan…

—¿guarras?

—Directas.

—Oh, está bien. —claudicó—. Entonces en vez de hablar de posturas, te diré que un poco de sexo sano no hace daño a nadie.

—Es bueno saberlo —dijo Jane, siguiéndole la corriente.

—No es tan complicado, quizás si tenéis más sexo las cosas se normalicen.

—No veo como eso normalizaría nuestra situación.

Mónica no le hizo el menor caso.

—Red es un gran tipo, igual solo te está dando espacio porque tú le dijiste que no querías volver a acostarte con él.

—No le dije exactamente eso.

—Créeme —le aseguró su amiga, señalándola con el dedo, como si la estuviera acusando del peor de los delitos—, es lo que él entendió.

Jane respiró hondo. Realmente, lo que ella entendió fue que él lo aceptó sin más, como si no quisiera complicarse la vida con una mujer que iba a divorciarse y con tres hijos.

Gimió. ¿Por qué tenía que ser tan insegura? ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Estaba loca por Red McTavish. ¿Sería tan malo volver a acostarse con él?

—No lo pienses mucho, el sexo os quitaría el estrés, a los dos —insistió Mónica.

—Por Dios, ni que fuera como ir al gimnasio.

—¿Por qué no? Y si no, hazlo como si fuera una terapia. Pero en lugar de pagar al psicólogo para que te alivie la pena, tírate a tu jefe y hazle pagar a él la noche de hotel.

—¡Mónica!

—Tu salud mental y la de tu chichi, te lo agradecerán. Y la económica también. Un loquero vale un pastizal.

Jane, no estaba de acuerdo.

—Eso sería como utilizarle.

—Yo creo que más bien sería como un intercambio en el que ambos saldréis ganando.

—Pero… no es tan simple —se mordió el labio dudando—. Además, desde entonces, lo noto muy distante, como si el sexo hubiera cambiado las cosas.

—Claro que ha cambiado las cosas. Ahora no os miráis con los mismos ojos —cuando habló a Jane le pareció que su amiga se estaba tomando aquello muy en serio—. Porque cuando lo hacéis, recordáis todas las guarradas que hicisteis. O no me dirás que no te imaginas a través de sus caros tajes su enorme p…

—¡Basta! No lo digas.

—Ya te digo yo que sí—asintió Mónica—. No te lo puedes quitar de la cabeza. Y él tampoco.

—Pero… en el caso de que aceptara lo que me estás diciendo ¿Qué puedo decirle?

—Simple: Como cuando es tu turno en la carnicería y te preguntan: ¿Estás atendida? Tú sólo tienes que responder: No, dame un chorizo.

Jane abrió mucho los ojos y se puso más colorada que un tomate.

—¡Mónica! Jamás le diría algo así.

—Bueno, pues dile: El sexo entre amigos, fortalece la amistad. —Mónica empezó a reír a carcajadas ante el espanto de Jane—. Fortalece, ¿lo pillas?

Jane puso los ojos en blanco.

—Puedes hacerlo mejor, Mónica.

—Cierto, pero has pillado el concepto. Ahora solo hay que buscar una manera más sutil de insinuarte, porque desde luego tú eres mucho más elegante que yo —Mónica no tendría ningún problema en hablar de chorizo y barra de pan duro.

De pronto, la miró de arriba abajo.

—¡Ya lo tengo!

Jane parpadeó expectante.

—Qué miedo me das…

—Para empezar, no puedes seguir yendo a la oficina así vestida, como una monja.

—¡Oye! —exclamó, mirándose el elegante traje de chaqueta—. Es un Carolina Herrera.

—No, querida, es una imitación, muy buena, todo sea dicho, pero tengo ojo para eso y a mí no me la cuelas. —Jane hizo una mueca pues su amiga tenía razón—. Los zapatos sí son unos Charlotte, bien por ti. Lo que quiero decir es que, mujer, con esa delantera que tienes, aprovéchala y no te la escondas tras una horrible y poco sexy camisa de cuello mao. Ponte un buen escote que diga: aquí estoy yo, mira mis tetas.

—Es elegante. Y apropiada —dijo pensando que había ido así vestida a la oficina durante años y que no pensaba cambiar de estilo para llamar la atención del jefe—. Voy a trabajar a una oficina, no a ligar a una discoteca.

—Es monjil, incluso para una oficina. Y tu objetivo es ahora conseguir que Red vuelva a ti y no lo hará porque la última vez lo espantaste.

—¡No lo espanté! —exclamó, ofendida.

—Por supuesto que sí. Pero eso es agua pasada y ahora debemos centrarnos en que el oso regrese al panal sin que las abejas le piquen, y para eso, tienes que enseñar el canalillo.

—Dios bendito, ¿Cuándo pensé que sería buena idea pedirte consejo?

—Mira, si quieres volver a tirártelo, dos cosas: la primera, un buen escote y te lo quedas mirando fijamente. Luego te lames los labios y te llevas el bolígrafo a la boca.

De solo pensarlo, Jane se moría de vergüenza.

—Nada de bolis.

—Por supuesto que sí —dijo ignorándola—. Lo chupas y gimoteas y dices con voz sensual… *¡Oh! Me ha entrado hambre y, además, tengo muuuucho calor*. Te quitas la chaqueta y echas el cuello hacia atrás, luego te abanicas con la palma de la mano y vuelves a clavar tu mirada en la suya. Das un golpe de melena —Mónica lo hizo a la perfección mientras Jane hundía los hombros abatida—, y finalmente sueltas la bomba: *Las ganas que te tengo no se me quitan, se me acumulan.*

Jane la miraba pasmada, pues Mónica había gesticulado exageradamente todo lo que acababa de decir. De pronto, se dio cuenta de que las mesas más cercanas también la habían escuchado y las miraban mientras soltaban risitas.

—Bueno, yo ya te he dicho lo que tienes que hacer —dijo Mónica, ignorándolos a todos —. Ahora viene el punto número dos.

—Ah, ¿sí? Y ese cual es.

—El cucaracho.

Jane puso los ojos en blanco.

—George ya no está en mi vida, Mónica.

—Eso espero. Pero, ¿sabes cuál es el problema?

—Ilumíname.

—Algo me dice que Red está loquito por ti, pero no se termina de lanzar porque cree que volverás con el cucaracho, como has hecho siempre.

—No es cierto. No pienso volver con George. Esta vez no.

—Eres demasiado buena. Te atropella un camión y lo saludas. ¡No señora! ¡Empieza a gobernar tu vida, Jane! Y lo primero que tienes que hacer es demostrarle a Red que no vas a volver con ese desperdicio de hombre.

—Ahhgg —dejó caer la frente sobre la mesa y se llevó las manos a la cabeza.

No podía culpar a Mónica por decirle esas cosas. Era cierto que había perdonado a George demasiadas veces. Tantas, que estaba segura de que, al igual que todos, su todavía esposo no se estaría tomando en serio los papeles del divorcio.

Gimió, pensando que tal vez Mónica tuviera razón en cuanto a Red. Él se estaba echando a un lado precisamente por ese motivo.

—Bueno, bueno —le dio varias palmaditas en el hombro, para consolarla—. Todo irá bien si te lanzas a sus brazos y te olvidas de George. Y si no quieres complicarte la vida, pídele simplemente ser amigos con derecho a roce.

Jane alzó la cabeza de la mesa y miró a Mónica. Suspiró y se terminó el café de un sorbo.

—Esta será una noche larga…

# Capítulo 19

*¡Vamos, concéntrate, Red!*

Ese día la veía distinta. Algo había cambiado. Estaba más… ¿sexy? Se corrigió: Jane siempre había sido sexy para él, pero… ese escote que, en realidad, únicamente dejaba ver dos centímetros del nacimiento de sus pechos, lo estaba volviendo loco.

Dios, sus preciosas tetas se movían cada vez que ella respiraba.

*Oh, Señor, como si nunca hubieras visto unos pechos.*

Mmm… Y esos labios, pintados de rosa... No podía apartar la mirada de ellos. Era una tortura imaginárselos rodeando su…

Tragó saliva mientras miraba a Jane con fijeza.

No, no podía seguir pensando esas cosas, o definitivamente no acabaría bien para ninguno de los dos. Ella ya le había dejado claro que solo sería una noche, nada más, y… habían repetido a la mañana siguiente antes de largarse de Dallas, pero seguían de viaje, por lo que no contaba. Pero ahora, aquí, en su vida cotidiana…

Jane se inclinó de nuevo hacia él y… ¡Adiós concentración!

*Eres patético, Red. Un adolescente salido, eso eres.*

—Las pruebas de nuestro producto estrella han sido satisfactorias y creo que podríamos presentar la patente esta misma semana —dijo ella, haciendo que Red apartarse la mirada para fingir que estaba concentrado en el trabajo.

Ella se inclinó sobre su hombro derecho, le recalcaba algo del informe de calidad, de los otros productos que iban a salir al mercado, en la pantalla del ordenador.

¡Dios! Red cerró los ojos ignorando las fotografías que ella intentaba mostrarle. ¡Olía tan condenadamente bien! Aunque claro, era Jane, ella siempre había olido así de bien. El maldito

problema era que ahora también había probado como sabía y no se la podía quitar de la cabeza.

—Esto va a tener mucho éxito, lo presiento —dijo Jane, señalando de nuevo con el bolígrafo la pantalla del *laptop*—. Aún tenemos que comprobar cuanto tiempo duran las baterías, y a uno de los inversores de Dakota del Sur le preocupa que en los estados más al norte, las baterías solares no tengan suficiente autonomía en invierno, que es cuando realmente es necesaria.

La idea era fantástica. Red y ella llevaban medio año trabajando en una idea genial: una manta térmica auto regulable enfocado en un principio a los caballos de alta competición, y que también sería útil para los rancheros. Se lo había sugerido ella en su último viaje a Montana, después de Navidad, cuando uno de los caballos de Daril se resfrió porque no hubo tiempo de desudarlo y se puso a nevar de repente. Normalmente, cuando un caballo se ejercitaba y sudaba copiosamente en invierno, se seguía ejercitando a un ritmo menor para que su cuerpo se fuera templando hasta entrar en el calor ambiental. Para ahorrarse ese tiempo, a Jane se le ocurrió que podrían inventar una manta auto regulable que fuera detectando el calor corporal del animal hasta que este entrase en la normalidad.

—Ajá —decía Red, sin poder apartar la mirada de su escote.

—Eso de que las mini baterías se recarguen con pequeñas placas solares ha sido una genialidad, Red —le alabó el proyecto—. Y que vayan cosidas a la tela, con este material flexible… Será revolucionario. Lo último en tecnología solar y es totalmente ecológico.

—Mmm…

—¿Red? —le llamó la atención al ver que estaba tan distraído.

Lo miró quizás, a demasiada corta distancia como para que no la afectara también.

Red cerró los ojos y se llevó una mano en la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó ella, preocupada.

—Oh, sí. Perfectamente. ¿Seguimos?

Jane alzó las cejas.

—¿No preferirías un descanso?

—No, estoy bien.

¡No estaba bien ni por asomo! No podía estar bien cuando estaba empalmándose solo por escuchar su voz, oler su perfume…

Gruñó y esperó que ella no se hubiera dado cuenta.

Odiaba que Jane hubiera tenido razón. Acostarse había cambiado las cosas. Ahora pensaba en ella todo el día. Y si antes se divertían haciendo planes sobre su trabajo, ahora todos estos planes quedaban relegados en un rinconcito minúsculo de su mente, porque solo podía pensar en ella, desnuda, gimiendo su nombre por las noches, antes de irse a dormir o en la ducha cuando…

Oh, Dios. Necesitaba distraerse.

—¿Qué perfume usas? —Él apretó con todas sus fuerzas el boli que tenía entre los dedos.

¿Y así esperas distraerte? Se aguantó un resoplido.

No podía creerse que metiera la pata de esa manera. ¿Por qué no preguntarle directamente por qué olía tan jodidamente bien? O insinuarle que le gustaría que oliera a sexo. Sí, eso sería muy profesional, y muy lejos del acoso sexual en la oficina, nótese la ironía.

—¿Mi perfume? —Ella parpadeó sin comprender de donde salía la pregunta.

—No, no, lo siento es que hueles muy bien —dijo, recolocándose en la silla. Aunque lo que quería recolocar estaba dentro de sus pantalones.

—Yo… —Jane tragó saliva—. No llevo perfume.

Como no. Era jodidamente perfecta.

Y sexy… ¡Tan sexy! Siempre lo había sido, pero ahora que sabía lo que había bajo esos vestidos de alta ejecutiva y esos trajes de chaqueta.

—Bueno, como te iba diciendo —Jane siguió hablando, hasta terminar de decir todo lo importante que había sacado de ese informe de calidad.

—Estamos listos para firmar, creo que el señor Wilson, estará encantado con los productos finales. Ya lo estaba con las muestras, y con el último detalle de las baterías…

Ella continuó hablando y Red fingiendo que la escuchaba.

Por fin alzó la cabeza, y sus ojos lo atraparon.

Unos segundos en silencio y la vio tragar saliva. Era imposible que no supiera lo que estaba pensando. Porque estaba teniendo una fantasía sexual allí mismo, con ella, mientras Jane lo miraba sin saber qué hacer. En su mente, su mano se movió con lentitud por su pantorrilla, para después subir por su pierna y acariciarle el muslo.

—¿Red?

No le respondió.

*Cierra con llave*, le ordenaría. Sí, solo tenía que atreverse.

Oh, podría tirarla sobre la mesa, bajarle las bragas y abrirle las piernas para… apretó los dientes mientras se imaginaba hundiéndose en ella, una y otra vez. Recordaba con nitidez la sensación de estar dentro, muy dentro. Su sexo mojado, apretando el suyo, succionándolo con pasión.

Había tantas cosas que quería hacerle… a todas horas.

*Solo una vez*.

Pero maldita sea, su voz seguía resonando en su cabeza y sus manos, en su mente, seguían acariciándola.

Estuvo a punto de subir su mano para acariciarle todo el largo de las piernas, cuando de pronto unos golpes en la puerta acristalada los interrumpieron.

—Adelante —cuando Red dio la orden de pasar, la puerta se abrió y la secretaria de Jane dejó entrever tras ella a George con los niños.

*¡La madre que lo parió!* Jane, no daba crédito.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, a punto de imaginarse lo peor.

—Nada, no es nada —la tranquilizó George.

—¡Mamá! —gritó el más pequeño, que entró corriendo en el despacho de Red.

El pequeño Klaus, de cinco años, se abalanzó hacia su madre y la abrazó. Ella lo besó en la mejilla hasta que el crío se le escurrió de los brazos.

—Lo lamento —dijo George, alegremente, desde la puerta—. Pero me ha surgido un

imprevisto y no me los puedo quedar este fin de semana.

Jane estaba anonadada.

—¿Pero qué…? —Miró a Red, pidiéndole disculpas mientras bajaba a su hijo de cinco años al suelo—. Yo, lo siento mucho. Discúlpame un momento.

—No importa —se apresuró a decir Red.

Klaus se acercó a Red mientras su madre se acercaba a George para hablar con él en voz baja. Red se concentró en el niño quien le chocó la mano, como siempre solían hacer al verse.

—¿Cómo has estado, campeón? —le preguntó, con una sonrisa que dejaba ver que era totalmente bienvenido.

—¡Muy bien!

Luego Red miró a Tobbie, que esperaba detrás de su padre y junto a una Violet con los brazos cruzados y que desde luego le gustaría estar en cualquier otra parte en vez de ahí.

—Pasad chicos —les animó Red, sabiendo que Jane querría un momento a solas con George—. ¿Queréis tomar algo?

Tobbie alzó la mano, tímido, y Violet le dedicó una mirada parecida a la de un miembro de un tribunal de la santa inquisición, y se negó a entrar, permaneciendo en el pasillo.

Mientras, George fruncía el ceño al ver la actitud cariñosa de su hijo Klaus con el jefe de su todavía esposa. Ella se acercó aún más, con la intención de reprenderlo, pero antes saludó a Tobbie y a Violet.

—Hola chicos. Dejadme hablar un momento con papá. —Tobbie asintió, pero Violet ni la miró. Le dolió su actitud, pero hablaría con ella después—. Por favor, id a mi despacho. Tú también, Klaus.

Cuando el pequeño salió del despacho de Red y se metió en el de Jane con el resto de sus hermanos, ella cerró la puerta acristalada para que no pudieran escuchar la conversación que estaba a punto de tener con George.

Sin más preámbulos, Jane lo tomó del brazo y lo alejó varios metros, en mitad del pasillo. Antes, echó un vistazo sobre su hombro y le habló a su secretaria, que se había sentado

nuevamente en su espacio de trabajo, en la pequeña recepción frente a la puerta de Red.

—Lindsey, puedes irte a casa, es tarde y ya todos se han marchado.

La mujer captó la indirecta.

—Gracias, Jane, ya estaba recogiendo mis cosas.

Una vez quedaron a solas George y ella, en el pasillo, a unos metros de la puerta del despacho de Red, y del suyo propio, donde estaban sus hijos, Jane perforó con la mirada a su aún esposo.

—¿Qué demonios haces…?

—¿Sigues trabajando hasta tan tarde? —George se cruzó de brazos y alzó la barbilla, sin duda para parecer más alto.

George era un hombre guapo, rubio y musculoso, con unos ojos verdes muy bonitos, pero que no se iluminaban con su sonrisa, tal y como sucedía con Red. Y mucho menos cuando esta iba dirigida a molestarla.

—¿Qué? —juntó las cejas, cruzándose de brazos.

—Qué duro trabajas, Jane —le dijo, burlón—. Los dos solitos, trabajando hasta tarde, sin nadie más en el despacho.

No, esto no estaba pasando.

Parpadeó, anonadada.

—¡Estas de broma! —No era posible que fuera tan caradura. ¿Cómo podía haberse casado con alguien tan machista?

—¿Tú crees? —Al parecer, iba en serio. Según su cerebro de atapuerco a punto de asaltar el Capitolio, una mujer en la oficina, a solas con su jefe, sólo podía estar haciendo una cosa, y no era precisamente trabajar. Menudo imbécil.

—George, estamos trabajando —casi escupió las palabras, pensándose muy seriamente si aplicar lo que aprendió en el barrio o en su retiro espiritual—. Tenemos un proyecto muy importante entre manos, y estamos a final de trimestre. No tengo tiempo para tus mierdas.

Él se encogió de hombros, como si nada de lo que ella le contaba le importara lo más

mínimo.

—Ni yo para cuidar a los niños este fin de semana.

—¿A tus hijos? —le recriminó ella—. Menuda novedad.

Para su total desconcierto, Jane se percató que había gritado y temió que sus hijos la hubiesen escuchado. Pero era imposible, su despacho estaba totalmente insonorizado y, por fortuna, los demás miembros del equipo se habían marchado ya a sus casas. Miró por el cristal y vio a Violet dando vueltas en una de las sillas, frente a su escritorio, mientras Tobbie dibujaba, concentrado. Por supuesto, Klaus intentaba meterse una canica por la nariz.

Jane avanzó varios pasos y abrió la puerta de golpe.

—¡Violet! —le gritó Jane— ¡Quítale la canica a tu hermano!

Tobbie y Violet abrieron mucho los ojos ante la súbita interrupción.

Asustada, su hija se puso en pie, pero luego solo la miró como si se hubiera vuelto loca. No obstante, gracias a Dios le quitó la canica a su hermano y la tiró a la papelera, haciendo que él empezara a llorar de forma estridente.

Jane volvió a cerrar la puerta y regresó junto a George. Se llevó los dedos al puente de la nariz y apretó con fuerza.

—Has traído a los niños aquí. ¿Por qué, si hoy te tocaba cuidarlos a ti?

—Antes le pregunté a tu madre si podía llevárselos —dijo, muy orgulloso de sí mismo, pero era una evasiva, como siempre—. Para que veas que mi intención no es fastidiarte.

—Y sin embargo, aquí estás.

—Es que la bruja me dejó claro que los hijos son tuyos y que eres tú quien tiene la obligación de cuidarlos, no ella.

—También son tuyos y también tú tienes la obligación de cuidarlos los días que te toca hacerlo. Es egoísta por tu parte no seguir las reglas que nos pusimos y también es malo para los niños que piensen que no te importan —dijo entre susurros, a pesar de que era imposible que ellos la oyeran.

—Sí, pero como te he dicho, no puedo tenerlos este fin de semana. También trabajo.

Tengo un congreso…

—Ya, no me digas ¿en Las Vegas?

Su ex le sonrió, encogiéndose de hombros.

Sí, ya sabía ella qué clase de congresos eran esos. ¡Maldito fuera! No obstante, eso le sirvió para algo. Entendió que no volvería con George ni aunque un meteorito extinguiera la raza humana y solo quedasen ellos dos para repoblar la tierra.

—Lo siento, Jenny. No me quedaba otro remedio. El miércoles los recogeré —dijo, dándose la vuelta, dando por zanjada la conversación.

—¡No me llames Jenny! —Estalló, histérica, apretando los puños.

No tuvo tiempo a decir nada más, pues George ya se había marchado a la zona de ascensores.

Cuando ese hombre hubo desaparecido de su campo de visión, Jane cerró los ojos y contó hasta diez. No quería que los niños la vieran tan nerviosa.

Caminó hasta la puerta acristalada de su despacho y la abrió.

El pequeño Klaus había dejado de llorar después de que su hermana le quitara la canica, y ahora intentaba tirarle del pelo a Tobbie.

—Klaus, no hagas eso.

Pero fue Red quien la hizo sonreír de nuevo, saliendo de su despacho.

—¿Todo bien?

El enano corrió de nuevo a sus brazos y él lo alzó para hacerle cosquillas.

—Chicos —empezó a decir, captando la atención de Violet y de Tobbie—, ¿qué tal si os invito a todos a cenar?

—¡Síiii! ¡Me muero de hambre! —gritó Klaus, intentando librarse de Red.

—Yo me comería un dinosaurio entero —dijo Tobbie, tímido.

Los dos pequeños estaban muy contentos, pero Violet siguió sin decir nada.

Jane suspiró de nuevo y miró a Red, agradecida.

***

No tuvieron que ir muy lejos. El McDonald estaba a la vuelta de la esquina. Allí había un lugar adaptado para que los niños jugasen después o mientras esperaban la comida. Había una piscina de bolas, una máquina recreativa de básquet y un laberinto acolchado. Violet se quedó vigilando a los pequeños mientras Jane y Red hacían cola para pedir las hamburguesas, en las máquinas digitales.

—Violet está insoportable, lo lamento Red —dijo Jane, mirando cómo su hija se sentaba en una mesa con los auriculares puestos, sin perder de vista a sus hermanos, que empezaban a vaciar la piscina de bolas.

—Está en la edad, Jane —respondió él, mientras elegía los menús en la pantalla digital—. Tampoco tiene que ser fácil para una adolescente tan sensible la separación de sus padres.

—Oh, lo sé —gimió Jane—. Pero es que me siento tan mala madre…

Jane le habría dicho a Red que entendía que sus hijos, especialmente Violet, pudiesen pensar que su trabajo les robaba tiempo de calidad con ella. Y de verdad que a le gustaría pasar más tiempo con ellos, ir al cine o al parque con los más pequeños, a la esteticien, con Violet, o comentar la lectura de un libro… Pero su hija no ponía nada de su parte. Se quedó callada un instante, tampoco podía decirle eso a Red, eran problemas suyos y de nadie más. Aunque estaba segura de que lo entendería, no había nadie más comprensivo que él.

—Jane —la miró, fijamente—. Créeme, eres la mejor madre del mundo. Te desvives por ellos.

—Pero…

—Violet es una adolescente y ahora su mente es incapaz de ver más allá, pero hazme caso, dentro de unos años te agradecerá todo el esfuerzo que estás haciendo por ella y por sus hermanos. Es una chica lista.

—Oh, Red…

Era el mejor hombre del mundo.

—Venga, vayamos a recoger el pedido antes de que Klaus se coma las bolas.

Cuando Red y Jane llegaron con las bandejas, Violet llamó a los pequeños para que dejaran de jugar y se unieran a ellos. Se sentaron a la mesa todos juntos y los pequeños hicieron buena cuenta del hambre que tenían. Pero de repente, a Red le cayó una pata frita en la cabeza. Luego, otra se estrelló en su ojo.

—¡Klaus! —lo regañó Jane.

—No te preocupes —rio Red, que le tiró a su vez una patata frita a Klaus, ante las risas de Tobby—. ¡Tocado y hundido!

—¡Por Dios! —gimió Jane, rendida.

Luego miró a Violet, que no se había quitado los auriculares y seguía escuchando música, ajena a todo lo que sucedía, y la regañó con dulzura.

—Por favor, cariño, ¿te puedes quitar los auriculares?

La chica la miró, pero como los llevaba puestos, fingió que no la estaba escuchando y regresó la mirada a su hamburguesa, tras hacerle un gesto de desprecio. Eso, y quince patatas fritas voladoras después, hicieron perder toda la paciencia de Jane.

—¡Violet! —la regañó—. ¿Quieres hacer el favor de hacerme caso y ayudarme con tus hermanos? ¡Y quítate los auriculares! ¡Es de mala educación!

La muchacha miró a su madre con rabia. Luego se quitó los auriculares de malos modos.

—¡Eres injusta! —gritó.

—Violet…

Pero su hija no atendió a razones, se cruzó de brazos y fijó la mirada sobre la mesa, haciendo ver que ellos no existían.

Red no dijo nada, pero podía imaginarse cómo se sentía Jane en esos momentos.

Todos en la mesa se quedaron callados. Incluso Klaus, aún con dos patatas fritas en cada agujero de su nariz.

—Yo no te odio, mami —dijo, al fin.

—Cállate, renacuajo —dijo Violet sintiéndose ofendida—. No odio a mamá, sólo he

dicho que es injusta.

—Violet, ya es suficiente —la regañó su madre. Por suerte su hija no añadió nada más.

El silencio se hizo en la mesa y Klaus aprovechó para expulsar el aire por la nariz. Las patatas salieron volando hasta el plato de Tobbie.

—Yo tampoco te odio —respondió Tobbie, y Violet resopló.

Jane miró a sus dos pequeños y sonrió. Podían ser muy traviesos, especialmente Klaus, pero eran todo corazón. Y Violet también, pero se sentía sin fuerzas para lidiar con ella.

—Gracias, chicos —intentó que la voz no le saliera temblorosa—. Violet tampoco me odia, ¿verdad? Es sólo que… está enfadada. Pero ya se le pasará.

— Si tú lo dices —dijo la adolescente.

Red la miró con una sonrisa cariñosa, pero después empezó a hablar con los pequeños sobre cual era su dinosaurio favorito. Veinte minutos después, y tras una exhaustiva explicación de como se extinguieron los dinosaurios, Red no sabía si arrepentirse de haber formulado la pregunta.

Por su parte, Jane intentó incluir a Violet en la conversación, pero no hubo forma de cruzar ni dos palabras con ella y desistió nada más meterse en el coche una vez hubieron terminado con las hamburguesas.

—Abrochaos el cinturón —dijo Jane, mientras subía al asiento del copiloto y Red los acompañaba a casa.

Durante el tiempo que duró el trayecto, los pequeños Tobby y Klaus iniciaron un acalorado debate sobre qué súper héroe era el más poderoso. Red defendía con uñas y dientes al Capitán América, Tobby, sin ninguna duda a Batman y el pequeño Klaus había optado por su súper villano favorito: Loki. Aunque se lo había pensado, pues el Jocker había sido su primera opción.

Cuando media hora después llegaron su destino, una bonita casa con jardín en una zona residencial, con un agradable porche. Red aparcó el todoterreno justo en frente y bajó para acompañar a Jane y a los niños. Subieron los cuatro escalones y Jane abrió la puerta. Los niños

entraron en casa, seguidos por Violet y Jane se quedó con Red unos momentos, junto a la puerta entreabierta.

—Quería darte las gracias, Red —dijo, sonriendo con cierta tristeza.

—¿Por qué? —preguntó él, regalándole una sonrisa—. Los niños y yo nos lo hemos pasado en grande, sobre todo tras ganar la guerra de las patatas fritas.

—Oh, Dios —gimió Jane—. Klaus casi logra meterte una por la oreja…

—Pero no lo ha hecho, he sido más rápido. Recuerda que soy un cowboy.

Jane soltó una carcajada musical.

—Claro, mi jefe es un cowboy —dijo, aun riendo—. Jamás lo había pensado. —De pronto, su expresión se volvió preocupada—. Oye, Red…

—Ssssh —respondió él—. No más preocupaciones por hoy.

—Es que… Sé que estamos a punto de firmar un trato importante y, bueno, lo de los niños… —a penas le salía la voz, y se sentía tan avergonzada—. Lo siento muchísimo.

Él negó con la cabeza, y posó las manos sobre sus hombros. Ella alzó la barbilla para poder mirarle a los ojos.

—Jane, tomate el fin de semana libre. El trabajo es importante, pero tus hijos lo son más.

—Soy tu asistenta —casi sollozó—. Y tú eres mi jefe.

—Jane, somos mucho más que eso, ¿no crees? —se lo dijo de tal forma, que a ella le temblaron las rodillas—. Eres mi pilar, mi gran amiga… y mucho más.

—Yo… —tragó saliva, y sintió cómo él iba acercando su cuerpo más, y más al suyo. Podía sentir su calor.

—Jane…

La miró a los ojos. Después, su mirada se fue deslizando hacia sus labios, plenos y jugosos. Acercó la boca a la suya, tanto, que pudo sentir su cálido aliento como una caricia. Pero en el último momento, Red pareció recuperar la cordura. Giró la cara y acarició la mejilla de Jane con la suya, para después fundirse con ella en un tierno abrazo.

Fue un abrazo sentido. Jane, aliviada por su contacto, apoyó la cabeza en su fuerte pecho.

Escuchó latir a su corazón y su respiración acompasada, que tanto la relajaba.

Red era un bálsamo para ella, como un bote salvavidas en mitad de un océano embravecido.

Cuando se separaron, sus labios quedaron, una vez más, demasiado cercanos. Red estaba decidido a besarla, pero fue Jane quien bajó el rostro y se separó de él. No era el momento, y frente a la puerta de su casa, tampoco era el lugar.

—Gracias —dijo, tras apartarse varios pasos y alzar de nuevo los ojos hacia su rostro—. Hablamos mañana, ¿vale?

—Claro —asintió él—. Descansa.

—Adiós —dijo ella, curvando los labios hacia arriba, mientras él, como el caballero que era, aguardaba en el porche a que ella entrase en su casa.

Cuando Jane entró en casa, una sonrisa bailaba en su rostro. Sus mejillas estaban algo sonrosadas y todo el cuerpo le temblaba de pura emoción. Volver a ver los ojos de Red, tan cerca, tan llenos de cariñó por ella…

—¿Es tu nuevo novio?

Jane alzó el rostro ante la pregunta a bocajarro de Violet, que la miraba con cierto rencor. Estaba junto a la escalera que subía al piso superior y al ver su actitud beligerante, el mundo se le cayó a los pies.

—Violet —dijo Jane—. No quiero discutir.

—No es por discutir, solo te estaba preguntando si tu jefe es la causa de que hayas decidido no darle una oportunidad a papá.

No iba a empezar esa conversación. No podía, porque simplemente no tenía fuerzas para enfrentarse a una hija adolescente, ciega ante todo lo que había hecho su padre a esa familia.

Cuando Jane simplemente se la quedó mirando sin responder, Violet dio media vuelta. Subió las escaleras de dos en dos y entró en su habitación, dando un portazo.

Jane suspiró.

Ya habría tiempo para luchar en esa batalla.

# Capítulo 20

Después del “casi beso” en el porche, Jane y Red no tuvieron demasiado tiempo para hablar de lo ocurrido. Tampoco se les pasó por la cabeza sacar el tema abiertamente, pero sí que, durante las últimas dos semanas, en la oficina, hubo miradas, sonrisas, y un sutil coqueteo. El cariño que se tenían el uno al otro empezó a ser más fuerte que el temor a que su noche de pasión en Dallas hubiera estropeado su relación, tanto de amistad, como profesional.

Las cosas se habían relajado y las aguas parecían volver a su cauce. Aunque ninguno de los dos podía negarse a sí mismos, el deseo que seguían sintiendo cuando el otro estaba cerca.

Tal como había prometido, el señor Wilson había firmado el acuerdo y ya estaban ultimando los detalles de las nuevas baterías. Tenían problemas con los proveedores, al parecer, había una gran demanda de ese nuevo material y estaban negociando las condiciones y los precios.

En su rutina diaria, Jane llegaba muy temprano y como era habitual, Red llegaba a la misma hora, muchas veces el edificio aún parecía dormido. Para Red era la oportunidad de pasar tiempo a solas. Pero si algo se había acentuado, era la insistencia de que ella se marchara pronto a casa. No quería que los niños, en un momento tan difícil como aquel, notaran su ausencia. Aunque en el caso de Violet, eso era casi imposible, pues aprovechaba cada ocasión para criticar a su madre por las horas que le echaba al trabajo.

Esa noche de jueves, Jane suspiró incapaz de no pensar en lo que le esperaría al llegar a casa. Pues, esa misma tarde habían tenido problemas con el servidor, y hasta hacía pocos minutos, los informáticos no pudieron solucionarlo. Los informes debían enviarse con urgencia, y había varios correos que responder. Así que cuando llegó finalmente a casa, su madre la recibió con cara de vinagre.

Fue a ella a quien pidió ayuda, pues esa noche, George tenía un compromiso ineludible

que no quiso explicarle. Y la verdad es que no le importaba.

—Estás descuidando a tus hijos —le soltó su madre a bocajarro.

Jane parpadeó incrédula, cuando entró a saludar a su madre en la cocina. Los niños ya habían cenado y los dos pequeños estaban jugando a un juego de mesa, porque tenían prohibido los móviles entre semana. Violet por el contrario estaba con la nariz metida en el móvil última generación que su padre le había regalado en su último cumpleaños.

—¿Mamá?

Jane no daba crédito de las palabras de su madre.

—No me mires así, Jane —dijo, algo enfadada.

—¿En serio crees eso? —No pensaba llorar, pero no le faltaban ganas.

Era horrible creerse una mala madre, pero que la tuya propia te lo dijera a la cara, era desolador.

—¿Sabes qué hora es? —insistió.

—No son las diez.

—De un jueves —Jhoana, la madre de Jane, la miró inquisitivamente. Se apoyó en la encimera mientras se cruzaba de brazos. Era evidente que tenía mucho que decir, y al parecer Jane no se iría antes de escuchar un buen sermón—. No puedes llegar a las tantas, cada día entre semana.

—No es cada día.

—¿Sabes? —la señaló con el dedo—. Un día tendrás que elegir entre cuidar bien de tus hijos y descuidarlos para trabajar con ese jefe tuyo.

¡Ya salió Red!

Se negó a ponerle los ojos en blanco, pero empezaba a estar bastante harta de sus crueles palabras, que no aportaban nada.

—Hemos firmado un contrato importante, no podemos descuidarlo ahora.

Su madre alzó una ceja, incrédula.

—Hace un mes llegabas tarde porque estabas a punto de firmar un contrato. Ahora que ya

lo has firmado, la excusa es que no debes descuidarlo. Tienes excusas para todo, Jenny.

—¡No me llames Jenny! —Miró por encima del hombro para ver que sus hijos la miraban esperando un nuevo estallido, pero al entender que la discusión no seguiría, volvieron a sus juegos y en el caso de Violet, a meter la nariz en su pantalla móvil—. Mamá, escucha…

—Creo que te he escuchado bastante —la interrumpió.

—No, de verdad que es import…

—Mi salud, también —volvió a interrumpirla—. Y me estresa criar a esos pequeños monstruos, mientras tú juegas a la secretaria…

¡Acabásemos! ¿Trabajar hasta deslomarse era jugar a ser secretaria?

—Mamá, en serio. Qué falta de respeto.

—La que tú me tienes a mí, hija. ¡Cuida de tus hijos! —dijo enfadada—, o si tanto dinero ganas en ese súper trabajo, contrata una canguro.

—¡Ni hablar! —Violet le gritó a su abuela desde el salón. Su postura era evidente, no iba a permitir que nadie que no fuera de la familia, se metiera en su vida y encima le dijera lo que tenía que hacer.

Jhoana recogió el bolso de la encimera, y se lo colgó al hombro.

—Lo digo por tu bien, hija —pero su madre parecía mirarla como si solo sintiera pena y cansancio—. Violet se está poniendo rebelde. Se ha comprado un tinte violeta, y hacía preguntas sobre cómo decolorarse el pelo…

—¡Violet! —gritó Jane, pero su hija que llevaba los cascos puestos fingió que no la escuchaba. Como si no hubiera gritado tan fuerte como para no despertar a los vecinos.

—Lo que quiero decir es que se empieza por un cambio de color de pelo, se sigue con tatuajes, fumando porros y de los porros…

—¡Por favor, mamá! ¡Para!

Jhoana se encogió de hombros.

—Luego no digas que no te lo advertí —se quejó su madre—, con un padre ausente, debes esforzarte más para que no acaben pinchándose detrás de un contenedor.

Dios mío, pero ¿qué le pasaba a su madre? Jane sintió que se mareaba al pensar que podría hablarles de todas esas cosas a sus hijos mientras ella no estaba.

—Aunque me duelen tus palabras, sí tienes razón en una cosa y es en que los hijos son míos y de su padre y tú no tienes la obligación de cuidarlos, pues ya cuidaste de los tuyos —Respiró hondo para clamarse—. Así que te doy las gracias por tu esfuerzo, pero ya no será necesario que vengas a echarme una mano de vez en cuando. Contrataré a una canguro.

—¡No! —gritó Violet.

—¿Eso sí lo has oído? —resopló Jane, viendo como su madre daba las buenas noches a sus nietos y luego le daba un golpecito en el hombro, como si esperara que recapacitara para salvar a la familia.

—Cuídate, hija —le dijo Jhoana—. Y no me llames, estaré de viaje a Los Ángeles dos semanas. Voy a jubilarme y quiero ver qué casitas hay por ahí.

Jane la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—No me mires así.

—¿Y cómo quieres que te mire?

Jhoana se encogió de hombros.

—No lo sé, pero búscate a esa canguro. No voy a poder ayudarte mucho más tiempo. ¡Adiós chicos!

Jane miró la puerta de la entrada al cerrarse. Parpadeó confusa, intentando asimilar todas las cosas que había escuchado esa noche. *Mala madre. Me mudo a Los Ángeles. Padre ausente.*

Gimió y dejó caer su cabeza sobre la isla de la cocina.

Cuando sus piernas empezaron a fallarle, se sentó en un taburete. Debía comer algo, pero estaba demasiado agotada. Y al parecer su madre había decidido que después de que se casara y tuviera hijos, dejarle algo de comer equivalía a ser su esclava, por lo que, si quería algo, sería mejor abrir la nevera y rezar para que quedara algo de pan de molde para un sándwich.

No supo cuanto tiempo había pasado cuando volvió a escuchar la voz de Violet.

—¿Mamá?

Jane levantó la cabeza e intentó enfocar la vista.

—¡Mamá! —siguió llamándola.

—¿Qué?

Violet alzó la mirada de su móvil y la clavó en ella. Puso los ojos en blanco nada más hacer contacto visual.

—Quiero teñirme el pelo de violeta.

—Ya hemos hablado de eso —*¿Qué dijo el psicólogo? Ah, sí. Dejar claro quien manda, con tono firme y afectuoso*—. No puedes teñirte el pelo.

Sí, un tono bastante firme y afectuoso.

—¿Por qué no puedo? Todas mis amigas lo hacen.

—¿Y si tus amigas se tiran…?

—¿Por un puente, tú también? —acabó la frase por su madre—. No, porque tirarse por un puente no es divertido. ¿Sabes que sí es divertido? Teñirse el pelo de violeta.

—¡No! No vas a teñirte el puto pelo…

—Mamá ha dicho una palabrota —sus dos hermanos dejaron de jugar al juego de mesa y se la quedaron mirando como si supieran que ahora vendría un buen espectáculo de circo.

Jane cerró los ojos y respiró hondo. Eso sí que no había sido un tono afectuoso, aunque lo había compensado con la firmeza. Un tono que venía a preguntar ¿quieres que te arranque la cabeza?, era bastante firme, ¿no?

—Quiero teñirme el pelo, no drogarme o matar a alguien.

—No vas a teñirte el pelo —buena firmeza, y ligeramente cariños… tolerante.

—Papá dijo que podía.

—Papá… —*Mierda, papá podía irse al infierno*—. No vas a teñirte el pelo de violeta.

—Eres tan aburrida. —Dejó de mirarla, como si supiera que había perdido la batalla. Pero era Violet, y Jane sabía no se rendiría sin tirar un último chupinazo—. A Verónica le molan las mechas de colores.

*Verónica*.

Bien, más que un chupinazo, había sido un puto misil nuclear.

—¿A Verónica? —Tragó saliva.

No debía preguntar quién era Verónica y aun así, quería saberlo.

Miró a su hija, y abrió los labios para volver a formular la pregunta envenenada que Violet esperaba que le hiciera. No obstante, su cuerpo no estaba preparado. Reaccionó con unas nauseas incontrolables, no hacía falta pensar mucho para entender quién era esa tía tan guay que le dejaría pintarse el pelo.

Jane se recostó contra el fregadero y al tiempo que esperaba que el sándwich se calentase, su hijo pequeño comentaba a su hermana.

—No podías hablarle a mamá de Verónica —dijo Klaus.

Mierda.

Entonces, era la nueva amiguita de George, la que se llevó a Las Vegas.

¿Por qué le importaba? Quizás lo que le molestaba no era que George estuviera saltando de cama en cama, después de dar puerta a la profesora de spinning. No, lo que realmente le cabreaba es que se había largado a un inexistente congreso de trabajo en Las Vegas, con esa tal Verónica, dejándole a sus hijos cuando ella sí tenía que trabajar para que todos los suministros llegaran a las tiendas de los diferentes estados cuando tocaran estar ahí.

—Bueno mamá, no te agobies —le dijo Violet—. Igual tener una canguro no está tan mal.

Bueno, al menos parecía ganar una batalla.

Pensó en Red. ¿Qué dijo de las batallas? Ah, sí. De una en una.

—No hay pelo violeta que valga —le dijo muy segura y sin levantar la voz—. Y la canguro será una idea excelente hasta que nos marchemos de vacaciones este verano.

—¿Vacaciones? —sus dos hijos la miraron con entusiasmo. Violet, no. Desde luego.

—Ya veremos. Pero de momento…

—No quiero quedarme más con la abuela. Parece una extraterrestre.

—¡Violet!

La niña se encogió de hombros.

—Es verdad.

—Es tu abuela y nos ayuda mucho. Es un poco quejica, pero tenemos mucho que agradecerle.

—Pues acaba de decir que no lo hará más. —Violet se levantó del sofá y entró en la cocina, se quitó los cascos y recogió su bloc de notas—. Deberías relajarte un poco. Eres súper aburrida.

—Gracias.

—Lo digo en serio —la miró a los ojos como si fuera una adulta—. Papá te mangonea, va de flor en flor… ¿Congreso en Las Vegas? —cuando lo dijo, Violet apretó los puños con fuerza, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Violet… —Jane se quedó descolocada.

—Todo es culpa tuya, podrías haber vuelto con papá, pero… eres… eres… ¡Aburrida! —le gritó a falta de un insulto mejor.

—¡Violet! —le dijo, molesta. Al parecer últimamente su hija parecía creer que al insultarla se sentiría mejor.

—Vas a quedarte sola y amargada como sigas así.

Eso le dolió más de lo que podía expresar delante de su hija. Así que cogió fuerzas de donde no las tenía y la miró intentando parecer severa.

—Eres muy impertinente.

Pero Violet aún tenía algo más que agregar.

—Porque está claro que a tu jefe no te lo vas a ligar.

Jane cerró los ojos unos segundos. Calma. Tenía que mantener la calma. Pero no pudo.

—¡Vete a tu habitación!

No hizo falta que se lo repitiera, de hecho, no había terminado de decir aquellas palabras cuando Violet ya se había puesto en marcha. El portazo anunció que había llegado a su destino, y fue también la señal para que Jane se dejara caer en el taburete y esperara tener suficiente fuerza

de voluntad como para no llorar.

Cerró los ojos y los abrió al sentir dos pares de manos tocándole las piernas, para después abrazarla en silencio.

—No llores, mamá—le dijo Klaus.

—Sí, Violet está difícil, pero es porque está en plena adolescencia—. Las palabras de Tobbie, tan maduras, la hicieron sonreír, a pesar de sentirse la peor madre del mundo—. Un par de años más y todo volverá a su sitio.

¿Y qué sitio era ese? Se preguntó.

Luego abrazó a sus dos hijos, pensando que el día siguiente sería mejor.

# Capítulo 21

Jane observaba desde la puerta cómo sus hijos, Tobbie y Klaus, dormían en sus respectivas camas. Alzó la mirada y dibujó una sonrisa tierna al ver el techo, lleno de pegatinas fluorescentes. Recordó con cariño cuando ella, con la ayuda de Violet, las habían colocado y después la cara de sorpresa de los niños al apagar la luz y descubrir las constelaciones justo encima de sus camas. Qué tiempos aquellos en los que parecían angelitos durmiendo bajo las estrellas.

Su hijo pequeño había salido muy travieso, y el segundo un sabelotodo, pero junto con Violet, no había nadie en el mundo a quién amase más.

Con toda honestidad deseaba que George ejerciera de padre, y lo que era más importante, fuera un buen padre presente. Pero desgraciadamente, era un idiota, aunque eso jamás lo diría frente a sus hijos. Mal marido o no, para ellos era su padre, aunque se hubiera perdido tantos momentos entrañables para irse con sus amantes.

Sí, se había equivocado con ese hombre, pero le había dado lo más grande que tenía, sus hijos.

Jane se acercó a ellos y los arropó con sus edredones de primavera, uno de ellos estampados con sus personajes favoritos de MARVEL y otro, evidentemente con dinosaurios. Besó con infinita ternura a sus dos súper héroes particulares. En ese momento, las lágrimas resbalaron por sus mejillas y tragó saliva mientras se las secaba con el dorso de la mano.

No tenía tiempo para llorar. No tenía tiempo para nada más que no fuera dormir, para enfrentar un nuevo día de trabajo. Pero las lágrimas no cesaron al pensar que se sentía una mala madre, y en las crueles palabras de la suya propia.

Dejó la puerta entreabierta y caminó por el pasillo de puntillas hacia su habitación. Miró la puerta cerrada del cuarto de su hija y de súbito sintió la tentación de arroparla también a ella,

pero no se atrevió. En esos momentos no soportaría otro rechazo.

Recordó cuando era pequeña, lo feliz y risueña que siempre estaba, y se le atragantó el corazón. Era muy dolorosa la forma en que últimamente la miraba y le hablaba. Era seguro que la culpaba de su separación con George. No podía negar que sus palabras la habían herido, pero el tiempo haría que lo viera todo con otra perspectiva. Puede que Violet pensara que, para ella, era más importante su trabajo.

Las lágrimas volvieron a asaltarla, y se las volvió a tragar.

Cuando entró en el baño, dejó correr el agua de la ducha y media hora después se metió en la cama.

Para su sorpresa, no podía dormir, y después de mirar largamente el techo, se puso a mirar el Instagram. ¿Por qué? Porque era una tonta, exactamente por eso. Mirar la cuenta de su ex no había sido buena idea, pero peor idea fue el investigar el de la tal Verónica, quién descubrió que le había dejado a George comentarios del estilo: *Qué bien lo hemos pasado en Las Vegas, cariño. A ver cuando repetimos.*

Pobre ilusa. No sabía dónde se metía. O tal vez estaban hechos el uno para el otro. Pues que fueran muy felices el tiempo que se soportaran.

Frunció el ceño al ver una foto en la que lucía un bikini rojo. La conocía de vista, puede que la hubiese visto con George en su oficina, pero en estos momentos no podía acordarse. Era joven, mucho más que ella, seguramente tendría, ¿veintidós, o veintitrés años? Una buena delantera, ropa ajustada, rubia, ojos azules y labios sospechosamente generosos.

—Eres toooonta —se dijo, dejándose caer sobre el gran almohadón.

Cuando de pronto, el móvil aún en su mano, comenzó a vibrar.

RED: ¿Aún despierta?

Sonrió alzando una ceja por la sorpresa. Era media noche y no era habitual hablar por mensajes instantáneos con su jede. Cerró los ojos unos instantes antes de empezar a teclear su

respuesta.

JANE: ¿Cómo lo sabes?

A Red, al otro lado del teléfono, se le subieron los colores.

*Mierda ¿acaso habrá pensado que la estoy controlando?*

Decidió ser sincero.

RED: Por casualidad, te he visto conectada en Instagram hace un momento.

JANE: Sí, estaba a punto de irme a dormir. De hecho ya estoy en la cama.

Red gimió, al imaginarse cómo iría vestida. ¿Llevaría un bonito pijama? ¿O sólo una camiseta? Le encantaría regalarle un bonito camisón de encaje para después…

Negó con la cabeza, intentando eliminar esos pensamientos de su mente.

RED: No es bueno mirar la pantalla si quieres descansar bien.

Red tenía razón, y Jane supo que se lo decía por su bien. Eso la hizo sonreír. Siempre se preocupaba por ella.

Por su parte, Red se sintió inseguro de haberle escrito eso y añadió:

RED: Aunque me alegro de que lo hayas hecho, así puedo darte las buenas noches.

Jane frunció el ceño, decepcionada. Le habría gustado hablar un rato más con él, pero ya le estaba dando las buenas noches… Dejó el teléfono unos momentos sobre su pecho, cuando una estúpida pregunta le vino a la cabeza.

JANE: Red… ¿Crees que soy vieja?

Recostado también en la cama, Red abrió mucho los ojos. Luego soltó una carcajada que rebotó en las paredes de su habitación.

RED: Eres joven, guapa y sexy.

JANE: ¿Sexy? ¿Seguro?

Red parpadeó ¿En verdad, ella no se veía sexy? ¿Acaso no se acordaba de cómo había reaccionado su cuerpo cuando habían dado rienda suelta a sus deseos en Dallas? Pensó que le gustaría explicarle con pelos y señales todos los motivos por los que pensaba que era la mujer más atractiva del mundo, pero sólo se atrevió a decir lo siguiente:

RED:  Seguro.

Jane soltó una risita nerviosa. Se mordió el labio, insegura, pero finalmente escribió:

JANE: Tú sí que eres sexy.

*Oh, mierda.…* pensó, antes de darle al botón de enviar. ¿Era buena idea seguir por esos derroteros? Lo borró todo y volvió a escribir:

JANE: No te creo.

RED: Quien no se cree que no lo crees, soy yo.

¿Qué puñetas…?

JANE: Hmm…

RED: Y tú, ¿crees que yo soy sexy?

Pero, ¿qué? Jane se quedó anonadada. ¿Acaso ese hombre no tenía espejos en su casa?

JANE: Eres sexy. Muy sexy. Infinitamente sexy. Sexy, sexy, sexy.

Por supuesto, no le dio al botón de enviar, lo borró todo y escribió lo siguiente:

JANE: A mí sí me lo pareces.

Cielos, esa no era una conversación adecuada para alguien que había verbalizado que no podían tener una relación que no fuera profesional o de amistad. Decirle a su jefe lo sexy que era, no podía acabar bien, aunque decir lo contrario, sería mentir.

*No sigas por ahí*, se dijo. Tendría que cortarla antes de que el chat empezara a ser más… inadecuado.

Si ella hubiese sido Mónica, le habría dicho que se lo había imaginado millones de veces galopando sobre su cuerpo. Haciéndole mil cosas sobre la mesa de la cocina, en la ducha, incluso sobre la lavadora. Oh, sí, eso habría sido excitante.

*Basta, Jane. Lo que pasó en Dallas, se quedó en Dallas.*

Por fortuna, o por desgracia, él también pensó lo mismo y no continuó por esos derroteros.

RED: Gracias —envió un GIF de un corazón palpitante—. Me acabas de subir la autoestima.

—¿En serio? —rio Jane.

JANE: ¿Me tomas el pelo? Tú no necesitas que nadie te suba la autoestima, Red McTavish.

*Oh, si tú supieras,* pensó Red, al otro lado de la pantalla.

Tomó aire, con lentitud. No, no tenía ni había tenido jamás la autoestima baja, pero su corazón se había roto un poquito cuando ella decidió no continuar con lo que habían empezado. Pero la comprendía, la vida de Jane en estos momentos no era sencilla. Su ruptura con el imbécil de George era demasiado reciente como para empezar una relación con nadie, mucho menos con su jefe. Y luego estaban los niños. Sobre todo Violet, que les dejó claro a ambos que no estaría muy contenta si decidieran darse una oportunidad. Jane necesitaba tiempo, aunque eso le carcomiese por dentro.

RED: ¿Qué tal los niños?

JANE: Bien. Violet, como siempre.

Jane no tenía muchas ganas de explicarle lo que había sucedido con su madre y con su hija. Hablar de ello la hacía revivir el momento y tampoco quería hacer sentir culpable a Red por haberla hecho trabajar hasta tarde.

Pero con lo que no contó fue que él conocía bien y adivinó que no se lo estaba contando todo.

RED: Se ha molestado tu madre por llegar tan tarde, ¿verdad?

Jane suspiró. La conocía demasiado bien.

JANE: Sí. Bueno, yo… —de repente, una lágrima escapó de sus párpados. Era demasiado doloroso.

Al ver que ella tardaba, escribió lo siguiente.

RED: No hace falta que me lo cuentes si no te apetece hablar de ello, pero quiero que sepas que, aunque sea tu jefe, también soy tu amigo y tienes todo mi apoyo.

Sí, era su amigo ¿no? A parte de jefe y asistenta, sólo eran amigos.

JANE: Red, una última pregunta.

RED: Adelante.

Tragó saliva antes de escribir:

JANE: ¿Crees que soy una mala madre?

Red tardó unos momentos en contestar. Durante ese tiempo, Jane no podía ya controlar el llanto.

RED: Ya te lo dije la noche del McDonald. Creo que eres la mejor madre del mundo. Y tus hijos te adoran. Violet también te quiere con locura, aunque no te lo diga. Me atrevo a decir

que no hay nadie en este mundo que no te quiera con locura. Y si esa persona existe, es un auténtico gilipollas.

Otra vez las estúpidas lágrimas, recorriendo sus mejillas. A este paso, se le acabaría irritando la cara.

Estuvo a punto de escribirle una de las mayores verdades que había dicho en su vida:

*Yo también te quiero, Red.*

Pero no se atrevió.

# Capítulo 22

Durante los siguientes días en la oficina, ninguno de los dos pudo olvidar la conversación que tuvieron aquella noche. En especial Jane. Se sintió acompañada, comprendida y, de repente, parecía no estar sola en el mundo, capeando un temporal sin nadie que le ofreciera un mínimo apoyo emocional.

Sí, su madre, aunque fuera a regañadientes, la había estado ayudando con los niños. Pero sus reproches constantes y sus juicios siempre la habían hecho sentirse muy mal. Mónica era su mejor amiga y doraba a los niños. No sabía que haría sin ella porque en los momentos difíciles siempre había estado a su lado. Y de George… mejor ni pensar en ese irresponsable mujeriego.

Su mente regresó a Red. Sí, era posible que, en el fondo, siempre hubiera sabido que él estaba de su lado, pero por primera vez lo vio claro: no estaba sola.

—¿En qué piensas? —oyó su voz tras ella, mientras hacían un descanso en el pequeño espacio que usaban junto a sus despachos para tomar un café y despejarse.

Allí había un pequeño sofá donde sentirse cómodos y entre otras cosas, una cafetera de diseño que en esos momentos sacaba un café solo mientras Jane miraba el chorro oscuro y espumoso caer en el pequeño vaso desechable.

Se volteó y alzó la vista hacia él. Se sonrojó sin querer. Red estaba apoyado en el marco de la puerta acristalada, ya con su café en la mano, cambiándoselo de mano, esperando a que se enfriara. Vestía tan elegante como siempre, pero ese día no pasó por alto lo bien que le quedaban aquellos pantalones de traje. Siempre había tenido un trasero espectacular. La camisa bajo la chaqueta entallada, se estiraba sobre su bien formado torso. Se vio a sí misma deseando redescubrir su piel y desabrocharle los botones, uno a uno para después…

—¿Jane?

Ella parpadeó y regresó la mirada hacia sus ojos. Cielos, si él tuviera la capacidad de

visualizar lo que aparecía en su mente, habría podido ver claramente como lamía cada centímetro de la piel de su musculoso torso.

—Caliente.

—¿Qué?

Red vio como ella se lamía los labios, con las mejillas totalmente encendidas.

—¡El café! —exclamó.

—Oh, no…

—Te vas a quemar. ¡Trae!

Se acercó rápidamente a él y se lo quitó de las manos. Fue un gesto rápido, sin apenas pensarlo. Y la que se quemó fue ella.

—¡Ay!

Agitó demasiado la taza y el líquido se derramó parcialmente sobre su mano, y en ese momento dio un manotazo y la taza salió disparada por los aires. Todo pareció suceder a cámara lenta. Vio claramente cómo el líquido salía despedido del vaso, que a su vez se le escurría de las yemas de los dedos, para caer precisamente sobre el pecho de Red.

Jane abrió mucho los ojos cuando la camisa blanca quedaba completamente inservible.

—¡Quema! —exclamó Red, sacudiéndose la camisa, dejando espacio entre la tela y su piel. Pero ya era demasiado tarde, el café lo estaba abrasando.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡No! —Jane se abalanzó sobre él mientras decía improperios.

Agarró cada lado de su camisa y de un fuerte tirón la abrió, haciendo que los botones saltaran por los aires. Acto seguido, se la sacó y puso las manos sobre su pecho. Empezó a abanicarle con rapidez.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Sin pensarlo agarró un botellín de agua y lo empapó, justo antes de empezar a frotar su torso para aliviarle el dolor que seguramente estaba sufriendo.

Pronto, la imagen de su torso desnudo hizo que se le pusieran los ojos como platos.

*Mierda. ¡Qué vergüenza!*

No se atrevía a mirarlo a los ojos. Solo podía mirar su pecho, mientras con las manos seguía frotando, cada vez más suave, hasta que el toque se trasformó en caricia.

Jane gimió hondamente, mezcla de preocupación por el estado de Red y turbación. Tragó saliva, cuando sus manos parecieron cobrar vida propia y empezaron a acariciar otras zonas más alejadas de la quemadura.

Red hacía tiempo que se había olvidado del café y de la camisa, que le colgaba de un brazo. En esos momentos, lo que le quemaban eran las suaves y excitantes caricias de Jane.

—Lo siento —le dijo mirándolo a los ojos y quedando atrapada en su mirada.

Red se concentró en el tacto de aquellas manos. Eran tan suaves, cálidas, de dedos largos, con las uñas pintadas de rojo. Sintió que su corazón palpitaba con tal fuerza que pensó que se le escaparía del pecho.

Jane notó enseguida cómo el pulso de Red se aceleraba y cómo su pecho empezaba a subir y a bajar con rapidez. Podía incluso sentir sus labios cerca de su oído, el aliento a menta fresca invadiendo sus fosas nasales, excitándola. Alzar la mirada de nuevo hacia sus ojos fue su completa perdición.

Jane se quedó paralizada, con la mirada cosida a la de Red. Esos ojos azules, brillantes de anhelo, esos labios perfectos, expulsando suaves y controlados gemidos.

Con sinceridad, podría quedarse toda la vida en esa posición, transformados ambos en estatuas de mármol, para ser la mujer más feliz de la Tierra.

Red tragó saliva.

*Bésala.* Su voz interior no paraba de gritar: *¡Bésala, Red!*

Notó un fuerte tirón en la ingle. Y su maldito sátiro interior aumentó el tono de sus exigencias.

*¡Bésala! ¡Arráncale el vestido! ¡Échala sobre el sofá! ¡Tómala, como llevas semanas deseando!*

A cada punto respiraba con más fuerza. Su respiración se volvió completamente audible para Jane, que seguía quieta, con los labios entreabiertos.

*No te muevas. No apartes tus labios cuando se acerque. Oh, Jane, cómetelo otra vez.*

Red se inclinó ligeramente. Sus labios estaban casi sobre los de Jane.

Casi sucedió.

Casi.

¡Brrrrrrrrrr! ¡Brrrrrrrr! ¡Brrrrrrrrrr!

El móvil empezó a vibrar en el bolsillo de Red. Y esa fue la excusa que encontró Jane para apartarse de él como si hubiera evitado el peor error de su vida.

Red vio cómo ella se apartaba, algo desconcertada, para darse la vuelta y regresar a la pequeña encimera, donde había unas servilletas.

Oh, cielos, Jane… Pensaba, mientras sacaba del paquete más de las que necesitaba para limpiar su pecho de café.

Cuando se dio la vuelta, Red ya se había sacado el teléfono del bolsillo.

—Es mi madre —le dijo.

—Cógelo, no la hagas esperar.

—Pue… *Puedo llamarla después* —había querido decir, pero Jane le puso las servilletas en la mano y puso pies en polvorosa.

—¡Brrrrrrrrrr! ¡Brrrrrr!

Tras varias bocanadas de aire para oxigenarse, Red descolgó el teléfono.

***

A la mañana siguiente, se comportaron como si nada hubiera sucedido.

Realmente ambos pasaron la noche pensando en ello y llegaron al trabajo algo cansados por haber dormido poco, pero supieron mantener la compostura sobre todo porque tuvieron un día ajetreado con el asunto de los nuevos productos y la patente.

Por fortuna, se solucionó justo a la hora del almuerzo.

Red la miró, mientras recogía sus cosas en su escritorio.

—¿Vas a comer fuera? —le preguntó, cuando ella revisaba su bolso.

—Sí, bueno, comeré algo rápido por el camino. Debo que ir a recoger a los niños a la escuela, mi madre no está y la nueva niñera llegará a primera hora de la tarde.

—Oh, vale.

Jane lo vio algo decepcionado, y se puso nerviosa.

—Pero si quieres, puedo llamar al colegio para…

—No, por favor, ve.

—¿Seguro? —preguntó ella.

—Sí, sin problemas. —Lo que en realidad quería preguntarle era—: Mejor, ¿quieres que te lleve?

—Ni hablar, ya me apaño yo.

¿La negativa fue demasiado tajante?

—Puedo llevarte —dijo Red apenas en un susurro.

—Te recuerdo que tienes una cita con recursos humanos a las tres en punto —dijo ella, diligente.

—Es cierto. ¿Qué haría sin ti, Jane?

Red le dedicó una sonrisa tan bonita, que a pesar de seguir nerviosa, logró que sus labios se curvaran también hacia arriba.

—Seguramente abrir tu agenda —le guiñó un ojo—. No será así todos los días, te prom… —se excusó de nuevo, pero él la interrumpió, alzando la mano.

—No te preocupes. Ve a por los niños.

—Gracias, Red.

Cuando Jane salió por la puerta, Red frunció el ceño.

Estaba preocupado. Desde que George se había marchado de nuevo a uno de sus viajes de trabajo y después de que la madre de Jane le dijera que no podía seguir ayudándola con los niños, la veía algo desanimada. De seguro no dormía lo suficiente y apenas tenía tiempo para

comer. También se había adelgazado un poco.

En su cabeza, empezó a formarse una idea, cuando de pronto sonó su teléfono móvil.

Sonrió, al ver que se trataba de Phiona.

—Hola.

—Hola, Red.

La notó algo inquieta. Su voz sonaba cansada, lejos de parecer alegre, como siempre.

—¿Todo bien?

Ella suspiró.

—A parte de algún que otro grito, todo fluye. Dentro de lo que cabe— ¿Has concertado una cita con Gwen? —le preguntó Phiona.

—Sí, el viernes. Parece maja.

—¿Maja? ¡Es súper maja! —le replicó su hermana, cambiando su tono de voz a la alegría que acostumbraba. Y cambiando de tema… ¿cómo van tus avances con Jane?

Red resopló.

—No hay avances. *Lo que pasó en Dallas, se queda en Dallas* —recalcó esto último, como un mantra maldito.

—Bueno, al menos os lo pasasteis genial. Por cierto —empezó a decir, curiosa— No me llegaste a contar qué tal el rodeo.

—Fue espectacular, Phiona. Se celebró una nueva modalidad, una carrera de velocidad, te habría encantado.

—¿De velocidad? No me digas.

—Si, se estaba probando un nuevo prototipo. Una silla western especial para velocidad.

—No lo veo muy claro, Red. Los cowboys para ganar velocidad montamos a pelo.

—Pues había un muchacho…

—Ah, ¿sí?

—Un tipo pequeño, y delgado, si lo hubieras visto, Phiona. Jamás he visto galopar a nadie igual. Ni siquiera a Edgard. Parecía un nativo americano.

—No me digas.

—Fue increíble. Y Jane —Edgard sonrió—. Jane estaba tan emocionada cuando ganó.

—Qué mona.

Por lo visto a Phiona le encantó que le narrara los pormenores de lo sucedido en el rodeo de Dallas. Era evidente que se moría por haber estado en la competición. Cuando Edgard competía, era difícil que se perdiera alguna de sus participaciones.

—Y volviendo a Jane. Harías bien en poner toda la carne en el asador.

—Lo sé.

—¿Seguro que no ha pasado nada más, Red?

Silencio, que ella rompió con un quejido lastimoso.

—Puede que tuviéramos… —breve pausa, para añadir—: Un momento la otra noche.

*Y ayer por la tarde me echó el café encima y casi me la como a besos.*

Pero esto último no se lo dijo.

—¿Os besasteis? —silencio—. ¿La magreaste contra el coche?

—¡No! —exclamó, espantado— ¿Por quién me tomas?

—Sí, lo siento —suspiró—. A veces me dejo llevar demasiado por los libros de romance que leo. Y tengo claro que no eres Edgard.

—Sí, habría magreado a la chica que le gusta sin contemplaciones. —Ambos se rieron ante esa gran verdad.

— ¿Entonces qué momento tuvisteis?

—Bueno, nos intercambiamos algunos mensajes…

—Oh, que mono. Como unos adolescentes cuarentones.

—Phiona —le espetó—, ninguno ha llegado a los cuarenta.

—Poco os falta.

—Falta mucho y estaba deprimida. No lleva bien lo del divorcio, aunque no quiere contarme nada. Y estoy seguro de que los niños la sobrepasan.

Phiona resopló.

—Cuanto deseo que lleguen pronto las vacaciones de verano. Aquí tendréis más ayuda, y las cosas serán más fáciles.

Ojalá fuera así, pensó Red. Todos se merecían un descanso de tanto drama. Pero ella aún no había confirmado su asistencia y eso lo mantenía con el alma en vilo.

—Pero mientras llega el momento de volar hasta aquí, ¿Qué te parece si la animas un poco?

—He intentado animarla.

—¿Y si la invitas a cenar?

—Su ex está de viaje, tiene a los niños toda la semana.

—Entiendo —Phiona pareció rumiar—. ¿Y sí le compras flores? A ella le gustan, podría ser un gesto bonito.

Red frunció el ceño. ¿Flores? Bueno, era una posibilidad.

—¿A ti te gustarían que te compraran flores?

Phiona soltó una carcajada.

—Preferiría un sombrero nuevo, pero yo no soy Jane. A ella le gustarán.

Sí, por supuesto que a Jane le gustarían las flores. Se imaginó su sonrisa en el momento en que se las diera. ¿O sería mejor enviárselas a su casa con una tarjeta? No lo tenía claro.

—¿Y qué hago? —preguntó, inseguro— ¿Voy a su casa con un ramo y le digo… ¿Esto es para que te animes?

—No veo que habría de malo en ello. Sois amigos ¿no?

Red resopló.

Sí, para su desgracia, solo eran amigos.

—También podrías darle unos días libres.

Red asintió ante la idea. De hecho, justo antes de que Phiona lo llamara, había estado pensando en ello.

—No estaría nada mal —dijo—. Llevo meses pensando que Jane se merece un descanso, pero como no piensa tomarse unos días libres, creo que contrataré otra secretaria.

Un gruñido de Phiona lo puso en alerta.

—¿Qué?

—Oh, no creo que le guste.

—Lo hago por su bien. Necesita desconectar y centrarse en su familia. Si tengo una secretaria o asistente de apoyo le quitará mucha carga mental.

—El mundo está lleno de tíos con buenas intenciones que la cagaron por ser tan paternalistas.

Esta vez fue Red quién gruñó.

—Pues, lo siento, no se me ocurre qué más hacer. Le diré que se tome unos días libres para que descanse y, si no me hace caso, la opción “nueva secretaria”, es más que viable.

—Tú mismo, hermanito.

Cuando Red colgó el teléfono, se quedó pensando en que Phiona tenía razón, sería complicado convencer a Jane. Pero tenía que hacer algo.

***

Jane llegó media hora más tarde de lo previsto, y cuando entró en el despacho, Red ya había salido de su reunión con recursos humanos.

—Hola —saludó, sofocada. Puso el bolso sobre la mesa y se sentó en la silla, dejando caer los brazos—. Lo siento, Red… Klaus…

—¿Se ha metido algo por la nariz? —la interrumpió, sonriente.

—Se le ha ocurrido la genial idea de mojar papel higiénico y lanzarlo al techo del cuarto de baño, durante la clase de gimnasia.

—Tiene madera de artista.

—O de delincuente.

—Creo recordar que hay un pintor español que diseñó algo parecido con la cúpula de la ONU.

—¿Esa que se está cayendo a trozos? —le preguntó divertida—. No quiero eso en mi casa, gracias.

—Aún recuerdo como lanzaba chorros de pintura con una especie de bazoca.

—Sí, pero no le daremos ideas a mi hijo. Además, no creo que le saliera muy bien, puede que a más de uno, esas estalactitas de colores le hayan roto la crisma.

—Se montaría un revuelo diplomático —rio Red—. Menos mal que el papel de váter mojado no pesa tanto.

Red sonrió, aunque de repente parecía preocupado.

—Esto… Jane —Calló, porque no sabía cómo abordar el asunto.

Ella lo miró, y su entrecejo se fue arrugando poco a poco. Notaba a Red algo tenso.

Oh, mierda, ¿se habría enfadado por llegar tarde?

—Red, esto no pasa todos los días —se excusó—. Bueno, cuando digo que no pasa todos los días, me refiero a llegar tarde. Porque Klaus la semana pasada metió plastilina en el tubo de escape del coche de la directora. Cuando la pobre mujer arrancó el motor…

—¿Explotó?

—La que explotó fue ella. Me tuvo una hora en su despacho, echándome la bronca. —De nuevo, esa expresión de preocupación en Red la inquietó—. Red, ¿qué pasa? ¿Ha sucedido algo con el contrato…?

—No, todo va según lo previsto. Verás…

Mientras Red le explicaba su idea, los ojos de Jane se iban agrandando por momentos. Para cuando terminó, pensó que se le saldrían de las órbitas.

—¿Otra secretaria? —jadeó, incrédula—. Pero yo ya tengo una secretaria.

—Que prácticamente hace fotocopias —Red hizo una mueca—, me refiero…

—A una nueva asistente para ti —lo dijo como una acusación.

—No es así, Jane. Es solo que trabajas demasiado. Haces el trabajo de dos personas. ¿Dos personas? —se preguntó molesto—. Lo cierto es que trabajas por cuatro y no quiero verte tan sobrepasada. Una asistente, con conocimientos, que se encargue del papeleo y las citas…

—Es decir, lo que hago yo.

¿Pero qué cojones estaba pasando?

—Es para ayudarte.

Sí, claro. Jane estaba a punto de llorar.

No, no, no, esto no podía estar pasando. ¿Acaso Red se estaba deshaciendo de ella?

—Puede hacer el trabajo de archivo. —continuó él, convencido de que su propuesta era la mejor opción.

—Me encanta el trabajo de archivo —Jane hizo una mueca y Red le sonrió.

—Lo odias.

Ella puso los ojos en blanco. ¿Había algo que ese hombre no supiera de ella?

—Sí, lo odio —contratacó—. Pero odio más que una niña recién salida del instituto toque mis cosas.

—Ya —Esa maldita sonrisa, pensó Jane, alguien debería decirle que no se le sonríe así a una mujer si no quiere que se le caigan las bragas al suelo.

—Confía en mí, estarás menos estresada. Los niños necesitan pasar más tiempo contigo y tú… así… estarás menos… —Jane se estaba tensando demasiado, pero él quería ser sincero—. Eres la mejor en tu trabajo y sé que podrías hacerlo todo sola. Pero no es justo. No soy sólo tu jefe, soy también tu amigo y entiendo que necesitas más tiempo de calidad con sus hijos, que seguro que no lo están pasando bien.

Jane sintió como los ojos se le empañaban. ¿No hacía bien su trabajo? ¿También él iba a reprocharle que era una mala madre? ¿O acaso era por lo sucedido en Dallas? ¿Por lo del otro día, tal vez, cuando casi se besaron en su porche y luego casi se besaron cuando le tiró el café? ¿¡Qué demonios estaba pasando!?

—Jane… —empezó a decir él, pero ella se puso en pie y lo miró, dolida.

—¿Sabes qué me estresa, Red McTavish? —empezó a decir, cerrando las manos en puños— ¡Que seas tan condescendiente!

Dicho esto, dio media vuelta y abandonó el despacho de Red. Él se quedó ahí sin

comprender que había hecho mal, y como podía hacerle entender que era lo único que se le ocurría para que todo fuera a mejor.

Jane salió de allí, apenas aguantándose el llanto.

Entró en el lavabo de mujeres y apoyó la espalda en la pared del cubículo antes de echarse a llorar.

# Capítulo 23

—Madre mía, Jane, no sé cómo te puedes enfadar con Red por ser un jefe maravilloso.

—No estoy enfadada. Pero sí reconozco que reaccioné…

—Mal —le dijo Mónica sin tapujos—. Reaccionaste mal.

Jane, culpable, se metió un puñado de palomitas en la boca mientras hacía malabarismos para sostener el teléfono entre su oreja izquierda y el hombro, pero no quería poner el manos libres para que sus hijos no escucharan las obscenidades que sin duda soltaría Mónica en algún momento.

—Oye, ¿qué estás comiendo?

—Palomitas.

—Y no me lo digas, también estás viendo ese reallity cutre de *la Isla de los Famosos en pelotas.*

—Habló la que no se pierde ni un capítulo de G*granjero Busca Esposa*.

—Esos tipos rudos y sudorosos son dignos de ver, a pesar de que todos y cada uno de ellos asaltarían el capitolio si el Pato Donald se los pidiera.

—No es verdad. No todos son así.

—Vale, aceptamos barco como animal acuático, pero reconozco que cuando se descamisan para limpiar cuadras, se me olvida que son atapuercos.

—También dices que George es atapuerco y es un animal de asfalto.

—Sí, las cucarachas también son animales de asfalto. Y las ratas de dos patas.

Jane soltó una carcajada mientras su amiga seguía hablando. No podía negar que despotricar de hombres con Mónica, era una gran terapia.

—No, en serio. Ver tíos sudorosos entre vacas, me relaja. Incluso ver a las pijas de

ciudad, en tacones y minifalda, pisando estiércol… Sí, es reconfortante.

Mónica soltó una carcajada y ella se unió.

—Hoy hay una con vestido de lentejuelas esquivando boñigas de vaca y el granjero sudoroso… Mmmm

Jane contuvo el aliento al imaginarse a Red sin camisa y con el pecho perlado de sudor, transportando balas de heno. Oh, sí, podía imaginárselo claramente, caminando hacia ella, con su sonrisa de cowboy asomando bajo un sombrero blanco. Luego se pararía a escasos centímetros cuando ella estuviera a punto de tropezar contra una valla y él se aguantaría el sombrero para finalmente ponérselo en la cabeza y besarla y sus manos…

—¿Me escuchas, Jane?

—Por Dios —se tapó la boca con ambas manos—. Se me está yendo mucho la cabeza.

Esas fantasías cada vez la tenían más absorta.

—Ya estás pensando en Red, sacándole brillo a la silla de montar en el guadarnés, ¿a que sí?

—Cómo me conoces —rio Jane.

—Lo que me llama poderosamente la atención es que no os hayáis acoplado de nuevo. Tienes mucha fuerza de voluntad al tener a ese perfecto espécimen de Montana y no cabalgarlo sobre la mesa de su despacho todos los días, al acabar la jornada laboral, gritando, ¡yijaaaa!

Mónica no podía tener más razón. Se le hacía duro no lanzarse a sus brazos y comerle la boca.

—Casi nos besamos cuando le eché el café encima hace unos días —dijo, como quién no quiere la cosa, y Mónica se quedó muda. Sólo unos segundos.

—¿¡QUÉ!? —Tuvo que apartarse el teléfono de la oreja, casi la había dejado sorda— ¿Por qué no me lo contaste enseguida?

—No tuve tiempo.

—Te odio.

—No es cierto —se burló Jane.

—No, no lo es.

—Tampoco es cierto que no tengas tiempo ahora que tienes todas las tardes libres.

—Me las paso con Violet y los niños.

—¿Y no estás contenta? Ahora puedes pasar más tiempo de calidad con los niños.

—Claro que sí —reconoció—. Pero Violet…

—Está insoportable, ¿a que sí?

—Sigue con la idea de teñirse el pelo de lila —bufó Jane.

—¿Y por qué no la dejas? El lila es un color súper guay. Yo podría hacerlo, soy una profesional. Deberías explotar más el hecho de que tu mejor amiga es peluquera.

Jane puso los ojos en blanco, con la ayuda de tía Mónica, era más que probable que se saliera con la suya.

—Es muy joven, y… —no quería decirlo, pero si se teñía el pelo, era como si hubiera dejado de ser su niña, para ser una joven que toma decisiones propias, y no estaba preparada.

—Además, su nombre es Violet. Le pega.

Jane suspiró.

—Voy a ignorar lo que acabas de decir.

—Pues yo cuando tenía dieciséis años, me hice un tatuaje con el nombre de mi primer novio en letras chinas en el culo y a la semana siguiente me puse un piercing en el ombligo. Pero se me infectó y me tuvieron que llevar a urgencias. Cuando mis padres se enteraron, me castigaron todo el verano sin salir, pero yo me escapaba los fines de semana para ir a la discoteca. Acabaron pillándome, porque ponía peluches debajo de las sábanas y mi madre, que tiene la mala costumbre de levantarse cada cuatro horas para mear, se asomó a mi cuarto y notó algo raro en la cama, como si mi cuerpo se hubiese descoyuntado.

—Si esta historia no termina contigo pidiéndole perdón a tu madre por asustarla de mala manera, prefiero que pares.

—No —dijo Mónica como si pensara que se hubiera vuelto loca—. Te lo cuento para que veas que salió fatal. Me escapé a la discoteca y vi que mi novio se liaba con Tarner de segundo,

¿te imaginas? Me quedé con cuernos y un tatuaje horroroso en el culo. Ahora cuando mis amantes me preguntas que pone, les respondo: *sigue el camino de baldosas amarillas*. No pone eso, pero es mejor que la verdad.

—Y me cuentas esto porque…

—Porque yo viví, me la pegué y aprendí la lección.

—¿No tatuarte nombres de rollos en tu culo?

—¡Exacto!

—¿Y qué tiene que ver eso con el pelo de mi hija?

—Pues que lo hace para hacerse la guay, y si no le dejas, encontrará otra forma de ser guay. Como fumar porros.

—¡No va a fumar porros!

—Ya, lo que tú digas. Pero mejor pelo lila que no que se tatué una pilila.

Jane rio tan fuerte que casi despierta a todo el edificio.

—Eres horrible, Mónica.

—Tú, piénsatelo.

—Está bien, pero debiste pedirles disculpas a tus padres por los malos ratos.

—No lo hice porque estaban valorando meterme en un internado para adolescentes problemáticos. Pero cuando entendieron que también me escaparía de allí, prefirieron no hacerlo.

—Debo ser agradecida —dijo soltando un suspiro—. A tu lado, Violet es una santa.

—Pero mis travesuras de adolescente no son tan interesantes como el buenorro de Red. Así que cuéntame, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé, Mónica…

—Jaaane —dijo, quejumbrosa— ¿Por qué no le das una oportunidad?

Jane gimió al tiempo que cerraba los ojos e ignoraba el dolor punzante que empezaba a nacer en las sienes. La verdad era que no podía dejar de pensar en él. Y sí, había valorado seriamente la idea de tener algo con él pero… Pero no podía ser.

—En estos momentos mi vida es muy complicada.

—En mi opinión, te la complicas tú sola.

—¿Eso crees?

—Claro. Tu vida sería más fácil con un hombre como él a tu lado. Y no digo que necesites ningún hombre, pero… necesitas apoyo, alguien que te diga lo guay que eres…

—Para eso te tengo a ti.

—Pero yo no puedo desestresarte con sexo.

—En eso llevas razón —se rio Jane.

—¿Verdad? Y si no te quieres comprometer, no pasa nada por darle una alegría al cuerpo de vez en cuando. Ya te dije que te quitaría el estrés, además, sois adultos. —Hubo un silencio que puso los pelos de punta a Mónica—. No me digas que aún estás pensando en volver con el cucaracho.

—¡Ni loca! —exclamó Jane— ¿Cómo se te ocurre?

—Tal vez porque le has perdonado tantas veces que ya no me fío ni un pelo de tu buen criterio.

—No volveré con él, Mónica, puedes estar tranquila. Además, ahora tiene una nueva "amiguita". Una tal Verónica, que aprueba que Violet se tiña el pelo.

—Bueno, pues mejor. Así estará entretenido y no te molestará. Aunque algo me dice que, como siempre, aparecerá por esa puerta con un ramo de flores y volverás a caer como una tonta.

—Eso no va a pasar.

En ese momento, el móvil vibró en su oreja. Alguien le enviaba un Whatsapp.

—Mónica, creo que alguien me acaba de enviar un mensaje.

—¿Quién podría ser a estas horas? Uf, espero que no sea Ratigan.

—Voy a colgar, es Red —dijo, que acababa de abrir la aplicación después de poner a Mónica en manos libres.

—¡Uuuhhh! Luego me lo cuentas, no me dejes en ascuas.

—Que síii. ¡Adiós!

Jane colgó y su corazón saltó al ver el mensaje de Red.

RED: ¿Qué tal estás?

Qué mono, eran las diez de la noche y le preguntaba qué tal estaba.

JANE: Pues bien. Un poco aburrida.

RED: Puedo solucionarlo. ¿Estás en casa?

JANE: Sí, no me he movido del sofá en toda la tarde.

RED: En cinco minutos llego.

JANE: Ok.

Jane sonrió como una tonta. Pero instantes después, puso cara de susto.

—¡Mierda! —gimió, al llevarse la mano a la cabeza.

Llevaba unos pelos de loca impresionantes y vestía un pijama horrible de unicornios que había perdido el color y tenía algunos agujeros. Encima, calzaba un calcetín de cada color porque su lavadora tenía la costumbre de tragarse algunos pares sueltos.

Saltó del sofá y corrió hacia el cuarto de baño. Cuando pasó por el pasillo donde estaban las habitaciones, caminó más lento y de puntillas para no despertar a los niños y cuando se metió en el aseo se lavó la cara y se peinó con los dedos.

¿Maquillaje? valoró, mostrando el lado derecho de su cara en el espejo, y luego el izquierdo. No, no tenía tiempo y, además, no parecería natural, ¿verdad? Gimió. Ese pijama era tan horrible…

Cuando sonó el timbre de la puerta, dio un respingo. Salió del cuarto de baño y corrió de

puntillas hacia la puerta de entrada, mientras su corazón saltaba en su pecho como un potro recién nacido que acaba de descubrir el campo abierto.

Se detuvo en la puerta, se pellizcó las mejillas, se puso seria y finalmente abrió con una estudiada sonrisa.

Pero cuando vio quién era la persona que acababa de presentarse en su casa con un ramo de flores en las manos sus labios dejaron de sonreír y casi se le cayó la mandíbula al suelo.

—George.

***

Red caminaba con grandes zancadas por la acera hacia casa de Jane. Había aparcado dos manzanas atrás porque a esas horas no había parking. Su corazón latía a mil por hora y en los labios lucía una sonrisa algo nerviosa, mientras en la mano derecha sostenía un ramo de doce rosas rojas.

¿Era una horterada? Su hermana Phiona le había jurado que no, que a Jane le encantaría.

Sonrió soñador.

En el fondo solo quería animarla. Se había enfadado cuando se había conseguido una asistente de refuerzo. Lo sabía por sus monosílabos cuando le preguntaba acerca de ella, si era eficiente, si estaba contenta… Jane era adicta al trabajo, pero debía desengancharse. Su familia era lo primero para ella, y él debía darle tiempo de calidad para que la disfrutara.

Respiró hondo y les invadió el olor a rosas.

Rosas, ¿serían las más adecuadas? En realidad, no, pues simbolizaban el amor y él no iba a pedirle ninguna cita. Pero sabía que eran las favoritas de Jane… Oh, esperaba que no lo malinterpretara. Y si lo malinterpretaba… ¿sería tan malo?

*No seas idiota, Red McTavish, ¿y si te armas de valor y le pides que sea tu novia?*

Era un cobarde. Porque cabía la posibilidad de que su respuesta fuera no y… no podría soportarlo.

Red llevaba tanto tiempo enamorado de Jane, que tenía miedo de no hacer bien las cosas. Eran muchos años viéndola sufrir. Tenía que ir con pies de plomo. Ser paciente. Jane era como un potrillo resabiado, que necesitaba tiempo y cariño para que volviera a confiar.

Sí, esperaría. Dicen que el amor se demuestra con pequeños gestos, y no era una idea tan descabellada esperar a que fuera ella quien se acercara a él.

Sonrió, y aumentó el ritmo hasta casi echar a correr. Pero al voltear la esquina, se quedó clavado en el lugar, en la acera bajo la penumbra de un árbol mal iluminado por una farola lejana. La sonrisa se le borró de la cara.

No podía creerlo.

Se llevó una mano al corazón y pensó que, si no lo evitaba, podría caer fulminado allí mismo. Porque frente a la casa de Jane, en el porche, estaba…

George.

Red sintió cómo su corazón se olvidaba de latir y cómo sus pulmones se quedaban sin apenas aire cuando ese hombre se acercó a ella, la agarró por la cintura y la atrajo hacia él.

—No, no, no… ¿qué demonios? —susurró incrédulo mientras la mano que sostenía el ramo de rosas fue cayendo sin fuerzas.

Red vio claramente cómo la besaba con ímpetu.

Miró al suelo, movió la cabeza de un lado a otro, como si creyera que lo que acababa de ver eran imaginaciones suyas, pero cuando alzó la vista de nuevo, ella permanecía quieta, con las manos apoyadas en los hombros de George y estaba… ¿aceptando su beso?

—Mierda. —No pudo soportar más aquella visión—. Eres un completo idiota, Red. Nunca aprenderás.

Dio media vuelta y sus piernas se movieron con más ligereza de la esperada. Primero empezó a andar, para después correr, como si quisiera huir de la verdad. De la verdad que era que Jane jamás sería suya.

Nunca iba a ser correspondido.

Para cuando llegó al coche, el ramo de rosas había desaparecido de sus manos y al volver

la vista atrás, el viento arrastró sus pétalos por la calzada para que alguien los pisoteara.

# Capítulo 24

Cuando Jane abrió la puerta, tuvo que parpadear varias veces antes de dar crédito a lo que estaba viendo. Ni un unicornio verde con forma de vaca, la habría sorprendido más.

—Jane…

Se frotó los ojos y luego lo miró, con una extraña mueca en los labios.

No, no podía ser posible. Esto no podía estar pasando.

—George —la voz le salió como un graznido, y se la tuvo que aclarar con un carraspeo— ¿Qué diablos haces aquí? —espetó.

Luego miró el ramo de gladiolos blancos que él sostenía en sus manos y abrió mucho los ojos. ¿Flores blancas? Símbolo de amor puro. Puso los ojos en blanco. De puro su futuro exmarido, tenía lo que ella de bailarina de ballet.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó con desgana— ¿Las has robado del cementerio?

—Jane, no seas cruel. He venido a abrirte mi corazón.

¡Madre mía! Era para flipar.

La cara de su ex era un poema y su voz sonaba extraña. Reconoció de inmediato esa expresión de víctima y ese tono de voz lastimero. Ya había visto y oído eso muchas veces. Jane ahora sabía que era una farsa.

—George, en serio. Será mejor que te vayas.

—Pero Jane, ¿cómo se te ocurre decirme algo así cuando intento arreglar las cosas? —volvió a decir él.

No, no volvería a caer en sus artimañas.

—George, déjate de bromas y vete. No son horas.

—Por favor, escúchame yo...

—No, George —lo cortó—. No quiero oír nada de lo que tengas que decirme.

Él parecía realmente dolido.

—Tenemos tres hijos, Jane.

Ella abrió la boca entre ofendida y realmente sorprendida por su desfachatez.

—Cielos, ¡eres increíble!

—¿Por qué dices eso?

—Porque tienes la tendencia de olvidar ese pequeño detalle cuando te conviene.

George retrocedió un paso, realmente apenado.

—Sé que no he sido el mejor marido del mundo, pero…

Jane alzó una ceja al escuchar aquellas palabras. Definitivamente no esperaba que fuera el mejor marido del mundo, pero sí uno decente. Incluso se hubiera conformado si solo fuese un buen padre. Desgraciadamente para ella y los niños, George jamás tuvo ninguna de esas cualidades, y no pensaba volver a esperar a que cambiara. Porque debía aceptarlo, las personas que te dicen cien veces que cambiarán y no cambian, es que nunca lo van a hacer.

—No, no lo has sido. Lo que sí espero es que, a partir de ahora, si tan arrepentido estás, seas un buen padre, y un buen hombre.

—Solo te pido otra oportunidad.

Jane agachó la cabeza y respiró hondo con los ojos cerrados.

—George —gimió frustrada.

Quizás si hubiera tenido los ojos abiertos, hubiera visto venir como él se aproximaba y la tomaba por la cintura.

Sus labios chocaron con los de Jane. Se quedó tan sorprendida que no pudo ni moverse. En esos momentos, en los que la lengua de su ex intentaba abrirse camino, sintió rabia y asco. Se removió, pero él la agarró aún más fuerte y tuvo que apoyar las palmas de las manos en sus hombros. Empujó con fuerza, zafándose de él.

—¿Cómo te atreves? —dijo con indignación.

—Jane, —el parecía sorprendido por su enfado— sé que aún me quieres.

—¡No! ¡No te quiero!

Apretó los puños e hizo auténticos esfuerzos para no estamparle uno de ellos en la cara. No lo hizo, porque la violencia no resolvía nada, pero lo miró con toda la rabia que él no tuvo más opción que retroceder.

—Jane… pero yo te amo —gimió George, con esa cara de víctima que no se la creía nadie.

—¿De veras? ¿Y qué ha pasado con Verónica? —se cruzó de brazos, esperando una respuesta que no tardó en llegar.

—La he dejado porque no existe para mí otra mujer más que tú.

*Esta sí que es buena.*

—¿La has dejado? —preguntó escéptica—, ¿o te ha dejado ella a ti?

—Bueno —él pareció dudar, obviamente, estaba intentando parecer sincero—, he de reconocer que ha sido de mutuo acuerdo. Ella…

—Déjame adivinar —volvió a interrumpirlo—. Ella se ha dado cuenta de que estás endeudado hasta las cejas, y que si sigue contigo no podrá llevar el tren de vida que le hiciste creer.

—No es eso —lo dijo como si se hubiera vuelto loca—. Lo que realmente importa es que te sigo amando, que jamás dejaré de amarte. Eres la mujer de mi vida, la madre de mis hijos. Verónica era algo pasajero, sólo una aventura. Igual que Bea y Lizzie.

La mandíbula inferior de Jane cayó atraída hacia el suelo por la gravedad mientras intentaba digerir esas palabras.

—Te juro que no doy crédito. —¿Quería volver con ella y le estaba recitando la lista de sus amantes?

—Me equivoqué, Jane. Eso no va a volver a pasar, Jane. ¡Te lo juro!

—Para mí, tu palabra vale menos que un trapo sucio.

—¿No ves lo cruel que eres? —Ahora fingía estar escandalizado, y como no, apeló a lo

de siempre— ¡Soy el padre de tus hijos!

—¿Quieres saber qué es cruel? —Jane apretó los puños, empezaban a llevársela los demonios—. Cruel es llevar una cornamenta tan grande que me tengo que agachar cada vez que paso por una puerta.

—Jane…

—Cruel es llevar sola esta casa mientras tú te vas a Las Vegas y te acuestas con todo lo que se mueve.

—¡Jane!

—Cruel es no ocuparte de tus hijos y hacerme sentir una mala madre cada vez que llego tarde y agotada del trabajo, para que tú puedas vivir a cuerpo de rey.

—¿Trabajo? —los ojos de ese hombre por unos instantes revelaron su pérfido interior—. Sabes perfectamente que llegas tarde y agotada porque hace años que tienes una aventura con el explotador de tu jefe.

Jane cerró los ojos para contenerse las ganas de darle una bofetada. Contó hasta tres y cuando los abrió, su mirada lo perforó.

—Esta conversación se ha terminado.

—Te amo, tienes que volver conmigo.

—No, no me amas —espetó ella—. Y yo a ti tampoco. Quiero el divorcio. Hace semanas que te envié los papeles y te has estado riendo de mí todo este tiempo. Si no firmas mañana mismo te enviaré a mi abogado y…

—Jane…

—¡Y llévate esas malditas flores de mi casa! —Lo fulminó con la mirada y cerró la puerta, de un portazo.

Se dio la vuelta y, con el corazón a mil por hora, apoyó la espalda al otro lado de la puerta al tiempo que cerraba los ojos. Le temblaba todo el cuerpo. Tuvo que tomar fuertes bocanadas de aire para oxigenarse, de lo contrario se le doblarían las rodillas y caería redonda al suelo.

Transcurridos varios segundos que se le antojaron una eternidad, Jane recuperó las fuerzas y abrió los ojos.

Pero lo que vio, la paralizó.

—Violet —jadeó.

Su hija la miraba con dolor y rabia, a partes iguales, desde la escalera a pocos metros de distancia.

—¿Por qué has hecho eso, mamá? —preguntó Violet.

Oh, Dios, ¿Cuánto habría presenciado su hija?

—¿Hacer el qué? —volvió a jadear, nerviosa.

—Acabas de echar a papá a patadas de nuestra casa, como si fuera un delincuente. ¡Te había traído un ramo de flores! Pobrecito, ¿no te da pena?

*¿Pobrecito? ¿Pena? Lo tiraría al Charles River, si tuviera la oportunidad.*

—Esta ya no es su casa —fue tan dura porque empezaba a estar furiosa—. Hace años que la hipoteca la pago yo, trabajando como un animal, para que no os falte de nada.

Violet sonrió, cínica.

—Entiendo —se cruzó de brazos—. Es el dinero lo único que te importa en la vida, ¿verdad? —Jane no podía creer lo que su hija le estaba diciendo, pero había más—. Por eso trabajas hasta tan tarde y por eso ya no te importa papá, sino…

—No te permito que me hables así, Violet —Jane la cortó señalándola con el dedo índice —. Será mejor que te vayas a tu habitación.

Violet la ignoró.

—Peor le acabas de hablar tú a mi padre. Él te ha dicho que te quiere, y tú has contestado que no, y que quieres el divorcio. ¡Vas a cargarte nuestra familia!

No dio opción a réplica, sin esperar un segundo, Violet dio media vuelta y subió las escaleras para dar un portazo, encerrándose en su habitación.

—Señor, no tengo fuerzas para esto.

Jane se sentó en la escalera y parpadeó confusa instantes después, al darse cuenta de que

Red, no había aparecido esa noche.

Minutos después y más calmada, Jane subió las escaleras hasta llegar frente a la habitación de su hija.

—¿Violet? ¿Puedo pasar? —preguntó después de golpear levemente la puerta con los nudillos.

Cuando no hubo respuesta, Jane giró el pomo y empujó la puerta. Su hija estaba echada bocabajo sobre la cama. Sus hombros se movían mientras lloraba en silencio.

Llegados a este punto, Jane se dio cuenta de que su hija, aunque fuese una impertinente, estaba sufriendo. Como madre, no podía permitir que la conversación acabara de aquella manera. Lo adulto sería hablar con calma, y ya iba siendo hora que tratara a Violet como una adulta, y quizás de esa forma se comportaría como tal.

—A ver, Violet —se sentó a los pies de la cama y le puso una mano sobre la espalda. Al menos no se la apartó de malos modos, sino que permitió que la tocara, aunque eso no significaba que hubiera decidido dejar de ignorarla—. Entiendo que te duela nuestro divorcio, pero ¿no se te ha ocurrido pensar que tengo mis motivos para haberle dicho eso?

—No —la miró con la cara inundada de lágrimas—. No te entiendo, mamá.

Jane suspiró, estaba agotada de tener que lidiar con todo y con todos, sin tregua.

—Eres una muchacha inteligente, debes saber que todo lo que hago es por nuestra familia.

—¿Echar a papá de casa es por el bien de la familia?

Jane negó con la cabeza.

—Ya eres mayor. No puedo seguir con un hombre en quien no puedo confiar, solo porque lo desees viviendo con nosotras —dijo Jane sin tapujos—. Es tu padre, eso nunca va a cambiar.

—¡Pero no lo veremos!

—Claro que sí.

—¡No! —gimió dolida—. Siempre tendrá alguna excusa para no vernos, un viaje, una nueva novia… al menos si vive aquí, lo veremos por las noches.

—Dios mío, Violet —Jane se inclinó para abrazar a su hija. El sentimiento de abandono de Violet era tan fuerte que no pudo contener las lágrimas.

—Violet, deberíamos hablar de este asunto con calma. Y en otro momento.

En estos momentos, su expresión era de dolor e incomprensión. Jane sintió que las lágrimas se le subían a la garganta. Abrió la boca para hablar, cuando Violet la interrumpió.

—¿Por qué no le das otra oportunidad, mamá? —su voz sonó rasgada. Era evidente que también sufría.

—Violet…

—¿Es que no te das cuenta? —sollozó—. Tenemos la oportunidad de volver a ser una familia, como antes, cuando éramos felices. ¿De verdad vas a divorciarte de papá?

Jane se sintió desolada.

No estaba deshaciendo la familia, es que esa familia no podía seguir funcionando como hasta ahora. No podía culpar a Violet, ella aún no podía entenderlo, pero Jane tampoco podía soportar más infidelidades. Que George volviera a dejarla cuando encontrara algo mejor, porque… ¡Ella merecía algo mejor que eso!

—Lo siento mucho, cariño. Pero vamos a divorciarnos, y es algo definitivo.

El rostro de su hija cambió. Ahora, la estaba mirando como si ella fuera la culpable de todos los males.

—Entonces vete —la empujó para que se levantara de su cama—. Ya no tenemos nada más que hablar.

Al ver que volvía a echarse a llorar, Jane se encaminó hacia la puerta. Lo mejor sería que la dejara desahogarse. Quizás otro día pudieran seguir hablando del tema sin que doliera tanto.

Salió al pasillo y cerró los ojos, apoyándose contra el marco de la puerta.

Le esperaban dos semanas duras antes de que empezaran las vacaciones escolares.

# Capítulo 25

Red no pegó ojo en las siguientes dos noches. La imagen de Jane y su ex besándose le había provocado un insomnio difícil de esquivar. Si en casa la incertidumbre se lo comía por dentro, en la oficina era aún peor. Sus altos niveles de ansiedad hacían que le fuera prácticamente imposible concentrarse en el trabajo, en especial cuando Jane estaba frente a él.

No era nada que no hubiese vivido antes, pero esta vez era distinta. Esta vez sentía la ansiedad de desearla y no poder tocarla, añadido a la de sentir que la perdía.

Eran las ocho y media de la tarde cuando su estómago protestó. Demasiado tiempo trabajando y sin tomarse siquiera un descanso. No había comido nada al medio día, y un hombre de su tamaño con tres cafés no podía vivir.

Se levantó para salir de su despacho y antes de soltar la puerta se quedó observando a Jane. Esa tarde trabajaba porque había tenido que llevar a Tobbie al médico por la mañana, y aunque Red se había empeñado en que no debía acudir, Jane era demasiado cumplidora como para hacerle caso.

Observó a Jane, en su mesa, con la vista fija en unos documentos que revisaba en su laptop. Al ver que tenía cerca de su mano una bolsa de snacks medio vacía, sonrió. Al parecer ella tampoco había comido demasiado.

En esos momentos, seguía concentrada, con el ceño ligeramente fruncido y, en la boca, un bolígrafo que permanecía apoyado en sus labios. A veces lo hacía rodar por ellos y eso lo volvía loco. Hasta que pensaba en que esos mismos labios, dos días atrás, habían besado al imbécil de su ex mientras él, como un gilipollas, sostenía un ramo de rosas al otro lado de la calle.

Joder, no recordaba haberse sentido peor en toda su vida.

Negó con la cabeza.

Demonios, ¿de qué se sorprendía? No era la primera vez que Jane volvía con ese cabrón. Red había pasado por todas esas rupturas y reconciliaciones, ¿cuántas veces? Muchas, más de las que estaba dispuesto a contar. Pero esta había sido distinta para su corazón. Esta era la primera vez que sucedía, después de que Jane y él se hubieran acostado, de que él hubiera podido vislumbrar un futuro juntos. Y, además, el impacto de haberlo presenciado le resultaba aún más doloroso. No podía arrancarse esa imagen de la cabeza.

En esos momentos, se dio cuenta de que Jane lo miraba fijamente. Parpadeó impostando una sonrisa para que ella creyera que estaba todo bien. ¿Se habría dado cuenta de qué estaba pensando?

—¿Red? —preguntó ella, ladeando ligeramente la cabeza.

Cielos, se acababa de sacar el bolígrafo de la boca. Red no podía dejar de mirarla como un adolescente en la biblioteca, frente a la chica que le gusta.

—¿Red? —insistió ella.

—Ah… no, digo, sí. —Abrió la puerta de cristal que los separaba y la saludó—. Creo que ya es muy tarde. Deberíamos irnos a casa.

Ella asintió, parpadeando ligeramente. Estaba tan guapa, y lo miraba de aquella manera.

*¡No quiere nada contigo, Red!* Volvió a decirse a sí mismo para que le entrara en la mollera.

—Es tarde. La niñera te va a matar. —Mierda, ¿por qué había dicho eso? ¿Y si pensaba que su presencia le molestaba? Era una invitación a que se marchase, ¿verdad?

—¡Oh! —Red no tuvo tiempo de pensar más en eso. Vio como ella empezaba a recoger sus cosas—. Tienes razón, se me ha vuelto a ir el santo al cielo, pero de todas formas dije que trabajaría hasta las nueve.

—Aunque habías decidido salir a las siete.

Ella lo miró metiendo su agenda en el bolso.

—Qué bien me conoces.

Sus sendas sonrisas evidenciaban que sí, que se conocían y se adoraban.

Red suspiró.

—Esto… ¿Jane?

La vio colgarse el asa del bolso en el hombro y mirarlo con curiosidad.

—A ti te pasa algo, ¿verdad?

*Oh, mierda* —se decía, Red—. *Seguro que piensa que soy un imbécil.*

Imbécil o no, una cosa estaba clara. Más imbécil era George, y no le hacía ningún bien a Jane. Red, a pesar de haberle dado una semana libre para que estuviera con los niños, pensando en que regresaría más relajada, había sido todo lo contrario. Jane llegaba al trabajo muy apurada. Se quejaba de que se le había acumulado todo, que la chica que se había ocupado de archivar sus cosas, lo había hecho todo mal y, además, lo evitaba. Pero Red estaba absolutamente seguro de que George era el culpable.

*Menudo gilipollas…*

—Red, en serio, ¿te pasa algo? —La voz de Jane lo hizo regresar a la oficina.

Tomó aire lentamente, mientras asentía, con convicción.

—Todo bien.

Red nunca había mentido tanto desde que se había acostado con ella en Dallas.

Mentía, porque de bien, nada. Todo iba de mal en peor en su corazón. Cada día estaba más enamorado. Estar con ella a solas en su despacho, cuando todos se habían marchado, lo volvía loco y su cabeza sólo pensaba en las miles de posturas que aún no habían practicado. Y Jane… no es que lo rechazara, es que…

Frunció aún más el ceño y evitó gemir de pura desesperación al darse cuenta de una cosa: ¿Y si era él quien tenía la culpa de todo? Pensándolo bien, en realidad no había luchado por Jane, únicamente se había limitado a esperar a ver qué sucedía, cómo actuaba, cómo reaccionaba a sus miradas. Parecía estar esperando a que él diera el primer paso.

Lo de Dallas había sucedido y había sido maravilloso. No estaba planeado, ambos se dejaron llevar, pero después, ella tomó la decisión de cortar por lo sano y él lo aceptó sin más. Mierda, no luchó ni siquiera un poquito. No insistió nada. Se limitó a darle la razón, sin más.

Era el momento de actuar como un hombre decidido, ¿no?

Cuando Jane se paró frente a él, en vez de dejarla pasar, apoyó ambas manos en el marco de la puerta de cristal y la miró tragando saliva, como si lo que fuera a decirle fuese algo completamente trascendental.

Y para él lo era.

No iba a permitir que volviera con ese gilipollas.

Ella se quedó quieta y lo miró, expectante.

—¡Oye! —dijo ella, sorprendiéndolo—. Vas a decirme que te pasa o tendré que torturarte.

El tono de voz era de broma, pero por su expresión nerviosa Red supo que se había dado cuenta de que a él le preocupaba algo.

—Red…

—Es sobre la firma —empezó a decir Red.

Jane lo miró confundida.

—Dios, no me digas que hay algún problema.

La firma ya se había producido. Todo iba según lo previsto. ¿Por qué estaba tan nervioso y fingía no estarlo? ¿Habría sucedido algo más que ella no sabía? Lo conocía bien y llevaba dos días tomando café a todas horas y dando vueltas sin hacer nada productivo. Si no le daba un infarto, faltaría poco.

—No, no —la tranquilizó—. No hay ningún problema. Solo que he pensado que podríamos ir a cenar para celebrarlo.

—¿Qué?

De entre todas las cosas que pensó que le diría, esta estaba la última de la lista.

¿Por qué la invitaba a cenar, cuando había pasado de ella dos noches antes?

—Bueno…

A Jane le pareció que se le detenía el corazón varios latidos. No fue por la petición en sí. De hecho, era normal que después de haber trabajado tanto y haber logrado algo tan importante,

salieran a celebrarlo. Incluso era normal cenar de vez en cuando porque sí. Al menos lo era antes de Dallas. Después, todo parecía más confuso. Y aún así, Jane miró la postura de Red, tan tensa. Vio cómo entrelazaba las manos para evitar que le temblaran.

¿Sería posible que…?

—¿Qué me dices? —preguntó Red.

Se quedaron mirándose el uno a la otra un largo instante y en ese despacho empezó a hacer calor de verdad.

—¿Tú y yo solos? —preguntó al fin, cautelosa.

—Como siempre que celebramos algo.

Jane soltó el aire contenido. Era cierto.

—Sí, por supuesto —es lo que hacían. *Jane, estás paranoica, no hay nada raro en esta invitación.*

Habían cenado miles de veces solos, y Jane jamás pensó que significara nada, porque en su mente, era del todo imposible que el jefe buenorro sintiera algo por ella, o que al menos se atreviera a tocarla y hacerle todas esas cosas que le hizo en su último viaje.

Pero se las había hecho, ¿verdad?

Sintió electricidad por sus muslos al recordarlo. Pero algo no cuadraba en cómo la estaba mirando ahora.

—Claro —carraspeó, recolocándose el bolso en el hombro, inquieta—. ¿Por qué no?

Los nervios asolaron a Red. Ella se había puesto tensa. Pero había aceptado su invitación y, en esos momentos, lucía una sonrisa que, aunque nerviosa, era tan bonita…

—Perfecto —Red se aclaró la voz y también sonrió— ¿Tendrás problemas con la canguro…? —vaciló. Con la canguro o con George, quiso preguntarle.

Intentó cambiar de tema antes de que se le notara el nerviosismo, pero algo le decía que Jane ya se había dado cuenta hacía mucho tiempo de lo nervioso que estaba.

—No habrá problema.

—Hay otra cosa —añadió Red metiéndose el dedo índice para agrandar el cuello de la

camisa.

—¿Sobre qué?

Red se metió en su despacho y volvió a salir de inmediato. Llevaba una carpeta llena de documentos y se la tendió con una sonrisa cómplice. Sobre la cubierta, llevaba una pegatina roja con fondo negro que ponía: TOP SECRET.

Ella lo miró con mofa.

—¿En serio? ¿Top Secret?

—Sabía que te gustaría —se rio, Red.

—Suerte que no tenemos espías industriales. —Lo miró, haciendo una mueca y habló de nuevo algo confundida al abrir la carpeta—. ¿Y esto es?

—La solicitud de patente de nuestro producto estrella —Red amplió su sonrisa y por poco Jane empezó a dar saltitos—. El nuevo prototipo. Las mantas con placas solares.

—¡Es maravilloso! —abrió la boca asombrada y Red se sintió feliz al ver que para ella también significaba mucho—. ¿Crees que es el definitivo? ¿Nos lo aceptarán?

—Espero que sí.

—Mañana mismo lo entregaré, si es que no tienes que hacerle cambios de última hora.

—Échale un vistazo, pero… oh, Jane. Creo que es muy bueno. —Los dos se miraron con intensidad—. Sobra decir que no quiero que se filtre, ¿de acuerdo?

Esta vez fue Jane la que le guiñó un ojo a Red.

—Descuida, jefe.

Por unos instantes, se quedaron quietos, mirándose el uno al otro. Red pensó en ser valiente, en rodear su cintura y atraerla hacia sí. Y oh, Dios, besarla como tantas veces había deseado desde que se acostaron por primera vez.

*Red, bésala… ¡Bésala de una vez!*

Nervioso, se decidió. Se acercó un pequeño paso hacia ella, sin dejar de mirarla a los ojos. Fue muy sutil, tal vez demasiado.

Ella permaneció perdida en su mirada varios segundos. Pero de repente, parpadeó y él

tragó saliva, viendo cómo la pequeña distancia que había ganado, se perdía.

No iba a permitirlo. No podía permitirlo.

La asió por la cintura y la acercó hacia sí. Con suavidad, pero también con firmeza. Ella gimió sin querer, mientras apretaba la carpeta contra su pecho, como si fuera un escudo protector. Red se sintió inseguro de nuevo, pero no permitió que eso lo hiciese retroceder.

—Voy a besarte —anunció. No estaba pidiendo permiso.

Jane no se movió cuando notó el calor de su cuerpo, cada vez más cerca. Cerró los ojos, y su corazón empezó a latir desbocado cuando notó los labios de Red posándose en los suyos.

Gimió contra su boca, aliviada y ansiosa y pronto, la lengua masculina se abrió paso, explorándola, jugueteando con la suya. Llevándola al paraíso.

Olía y sabía tan bien. Había añorado tanto el tacto de su piel y la humedad de sus besos.

La asió esta vez con ambas manos y la abrazó. Los cuerpos quedaron pegados y Jane empezó a notar cómo la excitación la recorría de arriba abajo.

Podía sentir los gemidos masculinos contra su boca, cómo sus húmedos labios abandonaban los suyos para empezar a recorrer la piel de su mandíbula. Con la lengua llegó a su oreja y lamió el lóbulo. Lo mordisqueó.

Jane volvió a gemir, esta vez más fuerte. Con la mano que no sostenía la carpeta, recorrió su amplia espalda, su fuerte cuello y cuando llegó a su pelo, cerró el puño sobre él y le dio un pequeño tirón al tiempo que jadeaba, sintiendo el aliento de Red en su oído, haciéndole cosquillas.

Regresó a su boca, con más pasión. Se besaron con ansias, desbocados. Jane seguía sosteniendo la carpeta con fuerza para que no se le cayera. No tenía mucho margen de maniobra. Él se separó unos instantes para mirarla a los ojos.

Unos ojos que querían decirle lo mucho que la amaba, que la deseaba. Pero su boca calló.

Ella lo miró también, intentando aprender cómo respirar de nuevo.

Hasta que de pronto, su bolso empezó a vibrar.

—Es… la niñera.

—Oh, por supuesto —dijo Red, intentando no mostrar decepción en su mirada.

Pero ella tenía que marcharse, no podía quedarse.

Jane tragó saliva nerviosa, y apretó contra su pecho la pesada carpeta, como si fuera un escudo protector.

Cielos, había estado a punto de lanzarse sobre él y montarle sobre el escritorio.

Si eso hubiera sucedido, de seguro no habría llegado a su casa a tiempo.

—Debo regresar ya —jadeó, ruborizada.

Red asintió, y bajó la mirada unos momentos.

Cuando alzó los ojos de nuevo, ella ya estaba bajo el marco de la puerta.

Lo saludó con la mano y, azorada, salió del despacho.

Red regresó a su asiento y se reclinó en él mientras recordaba sus caderas contonearse mientras se alejaba de él.

Sonrió, a pesar de sentirse completamente vacío con su ausencia.

Adoraba a esa mujer.

La adoraba.

# Capítulo 26

—Es una cita —dijo Mónica, al otro lado del teléfono—. ¡Una citaaaa con el súper cowboy!

Mientras Jane se pintaba los labios frente al espejo del baño, sabía que al otro lado del teléfono Mónica había empezado a saltar en el sofá.

—No lo es —respondió con el teléfono en modo manos libres. El tono de su voz mostraba más paciencia de la que parecía tener.

—¡Rojo pasión!

—¿Qué?

—Que espero que te hayas puesto el vestido rojo pasión.

—¿Estás loca? —miró escandalizada el teléfono, que estaba sobre el lavabo, como si el aparato fuera realmente su amiga.

—Tú lo estás, si esta noche no te vistes para matar.

—Mónica… —gimoteó Jane—. Te repito que no es una cita, solo es para celebrar la firma del acuerdo.

—Pues celebradlo con un buen polvazo en un hotel, después de cenar en el mejor restaurante de todo Boston.

—Haré como que no te he oído —le dijo Jane al teléfono.

—Hablo en serio. Allí podríais follar toda la noche sin peligro de que os oigan los vecinos.

—Quién no oye nada soy yo, ¿será que empieza a no haber cobertura?

—No seas aguafiestas, Jane.

—No lo soy. Es sólo que esto no es una cita —O al menos eso era lo que se iba

repitiendo. Porque después del último beso, sabía perfectamente lo que ocurriría esa noche. Y lo deseaba.

—¿Y con quién has dejado a los niños? —preguntó Mónica, cambiando de tema.

—Este fin de semana están con George.

Se escuchó un gruñido.

—Últimamente está muy servicial el cucaracho. Me pregunto qué querrá.

Jane no quiso contarle lo sucedido con su ex porque no quería hacerlo por teléfono. Al igual que el beso de la noche anterior con Red. Sabía que, si Mónica era intensa, como se lo contara por teléfono sin darle detalles, iba a presentarse en la puerta de su casa con un arsenal de palomitas y chocolate para sonsacarle toda la información.

—Te has quedado callada. Sospechoso —dijo Mónica, mientras Jane pensaba en el beso forzado que le dio su ex frente a su casa.

—Me estoy maquillando, Mónica —se excusó.

—No habrás vuelto con el cucaracho, ¿verdad?

Jane bufó, imaginando la ceja alzada en la cara de Mónica.

—Si que tienes poca fe en mí.

Hubo un incómodo silencio por parte de Mónica.

—Sí, ya… —dijo finalmente su amiga—, es que ese hombre tiene la capacidad de hacerte creer que bigfoot es calvo.

La sonrisa de Jane se ensanchó mientras se miraba al espejo.

—Te prometo que no me voy a creer ninguna de sus mentiras. Antes de volver con él, a las ranas les tendría que salir pelo.

—No quiero ser desconfiada —dijo Mónica—, pero voy a buscar en google a ver si hay alguna especie de rana peluda, por si las moscas.

Jane rio.

—No será necesario. No existen.

Mónica pareció convencida y Jane pudo respirar en paz. O eso pensaba.

—Quiero una foto cuando acabes, para darte el visto bueno —y no era una petición, más bien una exigencia—. No pienso permitir que te vistas como una monja, ahora que vas a pasar la noche con el único hombre en el mundo que le hace sombra a Henry Cavill.

Jane soltó una carcajada y al mirarse al espejo descubrió que se había puesto colorada. Cielos, realmente se estaba comportando como si realmente tuviera una cita con Red.

—No le hace sombra. Lo eclipsa, directamente.

—En eso tengo que darte la razón.

—Mónica, voy a colgar —dijo, peinándose el flequillo con los dedos.

—¡Si no me mandas una foto te mato!

—Como valoro mucho mi vida, te la enviaré antes de salir por la puerta.

Cuando Jane colgó el teléfono, caminó hasta el armario.

Allí estaba el vestido rojo que aún no había estrenado, y que Mónica le había regalado las pasadas Navidades.

Lo miró mordiéndose el labio inferior…

—Quizás no sea tan mala idea —dijo, sacándolo del armario.

***

Red la esperaba en el interior de su deportivo negro, aparcado justo en frente de su casa. Vislumbró la entrada, donde había visto a su ex besarla, y sintió como que quizás no estuviera haciendo lo correcto. Pero por lo que él sabía, Jane no había vuelto con su ex. Se lo habría dicho y de seguro que no hubiera aceptado esa cita.

¿Cita?

Nervioso tragó saliva, porque no sabía si calificarla así, pero su corazón, latiendo desbocado, sí vislumbraba esa noche como un salto al vacío. Era el momento de declararse o tomar la decisión de callar para siempre.

Alzó la cabeza cuando por el rabillo del ojo notó un sutil movimiento. Jane bajaba las escaleras del porche. De inmediato salió del coche para recibirla. Cuando la vio bajar las escaleras del porche, se le cortó la respiración. Se llevó la mano al corazón, inconscientemente. Estaba preciosa, con un vestido rojo ajustado, que marcaba todas sus curvas y un generoso escote cuadrado. En los pies unos zapatos de tacón convertían sus piernas en una delicia.

Ella, al verle, sonrió y Red se olvidó de respirar.

Finalmente reaccionó. Caminó hasta ella y la tomó de la mano antes de que bajara el último escalón.

—Estás preciosa —le dijo, y la acompañó hasta el coche.

—Tú también —respondió ella, mirándolo fascinada.

Realmente estaba guapísimo, pero eso no era una novedad. Llevaba un traje de chaqueta negro, que se ajustaba perfectamente a su escultural figura. La camisa blanca sin corbata, desabrochada hasta el segundo botón, dejaba entrever el suave vello que nacía en su pecho. Sin querer, tragó saliva y cuando él le soltó la mano para abrirle la puerta del coche, se sintió huérfana por unos instantes.

Pasaron el trayecto hasta el restaurante entre risas y comentarios intrascendentes que se afanaban en entrelazar para no quedarse en silencio. Jane dedujo que todo iba bien, porque ambos no habían parado de sonreír desde que se habían visto.

—¿Adónde me llevas? —Miró por la ventanilla del coche cuando este frenó frente a las escaleras de un famoso hotel, cuyo restaurante estaba considerado uno de los mejores de la ciudad. Cuando Jane se volvió hacia Red, este bajaba del coche, después de guiñarle un ojo.

No dejó que el aparcacoches le abriera la puerta, y cuando sujetó su mano entre la suya y tiró de ella para avanzar, Jane seguía con la boca abierta.

—No puedo creerme que tengas reserva.

—¿Te sorprende que pueda reservar en un restaurante sin tu ayuda?

Ella se rio.

—No, pero…

—Relájate, Jane. Esta noche no pienses en nada.

Ella suavizó su expresión. Eso iba a hacer, no pensar en nada más que en disfrutar de la cena.

¡Y vaya si la disfrutó!

Cuando el camarero fue a pedirle el postre, ella se sintió avergonzada, había comido el menú de tres platos y no sabía si le quedaba sitio para el postre. Pero como decía Mónica… ¡Siempre hay sitio para el postre!

—Gracias por todo esto, Red.

Estaban en la terraza acristalada de uno de los rascacielos más altos de la ciudad y desde allí se podía ver el Skyline de Boston reflejado en las tranquilas aguas del Charles River. Había una pequeña orquesta que tocaba Jazz. Bajo ellos, se encontraba uno de los hoteles más exclusivos de todo Boston.

—Es una ciudad preciosa, ¿verdad? —dijo él, mirando hacia el pequeño puerto, donde los barcos atracados destacaban de entre los reflejos de innumerables colores.

—Pero echas de menos Montana, ¿no es así? —Jane lo miró fijamente y se inclinó hacia delante con esa expresión que decía: *sé la respuesta*.

Red sonrió. Jane lo conocía muy bien.

—Bueno, en realidad…

La verdad era que sí, siempre añoraba los increíbles paisajes de Montana, su aire fresco y, sobre todo, despertarse al amanecer para dar una buena cabalgada por el rancho familiar. Pero, siendo sincero, cuando iba allí por Navidad o en las vacaciones de verano, no lo disfrutaba al cien por cien. Y el motivo era Jane. Siempre la echaba terriblemente de menos y no veía el momento para regresar al trabajo.

—Te has quedado callado.

Él volvió a sonreír.

—Disculpa, estaba pensando en que la mayoría de veces, sólo pienso en regresar a Boston. —Fue sincero, aunque no del todo.

Jane no podía creerlo.

—Pero si en noviembre ya empiezas a contar los días hasta Navidad.

Él se llevó la copa de vino a los labios, pensativo.

—Tienes razón. Adoro a mi familia. Estamos muy unidos. Pero, aunque esta ciudad es magnífica, sólo hay una cosa que me retiene aquí… —calló de pronto, pero seguía con la boca entreabierta como si tuviera mucho más que decir.

Sólo la miró fijamente, hasta hacerla sonrojar. Cuando se dio cuenta de ello, dejó la copa sobre la mesa y sonrió.

—Phiona dice que soy adicto al trabajo.

*Pero en realidad, soy adicto a ti.*

Desilusión. Eso fue lo que sintió Jane. ¡Un momento! ¿Había esperado que Red le dijera que quien lo retenía en Boston era ella? *¡Vaya, chica! Como te ha subido la autoestima,* se reprendió.

—Sí, hay siempre mucho trabajo —respondió, desilusionada.

Él la miraba fijamente. Estaba serio.

—Bueno —carraspeó Jane— ¿Qué vas a pedir de postre?

De nuevo esa mirada que parecía querer decir: *A ti.*

Carraspeó antes de decir:

—¿Te parece que compartamos el *coulant* de chocolate? Aquí es el postre estrella.

*Desearía compartir contigo muchas otras cosas, a parte del* coulant*.*

—Me parece bien —respondió, sin embargo.

Diez minutos después, Red supo que realmente había sido una pésima idea verla comer chocolate. Porque cuando Jane se llevaba la cuchara a la boca y degustaba el dulce, Red no podía dejar de pensar en el día en que fue otra cosa lo que lamió con tanto deleite.

*Joder*.

—¿Estás bien? —preguntó Jane alzando la mirada.

—Sí, ¿por qué?

Ella se sonrojó un poco.

—Has gruñido —le dijo a Red, quien se revolvió en la silla y carraspeó algo incómodo.

Cerró por un momento los ojos y se acomodó de nuevo en la silla. Cuando los abrió, ella lo miraba con sorpresa, al tiempo que lamía la cucharita.

—¿No te gusta? —le preguntó Jane, al ver que él no había probado bocado.

—Demasiado.

La forma en que se lo dijo, con la voz enronquecida y sus ojos azules, brillantes e intensos, la dejó paralizada.

Hasta que él volvió a hablar.

—Jane…

Ella tragó saliva.

—¿Sí?

—Si has terminado, deberíamos pedir la cuenta.

—Oh… claro —dejó la cucharita de inmediato y la apoyó en el plato. Red siguió su movimiento para después clavar sus ojos en ella.

Red estaba tan nervioso. Quería haberle dicho antes que tenía reservada una suite para que los dos pasaran la noche, como en Dallas. Pero durante toda la cena no había hecho más que esquivar el momento de decírselo. Por supuesto que ella estaba en todo su derecho de rechazarlo, de decirle que su relación sería solo platónica, pura amistad.

Pero él quería algo más.

—Yo… —carraspeó.

—¿Sí?

—Lo de Dallas.

Jane contuvo la respiración y lo miró lamiéndose los labios para retirar algún resto que pudiera haberse quedado del chocolate.

—Red, yo… —nerviosa se obligó a mirarlo.

—No, escúchame —dijo Red, dispuesto a poner toda la carne en el asador.

Carraspeó y…

*Mierda.*

Se había quedado sin palabras. En esos momentos, en los que estaba dispuesto a volcar su corazón, sintió que no se recuperaría de su rechazo. La amaba demasiado.

Se quedó completamente mudo. Recordó unas palabras que leyó en algún sitio. *La mayor declaración de amor es la que no se hace, porque el hombre que siente mucho, habla poco.*

Lo único cierto era que el corazón de Red estaba a punto de salírsele del pecho.

Por su parte, Jane era perfectamente consciente de qué ocurría.

—Dallas —dijo ella—, queda muy lejos.

—Pero la suite a nuestros pies, no.

Las pupilas de Jane se dilataron y tuvo que juntas los muslos y apretarlos con fuerza cuando el deseo la sacudió.

—¿Has reservado…?

No hizo falta que terminara la frase.

Red tragó saliva y asintió.

En ese instante, Jane fue consciente de como la miraba Red, como un hombre hambriento. No hacían falta las palabras para saber que él se la estaba comiendo con los ojos y que su deseo era tan intenso que, de ser algo físico, se habría podido cortar como un pastel de nata.

—¿Pido la cuenta?

Jane asintió con impaciencia, y observó como la mano de Red temblaba cuando tomó un bolígrafo de su bolsillo interior para firmar y cargar la cena a su número de habitación.

Se miraron, comprendiendo lo que iba a ocurrir, y cuando Red la tomó de la mano rumbo al ascensor, los dos guardaron silencio.

Sacó la tarjera del hotel y la acercó al panel del ascensor. Literalmente Red había

alquilado una suite, justo bajo sus pies.

Cuando empezaron a bajar, notó la cálida palma de él en su cintura. Antes de que ella pudiera pensar en que quizás la besaría, las puertas se abrieron y ambos salieron al pasillo. En un extremo unas puertas dobles los esperaban.

Jane se sentía algo inquieta mientras esperaban a que él le abriera la puerta. No paraba de retorcer los dedos en la fina asa de su bolso. Se moría de ganas de lanzarse a los brazos de Red y besarle hasta quedar sin aliento. Ese cuerpo, grande y musculoso, era como un imán, la atraía de tal forma que era incapaz de no temblar.

Él no la miraba, en esos momentos mantuvo la vista en el panel eléctrico y cuando la luz verde abrió la puerta con un chasquido, se volvió ligeramente para tomar su mano y arrastrarla al interior, iluminado tenuemente por luces cálidas.

Cuando Jane escuchó que las puertas se cerraron a su espalda, giró la cabeza hacia él y se mordió el labio inferior.

Gimió sin querer.

No hizo falta más.

Red se inclinó sobre ella, acercó su pelvis a su trasero mientras se inclinaba para besarle el cuello.

—Jane… —jadeó, mientras ella estiraba el cuello para que él lo lamiera—. Te deseo tanto…

Dieron unos pasos hasta que la mejilla de Jane quedó apoyada contra la pared del recibidor. Gimió al sentir la mano de Red meterse entre sus muslos. Ella los apretó con fuerza para atraparla y escuchó la risa ronca a su espalda.

—¿Cómo lo quieres? —la voz aterciopelada de Red hizo que se soltara un poco más, y entreabriera los muslos para que su mano pudiera bucear hasta encontrar su ropa interior bajo el vestido.

El brazo de Jane se elevó buscando la suavidad de su pelo, y al encontrarla tiró de él para sentir sus labios en el cuello.

—Red… —dijo, cuando él llegó al elástico de sus bragas una de sus manos se introdujo bajo la prenda para notar su humedad. La otra, tiró del vestido hacia arriba para darle mejor acceso a su trasero donde restregó su miembro mientras ella se arqueaba— ¡Red! —gritó.

—Dime como lo quieres —repitió Red al ver que no le había contestado.

—Ya sabes como lo quiero.

Red le mordió el hombro y su mano buceó entre sus húmedos pliegues hasta encontrar la zona sensible. Ella jadeó con la boca abierta, restregando su trasero contra él, buscando más contacto.

—Por favor… por favor. Hazlo rápido.

—¿Lo quieres rápido?

Ella asintió con los ojos cerrados, apoyada contra la pared jadeando por las caricias que sentía en esa zona tan íntima y en el trasero que él seguía frotando con esa enorme erección.

Jane, no pudo soportarlo más. Dio un paso atrás y se dio la vuelta entre sus brazos, gimiendo de frustración porque el movimiento había alejado la mano de él de donde ella quería que estuviera.

Pero no tardó en volver a atraparlo. Tiró de su camisa y no cesó hasta que lo tuvo aplastando su cuerpo contra el suyo.

Antes de que Red la tomara por la cintura, los brazos femeninos rodearon su cuello. Sus bocas chocaron con hambre y pronto, el cuerpo de Jane quedó atrapado entre la pared del recibidor y el muro de piel y músculo que era el pecho de Red.

Ella alzó la rodilla izquierda y jadeó cuando notó la mano de Red navegar por su vestido, de nuevo hacia un objetivo concreto. Al llegar a la falda, la estiró hacia arriba y empezó a sentir su toque por la media, que iba atada a la cintura con un liguero.

—Esto es tan sexy — dijo, subiéndole el vestido hasta por encima de sus pechos.

Se miraron a los ojos, jadeando. Pero Red cerró las palmas sobre la carne tibia, para después sopesar sus senos.

—Cielos, Jane, eres tan sexy…

Se los sacó del sujetador sin desabrochárselo, por arriba, y ambos quedaron liberados. Capturó un pezón con los labios y succionó, mientras con la mano masajeaba el otro. Ella gemía descontroladamente. El deseo iba en aumento, ambos sentían que se quemaban por dentro.

—Red… Te necesito.

—Te necesito, Jane. —Él abandonó su pecho y la besó con ansia desmedida.

—No puedo… no quiero esperar más.

—No lo hagas.

Red empezó a bajarse la cremallera y cuando ella se dio cuenta de qué estaba a punto de suceder, se pegó aún más a su cuerpo cálido.

—Ni siquiera nos ha dado tiempo de llegar al dormitorio.

Ambos rieron.

—Después. Tenemos toda la noche, pero ahora… —dijo él, liberando su miembro.

Jane jadeó cuando Red se abrió camino entre sus piernas, frotando sus caderas contra su cuerpo. Con los dedos sintió que la preparaba haciéndola jadear de nuevo. Una vez librados de su ropa interior, alzó aún más la rodilla y se abrió para él, mientras frotaba el glande contra su vulva.

—Vas a matarme —gimoteó ella, intentando sin lograrlo que la penetrara.

La asió por las nalgas y al fin ella pudo alzar ambas rodillas para abrazarlo con las piernas.

—¡Oh! ¡Jane! —En una rápida estocada, la penetró.

Cuando Jane abrió la boca para gritar, él la acalló con un beso largo y sensual.

El corazón de Red latía desbocado, y el placer que sentía al adentrarse en su húmeda cavidad tenía la capacidad de crearle un nudo en la boca del estómago que, con un impulso eléctrico, se expandía por todo su cuerpo, hasta lograr que se le erizara el vello.

Retrocedió y volvió a embestir con fuerza. Ella gritó contra su boca al sentir cómo se deslizaba, potente, en su interior.

—Más rápido —exigió.

Red cumplió su petición. La empaló, una y otra vez, a un ritmo constante, haciendo que se le escaparan jadeos eróticos que no hacían más que empujarlo al límite.

Hundió su rostro en el cuello de Jane, mientras sus caderas bombeaban sin cesar.

Jane lo apretaba, con los tobillos entrelazados en su cintura. Era tan grande, tan ancho, el placer era tan intenso que no tardó en sentir una fuerte oleada, que recorrió todo su cuerpo, desde la coronilla a los dedos de los pies.

—Oh, Red… ¡Por favor! ¡Ah! Aaaah.

Red sintió como su sexo, caliente y húmedo, lo absorbía. Aumentó el ritmo cuando notó su orgasmo, golpeándolo, succionándolo más adentro.

—Oh, Jane. —La miró de nuevo. Un solo instante antes de unir de nuevo los labios a los suyos—. Voy a…

—Sí, sí —Jane disfrutaba de sus sacudidas, los últimos retazos de su orgasmo, mientras encajaba el rostro de Red entre sus manos—. Sí, por favor.

Justo en el instante en que sus miradas quedaron cosidas el uno al otro, Red se vació en su interior con un gemido largo y gutural.

El orgasmo se prolongó en el tiempo mientras su cuerpo la aplastaba más contra la pared. Cuando ambos acabaron con sus sonoros jadeos, Red salió de su interior y ella pudo poner los pies en el suelo. Cuando eso sucedió, se le salió un zapato y empezó a tambalearse. Red la tomó entre sus brazos y ambos empezaron a reír.

La miró aun mientras sus cuerpos se sacudían por la risa y le acarició el rostro.

—Eres tan hermosa —le susurró dándole un pequeño beso en la nariz—. Y…

—¿Y? —siguió riendo ella.

—Peligrosa, excitante, dulce…

Apoyó la frente contra la de Jane y cerró los ojos.

—Red —dijo ella abrazándolo.

—Te enseño nuestra suite?

Ella volvió a acariciarle el rostro.

—No crees que primero deberíamos hablar.

—¿Hablar? —dijo en un tono juguetón. Negó con la cabeza y volvió a besarla—. No quiero hablar. No quiero volver a la realidad, esta noche no. Tendremos tiempo para hablar, ahora solo quiero besarte.

La sonrisa de Jane fue devastadora.

—¿Solo hablar?

Jane soltó un grito entre risas cuando Red la alzó en brazos y la llevó al dormitorio, uno más grande que el de Dallas, decorada en tonos ocres y dorados. No vio la botella de champán que alguien había dejado a enfriar, ni todos los dulces sobre la mesilla de noche que Red había pedido para ella porque eran sus favoritos. Solo pudo ver a ese hombre a los pies de la cama, desnudarse poco a poco mientras ella sentía que su cuerpo volvía a arder.

# Capítulo 27

Era bien entrada la madrugada y Jane estaba tumbada bocabajo, completamente desnuda sobre el colchón, con las sábanas de seda azul oscuro revueltas a su alrededor. Notó las manos de Red acariciar su espalda. Con una caricia lenta y sinuosa fue bajando hasta la sensible piel de sus nalgas y volvió a subir.

No pudo evitarlo, sonrió contra su almohada y contuvo el aliento cuando la dureza de Red acarició su piel mientras él se ponía encima. La aplastó con su peso, y siguió deslizando sus dedos, recorriendo su columna vertebral hasta llegar a la nuca.

—Mmm… —ronroneó Red.

Agarró su cabellera y replegó sus mechones hasta hacerle una cola de caballo que acabaría en su puño.

Dio un suave tirón y cuando ella arqueó su espalda, Red le mordió la nuca con fuerza, mientras sacudía las caderas para abrirse paso entre sus muslos.

—¡Red! —El aliento se entrecortó a causa del fogonazo de deseo que le provocó esa fricción entre las piernas y el tirón en su cabeza.

—¿Te gusta?

Ella abrió la boca al notar sus dientes y su lengua acariciándole el cuello.

—No sé… ¡Oh! ¡Sí!

Red, también desnudo, se puso a horcajadas sobre ella y meneó las caderas una y dos veces para que notara su deseo clavándose en sus nalgas.

Eso la prendió. Otra vez.

—¿Cómo quieres que te lo haga? —su voz era tan sexy y ronca…

—No lo sé, ¿cómo quieres…? —Jane gimió, y tuvo que interrumpirse cuando él lamió el

lóbulo de su oreja.

—Te lo pregunto a ti.

Sí, se lo preguntaba a ella. Y Jane… ¿sabía cómo le gustaba? En realidad, adoraba todo cuanto él le hacía y no podía decir que no había sido creativo a la hora de darle placer. Prácticamente entre lo de Dallas y lo de esta noche, habían repasado más posturas del Kama Sutra que lo que llevaba de vida sexual.

—No lo sé, yo… —volvió a tirar de ella para que distribuyera su peso entre las manos y sus rodillas. Red se apartó un poco para que pudiera ponerse en una posición que la dejaba más expuesta.

Red estaba a su espalda, también de rodillas. Dejó de tocarla hasta que se puso en posición. Después Jane notó la palma de su mano contra su trasero, grande y cálida. Le acarició una nalga apretando con suavidad, notando su turgencia.

De pronto y sin avisar golpeó la carne con fuerza, mientras le daba un suave tirón en el pelo.

—Joder… —jadeó ella, mientras contraía los músculos de su sexo.

—¿Desagradable?

Ella negó con la cabeza, al menos lo que él le permitió, sujetando su coleta. La mano de Red se desplazó hasta meterse entre sus muslos y acariciar toda la humedad que el deseo había generado.

Le introdujo un dedo y después otro.

—¿Lo quieres más dulce, o…? —Red esperó a que ella supiera lo que quería decir. Deseaba montarla. Salvaje y duro. La había deseado tanto durante esos años, y sí, deseaba hacerle el amor con clama, devorar cada parte de su cuerpo, con los dientes y la lengua. Pero sería un mentiroso si no admitiera que lo que más le apetecía era demostrarle su deseo, cuanto placer podía darle si ella se lo permitía.

—Oh, Red… yo…

—¿Sí? —Volvió a introducir los dos dedos y cuando Jane lo miró por encima de su

hombro, se quedó quieto, esperando sus órdenes.

Mierda, al final era ella quien tenía todo el control.

—Dime lo que quieres que te haga.

Jane jadeó cuando él apartó la mano y se restregó de nuevo contra su hendidura. Si miembro estaba tan duro. ¡Oh! Le encantaba sentirlo ahí, clavándose hasta el fondo, quitándole el aliento.

—Jane… —la apremió.

No era capaz de elegir.

—No sé… —ronroneó.

Con un gruñido de frustración, Red se inclinó hacia delante y empezó a darle largos y húmedos besos por la espalda, mientras sus caderas se posicionaban para que notara su deseo.

—Jane… —La mano que sujetaba su cabello había descendido hasta envolverle la garganta mientras él empezó lentamente a restregarse contra ella.

—Me gusta —confesó—. Me gusta de todas las formas que se te ocurran.

No quería pensar en lo poco activa que había estado durante los últimos… no meses, años. Así que borró cualquier frustración de su mente, y se concentró en el roce de su miembro calentando la piel de sus muslos y mojándose entre ellos. Red había disparado todas sus endorfinas. Le acababa de preguntar como lo quería, y ella no sabía qué responder.

—Bien, probemos un par de ellas —dijo con una voz grave y sensual.

—Como desees —contestó, ronroneando cuando las manos de él le apretaron el trasero y empezaron a acariciarle las nalgas.

—Bien, dime si algo no te gusta.

Antes de que ella pudiera contestar, notó la mano de Red en su espalda y la empujó de nuevo hacia el colchón. Cayó sobre las sábanas y lo miró con la cabeza ladeada, mientras por el rabillo del ojo veía como se cernía sobre ella.

Le mordió con suavidad la oreja, y pudo notar de nuevo la calidez de su piel, rozando la suya.

—Ahora abre las piernas —le ordenó.

Jane entrecortó la respiración cuando sintió un fogonazo de deseo. Un latigazo que la recorrió por entero.

Intentó obedecer, arrastrando las piernas sobre la suavidad de la sábana, pero él la apremió.

—Ábrete más —le dio un beso largo y húmedo en la nuca antes de continuar hablando—. Déjame entrar.

¡Oh, Señor! Se había mojado por completo con esa voz.

—Red…

—Y si lo quieres más duro —dijo, mordiéndole de nuevo el cuello y tirando suavemente de su cabello—, solo tienes que ponerte de rodillas.

Lo sintió elevarse, y una de sus manos se desplazó por su espalda, hasta acariciar el contorno de sus pechos y más abajo hasta la cintura y su cadera. Fue entonces cuando notó como se abría paso hacia su interior, aún a horcajadas sobre ella, empujando con suavidad para después retirarse.

Era una dulce agonía. Notó toda la carne perforándola, entrando en ella y llenándola como solo él sabía hacerlo.

—Red —gimió—. Mmm… Más.

Notó que él sonreía a su espalda y movía las caderas un poco más rápido, no penetrándola, sino acariciando su hendidura.

Ella alzó ligeramente el trasero y cuando Red la penetró con una súbita estocada, lo hizo por completo. Y así, empezó el baile. Se movió hacia delante, una y otra vez, con una cadencia hermosa, haciéndola gemir mientras se estremecía de placer. Pero Jane, necesitaba más. Y algo le decía que Red también.

Ambos necesitaban más. Entraba, deslizándose con lentitud, mientras su boca besaba el nacimiento de su espalda. Luego se retiraba, despacio, y volvía a entrar.

Jane jadeó cuando de vez en cuando variaba el ritmo y la penetraba con dureza.

Sí, quizás eso le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Puso ambas manos sobre el colchón y ladeó ligeramente la cabeza para mirarle sobre el hombro. Quería abrirse más y Red se apartó, dejando que ella apoyara las rodillas sobre la cama. Abrió la boca excitado, viendo como su sexo se abría para él.

—Dios mío, eres una belleza. —Su mano acarició su trasero, mientras su miembro lubricaba la entrada. La hizo gritar antes de empujar con fuerza y volver a meterse en su interior —. Ah, Jane. ¿Así? —La penetró con fiereza y se mordió el labio inferior.

Jane arqueó la espalda y alzó aún más el trasero, para recibirlo mejor y más adentro, a cada punto más abierta para él.

No hubo más palabras así que empezó a marcar el ritmo que su deseo les exigía. Sus cuerpos chocaban el uno con el otro, presos de un intenso placer que se iba acrecentando. Red no había estado más excitado en la vida. Las llenas nalgas de Jane engullían su miembro, una y otra vez, al tiempo que temblaban con cada acometida.

Ya no le agarraba su hermoso cabello y los bucles caían sueltos por su espalda. Se agitaban con cada penetración. Red la acarició, haciendo que aquella masa de color chocolate se deslizara por el hombro izquierdo.

—Eres… una visión. ¡Dios!

Sus pechos también se agitaban. Sin detenerse, la asió por la cintura y la instó a incorporarse, necesitaba pegar su cuerpo al suyo, tener el máximo contacto posible.

Ella quedó de rodillas, pegada a su espalda mientras sentía como las manos de Red le acariciaban el vientre y subían hacia esos montículos que temblaban por la fuerza con que la mecía. Finalmente, con una mano Red sopesó uno de sus pechos, mientras con la otra mano sostenía su cadera y la acompañaba hacia él.

—¡Oh, sí! —gritó Jane, cuando le pellizcó el duro pezón don el índice y el pulgar.

—Dios, Jane —jadeó Red entrando en ella cada vez más rápido—. Oh, nena. No sabes el placer que me das.

Ella se pegaba más contra él, hasta que tuvo que doblar las rodillas. Entonces, Jane sintió

que tenía el control. Fue ella quien empezó a mover el trasero, de arriba abajo y él… empezó a jadear con rapidez. La agarró por las caderas para intentar recuperar el control y el ritmo, pero le fue imposible. Su mirada estaba centrada en aquel lugar cálido y húmedo donde se juntaban sus cuerpos. Y siguió clavándose en ella, con la diferencia que ahora era Jane la que le decía que duro y rápido lo quería.

—Oh, vas a matarme.

—Métemela más fuerte —le instó mientras ponía las palmas de sus manos sobre las de Red—. Sigue.

Por supuesto. No iba a parar… Si por él fuera no pararía nunca.

Red se mordió el labio para no gritar. Sus manos volvieron a acariciar su espalda, y fue bajando por los costados hasta acariciar de nuevo sus caderas. Entonces se abrió camino con la mano derecha hacia su apertura. Con los dedos abrió sus húmedos labios y presionó sobre su punto de placer.

—¡Ah! —Jane se dobló sobre sí y apoyó una mano en el colchón incapaz de contener su deseo por más tiempo.

Pudo sentir la descarga de Jane cuando se corrió. Su clítoris endurecido, pulsó, al tiempo que ella soltaba un hondo grito. Notó como su sexo se contraía, como se estrechaba sobre su miembro, con suaves y gozosos espasmos.

—Dioses, Jane. Que bien se siente esto.

Fue entonces cuando Red se precipitó de nuevo contra ella. Las estocadas ganaban fuerza mientras los gritos de ambos se perdían por la habitación.

—Ponte en cuatro —gimió él—, ábrete más para mí. Deja… deja que me corra…

Como si lo hubiera invocado, el orgasmo fue devastador. Gruño clavándose hasta el fondo, dejando salir toda su simiente, llenándola con su esencia que salía propulsada a cada espasmo.

—Oh, Red —gimió Jane derrumbándose en la cama.

Vio como se dejaba caer y su miembro salía de ella. Se quedó de rodillas, resollando al

tiempo que el cuerpo de su amada parecía vibrar.

—Mírame —le dijo Red con dulzura, y Jane sonrió apartándose el cabello de la cara.

Se tumbó boca arriba mientras veía como él se agarraba el miembro para dar sus últimas sacudidas. Jane quedó tendida sobre el colchón, jadeando. Abrió las piernas cuando entendió que seguía teniéndola dura.

—Eres preciosa —dijo Red—. Déjame mirarte a los ojos mientras termino.

Ella le sonrió, al menos hasta que él se abrió paso de nuevo hacia su cálido interior. ¿Cómo era posible que le hiciera perder la cabeza de ese modo? Se arqueó exigiendo más.

Estaba tan caliente que quemaba, su humedad bien podría haberse comparado con la lava de un volcán en erupción.

Empezó a moverse suavemente, ondeando las caderas para darle el máximo placer posible. Él estaba tan duro que sabía que explotaría de un momento a otro. Acunó su rostro con las manos y la besó. Lamió sus labios, jugó con su lengua, y ella alzó las rodillas y abrió aún más las piernas.

—Oh, Red… ¡Sigue! ¡No pares! Creo… yo, voy a correrme… de nuevo.

Y tuvo razón. Otro inesperado orgasmo la sobrevino. Cuando Red notó de nuevo la presión sobre su miembro, no pudo hacer más que dejarse llevar.

La miró a los ojos, y ella le devolvió la mirada mientras se retorcía sobre el colchón. Se arqueó mostrando sus pechos perfectos y él la contempló como lo que era, la mujer más hermosa del mundo. Al menos pare él. Al menos para el hombre que llevaba años enamorado como un idiota.

—Te… deseo —¡Cobarde!

Lo que en realidad quería decirle era lo mucho que la amaba. Pero no pudo, no cuando sabía que aún no había llegado el momento, cuando pensaba que, si la asustaba, ella se alejaría y jamás volvería a él.

—Y yo a ti —le dijo ella alargando los brazos para atraerlo hacia ella en un abrazo, en el cual los dos se fundieron.

Abrazados, y aún unidos, siguieron besándose, acariciándose… cada vez con más dulzura hasta que el sueño les venció.

***

A la mañana siguiente, Red despertó entre los brazos de Jane. Todo un sueño hecho realidad.

Estaban en la cama, seguían en la habitación del hotel, y a través de las livianas cortinas el sol de la mañana entraba a despertarles. Jane no abrió los ojos y siguió dormitando durante un rato, el tiempo que Red dedicó a comérsela con la mirada.

La cabeza de Jane descansaba sobre la almohada, muy cerca de él, con los cabellos totalmente desparramados. La mano derecha seguía apoyada sobre su pecho y las esbeltas piernas descansaban entre las suyas.

Red miró más de cerca ese bello rostro y con él pulgar le acarició el labio inferior. ¿Se había sobrepasado con sus besos? Tenía los labios hinchados y el rostro algo enrojecido, seguramente por la incipiente barba. Con el dedo corazón le apartó un mechón del rostro, y justo en ese momento, antes de que Red pudiera tocarla, ella abrió los párpados para descubrir sus hermosos ojos azules.

La primera reacción de Jane fue dibujar una bonita sonrisa. Instantes después, al comprender dónde y por qué estaba, desnuda y en la misma cama que su jefe, se puso colorada.

—Bu… buenos días —musitó, tapándose media cara, tímida, con la sábana de seda.

Red soltó una carcajada al tiempo que tiraba de ella para descubrir su rostro, y más convenientemente sus labios, los que besó con ligereza.

—Buenos días, princesa.

El beso encendió a Jane, pero el contacto duró apenas dos segundos. Luego se dedicó a mirarla con los ojos rebosantes de amor y ella tragó saliva.

¡Peligro! De repente, la alarma resonó en su cabeza.

—Esto… —empezó a decir Jane—. Debería ir al baño —rio, como una tonta—. ¡Me hago pis!

Se envolvió con la sábana, como un gusano de seda dejando que Red se tapara una de las mejores partes de él con un almohadón.

—Lo siento —se disculpó mientras trotaba al baño. Una vez allí, se miró al espejo y su reflejo le vino a preguntar se había cometido otro error.

Tal vez no. Pues su rostro radiante, no parecía el de una mujer que tuviera algo de lo que avergonzarse.

# Capítulo 28

El día había amanecido soleado. Desde la terraza del comedor, donde en esos momentos se servía el desayuno, podían verse las aguas del rio que atravesaba Boston, salpicadas de pequeños destellos. Jane mantenía la vista perdida en el puerto deportivo, donde al menos unas diez piraguas entrenaban para la próxima competición.

Suspiró, mientras tomaba un sorbo de su café.

—Jane —empezó a decir Red. Pero cuando ella fijó su mirada en él, de pronto calló.

Lo que habían compartido en la habitación había sido… hermoso, como la primera vez. Pero su corazón sufriría si al final su relación volvía a quedar en el aire. Red había decidido que lucharía por Jane. No se daría por vencido. Sin embargo, ¿cómo podía hablar del asunto sin parecer un idiota?

—¿Sí? —Ella había apartado la vista del gran ventanal y en estos momentos centraba toda su atención en él. Al ver que no hablaba, asintió, animándolo a continuar.

—Me lo pasé bien anoche —confesó Red, mirando su boca.

Era un espectáculo verla comer, tomar su café, la forma en que se lamía el labio superior después de dar un sorbo a la taza espumosa.

—Y yo…

Siguieron tomando el desayuno en silencio. La incomodidad estaba presente, y una de las causas era que ella no quería seguir con eso, porque no deseaba cambiar nada de su relación. Red era… no lo calificaría como su mejor amigo, pero… su alma gemela. Era un poco fuerte. Pero… su persona favorita, esa en que puedes confiar ciegamente y sabes que estará ahí para tenderte la mano.

—Nos llevamos bien, ¿no? —le dijo, queriendo saber si entre ellos todo estaban bien.

Red lo malinterpretó.

—¿En la cama?

Eso hizo que ambos soltaran una risita nerviosa.

—Sí, esto también —reconoció Jane—. Pero me refería a fuera de ella.

A Red se le aceleró el corazón, quizás eso significaba que se había pensado su relación, ¿tenía alguna posibilidad de estar con ella en un sentido más amplio? ¿tener una relación seria?

Quizás si le pedía que lo intentaran por fin, ella no lo rechazaría de plano.

—Podríamos ser amigos —le dijo ella, sonriendo.

—¿Amigos?

—Con derecho.

—Ah… —respondió, desconcertado.

Él parpadeó, procesando esas palabras.

—Olvídalo —las mejillas de Jane se tiñeron de un intenso color rojo—. Perdóname, ha sonado fatal.

—Bueno, no sé si te estoy entendiendo.

El color subió de intensidad.

—Ya, bueno… amigos, amantes —dijo finalmente y Red dejó los cubiertos en el plato con un ruido demasiado fuerte como para no llamar la atención de los comensales de las mesas vecinas. Ella parpadeó confusa, malinterpretando su reacción—. Bueno, olvídalo, yo… lo siento. Entiendo que no quieras…

—Sí quiero —respondió, en un tono más elevado del que pretendía.

¡Vaya! Se había hecho oír como si fuera una respuesta a una petición de matrimonio. Pero ¿qué esperaba? Que la mujer que había deseado durante años le pidiera ser su amante… No iba a pensárselo dos veces.

—¿De veras?

—Jane… —Tomó un poco de agua, consciente de lo seca que tenía la boca y después habló con sinceridad—. Yo quisiera…

—Antes de que digas nada —se animó a hablar Jane—. Yo estoy saliendo de una relación que ha sido muy larga, con el padre de mis hijos…

Al ver la cara de Red, ella paró de hablar.

—¿Qué ocurre?

¿Debía decirlo? Tragó saliva y se animó a hacerlo.

—Os vi —dijo en voz queda. Pero se apresuró a añadir—: Y no te juzgo.

—¿Cómo que nos viste?

Él se lo pensó antes de hablar, pero mejor sería aclarar las cosas.

—Me acerqué a tu casa —Eso era cierto, pero no le diría que había ido hasta allí para quedar como un imbécil, con un ramo de flores en la mano—. Te vi besando a George y me di media vuelta.

—¡No pasó nada! —se alteró—. Te lo juro.

—No me debes ninguna explicación.

—Pero me gustaría dártela. —Ella vaciló. ¡Menudo embrollo! — No pienses que fue consentido. Él vino después de que su novia lo plantara. Supongo que se dio cuenta que era un machista de cuidado, y me trajo flores, y cuando me despisté, me besó. Pero no le correspondí. Simplemente, no pude zafarme de él —alzó el dedo índice para dejárselo bien claro.

Red parpadeó.

Si era sincero, había visto a George acercarse a ella, e inclinarse para besarla, pero solo vio medio segundo. No pensaba quedarse ahí para ver como un gilipollas besaba a la mujer de la que estaba enamorado.

—No ha pasado nada, ni pasará. Te lo juro. Estoy en pleno divorcio.

—Te creo.

Ella sonrió aliviada.

—Sí, Red —dijo, algo más triste—. Estoy en pleno divorcio y me da que no será amistoso. Lo que quiero decir —prosiguió, algo agobiada—, es que necesito que esto, si hay algo… entre tú y yo, sea sencillo y que fluya de forma natural.

Red deslizó la mano por encima de la mesa y entrelazó los dedos con los de ella. Un gesto dulce e íntimo.

—Jane, si necesitas tiempo…

Ella negó con la cabeza.

—Quiero acostarme contigo, es divertido y… —sensual, una puta maravilla. Carraspeó —. En fin, como he dicho antes, nos llevamos muy bien en la cama, pero no quiero una relación. Ahora mismo, no. Sería complicado, los niños… Violet…

—Entiendo. —Entendía que si quería algo con ella tendría que ser únicamente físico—. Pero no quiero dejar de verte en la oficina. No es una cosa o la otra, ¿no es así?

—¡No! ¡No! —respondió ella, azorada—. Por Dios, no vas a despedirme, ¿verdad?

—¿Estás de broma? —Red no daba crédito—. Si apenas sé atarme los zapatos sin ti.

Ella le sonrió con afecto.

—Es que la nueva secretaria…

Red apretó la mano que tenía entrelazada con la suya. La miró a los ojos, con tal intensidad, que todo el cuerpo de Jane tembló, desde la cabeza a los pies.

—Jane —empezó a decir—, te juro que es para ayudarte a que estés menos ocupada y puedas centrarte en tu familia.

—Ya, pero…

Red vio como los ojos se le ponían brillantes y se inclinó hacia delante para bajar el tono.

—Te juro que ni se me ha pasado por la cabeza substituirte, en nada.

*En nada, porque mi corazón siempre será tuyo.*

Jane se dio cuenta de que era totalmente sincero.

—Para mí eres imprescindible. Solo quiero que los trabajos más mecánicos los haga otra persona. Y creo que ella cumple bien esa función ¿no?

Jane se encogió de hombros sin sonreír, no podía fingir que le gustaba ese acuerdo.

—Está bajo tu mando. —La miró con fijeza y sacudió su mano para hacerla reaccionar.

Sintió un profundo alivio cuando forzó una sonrisa.

—Te creo.

—Créelo porque te lo digo de verdad, eres insustituible. Me haces falta.

Se miraron con tanta intensidad que Jane bien podría haberse echado a llorar sin control. Pero solamente le agradeció sus palabras y retiró la mano. Pero Red no terminó su discurso ahí.

—Fuera del trabajo, entiendo que no soy nadie para exigirte nada.

Ella alzó la cabeza de golpe.

—Como mínimo eres mi amigo —le cortó ella.

Red asintió, aunque por supuesto él hubiera deseado ser algo más.

—Sí, y quiero seguir siéndolo —aseguró—. Esto no va a afectar a nuestras vidas. Seguiremos como hasta ahora…

—Pero acostándonos —se echó a reír, Jane.

Red suspiró aliviado.

—Eres mi mejor amiga y te deseo.

*Te deseo tanto que has convertido mi cuerpo en un esclavo de tu amor.*

No pudo decirle eso con palabras, pero sí se lo dijo, sin querer, con la mirada.

Jane sonrió al ser consciente de todo lo que habían estado haciendo la noche anterior.

—Bien, creo que es evidente que yo también te deseo.

Red habría deseado con todo su corazón, que ella le hubiese dicho otra cosa. Pero como se suele decir: Más vale pájaro en mano…

—¿Entonces… quieres ser mi amante?

—¿En exclusiva?

—Dios, espero que sí —dijo Red, como si acabaran de dispararle—. Bueno, si aún no tienes claro lo de tu marido…

—El divorcio es definitivo —le aseguro Jane, convencida. De solo pensar en volver con George le entraba urticaria—. Me refería a que si quieres seguir viendo a otras mujeres…

*¿Qué otras mujeres?* Red intentó no poner los ojos en blanco. Como si pudiera haber otra aparte de ella.

—No quiero —le sonrió con ternura—. Además, ya sabes cuan vacía está mi agenda de estrellitas.

*Y si encima nos acostamos… Jamás podría mirar con los ojos del deseo a ninguna otra mujer.*

Pero eso era algo que Jane no entendía. Él era todo lo que una mujer podría desear en un hombre. Nunca había pensado en Red para mantener una relación seria. No porque no lo deseara más que a nada en el mundo, sino porque él… era demasiado bueno, guapo, demasiado exitoso ¡Perfecto! Sin embargo, ella…

Suspiró.

Él la miró con el ceño fruncido. De repente, se había puesto seria. Ojalá no se echara para atrás… ojalá dijera que sí. Ojalá…

—Entonces… ¿Trato hecho? —se sorprendió a sí mismo con un tono desesperado.

Ella de repente se echó a reír.

—No tendremos que firmar ningún contrato, ¿verdad? —era una broma, pero en su fuero interno temía que él sí se lo tomara como un simple juego.

No lo era para ella.

Simplemente, pensaba que ser amantes era lo único que podía esperar de él. Por Dios, ¿Red McTavish, enamorado de alguien tan insignificante como Jane Summers, madre de tres hijos, que había perdido media vida en una relación en la que cada dos meses su marido tenía una aventura con otra mujer? ¿A quién quería engañar? Desde luego, no a sí misma.

Sin embargo, Los ojos de Red parecían decir todo lo contrario. Parecían decir que no había nadie más que ella en su perspectiva. Tal vez fuera un espejismo, pero… ¿y si no?

—Ninguno —aseguró Red, interrumpiendo sus pensamientos pesimistas—. Aunque, si no tienes que ir a buscar a los niños hasta las cinco —arrastró las palabras y a ella se le aceleró el pulso—. Podríamos regresar a la habitación y cerrar el trato.

—Me parece una idea estupenda.

—¿Qué podría salir mal?

Demasiadas cosas, pero los dos lo pasarían por alto.

***

El día había sido perfecto, y al despedirse para sorpresa de ambos, nada fue raro.

El lunes se reunieron en el despacho y aunque habían decidido ser profesionales, las miradas que se habían lanzado para desearse buenos días, podrían haber prendido fuego al acero. Al día siguiente, y tres semanas después, Red podía considerarse el hombre más feliz del mundo y necesitaba compartirlo con alguien.

Era bien entrada la mañana cuando Red envió un correo electrónico a su hermana Phiona, contándole por encima que quizás tuviera alguna posibilidad que la relación física que había iniciado con Jane, se transformara en algo más con el tiempo.

Una hora después, el teléfono de su despacho sonó, apareciendo en la pantalla el nombre de su hermana.

—¿Te la estás tirando? —Cuando Red descolgó, el gritó Phiona podría haberle perforado el tímpano. Red tuvo que quitarse el aparato de la oreja para no quedarse sordo.

—De veras que no sé por qué te cuento nada —le dijo Red mientras se reclinaba en la silla de su despacho—. Y no me gusta que hablemos de ella en esos términos tan vulgares, como tirármela o follar.

—Uuuh, ya salió el caballero de los McTavish con su tono cursi y lastimero —se burló —. Pero dime ¿Cuánto hace?

—Tres semanas.

Sí, habían pasado tres semanas desde que se acostaron en el hotel y decidieron dar un nuevo enfoque a su relación personal. Y sí, la relación había dado un pequeño paso hacia la felicidad más absoluta. Ahora eran “amantes”. Y eso era bueno. Sentía que los días eran más

luminosos, incluso cuando caía un agua torrencial. Todo porque estaba con Jane, y verla sonreír… uff. Sí, estaba bien jodido.

Jodido, porque no podía decir que no viviera en una nube, pero si era sincero consigo mismo, sentía… que quería más.

El sexo con Jane era… lo que siempre había soñado. Pero lo que realmente quería Red era no tener que dejar una aséptica habitación de hotel, sino llevarla a su casa, o ir él a la suya. Ver una peli, besarse hasta que la cosa subiera de nivel. Ir a cenar, cogerla de la mano sin preocuparse de que alguien pudiera verlos y tener que dar explicaciones. Es más, quería pasear con ella del brazo y que todos supieran que era su pareja.

Sí, quería ser su pareja formal. ¿Había algo de malo en ello? Seguro que no, pero… ese sueño parecía tan lejano.

—¿Y…? —Phiona se dio cuenta de que había gato encerrado y preguntó con cierta cautela—: ¿Es oficial?

—No, todo informal. Hemos decidido que solo es diversión.

Phiona se escuchó entusiasmada, pero lo conocía demasiado bien como para no saber que él habría esperado un amor de película, con flores y un anillo

—Me alegro por ti, hermanito. Y dime, ¿te diviertes mucho?

Lejos de esquivar la pregunta, respondió sincero.

—Cada miércoles —le confesó—, y el fin de semana que los niños están con su padre.

—¿Y la invitas a cenar, o vas a saco en plan salvaje?

—¡Phiona!

—¿Qué? —esta vez quién utilizó un tono lastimoso fue ella—. No tengo vida sexual, alégrame el día.

Red dibujó una sonrisa en sus labios, al recordar sus encuentros con Jane.

—Vamos a un hotel y la primera vez cenamos, y la otra no.

—¿Y hoy? —preguntó, porque era miércoles.

—No creo que tengamos hambre de comida.

—¿Y has pensado prepararle alguna vez algo romántico?

Red dudó, pero sabía esa respuesta.

—No puedo. Cenamos en el hotel, porque… supongo que la gente come, pero pactamos que nos lo tomaríamos… con calma. O más que con calma… —hizo una breve pausa—. En fin, que solo seríamos amantes.

—Los amantes comen y se hacen regalos.

—Déjalo Phiona —dijo Red con cansancio y lástima a partes iguales—. Hemos dicho que haríamos lo imposible para no enamorarnos.

Se escuchó una carcajada seca desde el otro lado del teléfono.

—¡Pero si tú ya lo estás!

Red suspiró.

—Pero ella no lo sabe.

—Pues debería saberlo. Quien sabe, quizás también te confiese lo que siente por ti.

No sabía que sentía Jane exactamente por él, pero le gustó que su hermana siguiera preocupándose por él, a pesar de ser la pequeña.

—Gracias por tu apoyo. Pero, tengo que colgar.

—¡Ya me contarás que tal la no cena! —Escuchó que le gritaba antes de que él colgara el teléfono.

Sí, ya le contaría.

Estaba irremediablemente enamorado de una mujer que, pensaba, no le correspondía. Y no podía haber nada peor que eso para su corazón.

# Capítulo 29

Las cosas, por extraño que le hubiese podido parecer a Red en un principio, se fueron normalizando mientras transcurrían las semanas. Y si no fuera por el enorme esfuerzo que ambos hacían en ser discretos con amigos, familiares y, por supuesto, en el trabajo, podría decirse que la relación, o lo que fuese que tuvieran, iba viento en popa.

Jane estaba espléndida. No sólo le había cambiado la cara, también el humor. Siempre sonreía, se la veía feliz. Incluso había cambiado su manera de vestir tanto en la oficina como en casa. Ya no dudaba en pintarse los labios de rojo, o escoger para las reuniones unos tacones un poco más altos, sin perder el decoro que exigía un puesto como el suyo, por supuesto.

Pero sí, se veía más guapa y sobre todo feliz.

Red la hacía feliz, y eso era algo en que apenas se permitía pensar. Solo era algo informal, no debía caer en la trampa de pensar que al final podrían tener algo más.

Él la hacía sentirse más segura de sí misma y con sólo el caminar, era evidente que había ganado en autoestima. Siempre con la cabeza en alto y una radiante sonrisa en los labios.

A su manera, Red se sentía a gusto con la relación. Y su corazón, por el momento estaba en calma. Pero no iba a negarse a sí mismo que necesitaba avanzar. Quería más de Jane, no únicamente una noche a la semana y dos fines de semana al mes, que eran los que a los niños les tocaba estar con su padre. Red seguía soñando con despertar junto a Jane, cada uno de los días que le quedaran de vida.

Sin embargo, Jane tenía cada vez más problemas con George. Su todavía esposo, no estaba dispuesto a firmar los papeles del divorcio, y Red sabía que ella, en estos momentos, se estaba preparando mentalmente para una guerra en la que necesitaría de todas sus fuerzas. Red sentía que era una distracción y decidió no agobiarla y ser también un apoyo emocional.

Aceptaba sin más, tal y como ella le había pedido, que las cosas fluyeran con naturalidad, sin presiones.

Era viernes por la tarde y ese fin de semana los niños estaban con Jane, lo que significaba que no volvería a verla hasta el lunes. George los había recogido del colegio y la había llamado después para decirle que se los llevaría a cenar y después se los acercaría a casa. Así que… puede que tuvieran un par de horas más…

Salió de su despacho y vio a Jane recoger sus cosas. El corazón de Red brincó. Le lanzó una mirada cómplice.

Ambos sabían que, en cuanto su nueva ayudante se marchara, se quedarían a solas, pues la oficina había empezado a vaciarse.

Quedarse solos y tontear, era algo que llevaban todo el día deseando.

Y eso fue lo que sucedió, minutos después.

—Ya he terminado —dijo la muchacha, despidiéndose.

—Hasta el lunes, Mary —respondió Red, que fingía leer unos informes.

—Adiós, señor McTavish.

Jane no pasó por alto la forma en que Mary lo miró. Es más, desde que llevaba trabajando en esa empresa, había podido notar cómo esa chica intentaba coquetear con Red, sin éxito. Entendía que era un hombre terriblemente guapo y que por donde pasara las jovencitas cayeran rendidas a sus pies. Pero lo que últimamente hacía esa chica era… a su modo de ver, muy inadecuado.

Ajeno a todo, Red se asomó a la puerta y miró distraídamente a Mary. Cuando la vio acercarse a la zona de ascensores, cerró la carpeta y miró a Jane con picardía.

Ella no pudo evitar soltar una carcajada mientras recogía sus pertenencias esparcidas por el escritorio de su despacho.

—¿Señorita Summers? —Al escuchar su fingido tono formal, no pudo evitar seguir riendo—. ¿Puede venir a mi despacho? Hay unos informes…

—Por supuesto —respondió, sin dejar que terminara de hablar.

Fue ella quien cerró la puerta con llave, para después apoyarse en las puertas reforzadas de madera.

—Tenemos una hora.

Miró a Red que la miraba entre sorprendido y excitado.

—¿Vamos a…?

Ella asintió.

—Es lo que estabas deseando hacer —le dijo sin deje alguno de vergüenza—, llevas días intentando pillarme a solas.

Él sonrió al ver que lo había cazado con esos pensamientos impuros.

—Y ha sido condenadamente difícil. Así que aprovechemos estas dos horas.

—Una —lo corrigió ella—, debo ir a comprar un par de cosas.

—Eso puedes hacerlo mañana —debatió él, acariciando su cuerpo con la mirada.

Jane se lamió el labio superior y después se lo mordió para ahogar un suspiro.

Desde el miércoles no había tenido tiempo a solas con Red. Ciertamente, estaba desesperada, al igual que él.

Se acercó al escritorio, contorneando a propósito las caderas y él empujó su silla hacia atrás, para dejarle espacio y que se sentara sobre él.

Eso hizo Jane, se acomodó sobre sus rodillas, giró medio cuerpo y rodeó su cuello con los brazos. La nariz de Red se hundió en la sensible piel bajo la oreja y aspiró su aroma.

—Oh… estaba deseando que Mary se fuera de una vez por todas —dijo, besándolo en la frente mientras él acariciaba su cintura.

—Yo también, joder —jadeó él.

Podía notar su trasero, justo encima de su miembro, ya envarado y duro, como una piedra.

—Vas a matarme. —Red metió la mano entre sus muslos y subió hasta encontrar la ropa interior satinada—. ¿Te has puesto esto para mí?

Ella asintió.

—Son terriblemente incómodas, —se burló— ¿podrías quitármelas?

—Por supuesto.

Red se apoderó de su boca mientras ella se acomodaba en su regazo. Abrió más las piernas para que pudiera acariciarla ahí, justo donde lo deseaba. Gimió entre beso y beso cuando los dedos de él hicieron su magia a través del encaje negro de sus bragas. Ella no se quedó atrás, disfrutaba de su boca y su lengua mientras su trasero iba frotándose contra su miembro.

—Vas a matarme —gimió él.

Totalmente excitada jadeó al tiempo que le era imposible quitar la sonrisa de sus labios.

Red no lo aguantó más. La agarró por la cintura y ella soltó un pequeño chillido mezclado con una risa, cuando él la alzó y la colocó sobre su escritorio, no sin antes barrerlo con su brazo, hasta que todas sus cosas, carpetas y demás, quedaron esparcidas por el suelo.

—Muy bonito, Señor McTavish —se burló Jane, mirándolo con deseo—, suerte que no estaba el ordenador.

—Tu culo tiene preferencia en esta mesa.

—Pero qué romántico —le rodeó el cuello con los brazos y se inclinó hacia él hasta que la punta de su nariz, rozó la de él.

—¿Sobre qué más tengo preferencia?

Red le agarró la mano y se la puso sobre su miembro, que duro y palpitante seguía dentro de sus pantalones.

—Sobre esto —le dio un sonoro beso en los labios para después apartarse y mirarla a los ojos—, y sobre todo lo que desees y yo pueda darte.

—Red…

Le encantaba ver la mirada cargada de deseo de ese hombre. Porque la deseaba, Jane no tenía la menor duda.

Red no estaba de broma. Sin dejar de mirarla con pasión, empezó a subirle la falda de tubo. Poco a poco, con suavidad y erotismo, sus manos fueron descubriendo las preciosas y suaves piernas de Jane.

—Hoy no llevas medias —ronroneó, cuando a fin sus manos llegaron a sus bragas de encaje negro.

—Ya hace mucho calor —respondió ella, jadeando, cuando Red trazó una línea sobre su vulva, aún con la fina tela a modo de barrera.

—Y que lo digas —respondió él, tirando de uno de los lados, para abrirse camino hacia su lubricada y caliente apertura.

—Dime, Jane… —se inclinó sobre ella besándole su largo cuello mientras ella intentaba no soltar sonidos guturales.

—Mmmm… ¿Sí?

—¿Quieres que te folle sobre el escritorio?

—Sí —se agarró a él con brazos y piernas cuando le introdujo un dedo en la vagina—. Por favor.

Se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos y terminó apoyando los codos en el enorme escritorio de caoba, mientras él le quitaba las bragas. Se las guardó en el bolsillo y eso hizo reír a Jane.

—No sabía de ese fetiche.

Sin dejar de mirarla a los ojos volvió a acariciarla ahí y a dejarla sin palabras. Ella no apartó la vista. Red le introdujo un dedo y luego otro. Jane gimió y sus preciosos labios se entreabrieron para expulsar un gemido, digno de una gata en celo.

—Oh, Dios —jadeó. Esta vez sí, echando la cabeza hacia atrás.

Cuando lo vio sentarse en su silla, debió imaginar lo que vendría a continuación.

Red pellizcó su clítoris, metió y sacó los dos dedos y después…

Fue su suave lengua la que tomó el relevo.

—¡Oh! ¡Red! Joder… —Jane se retorcía de placer, moviendo las caderas, buscando el contacto con esa lengua y esos labios que la succionaban y lamían. Metió los dedos en sus espesos cabellos y lo mantuvo ahí mientras hacía ese exquisito trabajo—. Mmmm… Red, los dedos… —gimió volviéndose loca—. Ya sabes cómo me gusta… ¡Ah!

Red los curvó hacia arriba, acariciando esa zona tan sensible, donde estaba seguro nadie más le había tocado. Hizo presión y ella se retorció con más fuerza mientras su lengua lamía sin complejos la humedad que él mismo estaba provocando.

—¿Qué más deseas? —preguntó Red.

Le encantaba escucharla hablar mientras se la comía. Sus palabras entrecortadas, esos ruiditos. ¡Dios! Su voz tan sexy podría hacer que se corriera.

—Yo…

—¿Sí? —la apremió él dándole otro lametón.

Alzó la cabeza y sus miradas chocaron. La expresión de Jane casi provocó que se corriera. Era tan genuina, tan… salvaje. Siguió lamiendo, y después, justo cuando empezó a notar el clítoris de Jane más y más duro, lo rodeó con los labios y empezó a succionar.

—¡Aaaah!

Llegados a este punto, Jane se volvió loca de placer.

El orgasmo que estalló en la boca de Red fue sublime y largo, muy largo. Él no paró de mover su lengua con esos movimientos rítmicos que la hacían gritar. No paró hasta que los últimos estertores le dijeron que había quedado saciada.

Cuando se puso en pie, la visión que tenía ante él era magnífica. Jane estaba medio desnuda, con la falda enredada en su cintura, y la camisa entreabierta, dejando ver el nacimiento de sus perfectos pechos. Las piernas colgaban por el borde del escritorio, mostrando sin ningún pudor su lubricado y rosado sexo. Eso fue demasiado para Red, pero se contuvo.

Sin dejar de mirarla a los ojos, empezó a desabrocharse los pantalones y bajó la cremallera. Jane abrió mucho los ojos al ver como tenía una erección completa. Se relamió y gimió cuando el enhiesto miembro quedó a la vista, rozándole el interior del muslo con su suave piel.

—Quítate la camisa. — No fue una petición, ni una orden, más bien fue una exigencia. Y Jane se mordió el labio mientras esperaba a que él la cumpliera o no.

Sin dejar de mirarla, y con una sonrisa sexy de medio lado, empezó a desabrocharse, uno

a uno, los botones de su camisa.

—Oh, sí… —Jane lo observó sin perder detalle, golosa. Gimió cuando la camisa se deslizó sobre los hombros, revelando su fornido pecho que ella tanto deseaba acariciar.

Cuando quedó desnudo, revelando su piel bronceada y aquellas crestas abdominales que tanto deseaba morder, Jane se echó hacia atrás en la mesa, apoyando el peso de su cuerpo sobre los codos.

No hicieron falta palabras para que él supiera lo que quería.

Red la cogió por las rodillas. Aún llevaba puestos sus zapatos y él admiró la belleza de sus pantorrillas, acentuada por los tacones.

—Eres tan jodidamente sexy —lo dijo Red admirando sus largas piernas.

En un rápido movimiento, la asió por las caderas y la acercó con fuerza hacia él, arrastrando su trasero desnudo por la madera reluciente. Se inclinó sobre ella y, con los dientes, le mordió la solapa de la camisa. Jane echó el cuello hacia atrás, y su preciosa melena quedó desparramada sobre la mesa.

Con las manos, viajó por sus piernas, sus muslos, hasta llegar a sus pechos.

—Déjame quitarte esto —le dijo Red, pero fue demasiado brusco y cuando intentaba quitarle la camisa se la rasgó.

Ella rio.

—Me has roto la camisa —dijo.

—No te preocupes, encontraré algo que te valga.

Le apretó los pechos con las palmas de las manos y ella volvió a gemir, olvidando la camisa con los botones que habían saltado.

Cuando sus aureolas pujaban por atravesar la tela del sujetador, Red las acarició con el pulgar, para después masajear sus preciosos pechos, aún cautivos. Jane sonrió, pícara y él entendió enseguida por qué. Ese sujetador se abría por delante.

—Bien hecho, señorita Summers —le dijo burlón al tiempo que sus dedos desabrochaban el cierre.

Cuando los liberó fácilmente, sus suntuosos pechos temblaron como flanes. Red los abarcó, uno con cada mano, y Jane no perdió el tiempo. Empezó a mover las caderas, buscando la verga de Red.

Tras abandonar uno de sus senos, guio su polla hacia la lubricada hendidura y, con una rápida estocada la empaló.

Jane gritó en ese justo instante.

Cuando Red retrocedió, ella gimió, quejumbrosa, pero de nuevo al sentirlo en toda su plenitud, volvió a soltar un hondo gemido, que esta vez Red acalló con un beso.

—Sí —le suplicó—. Más rápido.

Red la tomó por la cintura, y la abrazó contra su pecho. Mientras se besaban y usando la fuerza de la que disponía, dio un paso atrás, hasta que fue él quien se sentó sobre la mesa. Los movimientos hicieron que se clavara más adentro, inmovilizándola mientras ella intentaba no perder el equilibrio. Finalmente, a horcajadas sobre él, lo miró fascinada.

—Red —gimió fascinada. En un calculado movimiento la había penetrado hasta el fondo, dándole un placer indescriptible.

Red la besó, lamió su lengua, mordió sus labios, mientras con sus caderas iba marcando un ritmo como las olas en verano, discretas pero implacables.

Jane maniobró un poco hasta que pudo estirar las piernas hacia delante, sobre la mesa, para abrazarlo de nuevo. De esta forma, sus turgentes senos estaban a la altura de la boca de Red para que él se diera un festín.

Y eso fue lo que hizo. Mientras ella se movía, primero con lentitud, para sentirlo en todos y cada uno de los rincones de su interior, él atrapó un pezón con los dientes y tiró de él.

—¡Aaaaah!

—Oh, nena… —dijo, mientras lamía el otro—. Eres tan… Dios…, dulce.

—¡Aaaah!

Jane estaba tan excitada que tuvo que aumentar el ritmo. Empezó a ondear las caderas, montando sobre su cowboy, como si estuviera galopando sobre un potro salvaje.

Red la acompañaba, moviendo la pelvis de arriba abajo, clavándose en ella hasta lo más hondo.

—¡Aaaaah! ¡Oh!

—Sí nena —decía Red, mientras el éxtasis la recorría—, así me gusta… Oh, sí, córrete cariño. ¡Córrete!

—¡Aaaaah!

El orgasmo fue brutal. Red pudo sentir cómo lo engullía, como su sexo lo apretaba hasta volverle loco. La abrazó mientras las caderas se movían al unísono.

Cuando ella acabó se derrumbó sobre él, pero Red no había terminado. La agarró por las nalgas y se puso en pie. Con ella a horcajadas, caminó varios pasos hasta que la estampó contra la estantería de detrás. Cayeron al suelo varias carpetas, pero a ninguno de los dos le importó. Con la espalda pegada a los estantes, llenos de papeles, Jane sintió cómo las acometidas de Red se volvían más y más fuertes.

Jane puso los brazos en cruz, agarrándose a los estantes mientras notaba como con cada movimiento iba aumentando el ritmo, adentrándose más rápido en ella.

—Oh, ¡Red!

Más papeles y carpetas acabaron en el suelo. Red estaba desatado. Bombeaba con fuerza desmedida. Estaba más excitado que nunca.

Y de repente, Jane sintió su calidez, inundándola, al tiempo que notaba cómo su miembro se agitaba y se detonaba, golpeando sus húmedas paredes.

—¡Aaaaah! —Red gritó, mientras apoyaba la frente contra la de Jane. Con la boca abierta, intentando tomar bocanadas de aire, siguió dando sus últimos envites.

Al mirarla a los ojos por poco se le escapan las palabras que había retenido durante tanto tiempo.

*Te amo, joder… Te amo tanto.*

—Oh, Jane… —dijo, sin embargo.

Mientras seguía descargándose, la besó, presa del placer más indescriptible.

Cuando todo acabó, ambos se quedaron mudos, mirándose a los ojos, casi sin poder respirar, o respirando demasiado rápido. Estaban tan absortos en el placer que acababan de sentir que casi eran incapaces de entender qué acababa de suceder.

Un minuto después, Red salió de su interior y la depositó en el suelo, pero no la soltó, pues no estaba seguro de que no se le doblaran las rodillas.

Jane había perdido un tacón, y su camisa se había roto. Empezaron a reír con ganas.

—Cielos, creo que esta vez nos hemos superado —dijo Jane.

—Definitivamente —la besó con dulzura—, pero creo que aún podemos hacerlo mejor.

Ella se rio abrazándose a él sin despegar los ojos de los de Red.

—Solo tenemos que practicar.

Red asintió, consciente de que nada le gustaría más.

Diez minutos después, estaban vestidos. Él le había prestado una camiseta limpia que tenía como muda en la bolsa del gimnasio, pero las sonrisas de deleite no habían desaparecido de sus rostros.

—¿Me queda bien? —dijo, sabiendo que le quedaba enorme.

—Estás perfecta —respondió Red, mientras veía cómo se ponía la chaqueta encima.

Cuando Jane iba a sacar el móvil de su bolso para mirar la hora, él se acercó a ella y la abrazó desde atrás.

—Te recuerdo —empezó a decir lentamente, al tiempo que le besaba el cuello—, que aceptaste la invitación de venir un par de semanas al rancho, ¿te acuerdas? —Jane abrió mucho los ojos y tomó aire. Él continuó besándola—. Los niños acaban pronto el colegio y, en fin, mi madre os echa de menos.

Jane acarició el antebrazo que rodeaba sus hombros. Luego se dio la vuelta sobre sí misma y lo miró un largo rato. Tanto, que Red se puso nervioso.

—¿Qué? —instó él, al ver que ella no respondía.

Jane siguió mirándolo a los ojos, como si quisiera memorizar todos y cada uno de los centímetros de su piel. Las pequeñas arruguitas que tenía en los párpados, signos de la edad, pero que indicaban que era un hombre predispuesto a la sonrisa. ¡Y qué sonrisa! La perfecta comisura de sus labios. Su nariz, sus largas pestañas…

—¿Sabes? —empezó a decir—. Eres… maravilloso —dijo, con sinceridad—. Eres tan guapo que a veces me duelen los ojos de solo mirarte. Pero lo más importante es que siempre estás a mi lado cuando te necesito y nunca me has juzgado por muy hondo que haya metido la pata.

—Jane…

—Me encantará ir contigo al rancho y olvidarme de todo.

Eso fue un auténtico alivio para Red. Por un instante había supuesto que con lo del divorcio y George estando más tocapelotas que nunca, había una posibilidad muy real de que le dijera que no.

Pero no había sido así.

Infló el pecho, y expulsó el aire contenido con un fuerte anhelo. Nada podía hacerle más ilusión que compartir las vacaciones con Jane y los niños. Sobre todo, ahora que eran…

Amantes. Sólo amantes.

Él balbuceó algo.

—Genial.

Pero pronto, sus labios volvieron a curvarse hacia arriba y en su rostro apareció la sonrisa más hermosa que había visto nunca.

# Capítulo 30

Estaban a punto de salir del gran edificio de oficinas, cuando Jane recibió un WhatsApp en el ascensor. De pronto, su rostro cambió. Frunció ligeramente el ceño y apretó los labios hasta que le salieron pequeñas arrugas en las comisuras.

Red la conocía demasiado bien como para no haberse dado cuenta de que acababa de recibir un mensaje de George. Jane solía poner esa cara y tensar el cuerpo cuando algo no salía según lo previsto. Y ese día estaba previsto que repitieran la escena de la mesa en el jacuzzi del hotel, por lo que obviamente sus planes acababan de alterarse.

—¿Todo bien?

¡Por supuesto que no!, quiso gritarle ella, pero Red no tenía la culpa de nada.

—Es George.

*¡Bingo!* Red evitó expresar su disgusto, no quería echar más leña al fuego ni incomodar a Jane con una reacción de celos por su parte. Pero eso era exactamente lo que sentía. Unos terribles celos, porque sabía que ese hombre siempre estaría en sus vidas, pero… tenerlo tan presente no dejaba avanzar a Jane, y él quería que lo hiciera, hacia él, por supuesto.

Aún le quemaba por dentro el beso que George le dio. Seguía visualizando el beso que presenció, cuando su autoestima estaba tan baja que no veía que lo suyo con Jane pudiera salir bien.

Respiró hondo, y contó hasta tres.

—¿Por qué está aquí? —indagó.

Jane bufó, después de meter el teléfono en su bolso.

—Para variar, le ha surgido un “imprevisto” —remarcó esa palabra para dejar claro que ese imprevisto seguramente tendría tetas de silicona y labios de botox—. Dice que no puede

llevar a cenar a los niños. Y que está aquí porque ha ido a casa y no me ha encontrado.

Red apretó los labios.

—Te está controlando —dijo, sin poder evitarlo.

Ella suspiró.

—Lo sé —lo miró, nerviosa.

Red le acarició la mano.

—¿Crees que sospecha algo? —Se refería a lo de ser amantes, obviamente.

—No puede saberlo, hemos sido cuidadosos, ¿verdad?

Red pensó que le encantaría que ese imbécil supiera de su relación con Jane, pero así eran las cosas.

—Lo que sé a ciencia cierta es que viene precisamente aquí para mortificarme. Trae a los niños para que vean que soy una mala madre, porque estoy contigo, trabajando hasta tarde…

Red chasqueó la lengua.

—No hables así de ti. No eres una mala madre por tener un trabajo.

—Perdona, es que… en este mundo si tienes hijos y no te quedas en casa como una perfecta ama de casa, parece que estás haciendo algo mal —resoplando, añadió—. Es una forma de hacerme chantaje emocional.

*Y para marcar territorio*, pensó Red, pero eso no lo dijo. Habría sonado machista, pero una expresión muy de Montana y que, en este caso, era absolutamente cierta. Sintió cómo le hervía la sangre en las venas, pero se volvió a contener.

—No te preocupes —le dijo, cogiéndola de la mano y apretándosela—. Estoy contigo, siempre a tu lado para apoyarte. Y no eres una mala madre. Eres la mejor madre del mundo y tus hijos lo saben.

—No lo tengo tan claro, Red.

Él la tomó del rostro.

—Lo eres —aseguró.

Se dieron un beso antes de que las puertas del ascensor se abrieran. Luego, regresaron a

la cruda realidad. En la que tenían que fingir que únicamente eran jefe y asistenta.

Al salir del edificio, George y los niños los esperaban en la puerta, junto al aparcamiento.

Jane sonrió a los pequeños, ignorando por completo a su ex.

—¡Hola chicos! —dijo, caminando hasta ellos.

Tobbie, siempre cariñoso, se lazó a sus brazos y ella le besó en la frente intentando no caerse de sus tacones. Violet saludó a su madre sin demasiado entusiasmo y después miró a Red con el ceño fruncido al tiempo que cruzaba los brazos, como si dijera: *Ya la estás explotando de nuevo*. Por su parte, Klaus agitó su manita, pero en lugar de ir con ella, corrió hacia Red.

—¡Cowboy! ¡Yijaaaa! —gritó, dando un salto.

—¡Choca esos cinco, colega!

El enano tuvo que dar otro salto, a pesar de que el cowboy había puesto su palma más abajo para que pudiera alcanzarla. Luego le revolvió el pelo y empezó a hacerle cosquillas.

La mirada celosa de George no le pasó desapercibida, pero la ignoró.

—Hola, cariño —Jane se acercó a Violet—. ¿Qué tal te ha ido el examen de ciencias?

La joven se encogió de hombros.

—No tengo ganas de hablar contigo de eso.

—A mí me has dicho que te ha ido genial —intervino George, y su hija lo miró con una sonrisa, asintiendo.

Jane se sintió fatal por el hecho de que Violet confiara más en su padre que en ella. Se apuntó mentalmente tener una conversación seria al llegar a casa. Sin embargo, si Jane creía que sería fácil, las llevaba claras. Su hija la miró, de repente, con un brillo de rabia en los ojos.

—¿Por qué llevas una camiseta de Red?

Jane abrió la boca y la volvió a cerrar. Se miró la ropa y cayó en la cuenta de que, debajo de su chaqueta llevaba una camiseta de Los Grizzlies de Montana, el equipo de béisbol de la universidad a la que había asistido Red, que además le quedaba enorme. Él se la había dejado cuando su camisa se rompió, hacía apenas unos veinte minutos…

Jane tragó saliva e intentó una sonrisa, que le salió una mueca. Por supuesto, Violet se

dio cuenta enseguida de qué estaba pasando y sus ojos lo demostraron.

—Se me cayó el café encina, cariño —dijo, recomponiéndose—. Y Red tuvo la amabilidad de prestarme una de sus camisetas.

—Siempre llevo la mochila del gimnasio con ropa limpia —intervino él, sonriendo.

Violet se acercó más a su padre, al tiempo que miraba a Red y a su madre con cara de pocos amigos.

—Demasiadas explicaciones —dijo, y Jane abrió mucho los ojos.

—¡Violet!

Su padre intervino, haciéndose el buenazo. *¡Maldito hipócrita!* Pero Jane sabía que estaba fingiendo.

—No contestes a tu madre, Violet —el regaño fue en un tono cariñoso, por lo que su hija le sonrió y luego asintió, obediente.

Jane se sintió tremendamente humillada, pues era evidente que lo hacía a propósito para hacerla quedar como la mala.

—Y ahora —siguió diciendo George—, meteros en el coche. Quiero hablar con vuestra madre.

—Vamos niños —dijo Jane, sacando la llave del coche, para después pulsar el interruptor de encendido. Las luces de emergencia parpadearon y miró a Red con una sonrisa entre triste y avergonzada—. Hasta el lunes.

Él tragó saliva. Lo sentía por ella… lo que tenía que estar pasando era… insufrible.

—Hasta el lunes, Jane —dijo, y luego miró a los niños—. Que paséis un buen fin de semana.

Violet le echó una mirada asesina, Tobbie asintió, pensando en sus cosas, y Klaus le sacó la lengua y luego rio a carcajadas. Luego se metieron en el coche.

—Estoy cansada, George. Sea lo que sea que quieras decirme, que sea rápido.

Red los miró de reojo y dio un par de pasos hacia su propio coche que no estaba lejos de allí.

—Quiero hablar de nosotros.

—¡Acabásemos! —dijo fastidiada—. No vamos hablar de nosotros, porque el nosotros, no existe. Tú y yo hemos terminado.

Red no pudo evitar sentirse aliviado por haber escuchado esas palabras. Pero el que no parecía nada conforme era el ex de Jane que apretó los puños frustrado.

—Jane…

—Bueno, George, gracias por traer a los niños —dijo ella ignorándolo—, pero se hace tarde. Luego, Jane miró a Red y curvó los labios hacia arriba—. Que pases un buen fin de semana, Red.

Red iba a entrar en su propio coche, cuando George se acercó rápidamente a Jane.

—¡Espera! —exclamó, cerrando de un golpe seco la puerta que ella ya había abierto.

Eso no le gustó nada a Red, lo miró furioso y se quedó plantado en el sitio mirándolo con desprecio.

—¿Qué haces? —dijo ella, escandalizada.

—Tenemos que hablar —respondió George. Era evidente que estaba enfadado y la miraba con acusación.

*¿De qué coño vas?* Pensó Jane. No obstante, dijo lo siguiente:

—¿No tenías tanta prisa? —lo miró con desprecio.

—Es… —él miró la camiseta que llevaba puesta con asco—. Es increíble, Jane.

—¿El qué es increíble?

—¿Acabas de follarte a tu jefe y tienes la desfachatez de hacerte la sorprendida?

Jane abrió la boca para responder, pero George la cogió del brazo y la zarandeó.

*Oh, eso sí que no.*

Red apareció junto a ellos, como si se hubiese teletransportado.

Su mirada era de auténtica rabia contenida. Jane sintió miedo de que ambos hombres se enzarzaran en una pelea. Volvió a abrir la boca, pero su jefe se acercó un paso más.

Si el peligro pudiera cortarse con un hacha, el aire que los rodeaba habría necesitado

varios golpes para romperse en pedazos.

—Más vale que la sueltes, o te aseguro que lo vas a pasar muy mal.

—¿De verdad? —le gruñó George.

—De verdad —le aseguró Red—, uno no come muy bien sin dientes.

George se envalentonó ante la amenaza de darle una paliza, y lejos de soltar a Jane, le apretó la muñeca con más fuerza.

—¡Es mi mujer! —dijo, para dejarle claro a Red quién era el macho alfa.

—George —gimió Jane, nerviosa—. Los niños están mirando. Suéltame.

Cierto, las caritas de los niños estaban asomadas por las ventanillas del coche y los miraban con mucha atención. Por fortuna, los cristales estaban subidos y seguramente no podrían escuchar mucho.

—Suéltala, George.

Su ex ignoró a Red y miró a Jane con asco.

—Vale, lárgate ya —le dijo, soltándola con un movimiento brusco. Después, acercó la boca a su oído—. Pero que sepas que, también tus hijos, se acaban de dar cuenta de que eres una puta infiel.

Por fortuna, los niños no oyeron lo que acababa de decir su padre, pero sí Red, que apretó los dientes, mientras veía como Jane se metía en el coche temblando como una hoja.

Le lanzó una mirada a Red, y para tormento de este, Jane lo había mirado como si se sintiera culpable. Pero nada de todo aquello era culpa suya. Sabía perfectamente que no había querido montar una escena ni enfrentarse a él delante de sus hijos, pero él no era Jane. Y su coche ya se había puesto en marcha.

Una vez el Nissan volteó la esquina, Red, sin mediar palabra, dio media vuelta hacia George y con el impulso, le estampó en la boca del estómago un buen derechazo.

Sin remordimiento alguno.

George se dobló en dos, su rodilla se flexionó hasta tocar al suelo y quedarse con las manos apoyadas en el asfalto, intentando recuperar el aliento.

—Joder —gimoteó George.

—Sí, qué putada —No le daba ninguna lástima.

Cayó al suelo con respiración dificultosa.

Red se frotó el puño cerrado. Luego se puso de cuclillas a su lado para que lo viera bien, y sonrió con fingida amabilidad.

—Bueno, George —Su tono de voz no revelaba sus intenciones—. Ponte en posición fetal e intenta no ahogarte. Me encantaría romperte un par de costillas, de esas que tardan en curar, para que tuvieras un largo tiempo para reflexionar cada vez que sientas el dolor.

—Eres un hijo…

—No, no —chasqueó la lengua—. No vamos a llevarnos mal, ¿verdad? Y lo haremos si mencionas a mi madre, o vuelves a importunar a Jane.

—Maldito…

—Intenta respirar pausadamente, o te desmayarás. —Le dio unas palmaditas en el hombro mientras George gemía con la mejilla pegada al suelo—. Así, muy bien —siguió, con tono amable—. Y ahora aprende la lección de no tocar las narices de un pacifista como yo.

—¡Eres un mierda! —Logró decir George, sin apenas aliento—. Acostarte con la mujer de otro…

Red se alzó y se sacudió los pantalones como si hubieran podido mancharse al estar cerca de George.

—Verás, —dijo despreocupadamente—, me dolería esa crítica, pero solo si viniera de un hombre. Pero… viene de un puto mujeriego que no sabe apreciar lo bueno que le ha ofrecido la vida. Jane vale demasiado para un tipo como tú.

Lo miró, decidiendo si pegarle otro puñetazo o apiadarse de ese residuo humano.

George lo miró con auténtico odio.

—Me las pagarás.

—Es poco probable —se mofó Red.

Cuando se aseguró de que George no iba a desmayarse, se alejó unos pasos, pero antes de

subir a su propio coche, le informó:

—No vuelvas a meterte nunca con Jane. Y como vuelvas a tratarla como te he visto hacerlo esta noche, me encargaré de joderte la vida.

George intentó incorporarse entre toses.

—¿Quién te crees que eres?

—Un McTavish —dijo sin más—. De hecho, soy el bueno de la familia, no quieras ver a mis hermanos cabreados. Así que hazme caso, deja en paz a Jane. Ahora es mi familia, y no consentiré que un parásito como tú, vuelva a aprovecharse de ella.

George miraba desde el suelo como ese hijo de puta abría su coche de lujo y se marchaba dejándolo como un despojo, en el suelo y con una mano en el estómago intentando aliviar el dolor.

Cuando el deportivo salió del parking de la empresa, se puso en pie, no sin dificultad, y caminó hacia su monovolumen.

Abrió la puerta y con los ojos brillantes y espesa saliva en la comisura de la boca.

Odiaba a ese cowboy de medio pelo.

¿Cómo se atrevía a golpearle, a acostarse con su mujer?

—Vas a pagármelas, rata.

Cerró la puerta y apoyó ambas manos en el volante.

Puede que no fuera un hombre con tanta influencia como Red McTavish, y desde luego no tenía su dinero. Pero sí que tenía contactos y recursos. Y por si todo eso fuera poco, había otra baza que Red ignoraba, y es que conocía muy bien a su mujer. Cuáles eran sus puntos débiles y por qué sería capaz de perder la dignidad y doblegarse.

Una sonrisa malévola se dibujó en sus labios.

Miró ligeramente hacia el asiento del copiloto y ahí, junto a otros documentos, se encontraba una carpeta. Una carpeta que sabía que era muy importante o de lo contrario Jane no

la habría escondido en la caja fuerte de casa.

Para su desgracia, no había cambiado la contraseña y él había ido a buscar su reloj y dinero en efectivo que necesitaba.

Sí, esa carpeta era importante, y una baza para hacer que el divorcio fuera un infierno para esa perra.

Miró de nuevo la carpeta adornada con una enorme pegatina roja que rezaba: TOP SECRET.

# Capítulo 31

Ese fin de semana fue de los peores que Jane vivió en toda su vida.

Klaus se portó fatal el sábado. No supo de qué manera se le ocurrió semejante idea, pero mientras ella se duchaba, el enano diabólico llenó una pared de la cocina de huevos y luego la rebozó con harina. Para frustración de Jane, después de limpiar todo el día, sin que Violet quisiera ayudarla, fue a su habitación para hablar con ella, pero no le dirigió la palabra. Pero se encontró sobre su cama la camiseta de Red pintarrajeada con rotuladores permanentes. Al parecer, su hija adolescente, le había dado a Klaus la prenda para que hiciera una de sus obras de arte.

—Mejor que pinte una camiseta que no las paredes de la cocina —dijo Violet encogiéndose de hombros.

Y para rematar el fin de semana Tobbie se puso enfermo, le subió mucho la fiebre y pasaron parte de la noche en urgencias, mientras Klaus corría por los pasillos, poniendo de los nervios a las enfermeras. El colmo fue ver aparecer a George en el hospital, pero lejos de preocuparse por su hijo solo fingió quedarse un tiempo en la sala de espera, lo justo para informarle que había sido agredido por Red y que sólo ella era la culpable. Le advirtió que se preparase, porque estaba dispuesto a ponerle a ese chulo de Montana una buena demanda.

Pero todo tiene un final. Y ese fin de semana infernal, acabó.

Aunque eso no significaba que el inicio de semana fuera mejor.

¡Oh! ¡Los lunes! Los malditos, lunes.

Llegó diez minutos tarde a la oficina, después de dejar a los niños en la puerta del colegio. Entró, apurada, y nerviosa. Había buscado por todas partes la carpeta con el nuevo proyecto secreto de Red, y no había sido capaz de dar con él.

Debió haberle avisado, debió llamarle, pero estaba tan avergonzada por lo que había

hecho George. ¿Y Red le agredió al marcharse? No sabía si creérselo, porque Red jamás había sido un hombre violento.

Subió en el ascensor totalmente absorta en sus pensamientos. ¿Qué le habría dicho George para que Red perdiera así los papeles?

Parpadeó y volvió a pensar en la carpeta donde tenía revisada la patente, solo faltaba entregarla. Era un proyecto demasiado personal e importante para decirle a Red que había traspapelado la carpeta.

—Oh, mierda —masculló, mientras el ascensor tardaba demasiado en abrir sus puertas en la planta de la empresa de Red.

Cuando las puertas finalmente se abrieron, entró a grandes zancadas. Iba a entrar en el despacho de Red, cuando de repente, se encontró con Mary. Aquel día iba mucho más… ¿profesional?

Se plantó frente a ella mientras la miraba con suficiencia.

—¿Señorita Summers?

—Señora, pero da igual —frunció el ceño—, necesito…

Antes de que pudiera esquivarla y abrir el despacho de Red como solía hacer siempre que tenía algo importante que decirle, Mary se interpuso de nuevo, dejándole claro que no había sido un error. Realmente no la estaba dejando pasar.

—¿Qué haces? —le preguntó, extrañada Jane.

Mary alzó el mentón de nuevo.

—Lo siento, pero no puede entrar en el despacho del señor McTavish en estos momentos.

Jane parpadeó, sin poder creer lo que acababa de oír. No le gustó nada que la mirara con cara de superioridad. ¿Quién coño se creía que era?

La secretaria de Red. Eso se creía.

Pues ya se podía ir a tomar viento fresco. Ella era… era… su asistente personal y no iba a dejar que una mocosa de veinte años que su único talento era hacerse vídeos en *TIKTOK* perreando al ritmo del reguetón más cutre, le dijera qué podía o no hacer.

—Apártate de mi camino —advirtió—. No estoy de buen humor.

Pero Mary le salió al paso cuando quiso esquivarla.

Ambas se desafiaron con la mirada.

*Vaya con la mocosa…*

—Lo lamento, no puede pasar —dijo, con retintín—, el jefe está muy ocupado y no admite visitas.

—¿Tengo cara de visitas? —dijo entre dientes.

—Lo lamento.

Jane parpadeó, al ver que esa chica no iba a añadir nada más, y que tampoco iba a moverse. Sintió como se le calentaban las entrañas y apretó los puños.

—Oye, niñata —Jane sacó su lado más barriobajero, producto de la falta de sueño— ¿Qué parte de "apártate de mi camino" no has entendido?

Pero la muñeca de hielo, ni se inmutó. Se la quedó mirando, ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos al tiempo que alzaba las cejas. Sólo le faltaba explotar un chicle en su cara para que Jane le saltara encima.

—Si quiere que le deje un recado… —le dijo mirándola por encima de la nariz.

¿Cómo? ¡Nadie iba a quitarle el puesto!

—El recado se lo daré personalmente, gracias.

Antes de que la Barbie pudiera bloquearle más el paso, Jane se lanzó contra la puerta del despacho y la abrió, pasando dentro sin llamar y sin invitación.

—¡Oh! —Ojalá no lo hubiera hecho.

Parpadeó cuando Red se puso en pie, tras su escritorio.

—¡Jane…!

—Lo siento —se asomó Mary, consternada—, le dije que no podía pasar, pero al parecer, no me ha entendido.

—Te he entendido perfectamente —dijo Jane con cara de pocos amigos y evidenciando lo molesta que estaba.

—No importa —el tono de Red era serio y Jane tragó saliva.

¿Se había enfadado con ella por entrar sin llamar? ¿Y quién era esa mujer sentada frente al cowboy? ¡Un momento! ¿Por qué Mary se había esforzado tanto en no permitirle el paso? Su mente funcionó a mil por hora al ver esa belleza rubia sentada frente al escritorio de Red. Cuando la chica se dio la vuelta pudo ver esos brillantes ojos azules y abrió la boca para decir… *¿el qué? ¿eres la amante de Red? ¿Por qué no sabía nada de esta reunión si es tan importante como para dejarme fuera?*

¡¿Qué demonios estaba pasando?!

*¡Maldita sea!*

—Buenos días —dijo la chica con una leve sonrisa.

—Buenos días —se vio forzada a contestar.

El silencio fue incómodo y Jane sintió como su autoestima se arrastraba por el suelo, llenándose de barro. Porque si su secretaria, Mary, era una modelo de *Woman Secret*, esa belleza rubia que la miraba con curiosidad, era, sin lugar a dudas, una diosa. Afrodita se quedaba corta a su lado.

La miró, embobada, durante más tiempo del que le habría gustado.

A pesar de que estaba aún sentada frente al escritorio de Red, era alta y esbelta. Vestía informal, pero con estilo, con unos vaqueros elásticos y una camisa algo estrecha, pero larga. Se veía a la legua que era una buena deportista. Sus piernas estaban bien contorneadas, y su espalda era ligeramente más ancha que su cintura, como la de una nadadora olímpica. Pero no era ese cuerpo maravilloso lo que le llamó más la atención, sino su rostro… su rostro era de ensueño. Rubia, ojos azules, algo rasgados y delineados de negro, que denotaban un fuerte carácter y sus labios sin pintar, llenos y sensuales.

—¿Jane? —Red interrumpió sus pensamientos, obligándola a parpadear para humedecerse los ojos, pues de seguro llevaban demasiado tiempo abiertos a causa de la sorpresa.

Tras reponerse, soltó el aire de forma sonora. ¿Por qué Red siempre tenía que estar rodeado de modelos?

—Yo… Esto…

—¿Querías algo, Jane?

Otra puñalada. Era evidente que a su jefe le molestaba su presencia.

—Yo… —vaciló de nuevo y Red alzó una ceja, confundido.

—¿Sí?

—Solo he venido a hablar contigo de la firma de Boston.

—No te preocupes por eso, Mary se encargará.

*Claro, Mary… la secretaria con dos dedos de frente*. Siempre se le olvidaba que no se llamaba Barbie.

—Qué bien. —Y una mierda "qué bien". Se la llevaban los demonios.

No quiso mirar a Red, y por eso no se dio cuenta de lo confundido que quedó por su actitud.

Pero Jane no podía dejar de pensar que algo había cambiado entre ellos. Puede que la culpa la tuviera George, que después de montar el numerito en el que salió malparado, Red perdiera la paciencia. O puede que ella, al no haber descansado bien el fin de semana, estuviera viendo las cosas de color negro. O tal vez la causante era esa belleza rubia, que seguía sentada frente a Red y la miraba fijamente. Era posible que a él le resultara lo suficientemente interesante o atractiva como para no permitir que nadie, ni siquiera Jane, entrara en su despacho.

No, no, Red no era así.

Pero… ¿qué estaba pasando?

No quiso, ni pensó en decir nada más. Por eso, se dio media vuelta y cerró la puerta. Ya la habían humillado bastante. *Así aprenderás a no acostarte con tu jefe*, pensó, mientras las lágrimas de frustración se agolpaban en sus párpados.

Cuando pasó junto a Mary y dos becarias, la miraron con superioridad y entonces sus pasos se aceleraron hacia el baño junto a la sala de las fotocopiadoras. Era el menos frecuentado y donde seguro podría llorar tranquila y calmar sus nervios.

Entró en uno de los cubículos, cerró la puerta y se sentó sobre el inodoro. Bueno,

¿calmarse? Se había venido muy arriba. Empezó a hiperventilar. Cerró los ojos y se abanicó con la palma de la mano, intentando que su cuerpo se oxigenara.

Se sentía fatal. Su vida era un completo desastre. Estaba sola, totalmente sola. Sus hijos, aunque eran lo que más quería en el mundo, a veces podían ser insoportables. No tenía a nadie que la ayudase, que la apoyase. Ella era la que tenía que traer el sustento a la familia, trabajaba como una burra para que encima su madre la criticase por no ocuparse bien de los niños. Pero, ¿qué podía hacer? George era el mayor hijo de puta que existía sobre la faz de la tierra y Red…

Red…

Ahora sí que empezó a llorar a moco tendido.

Quizás fuera porque había pensado que con él jamás sentiría el aguijonazo de la traición. ¡Y solo era una estúpida reunión con una rubia! Pero se sentía como lo peor del mundo.

Estaba cada día más enamorada de él. Tanto, que hasta le resultaba insoportable.

Y se sentía atrapada… No era libre de confesarle sus sentimientos. Tenía miedo del rechazo. Porque siempre había sido ninguneada por George y esa herida era muy difícil de sanar.

*Piensa, Jane. No todo puede ser malo.*

Se tapó la cara, luego se apartó el flequillo de la frente.

*Vayamos por partes: ¿Qué motivos tienes para desconfiar de Red?*

*Punto a favor: Ninguno.*

Él no le había dado ningún motivo.

*¿Estar encerrado en un despacho con una mujer guapísima y un pitbull de plástico vigilando su puerta es un motivo para desconfiar de él?*

Meneó la cabeza, de un lado a otro. Tenía que reconocer que no, aunque le fastidiara.

*En serio, Jane. Sé sincera contigo misma. Vayamos con los contras.*

*Punto en contra: He desperdiciado mi juventud con un tipo que me ha puesto los cuernos tantas veces que no podría contarlas. Algo malo tendré que tener yo para espantar así a los hombres.*

No, eso no podía ser culpa suya y si hubiese dicho eso en voz alta delante de Mónica, le

habría dado un escobazo.

*Punto a favor: Red no es George. Jamás me ha dado motivos para desconfiar de él, ni para pensar que pueda despedirme, y siempre me ha demostrado con hechos lo bueno que es.*

—Joder —lloró con más fuerza hasta que escuchó la puerta del servicio. Después, escuchó unos pasos entrando en el cuarto de baño. Eran silenciosos.

Jane, bajó la cabeza y miró por el hueco de debajo de la puerta, vio unas deportivas blancas, marca Skechers. Esa persona se metió en el baño de al lado y cerró la puerta.

Instantes después, dos pares de tacones entraron también en de baño. Y empezó a escuchar una conversación que jamás debió oír.

—Qué fuerte, ¿has visto la cara que ha puesto Summers cuando ha descubierto al jefe con la rubia despampanante? —*Esa es Mary*, pensó Jane, al reconocer su voz de pito.

—No, tía, pero habría pagado la entrada de un concierto de Maluma por ver su cara de susto —dijo una de las becarias.

Mary soltó una risa estridente mientras Jane se ponía roja hasta las orejas.

—Ha sido muy fuerte —rio Mary—. Casi se cae de culo cuando la he parado. Sé cree la reina y la verdad es que su trabajo es bastante fácil.

—No te preocupes por ella, poco le debe quedar si el jefe te ha contratado a ti para que empieces a hacer su trabajo.

—Sí, y luego está la rubia. Quizás la quiera para substituirla definitivamente.

Jane se tapó la boca con ambas manos para no sollozar más fuerte. No era posible que lo que escuchaba fuera cierto. Red no le haría eso jamás. ¿Verdad?

—Pero ¿no sabes quién es la rubia? —preguntó la becaria—. Quizás más que una entrevista sea su novia, y no quiere a la moscona de Jane cerca.

Mary se puso a reír y Jane tragó saliva y su rostro se volvió blanco como la cal. Miró al cubículo de al lado y por el hueco que había entre los dos aseos, vio las deportivas y se sintió terriblemente mal, porque esa persona también estaba oyendo cómo la ponían más verde que a una lechuga.

—No me extrañaría. Parecían… no sé, como si se conocieran. Lo que sí sé es que hablaban de algo... —Hizo una pausa durante la cual Jane casi se desmaya—. No sé, pero es más que evidente que algo pasa, porque ni siquiera la todopoderosa Jane Summers puede enterarse.

—Es verdad —dijo la becaria—. Y cuando la rubia ha llegado, la ha recibido con todos los honores.

—Incluso me ha pedido que le haga un café —dijo Mary, mientras Jane, sentada sobre el váter, pensaba que esa era una de las pocas cosas que esa estúpida sabía hacer mínimamente bien.

—Guapa lo es un rato.

—Sí, es mona la verdad, pero le falta… no sé…

—¡Iba medio en chándal tía…!

*Menudas gilipollas,* pensó Jane, cuando las dos se pusieron a reír.

—A pesar de vestir así, estoy segura de que le ha causado una honda impresión a la tonta del bote —aseguró, Mary.

—Esa se cree alguien en esta empresa sólo porque se está tirando al jefe, pero ya verás, acabará como todas las busconas, en el cubo de la basura, haciendo compañía a los clínex usados.

—Es una fracasada —rio Mary—. Lo que no me explico es como Red McTavish puede acostarse con ella. Debe de estar muy desesperado al liarse con una vieja que encima tiene tres hijos.

*¿Vieja? ¡Esas dos la llamaban vieja porque todavía eran fetos que aún no han salido de la placenta! Menudas arpías.…*

—Y está casada. Qué vergüenza. ¿Cuántos años tendrá? —oyó preguntar a la becaria— ¿Cincuenta?

*¿Cómo que cincuenta? ¡Serán hijas de puta.…!*

—Ese culo, que parece una rebanada de pan gigante, es de más de cuarenta y cinco.

Jane abrió la boca y se la tuvo que tapar para no soltar un grito. *¡Cabronas! ¡Tengo*

*treinta y nueve!*

—Tiene un culo tan grande, que, para untar mermelada en toda su superficie, haría falta un remo.

—Pero el de un crucero trasatlántico, tía.

—¡JA, JA, JA, JA, JA!

En ese momento, Jane se puso en pie y abrió la puerta del baño, hecha un basilisco.

Las risas de las dos petardas se cortaron de súbito al ver que había oído toda la conversación.

—¡Señorita Summers! —gimió Mary, que ya se le había ido toda la chulería. La cara de la becaria era un poema.

Jane las miró de arriba abajo, con desprecio. Si esas petardas se pensaban que iba a echarse a llorar delante de ellas, estaban muy equivocadas.

—En lugar de estar aquí, hablando mal de vuestros jefes, lo que deberíais hacer es poneros a trabajar.

—Sí, claro… —dijo a becaria, antes de poner pies en polvorosa.

En ese momento, la chica de las deportivas abrió la puerta y tanto Mary como Jane, enmudecieron.

La rubia miró a la secretaria de Red con cara de pocos amigos.

—No me explico cómo Red McTavish puede tener a alguien tan estúpido como tú, trabajando en su empresa —espetó, haciendo que Jane diera un respingo—. Porque si tuvieras dos dedos de frente, en lugar de tres kilos de plástico en cada teta, sabrías que los cruceros trasatlánticos no se mueven con remos.

Dicho esto, miró a Jane y le guiñó el ojo, cómplice. Después, salió del cuarto de baño.

Jane se quedó mirando a Mary, luego puso los ojos en blanco y también se marchó, contoneando su enorme culo. Un culo que, por cierto, Red disfrutaba cada miércoles y dos fines de semana al mes.

Cuando Jane vio que la chica con deportivas volvía a entrar en el despacho de Red,

ralentizó el paso. Quizás Mary tenía razón y había llegado para quedarse.

# Capítulo 32

Al volver del baño, Gwen entró en el despacho de Red, quién la invitó a tomar asiento de nuevo.

—¿Por dónde íbamos? —Gwen estaba preguntando sobre las diferentes clínicas y tratamientos que había recibido Edgard y Red, le estaba informando de todo lo que había sucedido referente a su estado de salud, desde el terrible incendio en el rancho que hirió a Edgard de gravedad.

—Por los tratamientos —Red le sonrió.

Le explicó con pelos y señales todo cuanto sabía y juntos vieron las radiografías e informes que tenían hasta la fecha.

—¿Una nueva cirugía podría ayudar?

—Los médicos no están seguros de que pueda ser efectiva y que el dolor no vaya en aumento después de esta.

—Ya veremos —dijo muy seca.

Gwen miró con cara de pura concentración las radiografías y Red tuvo la esperanza de que no se negara a ayudar.

Le gustaba esa mujer. Su mirada azul mostraba seguridad, era evidente que tenía carácter. Soltó una leve risa. *¿Sabes a quien no le va a gustar?*, pensó. *A Edgard*.

—¿Te ríes, Red? —bajó las radiografías y entrecerró los ojos.

Puede que fuera la nueva fisioterapeuta o no de Edgard, pero estaba muy lejos de ser una empleada. Era la amiga de Phiona y la tratarían como tal. Además, Red y cualquier McTavish daría vía libre a la belleza rubia para que gritara, golpeara o… torturara a Edgard si eso era por su bien.

—Me rio porque será un camino difícil, pero creo que eres exactamente lo que mi

hermano necesita.

De solo pensar en Gwen dándole órdenes a su hermano, se mascaba la tragedia. De seguro sería todo un espectáculo, uno muy explosivo. Porque si la rubia no se callaba nada, tal y como le había advertido Phiona, Edgar no toleraba que nadie lo mangoneara.

Él se encogió de hombros.

—Pensaba en que Edgard no te lo pondrá nada fácil.

—Ya me lo dijo Phiona, pero creo que lo sabré manejar. No es el primer paciente que cambia de carácter a causa del dolor —se puso más seria—. Lo importante es que no ha caído en el consumo de calmantes.

Ahora sí se puso serio.

—Tuvo un amigo que terminó muy mal por el abuso de sustancias —se entristeció Red —, hace todo lo posible para controlar el dolor sin fármacos, pero dudo que pueda aguantar mucho más.

—Lo ayudaré en lo que pueda.

Sin embargo, después de haberle expuesto las condiciones del contrato, Red temió que ella no estuviera del todo convencida. Su rostro era inteligible, no se podía saber qué estaba pensando. Red era consciente de que no a todo el mundo le apetecía abandonar su casa, o su proyecto de empresa, para pasar varios meses en otro estado, por muy suculento que fuera el sueldo. Nada más empezar la entrevista él ya tenía claro que era la persona perfecta para el puesto. Solo faltaba que Gwen lo aceptase. Y tal como le había pedido su hermana, no pensaba dejarla marchar hasta que así fuera.

—Phiona me habló de que deseas abrir una clínica, esperamos ayudarte en lo que necesites…

—Los honorarios son más que generosos, Red. No necesito nada más, solo empezar cuanto antes con mi paciente, parece que no lo está pasando nada bien, y el tiempo corre.

El rostro se le iluminó.

—Así que aceptas.

Ella lo miró con suspicacia.

—A no ser que me estéis ocultando algo muy desagradable, pasar una temporada en un rancho es mi sueño, y si además puedo hacer mi trabajo y me pagáis bien, no veo por qué no aceptaría.

—Así que ¿te parece bien la propuesta?

—No está nada mal —dijo Gwen con ese rostro impertérrito, aunque Red podía ver brillar sus ojos y eso le agradó.

—Phiona habla muy bien de ti, dice que eres una gran profesional.

—Gracias. La verdad es que amo mi trabajo, tal vez sea por eso que soy la mejor en mi especialidad.

—Entiendo.

—Quizás no debería decirlo, pero a veces la modestia es innecesaria. —En eso Red estaba totalmente de acuerdo y le gustó también que fuera sincera a la hora de decirlo sin tapujos —. Así que, si hay forma de ayudar a tu hermano, la descubriré, aunque tenga que partirle la otra pierna para que colabore.

Red parpadeó porque no sabía si lo estaba diciendo en serio o no. Titubeó y esperó a que fuera una broma.

—Pero hay algo que me preocupa —Red, decidió ser sincero, ya que ella también lo era.

—¿De qué se trata?

—¿Crees que podrás aparcar tu vida en Boston durante unos meses para dedicarte en exclusiva a atender a nuestro hermano? —Red juntó ambas manos sobre el escritorio y la miró con toda la seriedad del mundo—. Amo a mi hermano, no quisiera empezar a ver resultados y que finalmente decidieras dejarlo a medias porque su carácter te incite a asesinarlo, o bien porque has decidido que ya tienes suficiente dinero como para abrir tu clínica. Sé que tienes muchos pacientes importantes y una larga lista de espera.

Lejos de ofenderse, Gwen asintió.

—Entiendo tu preocupación. No te respetaría si no fuera así, pero debes saber que cuando

me comprometo lo hago hasta el final. No abandonaré a tu hermano, ni dejaré el trabajo a medias si veo que puede haber una recuperación completa, o al menos podamos quitarle el dolor.

Red se reclinó en la silla y asintió aliviado.

—No tendré ningún problema con eso. La mayoría de mis pacientes son jugadores de Rugby, terminada la temporada han sido derivados a sus propios especialistas. Estoy libre. —Y era verdad, estaba libre por eso que había dicho y porque su ex, una estrella del rugby, estaba acabando con su reputación porque se negaba a ser su mujer florero—. Además, me vendrá bien el aire de Montana. Adoro los deportes al aire libre. Solo me preocupan los pumas, pero también podré lidiar con ellos.

A Red le encantó su respuesta. Y se lo hizo saber.

—Pues no se hable más. Estaba deseando que dijeras que sí, Gwen.

La joven se puso en pie, al mismo tiempo que lo hizo Red. Se dieron un fuerte apretón de manos y luego la acompañó hasta la puerta y la abrió.

—Ha sido un placer, Red —dijo ella, mientras se recolocaba en los hombros una pequeña mochila deportiva.

—Te avisaré pronto para enviarte los detalles del contrato.

—Por supuesto.

Antes de salir al exterior, Gwen se giró y lo miró de nuevo con un gesto que Red no supo descifrar.

—¿Puedo meterme donde no me llaman?

Él parpadeó confuso, pero finalmente dijo:

—Por supuesto.

—Es sobre la gente que trabaja para ti.

Red miró hacia la puerta cerrada del despacho y preguntó:

—¿Sobre Jane?

—Y las becarias. Esas dos se han estado mofando de la mujer que nos interrumpió antes. Creo que el ambiente laboral es bastante tóxico.

Red se sintió fatal, no porque Gwen le llamara la atención, sino porque no se había percatado de que Jane podría estar pasándolo mal en la oficina.

—Te digo todo esto —dijo Gwen—, porque no me gustan los ambientes laborales tóxicos. Si veo algo en el rancho que no me gusta, te lo diré y que quede claro que no abandonaré a Edgard sin un buen motivo, pero desde luego no dejaré que nadie me trate como tus empleadas tratan a esa chica.

—Entiendo. —Red asintió. No podía decirle nada sobre el tema, porque poco o nada sabía, pero desde luego iba a averiguar qué estaba pasando.

—Bien, Red, tendrás noticias mías.

Cuando Gwen abrió la puerta y salió al ancho pasillo enmoquetado, miró a Jane caminando a toda prisa y abrazando unos informes. A Red no le cupo ninguna duda de que estaba distraída y agotada.

Apretó los puños, pues había insistido en contratar a Mary para apoyarla, no para que le hiciera la vida más difícil.

Regresó la mirada a Gwen y le dedicó una sonrisa. Ya hablaría más tarde con Jane.

—Que pases un buen día, Gwen. Nos veremos pronto en Montana.

—Buenos días, Red.

Red estuvo pendiente de que Gwen se marchara, luego se dio la vuelta hacia el despacho de Jane.

Estaba sentada tras su escritorio, tecleando a toda velocidad hasta que notó que sus ojos estaban fijos en ella. La vio humedecerse los labios para luego tragar saliva. Él respiró hondo por la nariz, pero después de tocar el pomo de la puerta acristalada, se dijo que era mejor dejarla trabajar. Entendía que estaban pasando cosas en la oficina, pero antes de hablar con ella, debía averígualo por su propia cuenta. Así que se dio media vuelta y entró en su despacho.

Al verlo desaparecer, Jane meneo la cabeza de un lado a otro, y volvió a ponerse a trabajar.

¿A quien pretendía engañar?, se dijo Jane. No podía negar que se sentía fatal porque Red

la hubiera relegado. Sentía que había perdido su confianza y que había sido sustituida por una mujer más joven y menos inteligente. Todo un cliché.

Parpadeó para alejar las lágrimas y empezó a teclear de nuevo.

Entrada la tarde, cuando todos se habían marchado, Red miró la puerta que lo aislaba del resto de la oficina. Se había dado cuenta de que él y Jane ya no trabajaban mano a mano. Lo había ignorado durante toda la tarde. No lo buscó, ni le consultó nada, mucho menos entró en el despacho desde que había interrumpido la entrevista con Gwen.

Iba a contárselo, por supuesto. Ella no solo era su asistente, era parte de la familia. Se preocupaba por Edgard como todos, y debería haberla informado de que tenía esa reunión. Pero cuando Gwen adelantó la cita, ya fue tarde para encontrar un momento y contarle los planes que Phiona y él tenían para Edgard.

Y ahora estaba eso del ambiente tóxico en el trabajo. Tenía que ponerle remedio, pero poco podría hacer si Jane había decidido ignorarle.

Red no lo soportó más y se levantó de su escritorio. Abrió la puerta y en dos zancadas estuvo frente el despacho de Jane. Llamó suavemente, y vio desde el cristal que ella asomaba los ojos tras la pantalla y luego volvía a esconderse.

Resopló, y tras varios segundos, se decidió a entrar.

—¿Sigues aquí? —Le preguntó, quedándose bajo el marco de la puerta.

Jane iba a responder que sí, pero se encogió de hombros.

—No es tan tarde.

Red suspiró. Así que estábamos belicosos.

Al ver su rostro con una expresión que pretendía ser fría y distante, Red se acercó al escritorio.

Se sentía culpable por no haberle dicho nada en todo el día. Había sido sin querer, o más bien por el hecho de no saber qué decir. No hubo intención de castigarla, ni se le habría pasado

por la cabeza, como así seguramente pensaría ella.

—Ya no queda casi nadie en la oficina.

—Estás tú —le respondió ella.

—Y sabes que no tienes por qué quedarte hasta tarde, solo por el hecho de que yo siga trabajando.

—Tienes razón, ahora está Mary, puedes pedirle cualquier cosa que necesites… o desees, a ella. Seguro que le encanta poder complacerte.

El tono era tan cortante que Red abrió los ojos como platos, permaneciendo quieto como una estatua en su sitio.

—¿Perdona? —dijo sin acabarse de creer lo que estaba escuchando.

Los hombros de Jane se hundieron y vio cómo se llevaba las manos a la cabeza.

—Perdona —le dijo sin más—. No debo pagar mi mal humor contigo.

Pero es que era imaginarse a Mary babeándole encima a Red y ¡no podía soportarlo!

—¿Qué ocurre Jane? —Su preocupación era más que evidente y Jane apretó los labios y empezó a temblarle la barbilla—. Jane…

Ella tragó saliva, antes de preguntar algo que lo dejó boquiabierto:

—¿Crees que tengo el culo gordo?

Red parpadeó. ¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿Disculpa?

Ella lo miró, mientras su cuerpo empezaba a temblar. Se mordió el labio y los ojos se le llenaron de lágrimas, otra vez.

*¿Pero qué coño…?* Red, no daba crédito.

—Pero… ¡Jane! —Red no podía comprender qué le estaba pasando. Se acercó, cerrando la puerta tras de sí, pero ella volvió a hablar, esta vez entre sollozos.

—¡Es una pregunta muy fácil, Red McTavish! —gimió—. Hasta un niño de primaria podría responderla. ¿Tengo el culo gordo, o no tengo el culo gordo?

Sin dejar de mirarla dio la vuelta al escritorio y la tomó por los hombros al tiempo que

ella se ponía en pie. Lo miró fijamente y sorbió por la nariz.

Se quedó parado en el sitio, viendo como las lágrimas de Jane caían a borbotones de sus mejillas, y se estampaban en la madera de su escritorio

—Jane… —dijo tomándola de las manos.

—¿Qué? —respondió, sin querer mirarle, pues estaba muy avergonzada.

—Mírame —pidió, esta vez poniendo las manos en sus mejillas, para después secarle las lágrimas con los pulgares—. Jane, mírame por favor —insistió.

—Ya te miro —dijo ella, haciendo lo que le pedía.

—¿Es por lo que ha pasado en el baño esta tarde, con Mary? —preguntó Red viendo como el rostro de Jane se transformaba de la tristeza más absoluta a la sorpresa.

—¿Cómo?

—Gwen me lo ha dicho.

Ella retrocedió un paso, pero Red no la dejó ir muy lejos.

—No, Red, no es solo por eso. Es porque me has mantenido al margen. Siempre me tienes en cuenta para todo y de repente, aparece una rubia deslumbrante y te encierras con ella en tu despacho para hablar de secretitos. ¿Qué quieres que piense?

Red puso los ojos en blanco.

—La rubia deslumbrante se llama Gwen.

—Gwen —dijo ella, con retintín—. Ya, esa mujer… ¿es tu novia?

La pregunta le pareció tan ridícula que Red se echó a reír y ella se ofendió alejándose un poco más hasta que la abrazó.

—Red —se quejó sin convicción.

—No, no vas a escaparte. Tú y yo vamos a hablar.

—¿De mi culo gordo, o de la modelo Gwen?

—De tu culo perfecto. ¡Auch! —Jane le dio un manotazo en el hombro para que no se riera de ella—. Jane, podemos hablar de tu perfecto trasero o de la nueva fisioterapeuta de

Edgard.

Jane abrió los ojos sorprendida.

—¿En serio?

—Es fisioterapeuta deportiva. La mejor de todo el estado. Phiona confía en que pueda ayudar en su recuperación.

—¿Es la nueva fisio de Edgard? ¿Ha empeorado? —Sus ojos reflejaban la preocupación que sentía—. La última vez que hablé con Phiona me dijo que no estaba muy bien, pero que había tratamientos…

—¿Hablas con Phiona?

—Tú, ¿no?

—Yo soy su hermano.

Ella se burló con una sonrisa radiante.

—Y yo su amiga.

—Que Dios nos asista.

Otro manotazo y el ambiente fue mucho más relajado, menos dramático y asfixiante.

—Volviendo a lo de tu trasero… Juro por Dios que tienes el culo más increíblemente sexy que he visto en toda mi vida —aseguró, haciendo que ella lo mirara con los ojos muy abiertos—. Y sí, tienes el culo gordo —Jane jadeó, y junto a ese sonido se le escapó una risa—. Pero ¿sabes qué? —prosiguió Red, muy serio—. Me encantan los culos gordos. Siempre me han gustado los culos gordos. Enormes. Gigantes.

—Oh, basta Red —dijo ella—. Mi culo no es tan gordo.

—No, no lo es. Pero si lo fuera que sepas que, de todos los culos gordos del mundo mundial, el tuyo es el que más me pone. Y a las pruebas me remito. —La atrajo hacia él y agarró ambas nalgas hasta hacer que se pusiera de puntillas—. Me encantas.

La expresión de Jane se suavizó y estaba tan cerca de ella que pudo ver como sus ojos se volvían brillantes.

—Yo… —Jane pensaba que debía decirle algo bonito, pero no sabía el que. Ni modo que

le confesara todo lo que sentía por él, cuando ni siquiera estaba segura de que no fuera totalmente prescindible, tanto en su empresa como en su vida.

—Vamos —la consoló—, ya verás como dentro de dos semanas cuando nos vayamos al rancho, todo irá mejor.

—¿Tú crees? —lo miró a los ojos. No había falla en su lógica, al menos la Barbie no estaría por en medio, no tendrían el trabajo estresante de ahora, ni tendría que lidiar con George a todas horas. *No, solo con los niños*, se dijo.

—Unas vacaciones animan a cualquiera.

Ella asintió.

—Aunque Violet sigue sin querer ir. Me odia, no creo que se comporte…

—Estará mi madre —la cortó Red, en un tono suave.

—Sí —Jane pareció dudar y también sonrió un poquito—, le cae bien.

—Y Daril y Howard nos ayudarán con los niños, les encantará hacer de tíos.

—Eso es cierto —Obvió el nudo que se le formaba en el pecho al ver como incluía a sus hermanos como si fueran familia de sus hijos.

—Todo saldrá bien.

Jane cerró los ojos y se concentró en el sonido suave y relajante de su corazón. Cielos, ese hombre era tan perfecto…

Y en verdad quería creerle… de hecho, casi le creía. La vida parecía tan fácil cuando tenías alguien a tu lado que te apoyaba.

—Gracias por lo que haces por mí —se quedaron así abrazados, varios segundos, hasta que ella abrió los ojos y se apartó—. Pero no me olvido de que me has substituido por una Barbie secretaria y… no me has querido a tu lado en esa reunión secreta con la modelo.

—¿Con modelo te refieres…?

—A la fisioterapeuta.

—Ya —se la quedó mirando con una sonrisa en la cara—. Quería quitarte trabajo. Pero ahora que sabes que no es ninguna modelo que vaya a contratar para archivar documentos…

Jane lo pellizcó en el pecho y él soltó una carcajada mientras se retorcía.

—No tiene gracia, Red McTavish.

—Sí la tiene. ¿Es por eso por lo que me has dicho lo del culo gordo?

Ella hizo un puchero y se cruzó de brazos.

Red le acarició la mandíbula y de pronto se puso serio, como si hubiera caído en la cuenta de algo.

—¿Alguien te ha llamado culo gordo en la oficina? —No pasó por alto que Gwen le había advertido del ambiente tóxico.

—Déjalo, no tiene importancia.

Cuando Jane miró de nuevo a Red, se alegró de no ser el blanco de esa mirada inmisericorde.

—Nadie volverá a llamarte así nunca.

Ella asintió, pero no quería hablar del tema.

—Gracias. Y en cuanto a la modelo rubia…

—Gwen —la corrigió Red.

—Me disculparé con ella si se ha ofendido por mi interrupción.

La sonrisa volvió a aparecer en el rostro de Red.

—Creo que hay pocas cosas que puedan ofender a esa mujer. Será una buena compañía para Edgard.

Mientras solo se fije en Edgard, se dijo Jane. Pero Red la pilló con esa expresión maliciosa.

—¿Qué? —preguntó él— ¿Estabas celosa?

—¿Yo? —Jane se llevó una mano al pecho fingiéndose ofendida—. Por supuesto que no, esa mujer no puede competir con mi culo gordo.

Red la estrechó entre sus brazos y le dio un beso sensual en los labios.

—No —le dijo muy serio—. No puede competir.

Jane bufó, pero sus labios estaban curvados hacia arriba.

—Vaya… Soy una tonta, ¿verdad? —dijo pensando en todo lo que se le había pasado por la cabeza respecto a Gwen.

—Claro que no.

—Sí, lo soy. Aunque… tú podrías haber confiado en mí, ¿no crees?

Él cerró los ojos y pensó que tal vez tuviera razón.

—Jane, no te dije nada sobre Gwen porque…

—Porque son asuntos de familia, lo entiendo, pero Mary…

La estrechó más contra su pecho.

—No es que no confíe en ti, te confiaría mi vida. Solo quería hacértelo más fácil, librarte de cargas que no deberían estar sobre tus hombros —la cortó antes de que pudiera replicar—. Y en cuanto a Mary, tú estás al mando. Eres su jefa, imponte. —Red puso los ojos en blanco—. ¡Por el amor de Dios! ¿Pero si me has puesto en mi sitio miles de veces y no puedes con una secretaria salida del cascarón?

Ella se encogió de hombros.

—Pensé que era tu protegida.

—Despídela.

Jane lo miró incrédula.

—Lo digo en serio, despídela si te molesta o no cumple con su trabajo. Quiero facilitarte las cosas no ponerte piedras en el camino. Si ella es una piedra, apártala.

—¡Wow! —lo miró asombrada—. Nunca había visto esa faceta tuya tan, tan…

—¿Patriarcal y controladora? —dudó al preguntar.

Ella soltó una carcajada.

—No puedo creer que Phiona te haya dicho alguna vez que eres patriarcal y controlador.

—A mí no, pero a Daryl sí. Y creo que Daryl diría eso de apartar piedras del camino.

Jane rodeó su cuello con ambos brazos y le besó la barbilla.

—No voy a despedirla, de momento —añadió—, pero significa mucho para mí que me digas que confías en mi criterio y también saber que harías cualquier cosa para hacerme sentir

mejor.

Red la miró con todo el sentimiento que tenía guardado para ella.

—Cualquier cosa —susurró contra su boca, antes de besarla.

# Capítulo 33

Llegaron en el primer vuelo, eso quería decir que tenían todo el día por delante para disfrutar de las actividades que, seguramente, Howard había preparado para los más pequeños.

Cargaron el equipaje en coche que Daril había dejado a su disposición en el aeropuerto y partieron rumbo al rancho McTavish. Nada más salir de la terminal y adentrarse en la carretera que los llevaría hasta el rancho, el rostro de Red cambió. Su sonrisa parecía inagotable. Jane, contagiada, sentía un cosquilleo en la boca del estómago. Mientras conducía, rozó la pierna de Jane cuando cambió de marcha para incorporarse a la autopista.

—Red, —ambos se sobresaltaron cuando Tobbie pronunció su nombre. Kalus y Violet iban con él en el asiento de atrás del todoterreno.

—¿Sí? —lo miró por el retrovisor.

—¿Sabes que hay una orca que ha enseñado a sus compañeras a hundir embarcaciones? —preguntó Tobbie, sacando por un momento la nariz de la tablet.

Jane, miró a Red y le sonrió. Era una mirada que quería decir que mejor que se fuera acostumbrando.

Al parecer después de un par de semanas, todo había vuelto a la normalidad. Red ya no parecía el enemigo para sus hijos, al menos no para los más pequeños. Violet era otro cantar.

Aunque a él le encantaba. Tobbie era un niño introvertido, aunque muy inteligente, que disfrutaba leyendo y su curiosidad por las ciencias le hacía hacer preguntas muy interesantes. Para tener diez años, tenía una buena conversación y Red disfrutaba de su compañía.

—¿De veras? —le preguntó.

Y al ver cómo su cowboy favorito se interesaba por lo que le acababa de decir, al niño se le iluminó la cara.

—Sí. En el estrecho de Gibraltar. Unos dicen que la golpeó un velero y que por eso es muy vengativa…

—Cállate ya, renacuajo —intervino Violet—. Si esa orca ataca es porque los humanos nos hemos cargado su ecosistema. Seguro que hay barcos de pesca de arrastre que destrozan todo lo que tocan. Igual que las empresas que deben hacer el material de los trastos que Red vende…

—¡Basta! —Jane se giró para fulminar con la mirada a su hija.

Ella se encogió de hombros.

—Sólo digo la verdad —respondió, muy convencida.

—No me importa si crees decir o no la verdad. La cuestión es que, si no puedes hablar con educación, es mejor que mantengas la boca cerrada.

Violet se cruzó de brazos y perdió la mirada en el paisaje que se movía rápido a través de la ventanilla del todoterreno.

Red le echó un rápido vistazo por el retrovisor, pero no intervino.

Si hubiera hablado, le habría dicho que sus arreos eran en su mayoría hechos por empresas familiares, en el país, y que casi todos los productos podían ser descritos como artesanales y ecológicos. Pero… con los ojos de Jane echando chispas, no pensaba decir absolutamente nada. Salvo, quizás…

—Ya hemos llegado.

Y acompañó esas palabras con una radiante sonrisa.

***

Cuando cruzaron el cartel de Bienvenidos al Rancho McTavish, Jane sintió como su corazón empezaba a latir con fuerza. Al fin… de nuevo, en aquel lugar. Lo adoraba. Le daba paz y toda la belleza que la rodeaba hacía que se le empañaran los ojos de pura emoción. Pero no era únicamente por el paisaje, que era sublime. Allí se sentía como una más de la familia. Los McTavish eran maravillosos, acogedores y hospitalarios.

Cuando empezó a trabajar para Red y vino por primera vez al rancho, siempre la trataron como a una más, tanto a ella como a los niños. Allí, sus hijos, incluso Violet, se lo pasaban en grande. Y Jane tenía que reconocer que llevaba años deseando en secreto formar parte de esa familia.

Miró a Red, que en esos momentos hacía las últimas maniobras para aparcar el coche en el parking que habían habilitado junto al nuevo granero, y pudo ver cómo su rostro, nada más entrar en el rancho cambiaba completamente.

Jane sonrió embobada. No era el mismo hombre cuando estaba en Montana. Era distinto, como si las salvajes y altas montañas, coronadas de nieves eternas que rodeaban sus propiedades, el aire fresco y los extensos prados que llegaban hasta donde abarcaba la vista, lo cambiaran completamente. Allí, dejaba de ser un hombre de negocios para transformarse en un auténtico cowboy.

—¡Eh! ¿Quién llega? —Fue Daril el primero en aparecer.

Salió del granero, con la camisa entreabierta, un tridente y una brizna de paja en la boca. Clavó la herramienta en una bala de paja, se ajustó el sombrero y se acercó al coche.

Los niños, especialmente Klaus, se quedaron pasmados al ver a su cowboy favorito. De inmediato, Jane le saludó con la mano aún desde el interior y el rudo cowboy se tocó el ala del sombrero y le guiñó un ojo, al tiempo que le dedicaba la sonrisa típica de los McTavish.

Red salió y rodeó el coche para abrirle la puerta a Jane. Después saludó a su hermano con un fuerte abrazo.

—Hermano, cuanto tiempo —dijo Daril.

—¿Qué tal está Eli y la pequeña? —preguntó Red.

—En casa. Luego vendrán a saludar. Cenaremos todos juntos. Mamá se ha pasado todo el día en la cocina.

Jane sonrió y aguardó a que los hermanos terminaran de saludarse para acercarse a Daril.

—Hola, es un placer volver a verte.

—El placer es mío, Jane.

—¿Qué tal se encuentra Eli y el bebé?

—Ella bien, la pequeña ha tenido cólicos, y no nos deja dormir, pero es la niña de mis ojos.

—He visto fotos, y es una dulzura.

Mientras Red bajaba las maletas del coche, los niños salieron y miraron a Daril con fascinación. Especialmente Klaus, que tenía los ojos muy abiertos.

—Vaya, si habéis traído con vosotros al pequeño demonio de Boston —dijo, acercándose a él para revolverle el pelo.

—Ten cuidado, a veces muerde —dijo Red.

—Que lo intente —Daril cogió al enano por los pies y lo mantuvo boca abajo varios segundos. Mientras tanto, el pequeño demonio no paraba de reír. Cuando lo puso de nuevo en el suelo, Klaus empezó a saltar.

—¡Otra vez, otra vez!

Jane se vio obligada a intervenir.

—Klaus, no molestes más y ayuda a tus hermanos a recoger sus cosas.

—¡No quiero! —dijo Klaus, pero Daril le dijo:

—Después, te presentaré al nuevo potro de Sweet.

—¿Quién es Sweet? —le preguntó Tobbie.

—La yegua de Daril —respondió Violet, ilusionada.

Red y Jane se miraron al instante. ¿Era posible que hubieran encontrado el talón de Aquiles del mal humor de la adolescente? Esos ojos de pura fascinación parecían hablar por ella cuando se había mencionado a Sweet.

—Sí —dijo Daril mirando a Violet—. ¿La recuerdas?

La joven asintió sin dejar de sonreír.

—Es toda una institución.

—Si tu madre me lo permite, mañana podrás montarla —le dijo Daril mirando a Jane, buscando su aprobación.

Violet miró hacia ella, se le entreabrieron los labios como si fuera a decir algo, pero los cerró de golpe, quizás esperando que su madre no diera su consentimiento.

Pero lo dio.

—Sería maravilloso.

Violet la miró agachando un poco más la cabeza.

—Gracias, mamá.

La muchacha volvió a sonreír quizás por segunda vez en todo el día.

—Vamos chicos —dijo Red, guiñándole el ojo a Jane, como si hubiera ganado una batalla—. Seguro que Mag ha hecho galletas de chocolate.

***

—¡Cielos! —exclamó la matriarca de los McTavish, al ver a Jane entrando por la puerta de la cocina. Inmediatamente dejó el trapo sobre la encimera y se acercó a darle un fuerte abrazo.

—Mag, me alegro de verte —dijo Jane, cerrando los ojos mientras sentía el calor de esa mujer, rodeándola.

La mujer se separó de ella y la miró con ternura.

—Estás preciosa, como siempre—. Mag estiró el cuello para mirar tras ella, y allí estaban sus tres retoños—. ¡Pero bueno, cuanto habéis crecido! ¡Oh! —cuando Mag vio a Violet, se acercó a ella y la miró de arriba abajo—. Pero si ya eres toda una mujercita.

Violet sonrió, halagada.

—Buenos días, Mag.

—Anda, ven aquí y dame un fuerte abrazo.

Jane miró a Red, emocionada, mientras las dos se abrazaban. Había tenido miedo de la reacción de Violet al llegar, pero Mag era siempre una apuesta segura. Su hija no había siquiera entrado en la casa, y ya parecía otra persona.

—¿Tenéis hambre, diablillos? —dijo la abuela, poniendo los brazos en jarra.

Violet y Tobbie asintieron, pero Klaus empezó a correr alrededor de la mesa de la cocina.

—¡Yo me comería un camión! —gritaba —bruuu, bruuuu. Bruuu, bruuuu.

—Pues un camión no sé, pero las galletas de chocolate están a punto de salir del horno y si quieres unas cuantas tendrás que ayudarme a poner la mesa. Hoy vienen todos a cenar, menos Charlotte y Hug, que siguen de viaje. Pero se pasarán antes de que volváis a Boston.

El pequeño dejó de correr y se puso a ayudar a Mag sacando los cubiertos del cajón. Sonrió de oreja a oreja al ver que le dejaban poner los cuchillos, como si fuera un niño mayor.

Jane y Red se quedaron unos momentos mirando la escena. Realmente, parecían una familia de verdad.

—Subamos las maletas —dijo Red a Jane, y ella asintió.

—Os he preparado tres habitaciones, todas juntas —dijo Mag—. Una para los dos pequeños y otra para cada uno de vosotros —les dijo a Red y a Jane—. Ahora que Ed y Daril han dejado la casa familiar, tengo demasiado espacio.

—¿Y yo? —preguntó Violet, algo incómoda, pues Mag no había hecho referencia a ella ni a su habitación.

—Tú dormirás con Phiona —le dijo— ¿Qué te parece?

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Violet, hacía mucho tiempo que Jane no la había visto. Adoraba a Phiona, era su más ferviente admiradora, y compartir habitación con ella era mucho más interesante que tener una habitación para ella sola o peor, compartirla con sus dos hermanos pequeños.

Lo que ninguno de los presentes sabía, es que Mag y Phiona habían confabulado para ablandar a Violet y hacer que la adolescente mirara con buenos ojos la relación de Red y su madre. Y es que entrar en la familia McTavish… bueno, todo eran ventajas.

Antes de subir a sus habitaciones, Red y Jane se quedaron unos segundos más mirando la escena y ambos pensaron lo mismo. ¿No sería maravilloso poder vivir en ese rancho, y hacer galletas todos los días con Mag? Mostrar abiertamente su relación, formar una familia de verdad

y…

Sus miradas se unieron y algo les dijo que sabían qué estaba pensando el otro.

Y de pronto, cualquier preocupación había desaparecido.

# Capítulo 34

Jane se asomó a la puerta del dormitorio donde dormían Klaus y Tobbie. Su corazón se ensanchó. Era tan bonito verlos dormir… A Klaus, especialmente, pues parecía un ángel. Nada que ver a como cuando estaba despierto, pensó, aguantándose la risa.

Tras echarles un último vistazo, cerró la puerta con cuidado y, de puntillas, caminó hacia la habitación de Phiona, donde estaba Violet. También se había quedado dormida con los auriculares puestos. Aquella noche, después de la cena, Phiona se había ausentado y avisó de que llegaría tarde, por lo que en estos momentos su hija estaba sola. Se había dejado la ventana abierta y la brisa fresca del verano entraba, agitando suavemente el fino visillo.

Con mucho cuidado de no hacer ruido, Jane se acercó de puntillas, cerró la ventana. Al volverse, le quitó los auriculares con miedo a despertarla. Pero Violet dormía como un tronco, al fin y al cabo, era una adolescente.

Se quedó mirándola, pero su hija no despertó, simplemente dio una vuelta sobre sí misma y soltó un quejido.

*Mi pequeña… cuanto has crecido.*

Después de abandonar la habitación en silencio, se negó a volver a la cama. Estaba demasiado inquieta para dormir, así que bajó a la cocina y se hizo con una botella de vino. ¡Que bien que la señora McTavish y ella tuvieran los mismos gustos!

Después de salir al porche con una copa vacía y la botella de vino, se sentó en la mecedora, alzando los pies para apoyarlos en la barandilla de madera. La noche estaba espléndida. Las estrellas brillaban con tal intensidad que era sobrecogedor.

Pensó en lo mucho que le gustaría a Red ver ese cielo. Sin pensarlo demasiado se sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero y le escribió un mensaje.

JANE: La noche está preciosa. Estoy en el porche por si quieres tomar una copa de vino conmigo.

*O algo más.* Pero esto último no fue capaz de dejarlo escrito antes de enviar el mensaje.

RED: Nada me gustaría más, pero he salido con Howard y Daril. Problemas con una yegua embarazada.

Vaya, el destino confabulaba para aguarles la fiesta. Suspiró.

RED: Espero no tardar en regresar.

Jane sonrió, al menos podía intuir que le gustaría más estar allí que no ayudando a parir a una yegua.

Meciéndose en silencio, miró hacia el cielo. Las estrellas se veían magníficas desde el porche de los McTavish. No había contaminación lumínica y podía verse claramente la Vía Láctea surcando el oscuro firmamento. El canto de los grillos fue su única compañía, hasta que apareció una vieja y destartalada camioneta en su campo de visión. Pronto, su rostro dibujó una sonrisa al ver la mano de Phiona agitándose por la ventanilla del copiloto de la pickup. Tess era quien conducía y también la saludó.

—Chicas —dijo Jane, cuando ellas aparcaron frente al porche y subieron por las escaleras hasta ella.

Se fundieron en un fuerte abrazo, con Tess, quien no había podido acudir a la cena de bienvenida.

—Estás guapísima, Jane —dijo Tess, mirándola de arriba abajo.

Tess Curtis era la novia de Howard, uno de los hermanos McTavish. También era la mejor amiga de Phiona y Jane la conocía bien. Hacía relativamente poco tiempo que se había graduado como veterinaria y tenía una clínica en el pueblo.

—En unos días, cuando salgamos de fiesta, nos vas a quitar todas las miradas —dijo

Phiona.

—Oh, callaos de una vez —se rio Jane—. ¿Una copa de vino?

—¿Por qué no? —se rio Phiona—. Practiquemos para la noche de chicas.

Jane la miró mientras desaparecía en la cocina en busca de copas para poder llenarlas con el tinto que tenía Jane.

—¿Salir de marcha? —rio al volverse a sentar en la mecedora—. No sé, chicas…

—Oh, por supuesto que vendrás —Phiona la miró escandalizada cuando tendió ambas copas a Tess mientras ella las llenaba—. Ahora que estás aquí, ya es hora de que hagamos una salida sólo de chicas.

—Vamos a bautizarte oficialmente como una McTavish. ¡Con chupitos!

Jane se puso colorada.

—¿Eeeeh? Esto… yo no soy…

Phiona le dio un codazo a su mejor amiga.

—¿Qué…? —se quejó Tess. Y la pequeña de los McTavish la miró con reproche.

Por supuesto que le había contado que Red y Jane eran amantes, pero aún querían mantenerlo con discreción.

—Oh, no es oficial…

Jane las miró sin saber muy bien que decir.

—Nosotros… bueno, es mi jefe.

—Aaaah, por Dios —Ambas gimieron como animales heridos y miraron al cielo con los ojos en blanco—. No quiero volver a escuchar esas mierdas.

—¡Phiona! —se quejó Jane.

—¿Qué? —se encogió de hombros apoyando su trasero en la barandilla de madera— ¿Sabes cuantas veces me ha dicho Red “solo es mi asistenta”, o “no sería ético, porque soy su jefe”? ¡Espabilad de una vez!

Jane se inclinó hacia delante y dio un manotazo a la pierna de Phiona para que se callara.

—Ssssh, ¿quieres despertar a los niños? —les chistó.

Tess se sentó junto a su amiga y miró a Jane que seguía en la mecedora, observando como ambas le hacían el tercer grado.

—Entonces no vuelvas a decir eso.

—Pero es que no tenemos nada serio.

—¿Y qué es no tener nada serio? —preguntó Tess—. Os gustáis, os acostáis… te quiere. ¡Eres una McTavish!

—Red no me quiere —se burló Jane echándose a reír por lo absurdo que le parecía esa afirmación.

Ambas chicas se miraron antes de poner sus ojos sobre Jane.

—Bueno, si estás ciega es tu problema.

—No hablaremos de eso —Asintió Phiona—. Si crees que no eres especial para mi hermano… es tu problema.

Jane no dijo más, se quedó callada mientras su corazón empezaba a galopar a un ritmo más acelerado. Red… ¿la quería? No, solo… se lo pasaban bien, era imposible que él sintiera lo mismo que…

Balbuceó al darse cuenta de que, si antes creía estar colada por su jefe, haberse acostado con él hizo que sus sentimientos fueran más fuertes. Había un vínculo, uno que no solo tenía que ver con sexo. Ella… Ella… ¡Lo amaba!

—¿Te encuentras bien?

Jane asintió ante la pregunta de Phiona.

—Sí —le respondió. Y era cierto. ¿Por qué debería estar mal al aceptar por fin que se había enamorado de Red McTavish como una idiota?

Después estaba el hecho de que su hermana creía que él… No, eso no era posible. Él le tenía aprecio, la quería como alguien especial, no iba a negar eso. Pero quererla como un auténtico enamorado, simplemente no lo creía posible.

Por suerte con otra copa, Tess empezó a hablar de Howard y de las locuras que hacía como dejarle notas escondidas en su casa para que ella las encontrara cuando menos se lo

esperaba, o quedar en un lugar concreto para encontrarse el mapa de una yincana.

—Tiene un concepto muy extraño de una cita —se burló Tess—, y me encanta.

—Siendo los mejores amigos desde siempre, pensaba que no habría nada que te sorprendiera de él —dijo Phiona.

—Pues ya ves, los hombres McTavish creo que se vuelven un poco locos cuando se trata de cuidar e impresionar a las mujeres que aman.

Jane las escuchaba con atención. ¿Había cambiado Red con ella? Lo pensó, y era más… ¿tierno? No le dejaba notas, pero sí que le escondía pastelitos en los cajones de su escritorio o en el archivador para que ella los encontrara. Sonrió emocionada.

—Quizás sí que…

Jane se calló al ver que dos pares de ojos caían sobre ella.

—¿Sí?

—Nada que decir —les aseguró—. Red y yo, somos amigos. Cierto que es mi jefe, pero nunca he sentido que me tratara como a una empleada.

—Claro que no —dijo Phiona a Tess entre dientes—, no tratas como a una simple empleada a la mujer que amas.

—Vamos a dejar este tema —Jane se sonrojó desde los pies hasta la raíz del pelo.

Aunque Phiona se moría de ganas de sonsacarle a Jane todo lo posible, la situación, según le había contado Red, era complicada.

Siguieron bebiendo hasta que la botella se vació y Phiona fue a por otra, que quedó a medio terminar cuando se escuchó el motor de un coche en medio de la noche.

Las tres miraron como los faros se apagaban y del asiento del piloto, descendía un Red más bien cansado, pero cuyo rostro se iluminó al ver a Jane, y volvió a apagarse al ver en que compañía estaba.

—Buenas noches, hermanito.

Red gruñó y besó a su hermana en la frente.

—Buenas noches.

Jane se lo quedó mirando, y él a ella. Los labios de Red se humedecieron como si fuera a decirle algo, pero se lo pensó mejor. Tanto Phiona como Tess se miraron, sabiendo exactamente lo que tenían que hacer.

—Oh, estoy tan cansada —dijo Tess, ganándose otro codazo de Phiona.

—Sí. Creo que es hora de irnos a dormir, ¿no Tess? —Phiona bostezó falsamente.

—Por supuesto. Esto… me voy, que aún tengo que llegar a casa.

Tess no borró su sonrisa, ni siquiera cuando llegó a la furgoneta. Subió y agitó la mano después de poner el coche en marcha.

—Yo también me retiro —anunció Phiona.

—Violet está en tu habitación —dijo Jane, antes de que los dejara solos en el porche.

—Lo sé. —Phiona le guiñó un ojo—. Fue idea mía.

—¡Oh…!

—Tu hija es una pasada. Me gustan las rebeldes.

—Entiendo —le sonrió—. Aunque rebelde es decir poco en el caso de Violet —dijo Jane.

—No conociste a Phiona en su adolescencia —Red se cruzó de brazos y se apoyó en el poste del porche.

—No empieces a inventarte cosas —lo amenazó su hermana.

—No me intento nada. Lo mal que se lo hizo pasar a mamá y a nuestros hermanos…

—Qué exagerado.

—¿Sí? ¿Te olvidas cuando tenías cinco años y te escapabas a los establos? Una vez te encontramos dormida sobre el caballo de Daril y solo porque supo volver a casa. A saber, dónde habías llegado antes de quedarte frita.

—¿Y eso os preocupa?

—Tanto como que empezaras a hacer volteo sin supervisión a los cinco años.

—Erais muy aguafiestas —rio Phiona—. Bueno, me marcho ya a mi habitación, tengo ganas de ver a tu hija. Pero no te preocupes, si está dormida no la despertaré.

—Gracias —se despidió Jane.

En el porche, bajo la luz del pequeño aplique de la pared y se un millar de estrellas, se quedaron Red y Jane, esperando a quedarse definitivamente solos.

Red la miró y Jane respiró entrecortadamente antes de preguntar.

—¿Qué tal la yegua?

—Está bien —dijo Red con la voz más dulce que le hubiera escuchado nunca.

Se acercó a ella, pero enseguida se lo pensó mejor.

—Creo que tendré que darme una ducha, apesto.

Cuando Jane se puso en pie, inclinó su cuerpo hacia el de él y le olió el cuello después de ponerse de puntillas.

—No hueles tan mal.

Jane y Red se miraron unos segundos, hasta que ella apartó la mirada y se sentó de nuevo en la mecedora. Él se apoyó en la balaustrada de madera y la miró con intensidad, hasta que ella empezó a balancearse.

—¿Qué? —rio Jane.

—Disfruto del paisaje —respondió Red.

Jane estaba preciosa, como siempre. Pero tenía que reconocer que verla con tejanos y una camisa vaquera, le gustaba mucho más que sus vestidos de ejecutiva sexy, y eso era mucho decir.

Se humedeció los labios al percatarse como los pechos luchaban por salírsele de esa camisa que tenía parcialmente desabrochada.

Al percatarse como Red miraba sus pechos, carraspeó y lo devolvió a la realidad.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —preguntó de pronto Red—. Sé que dijiste beber una copa y ver las estrellas, pero… la has vaciado.

Ella rio.

—No es todo mérito mío, Phiona bebe más que un camionero y Tess… ella no se queda atrás.

—Me habría gustado beber contigo —dijo en un tono tranquilo mientras seguía observando su bello rostro—. Ahora sólo tú tendrás resaca mañana.

Jane rio musicalmente. Reconocía que el vino había hecho mella ella, pero que más daba cuando veía a Red tan guapo y encantador.

—La resaca no es algo atractivo de compartir.

—Cualquier cosa es buena de compartir contigo, Jane.

Se lo dijo de forma tan intensa, que la respiración se le entrecortó y los ojos se le pusieron vidriosos.

Oh, cielos, era una tonta. Siempre le pasaba igual.

Red se dio cuenta, y le sonrió con ternura.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —Red le ofreció la mano y ella, tras mirarla unos instantes y dudar, la aceptó.

—¿No decías de ir a darte una ducha?

# Capítulo 35

Las manos de Red recorrieron el cuerpo desnudo de Jane como si la venerara. La había arrastrado hacia el baño de la planta baja, al otro extremo de la casa, junto al despacho que solía utilizar cuando estaba allí. Era la parte más alejada de los dormitorios y donde nadie los escucharía si hacían ruido.

—Jane —gimió al alzarla contra la pared mientras el agua los empapaba.

Era una delicia tenerla así. Había enjabonado su cuerpo como si lo necesitara, a conciencia. Tocando su piel por cada rincón hasta que sus dedos la habían explorado proporcionándole el primer orgasmo. Pero Red quería más, mucho más.

—Red… ¡Ah! —gritó cuando estuvieron a punto de resbalarse y caer al suelo.

El cowboy empezó a reírse sujetándola con fuerza, mientras ella se agarraba a sus hombros.

—Vamos a matarnos.

—No lo creo —la besó en la zona sensible de su cuello, justo bajo la oreja.

La escuchó ronronear y volvió a tomarla hasta aplastarla contra la pared. Los pies de Jane no tocaban el suelo mientras sus bocas se fundían una y otra vez.

—Podría besarte hasta el fin de mis días —gimió él contra su boca.

En un movimiento lento su miembro rozó el centro de su deseo, estaba tan húmeda… y nada tenía que ver el agua en cascada que caía sobre ellos.

—Red —gimió al sentir las manos de Red apretando su trasero y meciéndose para adivinar el ángulo perfecto para... —¡Ah!

Otro resbalón y ambos acordaron que habían tenido más que suficiente.

Sin soltarla apagó el grifo de la ducha y salieron de allí, pero antes de que ella pudiera

taparse, Red la alzó sobre el lavabo de piedra. Había espacio de sobras para poder acomodar su trasero. No tardó en situarse entre sus piernas.

—Esto… —se quejó ella mientras abría sus muslos para acomodar sus caderas. Pero al parecer tenía otros planes.

Red acercó uno de los taburetes con el pie. Se sentó frente a ella, quedándose a la altura exacto para saborearla.

—¿Qué haces?

Sin responder, Red agarró una toalla pequeña y se la tendió.

—¿Qué hago con esto? —jadeó más fuerte cuando Red le acarició el interior de los muslos.

—Póntelo en la boca.

—¿Qué? —preguntó sorprendida mientras apoyaba las manos sobre la piedra de mármol.

—En la boca —les acercó la toalla a los labios y ella lo rechazó.

—No necesito esto.

—No vas a gritar hasta despertar a tus hijos, ¿verdad?

Ella abrió la boca para protestar. Por supuesto que había pensado en ellos, pero estaban tan lejos de sus dormitorios que bien podría ser otra casa.

—Estoy convencida de que sabré controlarm… ¡Aaaaah! ¡Dios! —sin previo aviso Red le abrió más las piernas y su lengua empezó a hacer su magia—. ¡De acuerdo!

Mordió la toalla con todas sus fuerzas y empezó a gimotear.

—Ya veo, muy silenciosa —dijo con expresión de triunfo.

La conocía, sabía lo apasionada que era. Lo mucho que le gustaba sentirle. Y desde luego, ahora lo sentía. Su lengua penetró en ella, la lamió por entero empapándose de su esencia y cuando la punta rozó ese punto mágico, la bendita toalla impidió que toda la casa se despertara con aquel grito agónico.

Acarició el exterior de sus muslos, abriéndola más para él.

Jane abrió los ojos tanto como la boca, y sus caderas se movieron buscando su contacto.

Red no se hizo de rogar, volvió a lamer y succionar, una y otra vez, hasta que sus dedos se deslizaron para comprobar su humedad.

—¡Aaah!

—Eres magnífica, Jane.

Lamió y chupó, mientras sus dedos frotaban su interior.

Jane se revolvía y ahogaba sus propios gemidos. Sobre ella sólo estaba Red, no existía nadie más que ellos dos.

—Tan resbaladiza, tan… Oh, Jane. ¿Sigo?

¿Estaba de broma? ¡No iba a parar! ¿Verdad?

—Por favor —gimoteó con cada toque de sus dedos.

Introdujo uno haciendo que se contrajeran sus músculos alrededor. Después otro y empezó a meterlos y sacarlos mientras su lengua trabajaba el clítoris.

—¡Ah! —gritó inclinándose tanto hacia atrás que su cabeza se apoyó con fuerza contra el espejo. Enseguida buscó la toalla y la mordió de nuevo cuando su placer detonó en un intenso orgasmo que la dejó paralizada. Red pudo sentirlo en sus labios, y en sus dedos.

Todos sus músculos se tensaron, mientras sus caderas se mecían contra la boca de Red. Se agarró a la piedra de mármol y se incorporó para agarrar la cabeza de Red y evitar que se apartara.

Oh, era una mujer horrible, no debería estar haciendo eso, pero…

—Oh, no pares —rogo entre sollozos—. Por favor, no me dejes sin… esto. ¡Ah! Mmmm…

Gimió una vez más contra la toalla mientras su cuerpo se sacudía por los espasmos. Pronto, apartó la mano de sus cabellos y Red se apartó, incorporándose para abrazarla.

Acarició sus labios hinchados con el pulgar, y la besó lentamente hasta que se abrió para que pudiera introducir la lengua.

—No sabes cuanto te deseo —dijo él—. Ni lo mucho que me gusta tu sabor.

—Red… —se abrazó a él con las piernas y uno de sus brazos. Mientras su otra mano

buceaba por su abdomen hasta alcanzarle la entrepierna—. Déjame que…

Él gimió cuando ella empezó a masajearle.

—¿Quieres la toalla? —preguntó cuando sus gemidos aumentaron de intensidad mientras ella lo apretaba más fuerte.

—No gracias. ¡Ah! —Su mano había apretado una zona muy sensible.

—¿Para qué quiero una toalla si tengo tus labios? —La besó apasionadamente mientras ella empezó a guiarlo hacia su interior.

Cuando entró, centímetro a centímetro, Jane se dio cuenta de que él tenía razón. Era una escandalosa. Pero la culpa era de él, nadie le había hecho disfrutar así, y ella deseaba hacerle sentir lo mismo.

—¿Te gusta? —preguntó insegura.

—Oh, Jane —dejo de besarla para bajarla del mármol donde estaba sentada.

Sin mediar palabra le dio la vuelta para que los viera desnudos, reflejados en el espejo.

—¿Me lo preguntas en serio? —agarró su cabello en un puño y tiró hacia atrás, hasta dejar el cuello totalmente expuesto—. No hay nadie en el mundo que me guste más que tú.

—¿Ni Sandra Bullock? —le preguntó sabiendo que había estado obsesionado con la actriz.

Él rio contra su cuello.

—Ni siquiera ella.

Algo era algo, se sentía más bonita. Y se sintió aún más deseada cuando las manos de Red empezaron a acariciar su cuerpo. Sopesando sus pechos, estrujándolos con delicadeza, para deslizarse más abajo entre sus piernas.

—Inclínate —le ordenó mientras ella sentía la presión de su miembro entre los glúteos.

Obedeció. Su mejilla se apoyó en el mármol cuando Red la exploró con los dedos, notando su humedad, abriéndola para él.

—La toalla, Jane —le dijo sin aliento, y antes de que ella pudiera responder, con una estocada rápida y furiosa se hundió en ella hasta la empuñadura.

—Dios… ¡Oh! Nena…

Empezó a bombear con fuerza, escuchando sus gemidos, y haciendo que cada uno de ellos lo llevara más y más al borde del precipicio. El bailen era tan enérgico que Jane puso las palmas de sus manos sobre el espejo, incapaz de que su cuerpo se quedara en el mismo sitio mientras él la empujaba hacia delante.

Era una delicia. Notaba como la humedad se escurría entre sus muslos. El golpeteo rítmico fue subiendo de velocidad y sus músculos se tensaron de nuevo, abrazando su miembro, deseando que se quedara ahí clavado.

—Aaaah, Red.

La tomó de la nuca mientras su otra mano se adentraba entre sus piernas, alcanzando ese pequeño botón hinchado que se aventuró a atormentar.

—Por favor… por favor —le suplicó mientras retumbaba el sensual golpeteo en aquel baño.

—Córrete, Jane —le ordenó a punto de perder el control.

Ella lo hizo al tiempo que él ponía los ojos en blanco y abría la boca de la cual no salió ningún sonido, al menos no en el momento en que dejó de respirar, fascinado por las sensaciones que lo embargaban.

Se dejó llevar, derramándose por su interior. En una última sacudida la agarró fuerte por las caderas y se clavó en ella por última vez.

Cuando el placer le quitó su energía, se inclinó para besar su espalda y la suave nuca.

Jane alzó su brazo para acariciarle la cabeza y las bocas de ambos se encontraron después de haberse perdido en sus miradas.

—Tienes razón —gimió abatida.

—¿En qué? —se preguntó extrañado.

—Soy un poco escandalosa.

Ambos rieron, pero Red la abrazó con cariño.

—A mí no me importa. Disfruto de cada uno de tus gritos apasionados.

—No volveremos a hacer esto…

—¿Qué? —Él la miró como si le hubieran disparado al corazón.

—Me refiero aquí, en esta casa —se rio ella—. Por suerte tenemos un establo, un rio, una furgoneta que según Tess tampoco es que se esté tan mal.

Él se relajó y le sonrió pícaro.

—Tenemos dos semanas por delante para encontrar lugares donde nadie más que yo escuche tus gritos. —Y sería un placer averiguar cuantos podrían encontrar.

# Capítulo 36

Pasaron algunos días, y las cosas siguieron fluyendo, tal y como habían previsto Jane y Red. Los paseos a la luz de las estrellas se repitieron cada noche. Y los besos y las caricias le restaron protagonismo a la creciente luna llena.

Aquella mañana de sábado, los niños se lo estaban pasando en grande. Daril se los había llevado a montar a caballo, y en el caso del más pequeño, en pony. En esos momentos, se encontraban en el centro de la pista circular, frente a la casa principal, con una dócil yegüita pía que no mediría más de un metro cuarenta a la cruz. Le tocaba el turno a Klaus, mientras Violet y Tobbie, esperaban su turno, impacientes, apoyados en la valla.

Red, al otro lado de la pista, supervisaba la actividad, y de vez en cuando le echaba una mirada tranquilizadora a Jane. Ella sabía que no había peligro estando en manos de profesionales, pero su instinto materno no le permitía quitarle el ojo de encima a su hijo Klaus, que ahora botaba sobre el animal, al trote, y no paraba de reír.

—Deja de preocuparte por el demonio de Boston —dijo Phiona, tras aparecer en el porche con una jarra de limonada y varios vasos de plástico—. Es a la pobre Daisy a quien tienes que compadecer.

Eli, la mujer de Daril estaba allí, con su bebé de cuatro meses. Una dulce niña de ojos azules y rubita, que dormitaba en brazos de su madre.

—No la regañes Phiona —dijo, acariciando las manitas de su bebé—. Es lógico que se preocupe.

—¿Te acuerdas cuando el enano de Charlotte chupó un limón? —rio Phiona—. Mi hermana estaba muy preocupada, pero yo sólo tenía ganas de ver qué cara ponía.

Jane no pudo evitar una carcajada. Recordaba que Red le había contado aquella anécdota, el año pasado. Sin embargo, a Eli no le hizo gracia.

—Que es brooooma —rio Phiona, sentándose junto a su cuñada. Luego miró a la que estaba convencida de que también lo sería muy pronto, para buscar su apoyo moral. Pero no lo encontró.

—Dios, qué sensibles estáis las mamás —bufó, mientras vertía limonada en los respectivos vasos.

—Cuando seas madre, comerás huevos —dijo Jane, defendiendo a Eli.

—Exacto, sólo la genética determinará si serán revueltos, fritos o en tortilla —añadió Eli.

—Madre mía —bufó de nuevo, Piona.

—Para prueba un botón: el pequeño Bernard —añadió Eli.

Bernard era el hijo de Charlotte y Hug, el del limón, que en estos momentos estaban de viaje.

—Oh, Señor —resopló Phiona—, menos mal que no ha coincidido con Klaus. De momento —añadió, divertida.

—Cuando eso suceda, tendremos muchísimo trabajo —suspiró Eli, pero luego miró a Daril con amor—. Si no fuera por mi maravilloso cowboy, no sé cómo habría sobrevivido a los marrones nocturnos o a las interminables noches de cólicos.

—Créeme, lo habrías hecho. Las mujeres sacamos fuerzas de donde no las hay —Al decir eso, a Jane le cambió la cara. Recordó que George jamás la ayudó cuando sus hijos eran bebés. Pasó noches terribles mientras él la dejaba sola para dormir en la habitación contigua, alegando que al día siguiente tenía mucho trabajo. Tampoco se perdía un fin de semana con sus amigotes, o con sus amantes. Qué rabia haber estado tan ciega.

En fin. Ese tiempo no regresaría. Debía pasar página y cuando vio a Red, le pareció que ya la había pasado.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó Eli, al notar su súbito cambio de humor.

—Nada —sonrió—. Solo pensaba en un pasado que nunca volverá.

Desvió la mirada de Red al pequeño Klaus, que seguía trotando sobre la pobre Daisy. De repente, intentó ponerse en pie, y Red se acercó enseguida para evitar que pudiera hacer el pino

sobre su lomo.

Jane se levantó como un resorte, para respirar hondo y volver a sentarse.

—¿Pero que le pasa a mi hijo? Parece empecinado en que me dé un infarto.

Red le echó una mirada a Jane y se tocó el ala de su sombrero. Era un gesto que venía a decirle que él se encargaba de todo. Le dedicó una sonrisa maravillosa que calentó su estómago.

Eli y Phiona se miraron cómplices al notar la química entre esos dos. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que se hiciera oficial? Sin duda la madre de Red estaría más que encantada. Adoraba a los niños de Jane, decía que aportaban alegría a la casa, y nada le gustaría más que tenerlos por ahí correteando todo el tiempo.

Después de que Phiona y Eli se miraran de manera tan significativa, soltaron la bomba que tenían guardada.

—Es hoy —dijo Phiona.

Jane no apartó la mirada de la pista.

—Hoy, ¿qué?

—Hoy —dijo Eli—, es noche de chicas.

Jane parpadeó como si su cerebro no hubiera procesado bien la información.

Phiona se volvió hacia su cuñada Eli y la señaló con el dedo.

—Sí, y tú también vendrás. No pienses que te vas a librar. Tess nos estará esperando en el bar a las ocho para empezar a beber.

—¿Qué? —Jane las miró entre divertida y pensando seriamente si eran o no inofensivas.

—Claro que pienso ir —respondió Eli, indignada—. Daril no tiene problemas para quedarse con la pequeña. No sé cómo lo hace, puede que sea por sus dotes de susurrador, pero sólo él consigue que se quede frita después de su toma.

—Bueno, yo no tengo ningún Daril…

—Tienes a Red, y por si te lo preguntabas los hermanos cenarán juntos y mi madre hará de abuela. Así que no te preocupes —le dijo Phiona.

Ambas la miraron, no sin cierta preocupación. Jane era la mejor madre del mundo,

siempre preocupándose por sus hijos hasta tal punto que aparcaba cualquier momento de ocio por ellos. Era muy necesario que saliera con ellas a divertirse. Muy, pero que muy necesario.

—No quiero molestar a tu madre —refunfuñó por lo bajo.

—Dejad las dos que mamá vaya practicando, le encantará mientras llegan más miniMcTavish.

—Jane —Eli la miró, haciendo un puchero—. Venga, anímate.

—Jane vendrá, eso te lo aseguro —le dijo Phiona a su cuñada.

Phiona no quería decirlo, pero si sus planes salían bien, los hijos de Jane llamarían abuela a su madre, muy pronto.

***

Cuando las chicas McTavish entraron en el Red Stallion, todos los presentes las siguieron con la mirada. Ningún soltero se atrevería a entrarles, pues sabían cómo se las gastaban los hermanos McTavish. Sus chicas eran intocables, era una ley que no estaba escrita, pero que todos cumplían a rajatabla.

Sin embargo, a Jane nadie la conocía. Aunque iba con Eli, Phiona y Tess, esa belleza castaña, de ojos azules y de curvas pronunciadas desató más de una mirada indiscreta.

—Gracias a Dios Red aún no ha llegado —le dijo Tess a Phiona.

—Ya habría volado más de una silla.

Jane, que las escuchó, se echó a reír.

—No sabéis que decís. Parece mentira que no conozcáis a Red, no se altera por nada.

Sí, bueno. Seguro que había querido partirle la cara al hijo del señor Wilson, pero hasta ella misma había querido hacerlo. Pero no era por celos. Red… en fin, no estaba enamorado de ella. Solo era su… ¿amante? Hizo una mueca mientras rumiaba. Amante era una palabra que quedaba muy lejos de expresar todo lo que sentía por él.

—Ahí hay una mesa libre —señaló el fondo del bar, donde había una mesa con sus

asientos acolchados, contra la pared.

Mientras se dirigían hacia allí, Eli se tropezó con el tacón y a punto estuvo de caer sobre la mesa de unos muchachos, que no dudaron en sostenerla.

—Gracias chicos —rio, sabiéndose la mujer más torpe del planeta.

—Un placer, Eli —dijo uno de los cowboys que conocían de vista. Su sonrisa era demasiado sexy. Y pareció serlo más cuando miró a Jane—. ¿Quién es tu amiga?

—La novia de Red, mi cuñado. —Se inclinó para que pudiera entenderla claramente—. Es de Boston, ¿sabes?

El joven asintió galante y no dijo más. Jane no tenía intención alguna de hablar con hombres, pero se sorprendió de que Eli dijera que era la novia de Red.

Cuando llegaron a sus asientos, Jane corrió a preguntarle:

—¿Por qué les has dicho eso? —exclamó, ruborizada.

—Para quitártelos de encima —respondió Tess.

—Ah… No iba a hacer nada.

—Tú no —dijo Phiona enigmática que sabía lo guapa que era Jane, y como de desesperados estaban en el lugar por conocer a chicas nuevas.

—No te habrían dejado en paz —dijo Tess.

—Estás muy buena, Jane —Phiona le puso el brazo por encima del hombro y empezó a reírse mientras hacía señas a la camarera.

—No estoy tan buena —rio, nerviosa.

—¿No tienes espejos en tu casa? —Jane se puso colorada ante la pregunta de Tess, pero realmente le agradó que sus amigas le hicieran esos cumplidos.

—Mmmm… no nos hacen caso —se quejó Phiona. Pero de repente vio a Jefferson, que había entrado tras la barra. Alzó la mano y él la saludó mientras dejaba una bandeja llena de jarras vacías de cerveza.

Jeff era un nativo americano, de la tribu de los Crow, súper guapo y musculoso. A Phiona siempre le había gustado. Montaba como nadie a caballo. Bueno, como nadie no. Sabía de

alguien que lo superaba de mucho, pero ese le caía mal, sin embargo, Jefferson era un amor. Tenía el pelo largo y liso, como ala de cuervo, y los brazos llenos de tatuajes que le llegaban hasta el cuello.

—Dios bendito —musitó Jane, sin poder evitarlo.

—Lo sé —respondió Tess, sin poder evitar tampoco mirarle el culo a ese dios nativo.

—¿Lo conocéis? —preguntó Tess intrigada.

—Jefferson es uno de los principales motivos por los que nos encanta venir al Stallion —corroboró Eli.

—Aunque nuestros cowboys no tienen comparación con ningún hombre que ha pisado la tierra, no es pecado mirar, ¿verdad? —dijo Tess, sonriendo.

Jane parpadeó, y luego soltó una risita nerviosa.

—No, claro que no. Mirar es gratis y no hace ningún daño.

—¡Jeff! —Phiona se acercó al guapo camarero y ya estaba inclinada sobre la barra cuando él se acercó para saludarla. La besó en la mejilla y la sonrisa de Phiona se ensanchó visiblemente.

Jane miró a sus amigas con disimulo para ver que no les sorprendía esa muestra de cariño y complicidad. Por eso, curiosa, les preguntó:

—¿Son…? —hizo un gesto con la mano, y tanto Tess como Eli rompieron a reír.

—No, no son pareja. Jeff es gay —dijo Tess.

—Oh.

—Sí —dijo abatida Tess—. Oh. Pero en fin, en mis fantasías no lo era.

—¡Tess! —se puso a reír Eli.

—Fantasías que ya no tengo. Ahora vivo mi sueño con Howard. Mi cowboy tiene unos brazotes y un culito tan mono.

Las chicas estallaron en carcajadas. Tess llevaba toda la vida enamorada de Howard, en verdad no tendría ojos para nadie más. Jamás.

—Lo de ser gay solo lo sabemos nosotras. Aún no ha salido del armario.

—Soy una tumba.

—Es un buen amigo de Phiona —aclaró Eli—, fueron juntos al instituto.

—¡Aquí llego! —gritó Phiona que llevaba dos rondas de chupitos—. ¡Cortesía de Jeff!

Las chicas se tomaron los chupitos entre risas, y luego empezaron con las cervezas para ir intercalándolas con más chupitos de whisky y tequila.

La conversación fluía demasiado bien, por supuesto que el tema central eran sus hombres y anécdotas de ellos que Jane no sabía. De alguna forma la estaban introduciendo a la vida familiar de los McTavish. En el fondo del bar, junto al billar, la música no molestaba tanto como para que pudieran mantener una buena conversación.

Tres chupitos de tequila después, las preguntas se fueron haciendo más personales, y Jane acabó por hablar de lo idiota que había sido todos esos años. George no había sido un buen tipo con ella, y quien sí lo había sido era Red, pero ni en sus mejores fantasías hubiera soñado en tener algo con él.

—Si él te puso los cuernos, deberías habérselos puesto sin ningún escrúpulo. Hubieras podido catar cierta mercancía mucho antes —dijo Phiona. Mientras Eli le daba un codazo, Tess se doblaba en dos sobre la mesa sin parar de reír.

—La mercancía es Red. —No podía parar de carcajearse—. Pero ahora esa mercancía está más que manoseada y catada.

—¡Tess! —Jane fingió ofenderse, pero tampoco pudo aguantar la risa. Finalmente añadió —. Tienes razón está muy manoseada, pero es que no puedo evitarlo. ¿Habéis visto que…?

—Noooo, no, no —se quejó Phiona—. No habléis como si mi hermano fuera el nuevo James Dean, porque me pondré a potar. Y aún quedan un par de horas para que eso ocurra.

—Bueno, pues como os decía, estuve ciega. Y soy una cobarde, porque ni siquiera tuve la valentía de dejarlo yo. ¡Me dejó él! —continuó Jane—. Simplemente se marchó de casa, tuve que decirles a los niños que estaba en un congreso. Pero no son tontos, y mucho menos Violet, que sabe exactamente lo que pasó, y aun así quiere que le de otra oportunidad.

Phiona, la más borracha de todas, hizo un puchero.

—Oh, con lo lista que es Violet, y lo toca…

—¡Phiona!

—Tocanarices. Tu hija es un poco tocanarices, pero la quiero y sé que entrará en razón.

—Chicas —Jane apoyó su mano en la mejilla y el codo en la mesa, mientras hablaba derrotada—, lo único que sé a ciencia cierta es que llevo más cuernos que un alce antes de la muda.

A Tess se le cayó la mandíbula al suelo y Phiona empezó a descojonarse.

—Esa es muy buena. ¡Vamos a celebrarlo!

—¿A celebrar mis cuernos?

—¡No! A celebrar que ya es época de muda, que se te han caído y corres libre como un cervatillo por el bosque…

—En busca de un apareamiento más…

—Sano —acabó diciendo Eli.

—¿Sano? —se ofendió Phiona—. Necesita un apareamiento salvaje, que la empotren contra un camión.

—Red no tiene camiones —dijo Tess y todas se la quedaron mirando.

—Dios —gimió Jane—. Es muy obvio ¿verdad?

—¿Qué te tiras a mi hermano? —preguntó Phiona con los ojos vidriosos—. Sí. Os he oído.

—¡¿Qué?! —Exclamaron todas al unísono, incluida Jane.

—Crucé el rio para visitar a una curandera y ver que tal podía irle a Edgard, y os escuché. Gritas mucho —dijo finalmente.

—Mierda —se quedó en shock. Esperaba que fuera la única que los había pillado. Después rebobinó y se centró en lo que había dicho— ¿Una curandera?

—Para Edgard.

—¿Sigue tan mal? —se preocupó Jane—. Pensé que Gwen…

—Se lo llevó a Boston para unas pruebas, la cosa se alarga más de lo que habíamos

pensado, pero, en fin. Ya hace dos semanas que está con Gwen y Edgard sigue vivo.

—¿Creías que lo mataría? —se interesó Eli.

—Creía que ambos se matarían mutuamente. Pero por lo visto, solo ha volado una sartén, él le ha puesto tabasco en el champú, y algunas otras putadas más que no nos han contado.

—Dios —Jane hipó, quedándose totalmente fascinada al imaginarse a esos dos juntos—. Espero que Edgard viva lo suficiente como para recuperar la movilidad total de su pierna, y deje de sentir dolor.

—Miradlo por el lado bueno —dijo Phiona—. Gwen le provoca tanto dolor de cabeza, que casi se olvida de su cojera.

Ninguna de las presentes quiso reírse a costa de Edgard, pero fue prácticamente imposible.

—Necesito más tequila —Phiona levantó la mano pidiendo más alcohol.

Sin duda, iban a necesitarlo.

Pero la que más lo iba a necesitar, sería Jane.

Porque cuando vio los hermanos McTavish entrando por la puerta del local, se le secó la boca.

# Capítulo 37

Red, Daril y Howard, hicieron acto de presencia en el bar y, como no podía ser de otra forma, todas las chicas, sin excepción, los siguieron con la mirada. Algunas con más disimulo que otras. Desde donde estaban, Phiona puso los ojos en blanco.

—Os digo que no entiendo esa fascinación que ejercen sobre el sexo femenino.

—Yo sí —suspiró Tess y todas rieron a excepción de Phiona.

Cuando los chicos estuvieron casi junto a la mesa, Tess volvió a gritar.

—¡Ya llegan nuestros cowboys! —Levantó la mano para saludar a su chico, que le guiñó un ojo.

—Oh, por Dios —Phiona fingió una mueca de disgusto—. No vais a estar toda la noche dándoos besitos, ¿no? —Pero ya nadie la escuchaba—. A la porra nuestra noche de chicas —bufó—. Creo que también me buscaré un cowboy.

Eli y Tess se miraron riendo, pues todo formaba parte de su plan.

Daril besó a Eli y la agarró por la cintura.

—¿Y nuestro pequeño angelito? —preguntó Eli.

—Violet y la abuela han hecho un trabajo excelente durmiéndola —Jane se sintió orgullosa al escuchar a Daril.

—Nosotros nos hemos escapado cuando los niños se han acostado —dijo Red acercándose a Jane.

Estaba tan guapo, con sus vaqueros y su camisa gris que tuvo que tragar saliva.

*Dios, esto es un sueño.*

Jane se pellizcó con disimulo, para constatar que no lo era.

Red estaba… tan distinto, y al mismo tiempo tan increíblemente guapo. Ella estaba

acostumbrada a verlo con traje, pero en esos momentos llevaba una camisa abierta hasta el cuarto botón. Se le hizo la boca agua al recordar el sabor de su piel. Vestía unos tejanos desgastados y algo ajustados, con un cinturón que lucía una hebilla con la letra M. En los pies, unas tejanas impresionantes.

—Señorita —se tocó el ala de su sombrero blanco y unos perfectos hoyuelos aparecieron cuando sonrió.

—Red —musitó ella, y de inmediato se puso seria. Carraspeó—. Cielos…

—¿Qué? —preguntó él, de pronto algo azorado. Ella lo miraba de tal forma que… Lo miraba como si fuera a comérselo de un momento a otro. Esa expresión tan erótica le provocó un tirón en la ingle.

—Es solo… —volvió a mirarle de arriba abajo, esta vez sin pretender disimularlo—. Joder, Red. Estás como un tren.

Cuando escuchó que un sinfín de carcajadas la rodeaban se dio cuenta de que no solo gritaba cuando Red hacía su magia. Estar con él la desconcertaba y la volvía medio idiota para hacer otra cosa que no fuera comérselo con los ojos. Suerte que, en el trabajo, la costumbre hacía que pusiera el piloto automático y no era una inútil total.

—¿Cómo un tren? —le sonrió Red ruborizándose un poco, pero sin ocultar su sonrisa.

—Sí —*Y yo más borracha que una cuba para ser capaz de soltar algo así, frente a toda su familia.*

Red soltó una carcajada al ver que balbuceaba sin decir nada coherente.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó—. Te lo traeré.

Jane de pronto se giró sobre sí misma y dio cuenta de que los habían dejado solos.

—Pero… ¿qué?

—Están en la pista de baile. —dijo Red—, y mi hermana ligando con Jeff. Me preocuparía si no me cayera tan bien.

Jane sonrió, al darse cuenta de que pensaba que Phiona tenía alguna posibilidad con el macizorro. No sería ella quien lo sacara de su error.

—Es un buen tipo —se animó a decir Jane—, no la ha mandado a paseo, aunque le insista en que la música del local es muy mejorable.

Antes de poder entender qué estaba pasando, sintió la cálida mano de Red en la suya y como tiraba de ella hacia el otro extremo de la barra, al lado contrario de donde estaban Phiona y Jeff. Red le ofreció asiento a Jane, mientras él permanecía en pie.

—Estás muy guapa —la miró sin ocultar su deseo.

—Red —intentó peinarse el flequillo sintiéndose algo avergonzada—, por favor.

—¿No puedo decirte lo guapa que estás con ese vestido?

Había dudado en enfundarse ese vestido tan ajustado y de falda tan corta, pero Phiona la había convencido. Era negro, imitación de cuero y se le pegaba a la piel. Marcaba todas sus exuberantes curvas y hacía resaltar sus pechos. Al principio se sintió insegura, pero ahora totalmente empoderada.

—Mmmm, Jane…

No fue solo su mirada, sino el tono grave de su voz. Oh, esa forma de hablar podía hacer que perdiera las bragas en cualquier momento. Red McTavish se había convertido en un peligro para su sentido común.

Jane se colocó el pelo detrás de la oreja, y sonrió, tímida.

—Bueno… —empezó a decir—. Creo que yo ya te he dejado muy clara mi opinión.

—Que estoy como un tren —sonrió, de medio lado.

—Bingo.

Red acercó los labios a su oído, y ella tuvo que cerrar los ojos para tranquilizarse.

Su olor era… embriagador. Hacía que su corazón palpitase a mil por hora.

—En cambio tú —hizo una pequeña pausa durante la cual casi rozó su cuello con los labios. Jane pudo notar su aliento, quemándola—. Tú… me pones como una moto.

—¿Una moto? —se rio ella.

—Pero una de las buenas, de esas que hacen mucho ruido —le sonrió mientras le acariciaba la mejilla con la nariz.

En ese momento apareció Jeff con un par de cervezas bien frescas.

—Cortesía de la señorita —dijo, señalando a Phiona con la mirada.

Red contuvo una carcajada cuando ella le guiñó el ojo y luego regañó a Jeff cuando llegó junto a ella. Todo esto había sido idea de su hermana pequeña. Le debía una. Y dos, porque en estos momentos seguía en el móvil que controlaba el audio del Stallion. Lo bueno estaba por llegar, pensó Red.

Por supuesto, Jane se dio cuenta, pero no le importó. Se sentía feliz. Estar con Red, haber pasado unos momentos de complicidad y de fiesta con las chicas de su familia, la hacía sentirse completa.

De pronto, la idea del regreso la hizo gemir.

—¿Qué ocurre? —le susurró Red acariciándole la frente.

—No es nada, solo que me lo estoy pasando muy bien aquí contigo, con tu familia… —tragó saliva algo emocionada—. No regresaría nunca.

Un brote de ansiedad empezó a nacer en su pecho. No quería marcharse de allí. Ojalá pudiera quedarse en Montana para siempre…

De pronto, empezó a sonar una balada de Bon Jovi, Always, y Jane empezó a sonreír.

*Aquí y ahora, Jane. No pienses en Boston, piensa en Montana. Y en Red.*

Alzó la mirada y, mientras tomaba un sorbo de su cerveza, preguntó:

—¿Cuándo vas a sacarme a bailar, cowboy? —En un rápido movimiento, Jane cogió el sombrero de Red y se lo puso en la cabeza.

Los ojos de Red se agrandaron como nunca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jane algo desconcertada—. ¿Es algún rollo de “nadie toca mi sombrero”?

Luego, miró a su alrededor y tanto Daril, como Howard tenían la misma expresión de alucine que Red. Sin embargo, Tess y Phiona daban brincos de alegría, como si acabase de ganar la liga su equipo de béisbol favorito.

Él le sostuvo la mano en el aire cuando ella iba a quitarse el sombrero para devolvérselo.

—No, Jane. Déjatelo sobre la cabeza —la mirada de sorpresa de Red se transformó en una llena de alegría.

—De acuerdo —le sonrió, sin comprender qué estaba pasando—Y ahora vamos a bailar para que al menos se piensen que este rubor es por culpa de *Always*, de Bon Jovi, y no por las miradas que me echas.

—Es nuestra canción —dijo él, parándose en medio de la pista y mirándola a los ojos.

—Lo sé.

Sin decir nada más la agarró de la cintura, acercándola contra él, y bailaron junto a las demás parejas. No pudieron parar de reír y dar vueltas. La mano de Red en su cintura, su voz susurrando en su oído, el roce de sus labios en el cuello. Era más de lo que había podido desear.

Estaba siendo una noche perfecta.

Cuando la canción terminó, volvieron a la barra.

—Ahora que todo el mundo te ha visto, ya puedes devolverme el sombrero.

Ella parpadeó confusa.

—¿Sí?

Él asintió.

—¿Qué le pasa a tu sombrero?, ¿es mágico?

No pudo evitarlo, Red se echó a reír a carcajadas y luego la abrazó por la cintura, sin importarle quien estaba mirando.

Se inclinó hacia ella para susurrarle:

—Se nota que eres de ciudad, mi querida Jane —su tono era más bien divertido.

—¿Cómo? —parpadeó con rapidez, Jane.

Él carraspeó.

—Jane, Jane… —de nuevo, ese tono tan sexy, que con su aliento le acariciaba el cuello —. ¿Acaso no sabes que si te pones el sombrero… te montas al vaquero?

Ahora a quien se le agradaron los ojos fue a ella.

—¿Qué? ¿¡QUÉ!? —Miró a los hermanos McTavish, que miraban a Red como si le

hubiera salido cuernos—. ¿Ellos creen…?

—No —respondió Red, pero al ver que Jane ponía cara de alivio tuvo que confesar—: No solo ellos. Ahora lo cree todo el mundo. Acabas de declarar que eres mía.

Ella parpadeó sin saber qué decir. Y en verdad no dijo mucho cuando los labios de Red se acercaron a los suyos y tomó posesión de su boca.

Se escucharon un par de silbidos, y supo exactamente que eran Howard y Tess los que más gritaban, entusiasmados.

Jane le puso las manos sobre el pecho e intentó respirar después de que el beso la dejara totalmente noqueada.

—Cielos, Red. —Se deslizó del taburete y le tomó de la mano. Tiró de él hacia la salida —. Si creen que hoy voy montar a este vaquero… al menos voy a darme el gusto de que sea cierto.

# Capítulo 38

Pasadas las dos de la noche, Red conducía la camioneta de regreso hacia el rancho McTavish. Lo habían pasado genial en el Stallion, bailando toda la noche, una canción tras otra, pero había llegado el momento de regresar a casa.

Jane, con la cabeza apoyada en el asiento del copiloto, lo miraba sin perder detalle.

Jamás se cansaría de acariciarlo con los ojos. Esas manos fuertes y de dedos largos y elegantes, no exentas de cierta dureza a causa del trabajo puntual en el rancho, manejaban el volante con suavidad.

Oh, sí, Jane podía saber cuan suaves podían llegar a ser. Sus potentes brazos, con todos los músculos marcados, habían sido creados para abrazarla, para darle calor. Su fuerte cuello y su rostro, atractivo y al mismo tiempo jamás exento de una expresión apaciguadora y calmante, era un auténtico sueño.

Dentro del estrés de la vida diaria, Red era un bálsamo para Jane. Sólo uno de sus abrazos era capaz de hacerle olvidar todo lo malo que le había traído el día. Y un beso suyo era capaz de volverla loca. Había días en los que la ansiedad parecía vencerla. Iba naciendo en su pecho, sin razón aparente, y se iba extendiendo por sus hombros y cuello, haciendo que sus fuerzas se agotasen completamente. Una sola sonrisa de Red, unas palabras amables… Sí, él era capaz de devolverle la energía y la paz.

Tomó aire y sonrió como una tonta. Entonces, Red volteó el rostro y, ¡*voilà*! Su mágica sonrisa, llenando su alma, una vez más.

Pero pronto nació el deseo.

—¿Qué? —le dijo él.

—Nada.

—Me siento observado.

—Porque te estoy mirando. Fijamente —dijo juguetona.

Red rio y ella añadió:

—Es que cuando conduces estás muy sexy.

—¿Sólo cuando conduzco? —dijo, coqueto.

—Corrijo: Siempre estás sexy. Pero más cuando llevas ese sombrero de vaquero que… —soltó un gemido, y no dijo más.

—¿Qué estás pensando, Jane? —dijo Red, de pronto sintiendo el deseo también, recorriendo su cuerpo. Pero ella se encogió de hombros y volvió a sonreír.

—En tu sombrero sobre mi cabeza.

Red apretó el volante con más fuerza, siendo muy consciente de que no podían llegar a la casa. No en ese estado.

Pero cruzaron los límites del rancho y desde la carretera pudo verse la casa y más allá el granero. Red aparcó la camioneta junto a los establos. Giró la llave del contacto, y apoyó la espalda en el asiento, con la cabeza ladeada hacia Jane. Ella lo miraba como si tuviese delante un dónut e hiciese meses que estaba a dieta. No era así, no hacía meses que no se comía ese dónut de chocolate que tenía frente a ella, pero se había vuelto adicta y necesitaba más azúcar.

Red se dio cuenta. Ya no había nada que no pudiera saber de ella, de las cosas que expresaba su cuerpo cuando estaba a su lado.

—Mmmm… estamos lejos de la casa —dijo ella humedeciéndose los labios.

—Así no podrán escucharnos.

—¿Acaso tenemos alguna conversación pendiente?

Él asintió lentamente sin dejar de mirarla.

—Una muy interesante —Red se inclinó hacia ella y Jane se quitó el cinturón para acercarse a él.

Los ojos azules de Jane brillaban y se estaba mordiendo su labio inferior, grueso y sensual. Después se humedeció el superior con la lengua, y eso fue más de lo que Red pudo

soportar.

Los labios de Jane se entreabrieron para expresar lo que estaba pensando: Quiero montarte cowboy, pero las palabras murieron en sus labios cuando Red abrió la puerta del coche y ella suspiró.

—Demos una vuelta.

—Por supuesto —dijo sintiéndose algo desilusionada.

Caminaron por las inmediaciones de la casa principal. La noche era agradable. Aunque no había luna, pronto los ojos se acomodaron a la oscuridad. La brisa había dejado de soplar y el canto de los grillos los envolvía.

—El aire es tan puro aquí…

Red colocó la mano de Jane en su antebrazo. Había bebido, aunque sus pasos no eran tan tambaleantes como uno pudiera pensar, después de que ella y las chicas se hartaran a chupitos de tequila.

Avanzaron por el pequeño sendero que comunicaba la casa principal con los establos, y pronto Jane empezó a escuchar el sonido de los animales.

—¿Adónde me llevas? —Sonrió, emocionada al escuchar los relinchos de los caballos—. Desde pequeña siempre soñé con tener un pony.

—Todas las niñas sueñan con tener un pony —rio Red.

Jane lo miró, haciendo un puchero.

—Nunca tuve un pony —se quejó, como si hubiese sido la peor de las decepciones—. Ni siquiera me dejaron apuntarme a hípica, a pesar de que los caballos siempre fueron mi mayor pasión.

—Montas muy bien —dijo Red.

—Eso es gracias a ti.

Red sonrió, orgulloso.

—No es gracias a mí, tú tienes lo que hay que tener para entender a los caballos. No es un don del que todo el mundo pueda presumir.

Ella lo miró, deshaciéndose por el halago.

—¿Eso crees?

—Por supuesto —aseguró Red—. Todavía recuerdo el primer día que viniste al rancho McTavish —dijo—. Pensé que cuando vieras a los animales, te darían miedo—. La miró, con una sonrisa de mofa—. Ibas tan bien vestida, como cualquier chica de cuidad. Me sorprendiste gratamente.

Ella soltó una carcajada.

—No te puedes imaginar las ganas que tenía de acariciar por primera vez un caballo. No había visto ninguno de cerca. Mis padres jamás me dejaron.

—Eso no me lo dijiste.

—¿El qué?

—Que la vez que acariciaste a Winnie fue la primera vez que veías un caballo.

Jane se encogió de hombros.

—Te acuerdas de su nombre. Hace muchos años, la verdad.

—No tantos. Y cómo no acordarme, si se lo pusiste tú.

—¿Yo?

—Antes se llamaba Lucy.

Jane le dio un golpe amistoso en el antebrazo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque a partir de entonces, todos la llamamos Winnie. Jamás olvidaré ese momento —dijo él, acariciándole la mano, que seguía posada en su antebrazo—. Tus ojos eran tan hermosos, llenos de ilusión mientras ella te hacía cosquillas con el morro.

—Es un encanto.

—Pues Winnie es muy huraña, solo es amable cuando está contigo. Es como si estuvieseis hechas la una para la otra. Es el feeling del que te hablé. No todo el mundo lo tiene.

*Las veces que he venido sin ti, la he visitado y acariciado, sólo para paladear ese momento tan especial*, pensó Red.

—Aunque tu hija parece haberlo heredado.

—Me sorprendió que se entusiasmara tanto con las clases de Daril.

—Parece feliz, ¿verdad?

Jane asintió.

—Mucho, no recuerda haberla visto tan feliz en años. La adolescencia está siendo terrible. Pero estar aquí parece ayudarla.

—Ama a los caballos.

—Y a tu madre, y a Daril, ojalá… —Jane miró a Red y calló. Iba a decir que ojalá lo quisiera tanto a él como a su hermano mayor. Le dolía que lo viera como el enemigo, cuando Red hacía tantas cosas buenas por ellos.

Él pareció comprender que quiso decirle e hizo una mueca.

—Si Winnie la hace feliz, quizás podríamos seguir trabajando en ello, ¿no te parece?

Jane asintió.

—Sí, es una yegua maravillosa.

—No tanto como tú, Jane.

Jane se detuvo para mirar a Red con todo el amor que podían expresar sus ojos. Se emocionó tanto, que sintió ganas de llorar. Red era alguien muy especial para ella.

—Red yo… —empezó a decir, pero luego apartó la mirada y él se dio cuenta de que sus ojos estaban empañados.

—Eh, Jane, ¿qué pasa? —dijo él, parándose de nuevo frente a ella, para acunar su rostro entre las manos. Las lágrimas caían por sus mejillas y él no comprendía el motivo. Si hace unos minutos estaban riendo.

Jane sentía que su corazón iba a explotar. Se acababa de dar cuenta de que sólo con Red tenía recuerdos hermosos y tiernos, a excepción de los que tenía con sus hijos. Nunca, jamás, se había sentido tan unida a alguien. Llevaba años así, y… ahora que eran amantes y habían regresado al rancho… su corazón no le daba tregua.

—Nada, es que… —Dudó por unos momentos, pero supo que no podía ocultárselo por

más tiempo.

Tenía que decírselo.

Necesitaba decírselo.

Se armó de valor, porque cabía la posibilidad de que él la rechazara, pero decidió lanzarse al vació. Lo miró a los ojos.

—Red, debo confesarte algo.

Él tragó saliva. Y de pronto, sintió miedo. Un miedo atroz de que ella, de nuevo, se alejara de él. Le dijera que todo había terminado.

—Verás, George…

*Oh, mierda*, pensó Red, cerrando los ojos. Pero la confesión de Jane lo sorprendió y alzó la vista de golpe para volver a mirarla.

—George siempre sintió unos celos terribles hacia ti. Y yo… —sus palabras se convirtieron en sollozos—. Yo en esos momentos no era consciente pero, ahora sé, y estoy convencida de que llevo enamorada de ti desde el primer día que me recibiste en tu despacho para esa horrorosa entrevista de trabajo.

Red sonrió con dulzura mientras le pasaba el pulgar por la mejilla para secar sus lágrimas.

—No fue tan horrorosa.

—Fue horrible, te tiré parte del café encima…

—Sobre la mesa y no había documentos importantes.

—Tu entrepierna era importante y casi te la chamusco —Al escuchar las carcajadas de Red, ella rio también—. Lo siento.

—Puedo mentir y decir que lo había olvidado, pero imposible olvidar como me metiste mano…

—¡Cállate! —se sonrojo sin que se desvaneciera su sonrisa—. Solo intentaba secarte con la servilleta.

—Toma nota, no seques la entrepierna de otro hombre nunca más, Jane —de pronto su

mirada la dejó clavada en el sitio. Estaba bromeando, pero había algo más. Tenía que haberlo.

—Jane… —A penas le salían las palabras. No esperaba que le dijera algo así. Si ella supiera que lo suyo fue amor a primera vista, que descubrió lo dulce y maravillosa que era en esa desastrosa entrevista de trabajo. Desde ese momento no había habido nadie más para él.

Había intentado enamorarse de otras mujeres, pero fue inútil. El corazón ama lo que ama y su cuerpo deseaba lo que deseaba, solo a ella.

—Llevo años luchando entre la culpa y el deseo por ti —le confesó Jane—. Y, bueno, como no sabía si tú…

—Sí —dijo él, sin más—. Sí.

*Siento exactamente lo mismo. Te amo, Jane. Llevo años queriéndote en silencio y tampoco soy capaz de permanecer así por más tiempo.*

—Sí, ¿qué? —ella parpadeó, confusa, al ver que él parecía querer hablar, pero no le salían las palabras.

Y así fue. Red no pudo hablar. Fue incapaz. Su corazón latía demasiado rápido, sentía que le faltaba el oxígeno. No podía esperar más.

Colocó la mano en su nuca y acercó los labios a los suyos. La besó con tal pasión que ella gimió, descontrolada. El beso se tornó más y más urgente.

Desde donde estaban aún eran visibles desde la casa, por lo que Red no tardó en abrazarla y dar unos pasos hasta la pared de tablones del granero. La arrinconó mientras la besaba más intensamente y sus manos recorrían su cuerpo solo para cerciorarse de que todo aquello era real, que no era ningún sueño. Jane estaba ahí con él, devolviéndole el beso, diciéndole que lo amaba.

—Ven —la apremió, abrazándola y haciendo que ella avanzara de puntillas hacia el interior. Justo en la entrada la furgoneta de Daril les dio la bienvenida.

La empujó contra el viejo capó y siguió devorando sus labios.

—Oh, Jane —Empezó a acariciar su piel por debajo del vestido. Jane pudo sentir sus rudas manos, navegando por sus muslos, subiéndole la fina tela—. Te deseo tanto…

Jane se apoyó en los codos para mantener el equilibrio y él se inclinó más sobre ella, para

sostenerla por la cintura y besarla al mismo tiempo.

El deseo recorría el interior de Jane hasta que pronto su mente quedó en blanco. Los dedos de su cowboy se abrieron camino hacia sus bragas y tiró del elástico, desde la ingle.

—Red… —negó con la cabeza—. Mejor que… ¡Ahh!

Él capturó su boca, haciéndola callar. Sus dedos ya acariciaban su húmeda y sensible piel. Estaba caliente y dispuesta. Frotaba, de arriba abajo, toda su apertura, deteniéndose en su punto de placer, mientras su lengua hacía lo mismo con la boca de Jane.

—Eres tan excitante…

Ella gimió, echando la cabeza para atrás, cuando las manos de Red sopesaron sus perfectos pechos. Luego sintió los labios sobre un pezón. Lo mordió, lo succionó y lamió. Jane hacía esfuerzos por no gritar. Sabía que estaba a punto de correrse. Las manos de Red hacía un rato habían abandonado su sexo pero, aun así, el deseo era tan intenso que con sólo mirarlo a los ojos podría llegar a la cima.

Él se la quedó mirando, extasiado. Con el cabello revuelto, extendido sobre el capó de la camioneta roja de Daril, le parecía la mujer más hermosa de la Tierra. Tenía las mejillas encendidas y los labios hinchados. Oh, sí. Él sabía muy bien qué era capaz de hacer Jane con esos labios de ensueño. Regresó a ellos. Los lamió y los chupó y, una vez más, empezó a conquistar su piel, pero esta vez con un destino distinto. Bajó por su vientre, lamió su ombligo y llegó hasta su monte de Venus. Le bajó las bragas, lentamente. La escuchó gemir y cuando separó sus muslos y descubrió su sexo, sintió que su miembro iba a reventarle el pantalón.

—Cielos, Jane…

—¡Ah! ¡Red! —Las manos de Jane lo agarraron por la pechera de la camisa y lo obligó a levantarse—. Ven aquí.

Lo abrazó, pero se apartó de la furgoneta lo suficiente como para ir a la parte trasera. Se impulsó con ambas manos y se sentó sobre el frío metal mientras Red la miraba. Se dio cuenta que ahí había un par de mantas y las acomodó para poder estirarse sobre ellas.

—Ven aquí —estiró el brazo para que él tomara su mano.

El cuerpo de Red se arrastró sobre ella. Le besó delicadamente las mejillas al tenderse sobre ella, y después los labios.

El beso que en un principio fue suave, pronto se volvió apasionado.

Las manos de Red empezaron a recorrer la tela de su vestido, ansiosas, mientras ella echaba el cuello hacia atrás, ofreciéndose a él.

Jane no podía tener las manos alejadas de él. Le acarició el pecho, empezó en su clavícula y poco a poco fue bajando hasta dar con los botones, que empezó a desabrochar mientras él regresaba a su boca.

—Oh —Jane gimió cuando le quitó la camisa y descubrió su fuerte torso. Se separó de él para beber de su imagen.

—¿Sabes lo increíblemente guapo que eres? —le preguntó sin sonreír, pero se contestó ella misma—. No, eres tan modesto que no sabes lo jodidamente sexy que eres.

—Jane… —ronroneó complacido—, tú si eres sexy.

Era increíblemente guapo, el hombre más apuesto del mundo. Su fuerte pecho subía y bajaba, ansioso. Sus músculos, tensos, la excitaron como nunca.

De repente, él quedó sorprendido cuando lo agarró por la nuca y lo hizo girar hasta que su espalda tocó el suelo de la camioneta. Perdió el sombrero en el proceso, y ella se puso a horcajadas sobre él.

Bajó hasta cubrir su cuello y pecho de besos húmedos. Aunque pronto llegó de nuevo a sus labios. Se lo comió, lentamente, introdujo la lengua en su boca y le arrancó un gemido de placer. Luego lo miró a los ojos y alzó la mano. Cogió su sombrero y se lo puso en la cabeza.

Sonrió.

—Voy a montarte, Red McTavish.

Él se quedó unos instantes, paralizado. Lo había dicho con un tono de voz que bien habría hecho que se corriese si no dispusiera de un gran auto control.

Abrió la boca y sus manos se posaron en sus caderas desnudas. Aún llevaba las tejanas puestas, junto con los pantalones, pero no le fue difícil deshacerse de todo con la ayuda de Jane.

La miró con intensidad. Las manos subieron por sus costados hasta llegar a sus pechos, los apretó con fuerza y luego tiró del escote del vestido hasta que la tela cedió, revelando esos dos generosos montículos.

—Mmmm… —gruñó incorporándose, abrazándola mientras su boca se estrellaba contra su pecho derecho y succionaba con fuerza para después morderlo con delicadeza.

Las manos de Red empezaron a vagar por toda su piel expuesta y deshaciéndose del vestido que obstaculizaba tenerla desnuda.

Jane se frotaba contra él, moviendo sus caderas contra el miembro desnudo de Red. Oh, cuanto deseaba montarlo, perderse en ese placer.

—Antes quítate las bragas, mi salvaje amazona —rio, sensual y ella lo miró con pasión desmedida.

Fue a obedecer, pero antes de poder moverse siquiera las manos de Red rasgaron la tela hasta convertirla en un revoltillo de encaje en su mano.

Jane jadeó por la sorpresa, pero sobre todo por la excitación que recorría su cuerpo.

—¿Ya puedo? —dijo Jane con una sonrisa en los labios.

—Por favor.

—Hmmm —ella gimió, mientras se abría más para él, montándolo a horcajadas, como si fuera un potro.

Red pasó su pulgar por la hendidura y la notó tan húmeda que pudo meter su dedo sin dificultad. Tanteó el terreno para después agarrarle el trasero con las dos manos y alzarla a voluntad, para que acto seguido fuera descendiendo hasta ensartarse en su polla.

—Oh, sí. ¡Sí! —En este caso no fue Jane quien gritó, sino Red, completamente a merced de ella.

—Dios —ronroneó ella—. Te siento tan adentro.

Empezó a mecerse contra él, entrando y saliendo mientras ponía ambas manos sobre sus pectorales para mantener el equilibrio.

Red empezó a mover las caderas con tanta fuerza como ella. Fue saliendo a su encuentro

y cada embestida hizo que ella se sujetara el sombrero con más fuerza sobre su cabeza.

Las pupilas de Red se dilataron. No iba a olvidar esa visión de Jane, jamás.

—¡Ah! ¡Red! —Jane se dejó caer sobre su miembro y nuevamente logró metérselo hasta la empuñadura.

Lo miró, golosa, abriendo la boca incapaz de contener el aire que él lograba sacarle de sus pulmones en cada movimiento.

Red era tan grande, tan ancho, tan duro.

Él la miró a los ojos, pero pronto bajó la vista hacia sus enormes y temblorosos pechos. Sus manos abrazaban sus caderas, pero fueron deslizándose hacia arriba, hasta que los pulgares tocaron sus aureolas, acariciándolos a placer. Tenía los pezones duros como piedras. Pellizcó uno con los dedos, y ella soltó un gemido tan hondo que incluso pudo notar la vibración en su polla. Se mordió el labio y, al ver como Jane permanecía quieta, le golpeó en la nalga derecha.

Jane soltó una seca carcajada.

—¿Qué ha sido eso?

Él le sonrió humedeciéndose los labios.

—No te detengas. —Ella obedeció, levantándose de nuevo para volver a caer, empalándose. —Oh, sí. Así. Eso es, nena.

Le apretó las nalgas y no recordó que él le hubiera llamado nena en otra ocasión. Tampoco recordó que le hubiera ordenado montarle cada vez más fuerte y rápido.

—¿Así?

—Oh, sí —Red puso los ojos en blanco mientras los dedos se clavaban en su piel.

Para Jane, él era una visión, todo lo que había deseado.

Se inclinó más sobre él, apoyando las manos a ambos lados de su cabeza y movió las caderas con más rapidez.

Red estaba fascinado. Sus pechos se agitaban cerca de su cara. Se los cogió con las manos y los apretó.

Jane buscaba el roce más placentero. Era tan grande que llegaba a lugares que de otra

manera y en otra postura no llegaría.

—Aaah, aaah, aaah —gemía Jane, al tiempo que se movía cada vez más y más rápido. Volvió a incorporarse y se sujetó de nuevo el sombrero mientras daba saltitos sobre su polla—. Oh, esto es… ¡Ah!

—Sí, lo es —dijo Red sin aliento, sabiendo perfectamente a qué se refería.

Red empezó a notar cómo el orgasmo lo sobrevenía. Pero quería aguantar. Sabía, notaba que ella estaba a punto de correrse.

—¡Dios, Red! —gimió, aumentando más el ritmo. Se sentía tan llena, tan borracha de él, tan poderosa.

Una fuerte oleada estalló en su interior, enloqueciéndola. Se movió más rápido, en busca de la cresta de esa ola, y cuando logró deslizarse sobre ella, gritó.

Red sintió el maremoto, rugiendo sobre él, inundándolo completamente con su caliente humedad. No pudo hacer más que unirse a ella en el placer más exquisito.

—Sí, sí… siento como palpitas —buscó su boca para besarla profundamente.

El orgasmo duró más de lo que ambos habrían imaginado. No parecía que hubiese forma de detenerlo. Fue creciendo hasta que se diluyó como la espuma en la arena.

Jane se dejó caer sobre el duro y sudoroso pecho de Red. El sombrero cayó sobre el suelo de la camioneta, junto a ambos. Un minuto después, se miraron a los ojos, aún jadeando.

—¿Qué tal monto, cowboy?

—Eres una auténtica amazona.

Se rieron entre besos y caricias.

Luego, poco a poco una sonrisa nació en sus labios y de nuevo, las bocas se unieron en un largo y húmedo beso que presagiaba más y más deleite.

—Jane —dijo, abrazado a ella—. No quiero separarme de ti. Jamás.

Jane cerró los ojos y sintió un enorme alivio.

—Tampoco yo, Red. Pero debemos hacer las cosas bien.

Él la miró a los ojos.

—Estamos haciendo cosas bien, Jane.

La luz de la luna hacía ya tiempo que había dejado a solas a los amantes cuando dio paso a la luz violeta del amanecer.

Fue entonces, cuando ambos salieron de los establos, de la mano, y entre risas, pero a escondidas, como dos adolescentes que están empezando a descubrir el amor.

Y en verdad, así era.

# Capítulo 39

El día amaneció con un sol radiante. Sus potentes rayos entraban por la ventana, directos hacia la cara de Jane. Al parecer, el astro rey estaba de tan buen humor como ella, a pesar de que el sueño aún la mantenía cautiva entre las sábanas.

Suspiró y estiró el brazo hacia la mesita de noche para coger su teléfono y mirar la hora. Se escandalizó al ver que eran las diez y media de la mañana. ¡Dios! ¡No podía levantarse a esas horas!

¿Cuánto tiempo llevaba sin retozar en la cama? Desde que nació Violet, es decir, casi dieciséis años, excepto momentos puntuales de los cuales ni se acordaba. Pero lo que sí era cierto es que había olvidado por completo la sensación de relajación matutina, cuando sabes que al día siguiente no tienes ninguna obligación además de hacer lo que te dé la gana.

¿Regresarían esos tiempos? Sólo Dios lo sabía.

Suspiró, e iba a dejar de nuevo el teléfono en su sitio cuando de repente, el aparato vibró en su palma.

RED: Los niños han desayunado hace ya un buen rato. Descansa todo lo que necesites, hoy es domingo.

Tras la frase, un emoticono de carita sonriente guiñando un ojo, y un hermoso y rojo corazón.

De nuevo, esa sensación de plenitud y paz que sólo Red podía darle.

Instantes después, se puso roja como un tomate al recordar lo sucedido la noche anterior, en los establos. Le dolía un poco la cabeza por la resaca y se había sentido culpable por dormir

más de la cuenta, pero él, una vez más, le había robado la ansiedad. Como siempre hacía.

Sonrió y, después de desperezarse, salió de la cama. Se puso unos vaqueros ajustados, unas botas tejanas que le regaló Red el año pasado y que le sentaban de maravilla y una fina camisa blanca de verano. Se lavó la cara y al ver que su rostro parecía el de un mapache borracho, se puso un poco de corrector de ojeras y algo de maquillaje que contenía protección solar. Se miró el pelo y se le ocurrió la idea de hacerse dos trenzas. Al ver el resultado, sonrió de oreja a oreja y se encaminó hacia las escaleras, feliz de estar allí.

Se quedó parada, de pie en la cocina, al ver que todos parecían haber desayunado. A excepción del hermano menor.

—¡Edgard! —Se sorprendió al verle.

—Jane… —a pesar de que parecía más demacrado de lo habitual, la recibió con una agradable sonrisa.

Estaba sentado a la mesa de la cocina y ella se acercó para besarle. Un beso ligero justo antes de sentarse a su lado.

—¿Qué tal en Boston? —su tono fue mucho más serio que el saludo, puesto que le estaba preguntando inequívocamente por su salud.

—Bien, volvimos de madrugada. Para variar me han hecho innumerables pruebas. Como si fueran a servir de algo.

La mano de Jane voló hacia su antebrazo.

—Servirá, ya lo verás. Ten un poco de fe.

—Sí, gruñón. Ten un poco de fe en tu fisioterapeuta —Gwen apareció en la cocina y por la cara de sueño que tenía, estaba buscando café—. Buenos días Jane, me alegro de volver a verte.

Jane iba a responderle, pero las palabras de Edgard la distrajeron.

—¿Fisioterapeuta? —Edgard miró a Jane—. Más bien mi carcelera.

—Te he oído —gruñó Gwen.

—Sabes lo poco que me importa que me oigas.

Jane ocultó una sonrisa dejando que su mano acariciara sus labios.

—¿Siempre estáis tan… animados de buena mañana?

—Oh, por las noches es peor —dijo Gwen feliz de haber encontrado la cafetera—, por la noche berrea a la luna.

Edgard puso los ojos en blanco, pero cuando Gwen se acercó con unas pastillas que le puso en la mano, él la miró con cara de muy pocos amigos.

—Te toca.

—No quiero esta mierda.

Sí, definitivamente la expresión del cowboy había cambiado.

—Y yo te dije que quiero que te las tomes. Son la dosis correcta y te la iré bajando si desaparece el dolor.

—¡El puto dolor no desaparece nunca!

Jane sintió una profunda lástima por Edgard. Ella le conocía desde hacía años, sabía lo gracioso y animado que era siempre. Pero Red tenía razón, este Edgard empezaba a ser un desconocido para todos.

Pero…

Gwen se inclinó sobre él, y su cara de pocos amigos acojonaba más que la de Edgard.

—Te tomas las putas pastillas, ¡ya!

…quizás hubiera esperanza.

Por fortuna, el silencio ominoso desapareció de la cocina cuando Red y su madre regresaron de hacer la compra. Jane no dudaba de que Gwen fuera buena en su trabajo, pero… ¡Dios mío! ¿quién demonios aguantaría un ambiente tan tóxico?

—Hola Jane.

—Red —sonrió Jane y él la miró como si acabase de ver a una diosa.

Entró en la estacia con unas bolsas en las manos y Mag lo hizo con otras tantas, contenta,

como siempre. Besó a Edgard y saludó a Jane tocándole el hombro con afecto.

Gwen también saludó a los recién llegados. Al parecer Mag y Red estaban muy satisfechos de los avances que había hecho con Edgard. El único que no parecía estarlo con su presencia era el propio paciente.

—Nos tenemos que ir a hacer los ejercicios… —empezó a decir Gwen, pero antes de poder terminar, Edgard ya resoplaba.

—¿Sabes que es domingo?

—Ah —fingió estar interesada en el tema—. ¿Quieres decir que tengo que curarte para el resto de la semana, pero si te duele en domingo…?

—¡Dios! Ya me levanto —dijo sabiendo que esa batalla estaba perdida.

Mag miró a Gwen y se mordió el interior de la mejilla para no echarse a reír.

—Pasad un buen día —dijo Gwen saliendo tras su paciente.

Los tres que quedaron en la cocina se miraron, pero no hicieron ningún comentario sobre Edgard. El momento era complicado, pero todos tenían esperanzas.

—¿Habéis ido de compras?

—Lo necesario para la comida —dijo Mag.

Red sonrió a Jane y señaló las innumerables bolsas con la cabeza, como diciendo: *de indispensable, nada*.

Se acercó a ella y no pudo evitar darle un beso en la mejilla. Jane se tensó un poco, aunque recordó que sus hijos no estaban.

—¿Dónde están los niños? —No se había preocupado, porque dedujo que estarían con Daril y los caballos.

Mag asomó la cabeza de detrás de la puerta del armario, donde estaba colocando algunas conservas en las baldas.

—Violet ha ido con Phiona a visitar la clínica de Tess, al parecer, ha tenido una urgencia con uno de los *border collie* de los McPherson.

—Le encanta estar con Phiona —dijo, algo triste, porque a Jane le habría gustado

saludarla—. ¿Y Tobbie y Klaus?

—Los dos muchachos se han ido con Howard y Daril a limpiar los establos del señor Curtis. Estarán por ahí, correteando.

Hacía meses que Mag y el padre de Tess mantenían una relación sentimental, pero cada uno deseaba mantener su intimidad y vivir en su rancho. Se visitaban a diario, y aunque Mag seguía llamándolo señor Curtis, cuando lo hacía, sus mejillas recobraban el color de la juventud.

—Espero que no le causen ningún estropicio —temió Jane.

—Y yo espero que no te asustes cuando veas las picaduras que tiene Klaus —rio Mag—. No tuvo otra idea que jugar a las trincheras con las balas de paja del granero y el pobre está lleno de rojeces.

—Chinches de la paja —aclaró Red, y ella abrió mucho los ojos, de pronto angustiada.

—Cielos…

—No te preocupes —le restó importancia, Mag—, es algo normal, no hay McTavish que se precie que tras retozar en el granero no haya salido lleno de ronchitas rojas.

Jane tragó saliva y de inmediato se miró los brazos con disimulo, en busca de esas delatadoras picaduras. Red se dio cuenta y rompió a reír.

—¿Qué sucede? —preguntó Mag, extrañada.

Jane se puso colorada y Red volvió a reír. Si Mag se dio cuenta de lo que estaban pensando, no digo absolutamente nada, y también disimuló cuando vio claramente que Jane pellizcaba la pantorrilla de Red para amonestarlo.

***

Después de desayunar, Red llevó a Jane a los establos.

—¿Qué has planeado? —le dijo, curiosa.

—Hoy es domingo, y quiero llevar a mi chica a dar un paseo a caballo, para poder presumir ante ella de mis extensas tierras.

—No necesitas presumir para tenerme encandilada, Red McTavish —dijo entrando delante de él en el establo.

—Cierto. Pero antes, debes aceptar algo que tengo para ti.

Jane caminó intrigada por el interior de los establos guiada por Red. Sus pasos los llevaron a un cubículo en concreto y se le encendieron las mejillas cuando él la arrinconó contra las tablas.

—¿Estás preparada?

—¿Para qué? —dijo mirándolo a los ojos.

—Para mi sorpresa.

Antes de que ella pudiera contestar, él abrió la puerta y se encontró el cajón ocupado por Winnie, perfectamente enjaezada para ella. Sobre la bala de paja, había un sombrero de color blanco con una nota que ponía: Para mi jinete.

—¡Red! —exclamó dándole un manotazo en el hombro.

Él no pudo evitar echarse a reír ante el entusiasmo de Jane. Pensó que le gustaría, pero no tanto como para dar saltos hacia Winnie y el sombrero.

Antes de que Jane lo alcanzara, Red cogió el sombrero y se lo puso en la cabeza.

—Aunque me parece muy excitante que te pongas el mío, es necesario que cuando estés en este rancho, lleves el tuyo propio. Hace un sol de justicia.

Ella se tocó el ala blanca mirándolo orgullosa, y luego ladeó la cabeza para hacer morritos.

—¿Me queda bien? —preguntó.

—Mejor que bien.

En ese momento Winnie resopló a su espalda. Luego notó como le quitaba el sombrero. Se dio la vuelta y vio a la yegua, sosteniéndolo entre los dientes y cabeceando.

—Winnie… —dijo, a modo de disculpa —le acarició el morro y la yegua le devolvió el sombrero—. He sido una desconsiderada, le he hecho más caso al sombrero que a ti. Mi querida yegüita.

Red no pudo dejar de mirar la tierna escena con unos ojos que expresaban todo el amor que sentía.

—Y ahora, vamos a montar.

Jane miró a Red y sus palabras hicieron reaccionar su cuerpo.

—Vamos, sabes lo mucho que me gusta montar —le guiñó un ojo y Red se apresuró a ir a por su montura. Si se quedaba, no saldrían de ahí, jamás.

Tras media hora de trayecto a lomos de Winnie, Jane parecía haber olvidado todos y cada uno de sus problemas. El impresionante paisaje de Montana era magnífico, sublime. Aquellas altas montañas que rodeaban el valle de los McTavish, parecían querer arañar el cielo con sus cumbres siempre nevadas. Ante ellos se extendían unas enormes planicies, salpicadas por algunos pequeños bosques y a lo lejos podía verse un río que ondeaba, esquivando pequeños oteros, y que resplandecía bajo la luz del sol como si fuera de plata.

—Tenías razón, sin el sombrero creo que no habría sobrevivido.

—Ni sin la crema de protección solar, créeme.

Red llevaba de todo en las alforjas, incluso un bote de crema protección 50 que casi le había obligado a ponerse en cara, brazos y nuca. Aunque el lugar de destino aún era una sorpresa, y lo que llevaba también.

—Quiero saber adónde vamos —se quejó Jane, acompasando sus caderas a la cómoda cadencia de Winnie, que avanzaba a paso ligero.

—Eres muy impaciente, y demasiado curiosa, ¿lo sabías?

—Red…

—Vamos a un sitio precioso. Luego ya se verá.

—¿Qué puede haber más precioso que esto? —dijo Jane, mirando en derredor con los ojos colmados de toda la belleza que la rodeaba—. Todo esto es… más que maravilloso. Es como el cielo en la Tierra.

Red miró a Jane mientras cabalgaba. Ella apreciaba la magnificencia de la naturaleza.

¿No sería maravilloso dejar Boston y compartir todo esto con Jane y los niños? Ese era su plan, un buen plan. Pero todo a su tiempo. Sí le soltaba la idea de abandonar la ciudad, se negaría de pleno. Pero con el tiempo… estaba convencido de que a Jane le encantaría la tranquilidad de ese lugar.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Jane, al ver que él de pronto se había puesto pensativo.

Él inspiró con lentitud.

—Para nada.

Hubo un pequeño momento de silencio, hasta que Jane regresó la vista al río.

—¿Una carrera? —preguntó, y él tragó saliva.

—¿Eh? ¿Cómo dic…?

No hubo terminado de hablar cuando Jane azuzó a Winnie, y esta rompió al galope.

—¡Jane, espera! —gritó Red, azuzando a su semental alazán, para seguirla.

No se lo había dicho, o bien por olvido o porque tampoco había planeado que a ella se le ocurriera algo así, pero Winnie era muy competitiva y… se encabritaba cuando algún otro caballo intentaba llevarle la delantera. Jane sabía algo de hípica, pero… ¿podría soportar el brío de esa endemoniada yegua?

Ya era tarde para evitarlo, ese animal con Jane encima ya había roto en un galope largo y estaban casi a punto de llegar al río.

—Santo Cielo, Jane —dijo Red, al llegar a su altura, minutos después, con la mano en el corazón, que latía desbocado—. No vuelvas a hacer algo así.

—¿El qué? —le preguntó, extrañada, como si nada.

—Galopar de esa manera.

Jane lo miró, aún más extrañada.

—Estamos en Montana, en tu impresionante rancho y ¿no puedo galopar?

Red no le vio pegas a esa lógica, así que no contestó. Se limitó a respirar para quitarse los nervios y luego bajó del caballo.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó ella.

—Sí, al parecer Winnie me ha fastidiado la sorpresa.

El animal resopló, mientras metía el morro en el agua.

—Eso es porque ya habías estado aquí con ella, ¿verdad?

—Cierto —respondió Red, sacando unas toallas de las alforjas para extenderlas en el suelo—. Los caballos suelen regresar a los lugares que conocen.

Jane sonrió de oreja a oreja.

—Pues es el sitio más bonito que he visto jamás. Gracias por traerme, Red.

El río se doblaba suavemente, formando una pequeña playa de pequeñas piedrecitas de color gris, como si fueran millones de perlas. Jane jamás había visto algo así. Además, la humedad hacía que resplandecieran al sol, dándole un brillo como si realmente el río fuera de plata. Se encontraban justo debajo de un pequeño bosque de álamos, a resguardo del sol. La suave brisa hacía susurrar a las hojas. Jane cerró los ojos, para sentir el viento en la cara. Cuando los abrió, quedó sorprendida.

—Red —musitó.

—Sssh —dijo él—. Quédate quieta.

Un precioso ciervo se había acercado al agua, a la otra linde, y en estos momentos mantenía el cuello alzado y movía los belfos en busca de algún olor que le permitiera detectar el peligro.

—No nos ha percibido porque tenemos el viento a favor —susurró, en su oído.

Jane vio como el animal, elegante y bello, se relajaba para acercar su hocico al agua. Después se alejó, y desapareció entre los árboles, como si jamás hubiese existido.

—Ha sido… mágico.

Red la cogió de la mano.

—¿Ves, el otro lado? —lo señaló.

—¿Te refieres a más allá del río?

—Exacto. Este río hace de frontera con la reserva Crow.

—Es decir, que donde ha estado el ciervo, es territorio indio.

—Exacto.

—¿Es donde vive Jeff, el del Stallion?

—Hace poco se mudó a la ciudad, pero allí viven toda su familia.

Jane se volvió hacia Red y lo rodeó con los brazos. Luego lo miró, pícara.

—¿Y crees…? —empezó a decir—. ¿Crees que a los Crow les importará que nos bañemos en sus aguas y tomemos el sol desnudos?

Red soltó una carcajada.

—Puede que no les haga mucha gracia, pero te aseguro que por aquí no suele acercarse nadie.

—Entonces… —siguió diciendo Jane, mientras con el dedo índice le desabrochaba un botón de la camisa, y luego otro—, ¿por qué no nos damos un baño e intentamos no delatar nuestra presencia haciendo señales de humo?

—No tenía intención de encender ninguna hoguera, pero…

—Ah, ¿no?

Jane besó a Red, y él gimió contra su boca. Luego se separó de él y lo miró con coquetería.

—Primero vamos a darnos un baño y luego ya encenderemos el fuego —Ambos sabían que no se refería a eso en el sentido literal.

Soltaron a los caballos que, acostumbrados al lugar, no se alejaron y se quedaron pastando por las inmediaciones.

—No me puedo creer que te hayas acordado de traer el bañador.

Miró a su alrededor, y vio que también había extendido sobre la hierba una amplia manta de picnic.

—Bueno —rezongó, acercándose a Jane—. Podríamos hacerlo desnudos…

—¿A la luz del sol? Ni hablar —lo miró escandalizada y Red soltó una carcajada.

—Ayer no parecías tan mojigata.

Jane le sacó la lengua y corrió hacia el agua.

Rieron, chapotearon y… tras disfrutar nadando un buen rato, la naturaleza hizo lo propio. No pudieron hacer otra cosa que acercar sus cuerpos.

—Red —jadeó Jane, mientras lo acariciaba, absolutamente embelesada.

Él la besó con ternura mientras sus manos sentían el frescor de su piel.

—Empiezo a pensar que ha sido muy mala idea que trajera los bañadores.

Ella asintió.

Estaba duro y caliente, tanto que hasta podría hacer hervir el agua.

—Si quieres, puedo arrancártelo —dijo, y ella lo salpicó con el agua.

—¡Serás…! —empezó a perseguirla. Ella nadó entre risas, alejándose de él, pero logró cogerla por el pie.

—Ven aquí —la atrajo hacia sí y la rodeó con los brazos, aprisionándola.

Se besaron con ganas.

—Red… —jadeó ella, cuando sus manos se abrieron camino hacia uno de sus pechos.

—Haces que no pueda controlarme —gruñó él, contra su boca.

—Pues no lo hagas.

Pero de repente, empezó a sonar un teléfono. Al principio lo ignoraron, pero Jane miró hacia la orilla.

—Nooo —gimió Jane.

—Ignorémoslo —suplicó Red, contra su boca.

—No puedo. ¿Y si son los niños?

Red lo entendió y la dejó marchar.

La vio secarse las manos con la toalla antes de coger el teléfono y remarcar. Desde la distancia, pudo distinguir también como su rostro se volvía blanco como la cal.

*¿Qué demonios te crees que estás haciendo, zorra?*

# Capítulo 40

—Te dije que nos íbamos de vacaciones tres semanas y te pareció bien —dijo Jane, con voz temblorosa.

De todos los males habidos y por haber, que George la llamase cabreado mientras ella se acababa de besar con Red en el río, era uno de los peores.

—Pero no que te ibas con tu jefe al que te tiras.

—No me tiro a mi jefe —mintió. ¿Qué otra cosa podría decirle?

Se llevó la mano libre a la cara y sus labios empezaron a temblar.

—¡Embustera! —gritó George, al otro lado del teléfono—. Acabo de hablar con Violet y, ¿sabes? Me ha dicho que no estás con ella, ni con Tobbie ni Klaus. ¡Eres una zorra, Jane!

—Yo…

—Tenemos tres hijos, a los que desatiendes para irte con tu novio, y por el que rechazaste volver conmigo. ¿Acaso la familia no te importa? Teníamos una familia y lo has echado a perder.

—No te atrevas a juzgarme, George —le gritó ella.

¿Cómo se atrevía a decirle esas cosas?

¿Cuántas veces le había sido él infiel? Lo único que cabreaba a George de verdad era que esta vez sus ruegos y súplicas no habían funcionado. No lo había recibido con los brazos abiertos después de su cana al aire, y no lo podía soportar.

—Por supuesto que me atrevo a juzgarte. Te recuerdo que eres madre…

—Ser madre no me quita el derecho a ser feliz.

—¿Feliz abriéndote de piernas para ese…?

—¡Basta! —dijo desquiciada—. Ya es suficiente.

Pero para George no era suficiente, ni por asomo.

—Deberías estar con tus hijos y no retozando donde quiera que estés, con el capullo de

Red.

—No hables así, no es justo.

—¿Sabes qué será lo justo? Las pruebas que reuniré y demostrarán que me estás poniendo los cuernos. Porque no te olvides, aún estamos casados. Y si no rompes en pedazos los papeles del divorcio, te juro Jane que solicitaré la custodia de los niños y el juez me la dará.

—No puedes hacer eso.

George la ignoró.

—¿Sabes por qué me la dará? —se jactó—. Porque las perras infieles no gustan.

George colgó la llamada.

Jane sintió auténtico terror. Ahora que ese hombre había mostrado el monstruo que realmente era, le aterró la idea de que se quedara con los niños.

Histérica, le empezó a temblar la mano.

Tenía que pensar. Tenía que…

Empezó a llorar y sus rodillas empezaron a fallarle y se quedó quieta, temblando como una hoja, junto a la preciosa manta de picnic que Red había preparado con tanto cariño.

Si no fuera por los fuertes brazos de Red se habría caído de bruces.

—Jane… —la acunó contra su pecho y ella se echó a llorar sin consuelo.

—Oh, Red. ¿Qué puedo hacer? —Se dejó consolar por largos minutos.

Red era tan bueno, que no se merecería a alguien como ella, con tantos problemas y tantas cargas sobre su espalda. Él merecía a una chica alegre, con la que pudiera disfrutar de un noviazgo normal, y no a escondidas, y encima que los momentos más bonitos fueran interrumpidos por un exmarido desquiciado y vengativo.

Red la besó en la coronilla mientras le daba calor entre sus brazos.

En ese instante, se sintió reconfortada. Siempre la hacía sentirse así pero, ¿era justo para Red?

Él, ajeno a sus convulsas emociones, la abrazó consolándola mientras seguía llorando en silencio.

—Sssh, ya pasó. Lo que quiera que sea, ya ha pasado Jane —decía Red, mientras tomaba sus mejillas entre las manos—. Ya está. Ya está.

Más calmada, se atrevió a alzar el rostro para mirarle a los ojos. Ahí vio preocupación, pero también calma.

—¿George se ha vuelto a comportar como un idiota? —preguntó, y ella sollozó de nuevo, asintiendo.

—Es un gilipollas —logró decir, entre hipos.

—Pero eso ya lo sabíamos —respondió él.

—Sí, es cierto.

—Olvídate de él. Estás en Montana, conmigo.

—Ya, y no debería. —Esas palabras le dolieron hasta a ella—. Perdóname, yo no pretendía…

No debería haberlo dicho. Porque pensó que Red creía lo que no debía creer. Que ella no deseaba estar allí, con él. Nada más lejos de la realidad.

—Perdón. No es que no quiera estar aquí, Red.

—No me lo cuentes si no te apetece, sólo necesitas saber que siempre estoy aquí.

—Me… Me recrimina que ahora no estoy con los niños. Me ha… insultado. Me ha dicho… —hipó de nuevo intentando respirar profundamente—. Quiere la custodia total de los niños.

Él la cogió del rostro y la obligó a mirarle.

—Tanto él, como tú y yo sabemos que sólo lo dice para hacerte daño. No se lo permitas, Jane. No permitas que se salga con la suya. No le des ese poder.

Ella tomó aire y lo expulsó lentamente.

—Tienes razón.

—No tiene ningún derecho a hacerte esto.

—No, no lo tiene —negó con la cabeza, convencida.

Red la se acercó más a ella besó sus labios. Estaban salados a causa de las lágrimas

derramadas. Besó sus pómulos, sus mejillas, sus ojos, uno a uno, y la punta de su nariz.

La abrazó, para hacerle saber que estaba ahí, que siempre estaría para reconfortarla.

—Volvamos a casa —dijo Red mientras su mente funcionaba a mil por hora. Porque eso no iba a quedarse ahí.

Si George quería guerra… la iba a tener. Para su fortuna, los McTavish tenían dos excelentes abogados. Eli y su cuñado Hug. George le iba a pedir perdón de rodillas a Jane cuando terminaran con él.

***

Lejos de lo que George pretendía, y sabiendo que se había ido de viaje de negocios y que no iba a volver en una semana, Jane decidió alargar las vacaciones.

Los niños estuvieron entusiasmados con la idea, a excepción de Violet que no vio nada bien que la obligaran a hacer actividades para las cuales se consideraba demasiado mayor.

—¿Qué? —exclamó Violet, desilusionada—. ¡Tengo casi dieciséis años, no quiero ir a un parque de dinosaurios animatrónicos! ¡Eso es para bebés!

Todos en la mesa de desayuno se quedaron mirando la reacción de Violet.

—A Tobbie le apetece mucho ir, cariño —dijo Jane—. Le encantan, y dice que de mayor quiere ser antropólogo.

—¿Por qué no puedo quedarme con Phiona y Tess?

—Porque vamos a pasar un día en familia —le respondió Jane.

Violet la miró fijamente.

—¿Familia? —Luego miró a Red, que casi se atragantó con el café con leche—. ¿De qué familia me hablas, mamá?

Jane se encendió por dentro.

—¿Podrías dejar de ser tan egoísta y hacer algo por tus hermanos alguna vez, Violet?

La niña la miró indignada. Y menos mal que Klaus la interrumpió, porque había estado a

punto de decir que no era ninguna egoísta, pues muchas veces se quedaba al cuidado de sus hermanos pequeños mientras su madre trabajaba.

—¡Yo quiero montar en dinosaurio! —gritó Klaus, dando saltos alrededor de la mesa de la cocina.

—A mí me gustaría practicar en una excavación.

—Es para niños pequeños. No son excavaciones de verdad.

—¡Violet! Tus hermanos son niños pequeños.

—¡Yo ya soy mayor! —se quejó Tobbie—. Pero me encantaría ir a ese parque —añadió mientras Violet ponía los ojos en blanco.

Red se terminó el café y dejó la taza sobre la mesa. Mejor no intervenir. Pero Violet lo metió en la conversación.

—Ha sido idea de él, ¿verdad? —lo señaló con rabia— ¡Sólo quiere fastidiarme! ¡Le caigo mal!

—Bueno, se acabó. Vete a tu habitación, Violet —dijo Jane, roja de vergüenza.

La chica miró a su madre como si la hubiese traicionado para ponerse de parte de ese hombre, que no era sangre de su sangre. Se puso en pie dando un golpe en la mesa y salió de la cocina corriendo. Red se quedó quieto como un pajarillo delante de un zorro. ¿Qué demonios acababa de pasar?

Cuando alguien entró en la cocina, cuatro pares de ojos miraron a la recién llegada. Pero no era Violet, sino Phiona junto a su madre Mag, que los miró preguntando qué tragedia había azotado el lugar.

—¿Qué le pasa a mi amiga Violet?, ¿y por qué acaba de subir llorando las escaleras?

Red suspiró y Jane cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz.

—Lo siento muchísimo —dijo.

—Deberías decirle que las adolescencias difíciles pasan —empezó a decirle Red a Phiona —. Cuéntale a Jane sobre tu adolescencia. No fue… digamos que…

—¡Uf! —Phiona se acercó a Mag y le dio un fuerte abrazo—. Mamá, te quiero hasta el

infinito y más allá. Y siento muchísimo haber sido una adolescente tan problemática.

Mag miró a Jane, que miró a madre e hija, emocionada.

—¿Lo ves? —le dijo—. Todo pasa.

—Voy a hablar con ella —dijo Phiona, guiñándole un ojo a todos—. Seguro que logro convencerla, no os preocupéis.

Una hora después, Jane pensó que era cierto. Phiona tenía un don para controlar a Violet. Al parecer era la tía guay que podía decirle cualquier cosa y no pasaba nada. Hasta podía convencerla a ir al parque de dinosaurios.

Llegaron a media mañana. Estaba relativamente cerca del rancho, a una hora de camino por carretera. Nada más aparcar, se dieron cuenta de que todo parecía estar pensado como si fuera una copia de la famosa película Jurassic Park. En la entrada, había una reja electrificada con un cartel que ponía “PELIGRO, DINOSAURIOS”

—¡Guau! —exclamó Klaus, y Violet puso los ojos en blanco.

Lo primero que hizo el enano fue engancharse a la reja electrificada con las dos manos.

—¡Aaaaaggghhhhh! —gritó, mientras se convulsionaba y la gente que pasaba a su alrededor lo miraba, espantada.

Red rompió a reír, y Jane lo miró con severidad.

—Vale, vale… —se excusó, poniendo las manos en alto—. Ya no me hace gracia.

—Klaus, deja de hacer eso.

Violet sonrió, sarcástica.

—Ya verás qué divertido será cuando los seguratas nos echen fuera. El demonio de Tasmania se montará en el T-Rex, eso seguro.

Red miró a Jane, para transmitirle calma. Ella se lo agradeció.

La visita fue más divertida y agradable de lo que Violet creyó en un principio. El lugar estaba en plena naturaleza, cada uno de los dinosaurios estaba perfectamente caracterizado y sus

movimientos eran muy realistas. De hecho, en la zona de los velocirraptores, había personas disfrazadas y aparecían de repente de entre los arbustos, dando auténticos sustos a los niños. Había varios sitios para que los más pequeños jugaran a las excavaciones, y Tobbie se dispuso a ello.

En un momento dado, apareció un raptor, corriendo por el camino, Violet empezó a reír a carcajadas cuando Klaus, lejos de asustarse, fue quien se enfrentó al bicho y acabó por perseguirlo.

—¡Klaus! —gritó Jane, muerta de vergüenza.

—No te preocupes —dijo Red—, no puede salir de aquí, y el circuito está cerrado.

Violet miró a Red haciendo una mueca y se cruzó de brazos.

—Hay muchos niños que han desaparecido en lugares como este —le dijo—, y no los han vuelto a ver jamás.

—¡Violet! —exclamó Jane, aterrorizada.

—¿Qué? —se quejó, la adolescente—. Lo he visto en las noticias.

—Entonces ves a buscar a tu hermano.

Violet puso los ojos en blanco, que es lo que mejor hacía últimamente, y empezó a caminar en su dirección, enfurruñada.

—No sé qué hacer con ella, Red —dijo Jane, frustrada—. Nunca está contenta.

Él la miró con cariño.

—Sólo tener paciencia, Jane.

—Tengo mucha, pero con Violet…

En ese momento, Red sintió unos pequeños toquecitos en su costado. Cuando miró hacia ese lado, vio a Tobbie, estirándole de la camisa.

—Esto… —empezó a decir, con cara de preocupación—. Creo que por allí viene el pulpo.

—¿Cómo dices? —le preguntó Red.

—Dice que va a caer la del pulpo —Jane señaló unos nubarrones negros con el dedo y de

pronto, empezó a soplar un fuerte viento.

Red se rio por la ocurrencia.

—Pues… parece que sí.

Diez segundos después, el cielo pareció abrirse en dos y todo alrededor se volvió oscuro, casi como si fuera de noche. Luego, una gran cortina de agua cayó sobre ellos, dejándolos empapados. La gente de alrededor empezó a correr de un lado a otro, intentando meterse en donde podían. Jane y Tobbie corrieron hacia un coche de *attrezzo*, un todoterreno con el logotipo del parque en uno de sus costados.

—No os mováis de aquí —les dijo Red, mientras madre e hijo se acomodaban en los asientos traseros, resguardándose de la lluvia—. Mirad, aquí hay una linterna. —Estaba en el asiento de atrás, de adorno, pero para sorpresa de todos, se encendió cuando Red activó el interruptor.

Tobbie se puso blanco como la cal.

—¡No! —gritó—. El T-Rex es casi ciego, pero sí distingue el movimiento. Y la luz…

Red y Jane se miraron. Tenían ganas de reír, pero Tobbie parecía tan impresionado que se abstuvieron a hacerlo. En realidad, el ambiente era muy propicio al miedo. La selva donde estaban esparcidos los animales estaba muy bien recreada, los dinosaurios eran muy realistas y por todo el parque había altavoces que simulaban sus rugidos. Tobbie era un niño muy sensible y Jane lo abrazó.

—No te preocupes, cariño. —Lo besó en la mejilla—. Nada de esto es verdad.

Tobbie rio nervioso.

—Voy a ir a buscar a Violet y a Klaus, estarán empapados.

—Vale —dijo Jane.

—Llévate tú la linterna —le dijo Tobbie, ofreciéndosela—. Por si acaso.

—Gracias amigo.

Después de guiñarles el ojo y revolver el pelo de Tobbie, Red partió en busca de los niños.

—¿Violet? ¡Tobbie! —No hubo suerte.

Estuvo alrededor de cinco minutos recorriendo el camino marcado. El parque era bastante grande, y estaba bien señalizado, pero la cortina de agua que caía sobre él no le permitía ver a más de metro y medio de distancia, ni siquiera enfocando los carteles con la linterna. De repente, se topó de lleno con una tienda de campaña medio desmontada. Era otro de los elementos de *attrezzo*. Cuando vio que se movía por dentro y escuchó risas y un quejido femenino, enseguida se dio cuenta de que Violet y Klaus estaban allí. Red corrió a su encuentro. Cuando logró abrir la cremallera, lo hizo de súbito. Violet dio un grito.

—¡Joder! —exclamó—. Me has dado un susto de muerte.

—¡Esa boca! —gritó Klaus, riendo. Red se alegró de que, a pesar de la palabrota, la jovencita expresara alivio en su cara al verle.

—Madre mía —dijo, entrando y cerrando tras de sí—, tenéis pinta de que os haya comido un dinosaurio y después os haya escupido —dijo, mirándolos de arriba abajo.

Los niños estaban completamente empapados y llenos de barro. El suelo de la tienda era un lodazal y en el techo había goteras.

—El enano no ha tenido mejor idea que revolcarse hasta quedar como un cochinillo, luego yo he tropezado y me he hecho sangre—. Violet le mostró el codo con una raspadura.

—Déjame ver —dijo Red.

La niña pareció dudar, pero luego dejó que le mirara la herida.

—Mejor será lavar y desinfectar —dijo Red—, seguro que por aquí habrá algo… que nos servirá.

Miró en derredor y, en efecto, todo era decorativo. La tienda de campaña estaba llena de objetos de paleontología, un viejo monitor, varias garras de velocirraptor de cartón piedra que ya se estaban echando a perder por el agua, instrumentos de excavación y… ¡Bingo! ¡Un botiquín! Lo abrió y allí encontró yodo y varias gasas esterilizadas. Abrió los envoltorios de plástico, empapó las gasas con el yodo y empezó a curar la herida de Violet.

Afuera seguía lloviendo a mares, las goteras y el barro seguían empapándolos. Los

altavoces con los dinosaurios seguían oyéndose, junto a los truenos que ya empezaban a sonar más cerca.

—No me negaréis que está siendo toda una aventura —dijo Red, sonriendo.

Violet curvó un poco los labios hacia arriba.

—La seguridad en este parque es inexistente. Es bastante cutre, pero sí… toda una aventura. ¡Ah! —Cuando sonó un trueno, dio un respingo.

—¡Esto es súper divertido! —dijo Klaus, saltando sobre un charco.

—No lo es —gimió Violet—. Estoy empapada, y no sé qué le voy a decir a Phiona cuando vea la blusa llena de barro que me ha dejado esta mañana.

—Seguro que lo entenderá —le dijo Red, cayendo en la cuenta que la blusa era el soborno que había hecho ir a Violet al parque.

Estuvieron unos veinte minutos allí dentro. Red intentó distraerlos con varios juegos, pero cuando vio que a Klaus se le empezaban a poner los labios azules y tiritaba, se empezó a preocupar.

—Chicos, creo que deberíamos salir de aquí.

La mente de Violet empezó a trabajar.

—Estoy segura de que hay unos baños portátiles junto al Raptors Bar, en esa dirección —señaló con precisión—. Los vi de pasada, antes de que empezara la tormenta, cuando Klaus perseguía a ese pobre hombre disfrazado. Allí al menos no habrá goteras ni barro. También secadores de manos y toallas.

—Buena idea —sonrió Red—. Coge a tu hermano de la mano, y yo lo cogeré de la otra. A ver si conseguimos entre los dos que no se nos escape. —Klaus rio ante las palabras de Red— ¡Salgamos de aquí!

Violet asintió. Se sentía segura junto a Red, aunque no estaba dispuesta a reconocerlo abiertamente.

Salieron corriendo en la dirección que había indicado Violet y no tardaron en llegar a los baños portátiles que en realidad eran antiguos contenedores de barco reciclados. Entraron a

esperar a que amainara un poco. Allí también se había resguardado una madre sola con su bebé, al que había sacado del cochecito porque este se había quedado empapado. Todo parecía ir relativamente bien cuando, de repente, se empezaron a escuchar unos gritos desgarradores.

—¡Aaaaahhhh! ¡Aaaahhhh! ¡Socorrooo, que alguien me ayude! ¡Socorroooo!

Violet se puso blanca como la cal y miró a Red, asustada.

—¡Alguien está siendo comido por un dinosaurio! —gritaba Klaus, entre risas y saltos.

—Seguro que es parte del show, ¿verdad? —dijo la madre, con el bebé en brazos, que no paraba de llorar.

—¡Aaaahhhhhhh! ¡Socoooorrrooooo!

Red frunció el ceño y se asomó por la puerta. No veía muy bien a causa de la lluvia, pero intuía que allí estaba el Raptors Bar.

—Creo que es la camarera —dijo Violet—. No es parte del show, seguro que le ha pasado algo, Red.

Violet estaba preocupada, pero tenía ganas de ayudar a esa mujer. Red miró alrededor, estaban solos y los gritos no cesaban.

—Bien, chicos —empezó a decir—. No os mováis de aquí, voy a ayudar a esa mujer.

—Te acompaño —dijo Violet.

—Es mejor que te quedes con tu hermano.

—¡Quiero ayudar, Red!

—Yo puedo quedarme con él —dijo la mamá—. Podréis vernos desde aquí.

—Por favor —pidió Violet.

—Está bien —cedió—. Solo si el enano me promete que no se moverá de aquí—. Miró a Klaus y el pequeño asintió.

—No me moveré porque no tengo ganas de mojarme más.

—Venga, vamos —dijo Red, rogando a Dios que al demonio de Boston no se le ocurriera ninguna maldad, como forrar el baño de papel higiénico.

Salieron corriendo hacia el lugar de donde provenían los gritos. Cuando llegaron,

segundos después, se encontraron a una de las camareras echada en el suelo, retorciéndose de dolor. No estaba sola, había una niña de cinco años y su madre, que realmente no sabía qué hacer, estaban las dos muy asustadas.

Red se puso manos a la obra.

—Creo que se ha roto la mano —dijo la mujer, pero no me deja que la mire y mi hija se está asustando.

—¡Me duelee! ¡Llamad a la ambulancia! ¡Llamad a mis compañeros!

Red se agachó.

—¿Dónde te duele? ¿Me dejas ver?

La muchacha le enseñó la mano. Uno de sus dedos estaba en una posición anti natural, se le había dislocado.

—Estaba recogiendo las sillas de la terraza para que no se mojaran y la vi tropezar —dijo la otra mujer.

—Violet —Red la miró y ella se acercó, asintiendo con la cabeza—. Colócate tras ella y aguántala por los hombros. ¿Crees que podrás hacerlo?

La niña asintió, segura de sí misma, e hizo lo que Red le pedía.

Luego, agrandó mucho los ojos cuando el cowboy agarró a esa mujer de la mano y le abrió los dedos. El movimiento fue rápido y preciso. Y en varios segundos, el dedo ya estaba colocado en su sitio.

A Violet se le abrieron los ojos de la impresión. Porque sí, Red era un tipo bastante impresionante. Calmado, educado, útil…

—¿Estás mejor? —escuchó que le preguntaba Red a la chica.

La mujer asintió, por supuesto que el dolor seguía allí, pero ya no era tan intenso y había dejado de gritar.

—Bien. Pero lo mejor será llevarla al médico. —Se dirigió a la herida—. No te preocupes, todo irá bien, ¿de acuerdo?

La joven asintió.

—Gra… gracias.

—¿Tienes quién te lleve al médico?

Antes de que pudiera contestar, llegaron tres compañeros de la camarera. Violet casi soltó una carcajada de alivio y nervios, al ver a uno todavía disfrazado de raptor, entrando en el bar. Se quitó el traje como pudo y Violet miró a Red. Ambos empezaron a reír a carcajadas. Unas carcajadas que cesaron de inmediato cuando empezaron a escuchar golpes secos en el cuarto de baño portátil.

—¡Klaus! —exclamaron al unísono.

Y corrieron en busca del demonio de Boston.

Ya en el coche, de vuelta, Jane y Tobbie no se podían creer lo que Red y Violet les acababan de contar.

—¿En serio ha pasado eso? —preguntaba Tobbie, fascinado.

Pero Violet estaba aún más entusiasmada y no paraba de hablar.

—Sí —dijo—. En un primer momento pensé que era parte del espectáculo, pero después me di cuenta enseguida de que algo le estaba pasado a esa chica. Sus gritos eran terroríficos.

—Cierto —corroboró Red, al volante—. Nadie la ayudaba porque pensaban que era una broma.

—¡Un dinosaurio le mordió la mano! —gritó Klaus.

—Desde luego, ha sido toda una aventura —continuó Red.

—Una película de terror —dijo Violet entre risas.

Jane la miró por encima del hombro.

—Me alegro de que al final te hayas divertido.

La adolescente miró a su madre para después encogerse de hombros.

—He de decir que Violet se ha portado como toda una adulta —Red la miró orgulloso y ella se puso colorada—. Ha logrado poner a Klaus a salvo en aquella tienda de campaña y

después ha sido muy valiente al ayudarme con esa pobre mujer. Es para estar orgulloso.

Jane sonrió, mirando a su hija.

—Estoy muy orgullosa de ti, Violet.

—Bueno —la joven se encogió de hombros, restándole importancia—. No he hecho nada que no hubiese hecho otra persona en mi lugar. Y sí, he pasado miedo, pero menos mal que ha venido Red a rescat… —Violet calló de repente y Red miró a Jane, cómplice.

Volvió a encogerse de hombros y miró por la ventanilla.

Sí, no había estado tan mal, y Red… bueno, al parecer tampoco estaba tan mal.

# Capítulo 41

Al llegar a la casa McTavish todos parecían agotados. Los dos niños dormían desmadejados en el asiento trasero. Violet apenas tenía energías para refunfuñar.

Cuando Red apagó el motor, cruzó una mirada de complicidad con Jane. Había sido un buen día.

—Es hora de ir a la cama —susurró Jane cuando tomó en brazos a Tobbie. Violet susurró algo de que tenía que ducharse antes de meterse en la cama y desapareció escaleras arriba.

Red se encargó del pequeño Klaus, pero cuando fue a subir los escalones del porche, el niño echó la primera papilla.

—Wow —Red se quedó de pie con los ojos como platos. Jane ya había subido arriba y él pensó en como era posible que todo eso hubiera salido de un niño—. Madre mía, Klaus. ¿Dónde guardabas todo esto?

—Lo siento —gimoteó el pequeño, que volvió a quedarse dormido.

Red lo acunó y fue directamente al baño de la planta baja. Lo desvistió mientras su cabecita iba dando bandazos, intentando mantenerse despierto. Red se quitó la camisa llena de vómito y se puso una camiseta vieja.

Después de bañar a Klaus lo envolvió con una gran toalla. Fue inevitable que los ojos del cowboy volaran hacia la carita del niño y sonriera.

—Que mono eres cuando duermes. Pero solo cuando duermes, diablillo.

El niño se revolvió y abrió un ojo antes de preguntar.

—¿Red? ¿Serás mi nuevo papá?

Red se quedó sorprendido, en medio del pasillo sin saber muy bien qué responder.

—¿Por qué dices eso, Klaus? —preguntó, al fin.

—Papá le dijo a mamá que ya podía casarse contigo.

—¿En serio le dijo eso?

—Ahora que se iba de casa. —El pequeño Klaus asintió, convencido de recordarlo bien —. Mamá nos dijo que se fue de congreso, pero yo sé que vive con su nueva novia. Lo he visto en el teléfono de mamá.

—Vaya… —Red no sabía qué decir.

—Ya no nos quiere.

—No digas eso —respondió Red—. Tu padre os quiere, pero… —no pensaba justificar lo injustificable—. Klaus, vamos a dormir. Ya es muy tarde.

—Vale. —Parecía dormido cuando Red empezó a subir la escalera, pero de pronto su cabecita se alzó y volvió a preguntar—. ¿Puedo montar a caballo mañana?

—Por supuesto.

—La sonrisa babeante de Klaus era una de las mejores que había visto en su vida.

—Quiero bañarme en el río, no en la bañera. Recuérdaselo a mamá.

Red le sonrió al llegar al rellano.

—Lo anotaré para que no se me olvide. —Le besó la cabecita y Klaus se acurrucó contra su pecho.

Para cuando acabó de subir las escaleras, el niño estaba profundamente dormido. Llegó al dormitorio de Tobbie y para su sorpresa, Jane estaba tan dormida como sus hijos. Debió de haber metido a Tobbie en la cama y se quedó a su lado, abrazada a él.

Observó a madre e hijo y no pudo evitar sonreír enternecido. Su corazón se ensanchó tanto, que pensó que escaparía de su pecho.

Dejó de mirarla y se volvió hacia la otra cama, la de Klaus que estaba vacía, y Red lo acostó dándole las buenas noches y besándole en la frente. Hizo lo mismo con Tobbie y también con Jane. Sonrió al ver que ni siquiera cambiaba su respiración. Con sumo cuidado de no despertarla, le apartó un mechón de pelo de la frente y le acarició el rostro.

—Como un lirón —susurró con una sonrisa.

Sería tan hermoso ser el padre de esos niños… De pronto, su expresión cambió y sus ojos revelaron todo el amor que sentía por Jane y su familia. Ojalá las cosas fueran más fáciles. La pasada noche fue un comienzo. Pudo decirle a Jane todo lo que sentía por ella, y ella también le confesó su amor. Puede que finalmente las aguas llegaran a su cauce y en un futuro no muy lejano, pudieran al fin ser una familia normal.

Sí, pensó mientras se ponía en pie, sin perder el contacto visual aún con ellos, puede que ese día llegara pronto y al fin, podrían llegar a ser una familia.

Dios, qué maravilla de familia. Solo faltaba Violet.

Y como si la hubiera invocado, ella apareció bajo el marco de la puerta, con el pelo mojado y su pijama de piñas tropicales.

Ella se puso colorada, pensando que él se enfadaría por haberlos estado espiando. Pero Red solo la miró con sorpresa.

Sin decirle nada a Violet, se puso un dedo sobre los labios y al estar junto a la puerta apagó la luz central, dejando solo la lámpara de la mesilla de noche. Los miró por última vez y salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado.

—Ha sido un largo día.

Violet asintió ante las palabras de Red.

—Esto… —se rascó la cabeza, sin saber muy bien cómo enfrentar a una niña de quince años—. Tú hermano me ha vomitado encima.

—Lo huelo —Violet rio ante la mueca de Red—. Gracias por ocuparte de él.

—No tienes por qué darlas.

Violet asintió. Tenía los pies juntos y las manos unidas frente a ella. Se balanceaba suavemente como si hiciera tiempo para encontrar valor y poder hablar con Red.

—Yo…

—¿Sí?

Red alzó una ceja, pues en verdad no tenía ni idea de qué esperar de Violet.

—Os he escuchado cuando salía de la ducha —dijo Violet, asintiendo.

¿Cuánto habría escuchado? Los nervios empezaron a recorrerle de arriba abajo. ¿Cómo era posible que una adolescente lo intimidase más que el caballo más bravo?

—¿Qué es lo que has escuchado exactamente?

Ella alzó la mirada e hizo una mueca.

—Lo de si vas a ser nuestro nuevo padre.

Red se tensó porque esa conversación podía terminar muy mal con Violet.

—No voy a sustituir a vuestro padre, Violet.

—Eso ya lo sé —dijo muy segura—. Pero… ¿eres el nuevo novio de mamá?

¿Qué podía contestar a eso? ¿Era su novio? Desde luego quería serlo, pero quizás fuera mejor que Jane le explicara la situación a Violet.

—¿No contestas?

—Violet, yo… quiero a tu madre.

—¿Y ella a ti?

Red asintió.

—Eso parece.

Red tragó saliva y pudo cara de póquer. Violet suspiró porque no podía seguir fingiendo que el matrimonio de sus padres iba a arreglarse.

—Sé que papá no fue a un congreso de trabajo —Violet miró al suelo como si no fuera a decir nada más. Pero sí lo dijo—. Y también sé que mamá se quedaba dormida llorando cada noche. Yo… creo que tú has hecho que ya no llore.

Red tragó saliva, porque era un cowboy y no pensaba llorar, aunque los ojos de Violet estuvieran vidriosos y sorbiera por la nariz.

—Sé que papá salió con una chica y que cuando la dejó… o ella lo dejó a él, le pidió a mamá que volvieran. —Ahora sí lloraba—. Pero mamá le dijo que no, y yo te eché la culpa.

Cuando Violet lo miró a los ojos Red alzó las manos para ponerlas sobre sus hombros.

—Violet…

—Fui mala y cruel, porque le dije cosas malas. Quería que volviera con papá, porque casi

no le vemos… No quiere estar con nosotros.

—Violet, eso no es…

—Es así. Le di la culpa a mamá, pero él siempre tiene cosas mejores que hacer. Ya no nos quiere.

—Os quiere, Violet…

—No importa.

Ella se encogió de hombros, intentando aparentar que todo le daba igual. Pero no era así.

Los ojos de la niña se alzaron hasta los de Red. El cowboy pudo ver realmente lo que estaba sufriendo.

—Sí importa —dijo Red, ofreciéndole un pañuelo—. Todo lo que os afecte, importa. Los adultos a veces creemos que los niños están ciegos —antes de que ella le dijera que ya no era una niña, Red la cortó—, y las chicas de quince años. Pero no lo estáis y como mayores, deberíamos explicaros las cosas.

—Entonces, ¿me dirás si estás con mi madre?

—Eso debería decírtelo ella.

—Acabas de decir que los adultos deberíais decirnos las cosas. Tú eres adulto —le señaló enfurruñada.

—Lo soy, ¿verdad? —Sonrió.

—Sí, aunque Phiona dice que a veces no lo pareces.

—Dios… hermanas.

—Yo soy hermana.

—Ya me contarás que tal te va cuando Klaus llegue a la adolescencia…

—¿Y sus travesuras sean delitos?

Ambos rieron.

—Procuraremos que eso no pase —dijo Red muy convencido—. Y ahora, será mejor que nos vayamos a la cama.

Violet asintió, y se puso a andar hacia la habitación vacía que compartía con Phiona.

Antes de entrar, se volvió hacia Red.

—¿Sabes? —él se la quedó mirando—. Creo que mamá hubiera sido más feliz contigo.

Eso lo sorprendió. No supo muy bien qué responder, pero Red necesitaba aclarar algo.

—Nunca hubo nada entre tu madre y yo… —empezó a decir—, mientras ella estuvo con tu padre. Ahora que están separados y a punto de divorciarse, no puedo negar que ha empezado algo muy hermoso entre ella y yo. Lo que sí puedo decirte es que no voy a interferir en vuestros asuntos familiares. Yo, al igual que tu madre, quiero lo mejor para todos, especialmente lo mejor para vosotros.

Violet dio por zanjada la conversación mientras él le devolvía la sonrisa.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Violet.

Dio media vuelta y caminó hasta su cuarto. Cerró lentamente la puerta y Red se quedó en el pasillo, quieto como un árbol que acababa de echar raíces.

# Capítulo 42

Una hora después, Jane se despertó en la cama de su hijo Tobbie. Al girar la cabeza se encontró con que Klaus ya estaba acostado y dormido con una camiseta que sin duda no era suya. Frunció el ceño, pero enseguida le vino a la mente el posible causante de ello.

—Red —susurró.

Se levantó de la cama sin hacer ruido y se dirigió hacia la puerta, pero aun así se quedó unos minutos mirándolos dormir.

Cuando salió al pasillo, cerró la puerta con cuidado y pasó frente a la habitación de Violet y Phiona, se cercioró de que su hija durmiera y le besó los cabellos antes de dirigirse a la cocina a por un vaso de agua. Cuanto habían crecido. El tiempo pasaba volando.

Tomó un vaso de agua y miró hacia el porche trasero. Las estrellas la llamaban. Abrió la puerta y salió al exterior.

Ese lugar era tan hermoso… y las estrellas, se veían increíbles desde allí.

Se sentó en el columpio mecedora y se recostó sobre los mullidos almohadones. Cerró los ojos, y de nuevo sus labios se curvaron hacia arriba. Deseaba ir a buscar a Red, pero seguro que ya estaría durmiendo.

Suspiró.

Ciertamente, el día había empezado mal, muy mal, con Violet tan rebelde. Pero había terminado mejor que bien. Aunque conocía a su hija y sabía que no sería tan fácil de convencer, al menos habían dado un pequeño avance con Red. El apuesto y valiente cowboy, con su magia y buen carácter, había logrado lo increíble. Hacer sentir bien a una adolescente que sufría por la separación de sus padres.

Al pensar en George la ansiedad la asaltó, cruel.

Empezó a respirar profundamente para alejarla de su pecho. Pero fue Red quien la disipó,

con su presencia.

Cuando oyó sus pasos seguros sobre la madera del porche, Jane tomó aire. Cuando abrió los ojos suspiró, y miró a su amado cowboy con el amor impreso en el rostro.

—Cuando te dejé babeando junto a Tobbie, no pensé que te despertaras hasta mañana.

Jane reprimió una carcajada.

—Cállate —alargó la mano para agarrarlo de la camisa y atraerlo hacia ella. Le dio un suave beso en los labios y después lo miró con ternura cuando volvió a incorporarse—. Gracias.

—No hay de qué. Ha sido un día divertido. —Luego le tendió la mano y ella se la quedó mirando, extrañada.

—¿Pasa algo? —le preguntó, posando la palma en la suya, sin comprender el gesto.

—Pasa —Red estiró de ella, y la atrajo hacia su cuerpo, levantándola de la mecedora, quedando su rostro a escasos centímetros del suyo—, que voy a besarte aquí mismo, Jane Summers.

A parte de una risa producto de su felicidad, no hubo réplica, tampoco reticencia. Los labios de Jane sucumbieron a los de Red. Las lenguas danzaron el baile más antiguo del mundo, mientras los grillos cantaban en derredor.

Cuando se separaron para tomar aire, Jane frunció el ceño y miró hacia la casa, inquieta.

—¿Y si…?

—Sssh —Red la acalló con otro beso.

Estaban solos. Todos habían ido a dormir, Mag estaba aquella noche en el rancho Curtis y Howard en su habitación, como siempre. Lo que Jane no sabía era que Red ya había hablado con Phiona quien llegó poco después de ellos, y gustosa de hacer de buena casamentera, se quedaría cuidando a los niños un ratito. El necesario.

—Quiero estar contigo, Jane —le susurró mordiéndole la oreja—. Dos días y volvemos a Boston. No quiero que esto termine.

—No terminará.

—Voy a hacerte el amor.

Jane se estremeció y estuvo dispuesta a ceder, casi lo hizo.

La besó con desesperación, una vez más.

—No podemos —gimió contra su boca—. Los niños… No bajo el mismo techo.

Red sonrió de medio lado y se le marcó el hoyuelo de la mejilla derecha.

—Entonces, vámonos de aquí.

Red la cogió de la mano y juntos bajaron las escaleras del porche.

—¿Adónde? —preguntó, desconcertada.

—¿Granero o coche?

Ella abrió la boca y, para su propia sorpresa, estaba riéndose como una adolescente.

—Lo cierto, es que me da igual.

Red se dio la vuelta y se agachó para cargársela sobre uno de sus hombros.

—¡Granero! —empezó a trotar después de palmearle el trasero, y escuchó la risa de Jane retumbar en la noche.

Si aquello era un sueño, no quería despertar.

—¿Cuántos McTavish habrán hecho el amor en el granero? —le preguntó, entre risas.

—Todos —confesó él, mirándola por encima del hombro—, el que más, Daril.

—No sabía que Daril era de llevar chicas a la propiedad.

—Oh, no, es Eli a quien le pone revolcarse en el heno.

—¡Red!

—Te lo juro, ha pasado en un par de ocasiones que hemos querido que se nos tragara la tierra, ahora Daril ha aprendido la lección y deja la hoz apoyada en la puerta cuando está dentro con su chica.

—¡Te lo estas inventando!

—Te lo juro —le dijo sin parar se sonreír.

Red la dejó en el suelo y miró hacia arriba. Ella siguió hablando de Eli.

—¿Por ser una abogada de ciudad? —Red se paró frente a uno de los casetones, pero se lo pensó mejor y trepó por la escalera de madera hasta el piso superior, donde almacenaban el

heno—. Sube.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —mientras subía por la escalera, Jane se reía sin parar.

Al llegar arriba, Red la tomó de la mano y se la llevó tras una de las pilas de bloques cuadrados.

—Mantas limpias y… ¿esto es vino?

—También traigo este repelente contra los chinches —rio, y ella abrió mucho la boca.

—Veo que vienes preparado, Red McTavish. Eso quiere decir que ha sido con premeditación…

—Totalmente. Pero el vino es cortesía de Tess y también el repelente. No, ahora en serio. Esos chinches están en la paja, no en el heno.

—Me dejas más tranquila —rio Jane—. Pero oye —continuó, —no quiero que Daril y…

—Tranquila —la interrumpió, asiéndola por la cintura—, hoy es sábado, han salido a cenar.

Ella alzó una ceja.

—¿Y eso significa?

Red tiró de ella y besó su boca con ansias.

—Que no nos molestarán. Además, también he dejado la hoz junto a la puerta, por si acaso.

Ella se colgó de su cuello y rio a carcajadas.

—Creo que es algo preocupante que te sepas la rutina sexual de tu hermano.

Ahora quien rio fue Red.

—Ojalá pronto se sepan la nuestra, eso querrá decir que tenemos una. —La miró con deseo y dulzura.

—Red… —de pronto, ella se mostró insegura—. Cuando volvamos a casa…

—¿Ya no seguiremos nuestra rutina? —la miró expectante.

—¿Quieres una nueva rutina?

Él asintió.

—Quiero besarte en la oficina y fuera de ella. Quiero cogerte la mano, ir a pasear, a los parques temáticos con tus hijos… Porque, aunque Violet diga que no se lo pasa bien, se lo pasó genial —dijo con convicción.

—Yo también lo creo.

—Quiero que esto sea oficial, que me des una oportunidad.

Ella se entristeció.

—Pero, George…

—Lo entenderá.

—No lo hará —dijo apesadumbrada.

—Pues haremos que lo entienda. Eli y Hug nos ayudaran.

—¿Nos?

—Son los mejores abogados que conocemos.

—Pero… —Jane vaciló.

—No insistiré si no quieres, pero, George no va a apartarte de tus hijos por lo que tenemos. Eso te lo prometo. —Quiero estar contigo —Ninguno de los dos había olvidado lo que hablaron la última vez—. Sin arrepentimientos —suplicó él—. Y ahora, solo deja que te haga el amor.

Ella se mordió el labio y asintió.

No quería una noche de preocupaciones, de pensar qué pasaría entre ellos, de pensar en todos los obstáculos que tenían que salvar. Ni tampoco quería una mañana de arrepentimientos.

—Lo que pase esta noche, lo deseo —dijo Jane.

—Yo también lo deseo, lo he deseado desde siempre.

Y ella le creyó.

—Hazme el amor, Red.

—Por supuesto.

La atrajo, rodeándole la cintura con el brazo y la besó, primero despacio y después con

pasión. Red estaba hambriento de ella, de todas las veces que había deseado tenerla y no había podido en el pasado. Se preguntó si alguna vez pasaría esa necesidad de tenerla cerca, de respirar su aroma y besar sus labios.

Pronto, Jane se olvidó de todo y sólo existió Red en aquel lugar. Sus labios, sus manos, su fuerte cuerpo, sus suaves y excitantes caricias.

—Ah… —gimió, extasiada, cuando él la empujó mientras la besaba, hasta que ella quedó con la espalda contra la pared.

—Jane, eres mi diosa —dijo, mientras le desabrochaba los botones de la camisa, uno a uno.

Ella echó el cuello a un lado, y Red vio la oportunidad de lamer y morderlo… Sintió el gemido femenino vibrando justo en el instante en que le quitaba por completo la camisa.

Se separó para contemplarla, para mirarla fijamente a los ojos. Sólo unos segundos, porque momentos después ya le estaba desatando el sujetador y su vista se concentró en sus suaves y turgentes senos, que botaron ante él cuando lo desató por la parte delantera.

—Amo estos sujetadores deportivos —dijo, antes de acercar sus labios a los enhiestos pezones.

Jane echó la cabeza hacia atrás bruscamente, y se dio un pequeño golpe.

—¡Auch!

Red abandonó sus pechos y besó sus labios.

—¿Estás bien? —preguntó, y besó esta vez dulcemente sus labios.

Ella no respondió. Estaba más que bien. Lo agarró por la nuca y lo besó con codicia. Esta vez fue ella quien empezó a desvestirle a él. Le abrió la camisa y liberando su torso musculoso. Lo miró con hambre. En un instante más, sacó la lengua y se lamió el labio superior. Ese gesto hizo que la sangre de Red se concentrara en su miembro, endureciéndolo hasta provocarle dolor.

—Jane… date prisa —suplicó.

Se mordió el labio inferior mientras ella le desabrochaba la bragueta. Sin demasiados miramientos le metió la mano por debajo del calzoncillo.

Cuando los dedos cálidos y suaves rodearon su amplitud, apretó los dientes.

—Oh, sí… —gimió. Se inclinó hacia delante buscando sus labios, restregándose contra esa mano que lo atormentaba tan bien—. Nena, qué bien lo haces.

Pero Jane necesitaba más. Sin dejar de besar su piel, fue bajando hasta quedar de rodillas frente a él. Red, al saber qué se avecinaba, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no correrse y avergonzarse por su nulo autocontrol.

Sin dejar de mirarle, Jane tiró de sus pantalones y él la ayudó a sacarse sus propias botas. Desde el suelo, Jane lo miró de abajo arriba, completamente desnudo. Su propio sexo empezó a palpitar reclamando lo que sabía que le pertenecía y supo que, si no se controlaba, tendría un orgasmo con solo mirar el cuerpo de ese hombre.

Era perfecto. Su silueta, alta, fuerte y esbelta, se recortaba con la luz de la luna, que entraba por una de las aperturas del granero: un gran portón cuadrado sin barandilla que daba directamente a los extensos prados y a las altas montañas.

Vio como el torso masculino, bronceado, de fuertes pectorales y marcadas abdominales, se agitaba con cada respiración. Con la vista fue bajando más, y más abajo, hasta que se deleitó con su dotado miembro, ancho, largo, duro y palpitante.

Se relamió, antes de rodearlo con la boca e introducírselo, lentamente.

Red tragó saliva. Sabía qué iba a suceder a continuación y casi pierde el mundo de vista cuando los labios femeninos rodearon su glande y los ojos azules y grandes de Jane lo miraron mientras se introducía su miembro en la boca, hasta el fondo.

—Jane —jadeó, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los puños en su suave melena, mientras ella succionaba.

Jane se sentía poderosa. Aún llevaba puestas las bragas y podía notar como ya estaban húmedas. Lamió, de la empuñadura hasta la punta, para después volvérsela a meter en la boca. Luego, se centró en su glande y lo lamió varias veces, para volver a metérsela hasta el fondo.

—Oh, Jane… —jadeó, mientras ella succionaba—. Vas a matarm… ¡Aaaah!

Jane empezó a chupar con rapidez, al tiempo que le apretaba los testículos. Red movía las

caderas de forma inconsciente, más y más rápido. Luego, ella varió el ritmo, algo que hizo con la lengua lo enloqueció, para después volver a soltarlo.

Red temblaba, su respiración a cada punto era más fuerte y si hubiera sido posible, se le habría salido el corazón del pecho. El placer que ella le estaba dando era máximo. Cerró los ojos y apretó los dientes para no correrse.

La agarró por la melena y dio un pequeño tirón, que no hizo otra cosa que excitarla aún más.

—Jane… —Ella le sonrió y volvió a tomarlo— Por… por fav… ¡Ooh!

Ella no se detuvo. Ni él tampoco.

Jane se sintió tremendamente poderosa cuando notó el cálido semen de Red en su boca. Notó los estertores en el interior de sus mejillas, y succionó más y más, hasta tragárselo absolutamente todo.

Cuando Red terminó de correrse, la miró con los ojos muy abiertos.

—Jane…

Ella sonrió, luego sacó la lengua y lamió su polla desde la base hasta la empuñadura, volviéndolo loco de nuevo.

—Sabes tan bien, Red McTavish…

Se puso en pie, desandando el camino con su lengua y, ante el pasmo de Red, empezó a quitarse lentamente los pantalones. Luego les tocó el turno a las bragas, se las fue bajando poco a poco, sin dejar de mirarlo a los ojos, al tiempo que mecía las caderas en una suave y sensual cadencia. Llegados a este punto, Red no pudo soportarlo más. La asió por la cintura y la atrajo hacia sí. La besó con ímpetu. Luego la alzó en volandas y la llevó hasta una de las mantas.

—Ahora vas a saber lo que es bueno, Jane Summers —dijo, de forma endiabladamente sexy.

Se agachó, y la depositó sobre la manta. Ella se echó de espaldas y se deleitó, bebiendo de su imagen.

Él se colocó a sus pies, le acarició los tobillos, los muslos, y le abrió las piernas al llegar a

la altura de las rodillas. Luego cogió la botella de vino y regó su piel con pequeñas gotitas.

—Quiero emborracharme de ti —le dijo y ella casi se corrió al ver su mirada empañada de pasión.

Se colocó sobre ella y fue lamiendo los regueros escarlatas sobre su piel. Sus pechos, uno a uno, su vientre. Fue bajando hasta que llegó al montículo deseado.

—Eres preciosa —dijo, mientras le metía un dedo, y luego otro.

Jane se retorció y cerró los puños sobre la manta. Al notar su suave lengua, lamiendo su clítoris, lanzó al aire un suspiro ahogado.

Su cowboy no se detuvo hasta que ella no hubo alcanzado el placer deseado. Sentir el orgasmo femenino en los labios lo puso más duro que nunca.

Reptó por su piel, y se quedó quieto sobre ella, mirándola a los ojos.

—No quiero esperar más.

—No lo hagas.

La empaló con fuerza. Un simple movimiento de caderas y ella se arqueó abriendo la boca y ahogando un grito de placer. Tener a Red McTavish era sinónimo de sentirse deseada, plena en el sentido más literal de la palabra.

Se arqueó de nuevo con otra acometida y empezaron con un balanceo que fue aumentando, buscando el roce más gozoso. Cuando se retiró y volvió a penetrarla, ella lo agarró por las nalgas y le clavó las uñas.

—Más rápido —exigió.

Como no podía ser de otra forma, Red obedeció a la dueña de su corazón.

—¡Ah, ah, ah! —Las embestidas eran tan aceleradas como certeras. Jane lo acompañaba, sosteniéndole el trasero, atrayéndolo hacia sí.

—Oh, Jane… —Red apretó los dientes—. Dios…

—Oh, Red… ¡Me viene! ¡Oh! ¡Aaaah!

Gimoteó mientras su cuerpo se retorcía presa del placer. Todavía moviéndose dentro de ella, acunó su rostro entre los brazos, impulsándose con fuerza, llenándola por completo.

—Jane, yo… te quiero.

Se corrieron juntos, mirándose a los ojos. Sus cuerpos temblaban abrazados, entregándose el uno al otro.

Fue algo tan íntimo, tan hermoso, que a Jane le entraron ganas de llorar. Pero se contuvo. No quería que él la malinterpretara. Eran lágrimas de emoción, de amor absoluto hacia ese hombre que siempre cuidaba de ella y que era capaz de hacerla tan, tan feliz…

Se quedaron abrazados unos momentos, todavía unidos en la carne, hasta que Red no pudo callarse por más tiempo.

—Jane… —empezó a decir, pero calló, nervioso.

—¿Sí?

La acarició con la mirada. Luego la besó con dulzura.

—Jane… —díselo de una vez—. Te amo.

Entonces sí, las lágrimas escaparon y él empezó a sentirse mal.

Ella también lo amaba pero… ¿podía ser tan egoísta como para arrastrar a Red al infierno que vendría? Estaba segura de que George haría todo lo posible para convertir su vida en una carrera de obstáculos, unos más insoportables que otros. Y aún así dijo:

—Yo… también te quiero, Red.

Él sonrió contra su boca, y acarició su rostro con ternura.

—Pues no llores —se rio, pero Jane negó con la cabeza.

—Yo… no sabes cuanto he deseado este momento.

—No más que yo —le respondió el cowboy—. No quiero agobiarte, Jane. Pero es la verdad. Te amo. Llevo amándote… casi desde el primer día en que te vi.

Ella, entre sollozos, sonrió.

—Yo también te amo, Red McTavish. Desde el primer día.

—Oh, Jane…

—Pensé que nunca me lo dirías.

Jane lo abrazó con fuerza, fundiéndose de nuevo con él, pero a pesar de lo perfecto del

momento… seguía con dudas. ¿Era justo que le pidiera ser correspondida, que la amara, cuando ella tenía tan poco que ofrecerle? George los haría sufrir, y él no se merecía eso.

# Capítulo 43

Nunca fue tan triste para Jane y los niños regresar a Boston después de unas vacaciones tan maravillosas. Las caras largas en el avión fueron más que evidentes. Incluso al pequeño Klaus se le fueron las ganas de molestar a los auxiliares de vuelo.

Era de noche cuando Red y Jane se cogieron de la mano cuando los niños se quedaron dormidos en sus respectivos asientos. Si Violet apartó la nariz de su libro el tiempo suficiente como para percatarse de ese gesto, nunca dijo nada al respecto.

Cuando el todoterreno de Red aparcó frente a la casa de Jane, Tobbie dio una cabezada, pero al notar la ausencia del rugido del motor, se llevó las manos a los ojos, y se los frotó. Era bien entrada la madrugada.

—Jo, otra vez en Boston —dijo, al ver que ya estaban en casa.

—¡Menudo rollo! —lloriqueó Klaus.

Violet miró a Red como si ella también fuera a decir algo, pero al final lo no hizo. No se quejó, y bajó del coche para ayudar a Red a descargar las maletas. Luego, Jane abrió la puerta de la casa y su hija entró con los más pequeños.

—No te preocupes mamá, yo los acostaré —le dijo. Luego miró a Red, pero bajó de nuevo la mirada hacia el suelo—. Gracias por las vacaciones. Nos lo hemos pasado muy bien.

Jane casi se emociona cuando vio a su hija hablarle a Red sin rencor.

—Ha sido un placer, espero que pronto podamos volver.

Ella sonrió.

—Yo también lo espero. —No lo diría, pero habían sido las mejores vacaciones de su vida—. Supongo que necesitáis unos momentos a solas.

Jane abrió la boca pero no supo muy bien qué decir, y Violet no se quedó a oír la

respuesta de su madre.

—La noto un poco cambiada —dijo Red, quedando frente a la puerta entreabierta, mirando a Jane.

—¿En serio? —rio ella.

—Verás… —Red pensaba que le tenía que contarle a Jane la conversación que mantuvo con los niños. Ese era el momento, antes de que se enterase por ellos—. Hablé con Violet, y con el pequeño Klaus.

Jane se quedó algo preocupada. Tomó aire, y se llevó una mano al corazón. Red la tranquilizó, cogiéndosela y apretándosela.

—Tranquila, no hay de qué preocuparse.

—Pero, ¿qué te dijeron?

—Klaus es muy pequeño, y está confundido, pero Violet no es tonta, se ha estado dando cuenta de todo y durante este tiempo se ha sentido sola. De ahí su rebeldía.

—Entiendo.

—Personalmente, no creo que sea porque sienta una devoción especial hacia su padre, aparte de todo lo que le consiente, es perfectamente consciente de todo lo que te ha hecho.

—¿Te refieres a las infidelidades? —el rostro de Jane se tornó blanco como la cal— ¿Crees que ella lo sabe?

—Por supuesto. Pero lo que realmente creo que le pasa es que te echa mucho de menos.

Jane gimió.

—El tiempo de calidad… —suspiró, e iba a decirle algo más a Red cuando él continuó.

—No creo que sea solo eso. Estoy seguro de que ha estado celosa de mí. Si yo ya te tenía ocupada gran parte del tiempo en el trabajo, para ella, la posibilidad de que fuéramos pareja sería aún peor. Más tiempo para mí y menos para ella y sus hermanos, ¿comprendes?

Jane asintió.

—¿Y qué podemos hacer?

—Exactamente lo que estamos haciendo, Jane.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sin comprender a dónde quería llegar.

—Ir despacio. Compartir momentos con los niños, juntos, e ir demostrándoles poco a poco que somos una pareja normal. Así se sentirán más seguros, y también nosotros.

En esos momentos, Jane sintió que su corazón empezaba a latir con fuerza. ¿Realmente, Red le estaba pidiendo formalizar la relación?

—Si los niños nos ven bien, tranquilos, y sin ocultarles nada, ellos dejarán de estar tan preocupados.

A Jane empezó a temblarle ligeramente el mentón. Pronto, de sus ojos empezaron a manar las lágrimas. Cielos, lo había hecho todo tan mal…

—Eh, cariño… —Red le secó las lágrimas con besos repartidos por todo su rostro—. No llores, ¿he dicho algo malo?

Jane movió la cabeza, en señal de negación.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

Lo miró a los ojos y sonrió.

—Te quiero, Red McTavish. Y a mí también me gustaría muchísimo que fuésemos una familia de verdad, todos juntos. He hecho todo muy mal, Red. Muy mal.

—No es verdad.

La sonrisa que le dedicó su cowboy fue más de lo que su corazón pudo soportar. Latió tan fuerte y tan rápido que, de haber sido posible, lo habrían podido sentir en Montana.

***

—¡Rápido, que ya viene! —dijo Tobbie, que vigilaba desde la ventana.

—¡Ay, un momento, que aún no he sacado la tarta del horno! —Se quejó Violet.

Jane salió del cuarto de baño, aún con la toalla envolviendo su melena mojada.

—¿Qué haces mamá? —se quejó Violet, nerviosa temiendo que fuera a echar a perder la sorpresa.

—¿Cómo que qué hago? Me estoy secando el pelo.

—¡Habíamos dicho de hacer una cena especial! —se quejó la niña, empujándola hacia las escaleras para que fuera a cambiarse a su habitación.

—Es una cena en casa.

—Pero especial. ¡Los cuatro! ¡Juntos!

—¡No puedes ir en pijama! —se quejó Tobbie.

Tobbie ya había puesto la mesa y Klaus… miró al enano, que era el encargado de los cócteles.

—Date prisa —le dijo Violet—. Klaus va a añadir sal al San Francisco.

—¡MAMÁ, VAS EN PIJAMA! —se quejó Klaus al verla desde la cocina.

Jane parpadeó. Luego dio media vuelta sobre sus talones y se marchó a su habitación a vestirse adecuadamente.

—¡Dios mío! ¡Qué difícil es que todo esté en su sitio y que los niños se estén quietos! —exclamó Violet, haciendo un aspaviento, mientras le quitaba la sal al demonio de Boston.

—¡Bienvenida al Club! —canturreó su madre, desde su habitación.

—¡Ya está bajándose del coche! —cuchicheó Tobbie, y Violet corrió hacia la puerta.

Cuando Red iba a tocar el timbre, ella ya había abierto y lo estaba esperando.

—Cielos, cuanto has tardado —le dijo la chica, cogiéndolo de la mano y haciéndolo entrar.

—He tardado exactamente el tiempo que me has dicho —dijo Red—. ¿Qué hago con esto? —le enseñó el ramo de rosas rojas, y Violet frunció el ceño, pensativa.

—Siéntate en la mesa, y espera a que mi madre se haya vestido.

—¿No quieres que te ayude?

—¡No!

Red se sentó en la mesa y sonrió al ver a los tres niños esmerarse en que todo estuviera en

su lugar. Todo había sido cosa de los niños, obviamente Jane no tenía ni idea de que él se acababa de presentar ese sábado por la tarde para cenar en familia. Tobbie estaba ultimando los detalles de la mesa, colocando vasos y cubiertos, Klaus estaba poniendo la encimera de la cocina perdida. Violet al fin había logrado sacar la tarta del horno.

Estaba quemada.

—Genial —gruñó Violet.

Red sonrió.

Eran tan… tiernos.

—Violet, ¿qué tal así?

De repente, Jane apareció por el pasillo y él se la quedó mirando. Estaba tan guapa, con el pelo suelto y húmedo y un bonito vestido azul.

—¿Violet? —repitió Jane, al ver que la niña se la quedaba mirando fijamente. Cuando vio que su hija miraba hacia la mesa, Jane siguió la dirección de sus ojos y descubrió a Red.

—¿Qué haces aquí?

Red la miró con el ceño fruncido.

—Eh… creo que me habéis invitado a cenar.

Jane se puso colorada.

—Deduzco que no ha sido idea tuya.

—Bueno… —no sabía qué decir.

—¿Tan poco te alegras de verme? —preguntó él, levantándose de la mesa y tendiéndole el ramo de flores.

Al ver salir a sus hijos de la cocina se los quedó mirando con desconcierto.

—Chicos, ¿qué habéis…?

—¡Sorpresa! —gritaron los niños, al unísono.

La cena transcurrió mejor de lo que pensó Violet. Se le había quemado el pastel de

manzana, pero Red, siempre tan caballeroso, pidió uno a domicilio. Los cócteles que había preparado Klaus resultaron ser horribles, pero tanto ella como su madre se los bebieron intentando no taparse la nariz, mientras Red le enseñaba una combinación sencilla a Klaus para que pudiera hacer más cócteles, esta vez, bebibles. Po su parte, Tobbie había decorado la mesa, utilizando como manteles individuales unos dibujos que le habían llevado horas.

—Si os fijáis son las estrellas más grandes de la Vía Láctea ordenadas por tamaño.

—El Sol no aparece —se quejó Klaus.

—He dicho las más grandes. —el más pequeño le sacó la lengua a su hermano, pero Red quedó fascinado porque se supiera todos esos nombres y la posición en que debían colocarse.

—Eta Carinae, mide noventa veces la masa del Sol. Y la estrella Pistola brilla ciento cincuenta mil veces más que el Sol.

—¡Te lo estás inventando! —dijo Klaus.

—Es verdad —miró a Red y a Jane como si fuese el colmo que no lo creyeran.

—Por supuesto que es verdad —dijo Jane.

—Si alguien puede saberlo, ese eres tú —le sonrió Red, dejándolo más tranquilo—. Me parece fascinante.

—¿Verdad que sí? —Tobbie juntó las manos sobre la mesa como haría un doctor experto en la materia.

Cenaron pollo al horno, que Jane y Violet habían preparado. Ahora entendía por qué había una pata de pollo más. Sonrió al ver como hablaban y discutían sobre los conocimientos de Klaus, sobre los sabores que quería probar Tobbie en el cóctel… Y Violet no tenía el móvil o la Tablet en la mano.

Después del postre, Red y Violet se enfrascaron en una interesante conversación sobre tintes de pelo, cuando de pronto, a Jane le llegó un mensaje.

—Discúlpame un momento —le dijo a Violet.

Cuando vio el aviso de notificación en el móvil y se apartó para leerlo. La sonrisa que había lucido hasta ahora en el rostro, se le fue borrando poco a poco. Se quedó blanca como la

pared.

—¿Qué? —jadeó y de pronto se tambaleó derribando la fuente que reposaba sobre la encimera.

—¡Jane! —Red se levantó de golpe y todos corrieron hacia ella.

El móvil cayó de su mano y su espalda chocó contra la pared, estaba a punto de desmayarse.

—Oh, Red —gimió.

—¿Qué ha pasado? —parpadeó sin comprender hasta que recogió el teléfono móvil de Jane y vio lo que decía el mensaje.

GEORGE: Somos ricos Jane. ¿Quién hubiera dicho que la patente del idiota de tu jefe nos daría tanto dinero?

Se quedó inmóvil, y Jane alargó la mano para tocarle el brazo, pero enseguida se puso en pie, dejándola en el suelo.

—¿Red? —preguntó Jane, consciente de su súbito cambio de humor.

Él tomó aire, e intentó calmarse.

—Jane… ¿Dónde tienes los papeles de la patente? —preguntó, mirándola fijamente.

Jane frunció el ceño, pensativa.

—Los dejé en la caja fuerte…

—No llegaste a presentarlos ¿verdad?

—No —gimió, levantándose con la ayuda de Violet.

—¿Qué está pasando? —Violet no entendía nada. Hasta hacía un momento todo estaba bien.

Red estaba muy lejos de poder calmar a Jane, ni él mismo podía serenarse lo suficiente como para pensar con claridad. Tanto esfuerzo, tantos años de trabajo.

—Yo… debo irme —dijo, sin mirar a Jane—. Ha sido una cena maravillosa, chicos —les

dijo—. Lamento tener que irme tan pronto, pero ha surgido algo que… —miró a Jane con el ceño fruncido y luego negó con la cabeza—. Un grave problema.

Dio media vuelta y Jane lo vio salir de la cocina, incapaz de seguirle y sabiendo perfectamente qué había hecho su futuro exmarido.

—No me lo puedo creer —cerró los ojos y se sujetó la cabeza, que le latía con fuerza.

—Mamá —Violet le puso una mano en la espalda mientras le tendía un vaso de agua—. ¿Qué ocurre?

Jane negó con la cabeza.

—No lo sé.

Pero mentía. Sabía perfectamente qué había hecho su marido.

Robarle la patente a Red y registrarla a su nombre.

# Capítulo 44

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Demandar —le respondió Hug a su cuñado.

Lo que le había dicho Red a Jane no era mentira, Hug era uno de los mejores abogados de la ciudad. Si era bueno para llevar un negocio, en temas corporativos era un verdadero tiburón. Así que, si él decía que había alguna posibilidad de ganar a ese parásito de George, es lo que haría.

No podía creer lo que estaba pasando.

¡Meses de trabajo, tirados por la borda!

—Se demostrará que ese hombre no tiene bases, ni empleados que hayan podido desarrollar esa tecnología.

Red se sentó tras la mesa de su escritorio, derrotado.

Alguien llamó a la puerta y cuando dio la orden de pasar, Mary entró con una carpeta en las manos.

—¿Has comprobado a nombre de qué persona está la patente del archivo 23451?

—Sí, señor McTavish —Cuando la chica volvió a entrar con los papeles en la mano, el corazón de Red empezó a latir desbocado y sólo tenía una frase que se repetía en su cabeza como un mantra:

*Que no sea cierto. Que no sea cierto. Que no sea cierto.*

Pero sí era cierto, y ver los documentos solo le sirvió para cerciorarse de lo que sospechaba era verdad.

—¿Alguien más sabe qué contiene esta carpeta? —preguntó Red muy serio.

Mary negó con la cabeza.

—No, señor. Me dijo que no se lo dijera a nadie y eso hice.

—Bien, que siga así Mary, o no volverás a trabajar aquí en la vida, ¿lo entiendes?

Mary asintió con rapidez.

—Por supuesto.

—Bien, déjanos solos.

Hug miró como se cerraba la puerta y después miró a su cuñado. Estaba furioso, se veía impotente ante todo lo que estaba sucediendo. Su reacción era más que proporcionada.

—Podría haberte traído yo mismo la copia de la patente.

—Lo sé, se la pedí ayer, no sabía que tú fueras tan eficiente en tu trabajo —se lamentó Red—. Así que es cierto.

Lanzó la carpeta abierta sobre la mesa y en la hoja se podía ver claramente los nombres de los propietarios de los derechos.

Ver el nombre de George no le extrañó, pero ver el de Jane…

—Seguro falsificó la firma de Jane. Por ahí quizás podamos cogerle.

Red apretó los labios. No quería pensar en ello, pero si George presionaba a Jane y la amenazaba con quitarle a sus hijos, era probable que dijera que la firma era auténtica. Pero ese pensamiento era demasiado horrible para que pudiera expresarlo en voz alta.

—No sé como hemos llegado a esto. Debí ser más precavido. Anticipar que podría…

—¿Robarte una patente? —le dijo Hug mirándolo escéptico—. Deja de martirizarte, nadie podría haberlo previsto, y mucho menos Jane. Además, ella lo puso en la caja fuerte.

—Y él supo que eran papeles importantes y los robo.

—¿Culpas a Jane?

—¡Me culpo a mí! —golpeó la mesa con fuerza—. Debí haber sido más claro con ese imbécil. Haberle dado una paliza…

—No lo dices en serio.

—Daril lo hubiera hecho.

—Daril doma potros y tú dominas las ventas de accesorios equinos desde un rascacielos.

—Hug se encogió de hombros, como si lo que había dicho para él tuviera lógica.

—Maldito George. Recupérame esa patente Hug. No importa cuanto me cueste, la quiero.

—Al demandar se parará la producción.

—¿Producción? —preguntó Hug extrañado—. ¿De dónde ha sacado contactos y capital para producir nada en unas semanas?

Hug rebuscó entre sus papeles.

—Pues al parecer de un tal Kevin Wilson.

—¿Qué demonios?

—¿Lo conoces?

—Es el hijo de mi socio.

¡Hijo de puta! Iba a matarlos a los dos. Ese cabrón de Kevin se la tenía jurada desde que Jane le había dado calabazas, y al estar tan satisfecho su padre con el trato que habían hecho, el ego de ese imbécil no había podido soportarlo.

—Así que los dos hombres que te la tenían jurada se pusieron de acuerdo para buscar algo con que hacerte daño —dijo Hug.

—Eso parece —de pie, Red apoyó ambas manos sobre la mesa e inclinó la cabeza, derrotado—. Solo espero que sea lo único que haga el imbécil de George.

—¿Crees que puede hacer algo más?

—Están en pleno divorcio.

Hug asintió.

—Sé que antes de volver, Jane habló con Eli. No he podido echarles ningún vistazo a los papeles, pero Eli es buena en su trabajo, de hecho, es mucho mejor que yo en estos temas. Confía en ella.

—Confío en Eli y en ti, pero no confío en George. —Se sintió abatido—. Pedirá la custodia total solo para martirizar a Jane. Solo porque… está conmigo.

—Creo que quien se está martirizando eres tú.

Red guardó silencio un largo instante mientras pensaba en lo que podía hacer, si no para

ayudar, al menos para no ser un estorbo durante el divorcio.

—Mientras Jane esté conmigo, ese imbécil no parará.

Hug lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No estás pensando lo que creo.

Sus ojos se clavaron en los de su amigo y Red asintió.

—Exactamente en eso.

***

Red había pasado todo el día en el despacho con Hug. Había mandado a casa a Jane, quien ante su mal humor no había querido echar más leña al fuego y obedeció. Supo por el brillo de sus ojos y las bolsas bajo estos, que había estado llorando, pero… no podía consolarla. No en esos momentos.

Lo que debía hacer era prepararse y atacar.

Bien entrada la tarde Hug se marchó y cuando la oficina hubo cerrado, él se arrastró hacia casa.

Entró en el parking, en los sótanos de su edificio donde residía y quitó la llave del contacto cuando por el espejo retrovisor distinguió una silueta conocida.

—Maldito imbécil —masculló, antes de salir del coche.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a George, que lo esperaba en la puerta, junto al ascensor.

El capullo tenía una mirada… que le heló la sangre. Luego sonrió.

Su rostro era el paradigma de la satisfacción.

—Buenas noches, Red. No te veo muy contento.

Con las manos en los bolsillos George esperó que se acercara, pero Red no iba a caer en la trampa. Quería que le pegara, seguramente para poder denunciarle y tirar por el suelo su reputación, pero eso no iba a pasar.

—Mi tiempo es demasiado valioso para compartirlo contigo, así que dime, ¿Qué demonios quieres, George?

—Tengo una pregunta mejor, Red —dijo, regocijándose— ¿Qué se siente al ver que tu fiel consejera te ha traicionado?

Red parpadeó.

—¿Qué?

¿A eso iban a jugar? ¿A hacerle creer que Jane le había traicionado? Bien, jugarían.

—No te hagas el tonto, Red McTavish. Sabes perfectamente el significado de lo que te acabo de decir.

—¡Fuiste tú!

—No —se burló George—. Yo sólo me negué a darle el divorcio, pero ella insistió y como me mantenía, he tenido que pedirle lo que creo que es justo. Lamento que haya tenido que traicionarte a ti para sacar dinero y poder pagarme.

—¿Entonces la patente está a su nombre? —preguntó Red.

La sonrisa amplia con la que se deleitaba George le decía que había algo de razón en ello.

—De los dos, fuimos un buen equipo —se jactó—. Al necesitar dinero compartimos la patente, cincuenta a cincuenta. ¿No es maravilloso?

—Y a cambio de no pedir la custodia de los niños, al final le reclamarás su parte de los beneficios.

—¿Qué puedo decir? —George se sacó las manos de los bolsillos y extendió los brazos, jactándose de su triunfo—. Un hombre tiene que comer. Así que alégrate, Jane la traidora no se llevará un centavo de la patente, siempre que quiera mantener a los niños con ella.

Red avanzó un paso amenazante y la sonrisa de George vaciló.

—Dime, imbécil. ¿Cómo lo has hecho?

—¿Lo de la patente?

—No, hacer creer a una mujer como Jane que eras un hombre medio decente, y no el parásito que en realidad eres.

—Oh, el amor es ciego. Y ella me quería. Siempre tuvo debilidad por mí, quizás por eso no pudiste conquistarla antes. Quizás por eso, rechazó a Kevin Wilson. —Sonrió de nuevo y la mera mención de ese hombre le dieron ganas de olvidar sus buenos modales y partirle las piernas. Por suerte ganó el sentido común y se refrenó.

—¿Cómo demonios conociste a Kevin Wilson?

—Oh, en Las Vegas.

—¿Qué?

—Si te vieras la cara, es un poema. Pero sí, fue pura casualidad. Como a mí, a Kevin le gusta apostar fuerte, y las mujeres ¿maduras? Sí Jane es un bombón…

—Dios, que asco me das. ¡Estás hablando de la madre de tus hijos!

George apretó los puños y se puso serio.

—Hijos que no volverá a ver como no me dé lo que le pido.

—¿A qué has venido aquí?

—Oh —se burló George—. Solo a regodearme, quería decirte a la cara como te ha traicionado tu amante.

Red avanzó hacia él y George se apartó rápidamente, retrocediendo de espaldas y tropezando con sus propios pies hasta caerse al suelo de bruces.

Red lo miró como quien mira un insecto antes de llamar al ascensor.

—Ni pienses que has ganado.

A pesar de estar tirado en el suelo, las carcajadas de George no eran de alguien que ha sido derrotado.

—Por supuesto que he ganado. La has perdido.

Red maldijo antes de que las puertas se cerraran, porque no se refería a la patente, sino a la confianza en Jane.

# Capítulo 45

Jane no había dormido nada aquella noche. Que Red la mandara a casa el día anterior, sin tan siquiera mirarle a la cara, había sido muy duro.

Pero ese era un nuevo día y Jane pensaba luchar para que Red recuperara el trabajo de su vida. Estaba dispuesta a pelear contra todo y todos, especialmente contra George.

Había sido una idiota durante muchos años. Ciega a todo lo que él hacía a sus espaldas, y quizás demasiado cobarde como para cambiar las cosas. Pero hasta aquí habíamos llegado. Nunca más. George no iba a controlarla, ni a manipularla. Sabía que la amenazaba con quedarse a los niños, pero Eli le había asegurado que no tenía ninguna oportunidad. Como mínimo tendrían custodia compartida.

Confiaba en Eli. Y no veía el momento de decirle a Red lo mucho que le agradecía el que siempre estuviera a su lado.

Al entrar en el edificio de oficinas, como cada mañana Jane sacó la tarjeta para pasar los tornos, pero se golpeó la pelvis cuando este no avanzó.

—Pero… ¿qué demonios está pasando? —volvió a pasarla, pero la luz del maldito lector se ponía de color rojo.

Miró la máquina con extrañeza.

—Disculpa —dijo un joven con el pelo azul, lo reconoció del departamento de diseño. Lo dejó pasar. Su lector se puso en verde, y Jane frunció el deño, descartando la idea de que podría estar averiado. Miró su tarjeta por si tenía alguna fisura en su cinta magnética y no se dio cuenta de que el guarda de seguridad estaba frente a ella hasta que alzó la vista y se lo topó.

—¿Hay algún problema? —El chico nuevo de seguridad se acercó a ella.

—No, no…

—Raimon. Me llamo Raimon, soy nuevo.

—Oh, no Raimon. Digo sí, creo que hay un problema. Al parecer mi tarjeta no funciona. ¿Puedes abrirme?

—Me dice su nombre, por favor.

Ella asintió y se acercó al chico que sacó una especie de lista sujeta a la tabla que tenía entre las manos.

—¿No está Vincent?

—Llegará más tarde. Yo me ocupo del acceso hoy, y tengo una lista actualizada de quien puede o no pasar.

—¿Alguien ha sido despedido?

—Alguien tiene el acceso denegado —dijo, mientras tomaba la tarjeta que Jane le ofrecía y confirmaba que efectivamente, su nombre estaba en la lista—. Señora Jane Summers.

—Eso es —sonrió y soltó un suspiro de alivio porque la hubiera encontrado.

—Lo siento. No puede pasar.

Jane se quedó mirando con un leve parpadeo la tarjeta que el joven le devolvía.

—¿Qué…? ¿Cómo? —Estaba confundida—. ¿No puedo pasar? —Soltó una risa seca—. No, mire. Seguro que mi tarjeta se ha estropeado.

—Lo lamento, señora Summers, pero no está rota. Simplemente se le ha denegado el acceso a la oficina.

—Pero —parpadeó, confusa—. No lo entiendo.

—Han dejado esta lista con su nombre, y esta caja —se acercó al mostrador y antes de que ella pudiera darse cuenta la puso entre sus manos.

Jane tardó más de lo debido en darse cuenta de que allí dentro estaban sus cosas y de que había sido despedida.

—Por favor, compruebe que está todo aquí.

Ella miró la caja.

—Pero… yo… —Se dio cuenta que estaba llorando cuando la visión se puso borrosa.

—Señora Summers, el señor Red McTavish me ha pedido que le comunique su inmediato despido.

—¿Despido?

—En esta carpeta encontrará los detalles. Ahora si me disculpa, no puede permanecer obstaculizando el paso, retírese, por favor.

Jane sintió como todo su cuerpo empezaba a temblar. Miró alrededor confundida, como si ese fuera un sueño del que iba a despertar, pero que por más que se esforzara no conseguía hacerlo.

Cerró los ojos, respiró hondo, y como pudo, empezó a caminar hasta la salida.

Al llegar a casa, mientras se dejaba caer en el sofá, no recordaría como había llegado hasta ahí.

***

Jane aún era incapaz de levantarse del sofá y prácticamente vivía incrustada en él. Solo se despegaba de él para hacerles la comida a los niños, duchar a Klaus y acostarlos. Por fortuna, las clases aún no habían empezado y era un alivio, porque no se veía con fuerzas ni para conducir.

Tras hacer las tareas mínimas para no ser considerada la peor de las madres, regresaba al salón a ver la tele, o más bien a mirar las imágenes en movimiento que se reflejaban en la pantalla y a escuchar sus sonidos sin procesarlos porque, en realidad, era incapaz de concentrarse en absolutamente nada. A duras penas pegaba ojo.

La casa no estaba hecha un desastre gracias a la ayuda de Violet. Su hija había demostrado ser una niña madura y responsable en los momentos difíciles. No le había dicho nada para molestarla, ni tampoco le preguntó el motivo del despido, ni por qué Red ya no respondía a sus llamadas ni por qué no regresó a casa. Jane sabía que su hija se hacía todas esas preguntas, pero ella no podía darle por el momento ninguna explicación. Lo haría en cuanto recobrara las fuerzas, si es que eso era posible. Ni siquiera se lo pudo contar a Mónica, por eso evitó por todos

los medios habidos y por haber, quedar con su mejor amiga.

Violet se preocupó cuando vio que su madre era incapaz de levantarse del sofá.

—¿Qué le ocurre a mamá? —preguntó Klaus.

—Está resfriada —le dijo Violet. Luego miró a Tobbie que era demasiado listo como para no saber que eso no era un catarro.

Su madre estaba deprimida, muy deprimida. Pero no podían llamar a Red, al parecer su estado de ánimo se debía a que Red la había despedido. Algo que Violet no podía entender.

Sabía que había pasado algo en la cena, pero no algo tan terrible como para que despidiera a su madre. Se había dicho que quizás su empresa se había ido a la bancarrota y tuvo que cerrar, porque no había otra explicación para el despido de una trabajadora ejemplar.

—¿Mamá? —Violet la zarandeó por el hombro—. ¿Quieres que llame a tía Mónica?

Jane respiró hondo, aún medio dormida.

—Sí, —dijo Tobbie más para sí que para ella—. Hay que llamar a alguien.

—No llaméis a Mónica —dijo Jane levantándose del sofá—. ¿Os hago la cena? ¿Queréis macarrones?

Violet la miró con tristeza y la tomó de la mano para que volviera a sentarse.

—No te preocupes mama —le dijo sentándose a su lado—. Yo me ocuparé de la cena, y Klaus hará ese coctel que le enseñó a hacer Red y que tanto nos gusta.

Violet no fue consciente de que Jane empezó a llorar.

—Luego miraremos juntas un episodio de la casa del dragón. Y si no quieres que llame a Mónica o a Red, no te preocupes. Diremos que has cogido la gripe y que es mejor que no salgas de casa. O mejor, que tienes el COVID y podrías contagiarla.

—Eres muy responsable, Violet —le dijo a su hija, y esta le apretó la mano con más fuerza—. Quizás sí puedas teñirte el pelo de violeta.

—Pero mamá… —lejos de alegrarse, su pulso empezó a acelerarse. Se dio cuenta de que su madre estaba realmente mal.

La arropó y se fue a la cocina a prepararle un vaso de leche con galletas, pensó que eso

ayudaría. Definitivamente su madre tenía que comer.

—Quizás sí debamos llamar a alguien —dijo Tobbie situándose al lado de su hermana.

En ese momento Klaus entró con el teléfono inalámbrico en la mano.

—He llamado a papá. Viene de camino.

Violet no daba crédito.

—¿Qué demonios has hecho? —se enfadó la joven.

—Mamá está enferma y la abuela se encuentra en Florida. Necesitamos un adulto.

—Yo soy adulta —se enfadó aúxcmás.

—No lo eres. ¿Y si se muere? —El labio inferior de Klaus empezó a temblar.

—No se va a morir. —Al ver los ojos inundados de lágrimas de su hermano, Violet lo abrazó—. Mamá está deprimida, solo eso. Ha perdido el trabajo, y bueno… creo que las cosas con Red no están bien.

—¿Es por que no le gustó la cena?

Violet le alborotó el cabello.

—La cena le encantó —dijo con convicción—. Son solo cosas de mayores que a nosotros no debería afectarnos.

—Entonces, por fin admites que no eres mayor.

Lejos de volverse a enfadar lo abrazó con más fuerza, y un segundo después dos pares de brazos de unieron también. Tobbie parecía mucho más preocupado que de costumbre.

—A mamá no le va a gustar que llamemos a papá. Podríamos haber llamado a Red o a la tía Mónica.

Pero no hubo tiempo de enmendar el error.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Jane no se movió del sofá, y fue Violet quien abrió.

Jane salió de su letargo. Escuchó voces, más concretamente la de George y frunció el ceño. Se puso en pie antes de que él apareciera por la puerta del recibidor.

—Hola, chicos —saludo su padre y Klaus que estaba muy asustado lo abrazó, pero

enseguida Violet les dijo que sería mejor que subieran arriba a ver la tele en su cuarto.

Ya subían la escalera cuando Violet vio como su madre se quedaba de pie en medio del salón.

—¿Qué haces aquí, George?

—¡Demonios! —exclamó su padre—. Menudas pintas. ¿Te encuentras bien, Jane?

Jane sabía que no era preocupación lo que podía verse claramente en sus ojos, era satisfacción. Por supuesto, como podía ser otra cosa si todo lo había orquestado él.

—Quiero que te marches. —Sí, se dijo Jane, seguro que tenía unas pintas horribles, pero también tenía fuerzas suficientes como para sacar a ese malnacido de su casa a patadas. Si algo la cortó de hacerlo, fue la presencia de Violet que seguía parada en la escalera tras su padre.

—Vaaaya —empezó a decir George, con una sonrisa de satisfacción—. Al fin tienes tu merecido. Eso te pasa por ponerme los cuernos.

Jane ahogó un grito. Era indignante que ese hombre no sólo tuviera la cara dura de decirle algo así delante de su hija, sino que encima tenía la desfachatez de mentir como un bellaco, más teniendo en cuenta que había sido él el único infiel en aquella relación.

Iba a lanzarle el jarrón de la mesilla, cuando Violet se interpuso entre ambos y se encaró a su padre.

—¡Mi madre jamás te puso los cuernos! —gritó, roja de indignación—. ¡Tú a ella sí!

—Violet —George parecía conmocionado al ver a su hija hablarle así—. ¿Qué te pasa cariño?, ¿ya han conseguido ponerte en mi contra? —Miró furioso a Jane—. ¿Qué mentiras le has contado?

—Ella no me ha contado nada, papá. Pero es evidente lo que está pasando.

Él sonrió, intentando ser el padre permisivo y amoroso de siempre.

—Lo que pasa es que tu madre está en crisis porque su novio la ha dejado. Y es evidente que no puede cuidar de vosotros. —Miró a Jane con cara de triunfo.

—No te atrevas —le dijo Jane con la voz estrangulada por lo que estaba insinuando—. No vas a quitarme a mis hijos.

—Claro que sí.

—¡Ya basta papá! —gritó Violet. En lo alto de la escalera Klaus y Tobbie se agazaparon para ver la escena tras los barrotes de madera de la escalera—. Mamá hace todo lo que puede por nosotros. Si está mal, seguro es por tu culpa, como siempre.

—No me hables así, Violet —dijo visiblemente molesto y señalándola con el dedo. Pero la jovencita ni se inmutó.

—Mamá se merece que la trates bien, después de todo lo que ha hecho por ti. Creo que ya es suficiente, no tiene por qué mantenerte, ni nosotros ir contigo.

—¡Callate, Violet! ¡Soy tu padre!

—A buenas horas quieres ejercer de padre.

La cara de George se transformó en una mueca de absoluta sorpresa, para después enfurecerse aún más.

—¡Me debes respeto!

—No, si no respetas a mamá, ni a ti mismo.

La mano de su padre voló hasta chocarse contra la mejilla de Violet.

Jane reaccionó. Se interpuso entre ambos y lo encaró, dándole un empujón. George pudo ver el brillo de rabia en los ojos de una madre que acaban de golpear a uno de sus hijos, y retrocedió.

—Será mejor que te largues, o llamaré a la policía.

George la miró con odio.

—¿Cómo te atreves? Yo sí que llamaré a la policía, y a mis abogados. Demostraré que eres incapaz de cuidarlos y te los quitaré. No creas que después de abandonarme te saldrás con la tuya.

Jane volvió a empujarlo hasta que pudo cerrarle la puerta en las narices sin mediar palabra.

De inmediato, se dio la vuelta hacia Violet.

—Cariño —dijo con lágrimas en los ojos—, ¿estás bien? Déjame ver.

Pero Violet no respondió. Echó a correr hacia su habitación, pasando al lado de sus hermanos. Ambos se miraron cuando Violet cerró la puerta de un portazo.

A Jane las piernas le fallaron, y tuvo que sentarse en la escalera, mientras elevaba las manos para cubrirse el rostro con ellas. Cuando rompió a llorar, cuatro bracitos delgados la rodearon.

—No te preocupes, mamá —dijo Tobbie.

—Todo saldrá bien —añadió Klaus.

# Capítulo 46

A la mañana siguiente, Jane despertó en su cama. Le dolía terriblemente la cabeza y le costó un mundo extender la mano para mirar la hora en su teléfono móvil. Cuando finalmente lo consiguió, se dio cuenta de que eran las once de la mañana.

—Oh, qué mierda… —dijo.

Se puso en pie de inmediato. Era sábado y por fortuna los niños seguían de vacaciones de verano. ¿Debería apuntarles a algún campamento? No podía dejar que pasaran las vacaciones encerrados, pero… tampoco se veía con fuerzas para organizar nada. Y Violet… demasiado había hecho ya. No era justo para ella pedirle que vigilara a sus hermanos. Suponía que debía hacer cosas de adolescente, ir de compras con sus amigas, quedar con chicos. ¡Oh! Los chicos. Pronto empezaría esa agonía.

Suspiro y lo primero que hizo fue buscar a los niños, los encontró en el salón mirando una película sobre robots alienígenas. Bueno, al menos era para todos los públicos.

—Buenos días, chicos. —Los saludo con un beso en la frente—. ¿Habéis desayunado?

—Sí, Violet nos ha preparado un sándwich antes de irse.

—¿Irse? —preguntó desconcertada— Irse, ¿adónde?

Se encogieron de hombros.

—No lo sé, pero Violet llevaba una maleta.

—¿Una mochila o una maleta?

—La maleta de viaje, la que tiene un canguro dibujado.

¿Qué demonios? El corazón de Jane empezó a latir a mil por hora.

¿Qué estaba pasando? Corrió escaleras arriba y entró en la habitación de su hija sin llamar. Todo estaba tal y como lo había dejado el día anterior. La ropa limpia sin doblar, los zapatos tras la puerta… abrió el armario y efectivamente la maleta de viaje no estaba.

—Pero… —miró qué más faltaba. Ropa y por supuesto su móvil y la Tablet—. Oh, Violet.

Se apoyó en la pared cuando estuvo a punto de perder el equilibrio. Era una chica inteligente, no se marcharía de casa sin apenas dinero y… Se impulsó hacia delante y rebuscó en el último estante del armario donde sabía que tenía todos sus ahorros. La última vez que miró eran quinientos dólares, que según ella estaba ahorrando para unas súper deportivas que valían más que esa casa.

—Por Dios.

Cogió el teléfono y empezó a llamar a sus amigas, pero nadie sabía nada. No tardó más de un minuto en vestirse y en llamar a la canguro para que se ocupara de los niños. Debía llamar a la policía, y a George, por supuesto.

Cuando salió de casa para buscar a su hija, no se dio cuenta que estaba llorando hasta que se vio reflejada en el espejo interior del coche. Pero no podía desesperar. La encontraría.

Lo arreglaría.

—Sí, lo arreglaré todo, cariño. Ya verás —se prometió a sí misma.

Si había una peor pesadilla para una madre, esa era no saber dónde estaba su hija adolescente. Miles de posibilidades se le pasaron por la cabeza, y ninguna de ellas acababa bien. No sabía cómo respirar, ni cómo dormir, ni cómo pestañear. Todo su mundo se había venido abajo y sólo el terror existía.

No hubo suerte. No pudo encontrarla y horas después se encontraba llorando en el sofá de su casa, mientras dos agentes de policía le hacían preguntas.

—¿Han discutido recientemente?

Ella asintió.

—Con ella no, anoche hubo una discusión con su padre que ella presenció.

—¿Y dónde está su padre ahora?

—No responde al teléfono.

Klaus asomó la cabeza desde la cocina.

—Lo he llamado siete veces y no responde —dijo el niño.

—Bien hecho, chico —le animó el policía, volviéndose a centrar de nuevo en su madre.

—¡También he llamado a Red!

Jane levantó la cabeza sorprendida.

—¡Klaus! Deja el teléfono ahora mismo.

—¿Quién es Red, señora?

—Yo… —¿qué iba a decirles? —. Es…

—Soy yo. —En ese mismo instante Red entró en la casa, más preocupado de lo que lo había visto nunca.

Jane se levantó del sofá y lo miró desconcertada.

—¡Red! —gritó Klaus, corriendo hacia él hasta lanzarse a sus brazos.

Tobbie se acercó también.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a Jane.

—Violet se ha escapado de casa.

En ese momento, Red alzó la mirada hacia Jane y al verla tan desolada, se le cayó el alma a los pies.

No dijo nada, pero Jane lo conocía bien, y esa arruga en su frente no iba a desaparecer.

—Agentes, ¿hay alguna pista? —dijo hablándoles a los dos policías uniformados— ¿Algo que podamos hacer o por donde se suele empezar a buscar?

—¿Es usted de la familia? —preguntó uno de ellos, y Red miró de nuevo hacia Jane.

¿Era de la familia? Por supuesto que no, pero se moriría si le pasaba algo a los hijos de su asistente.

—Yo… —iba a decir que era el jefe de Jane, pero sería mentir.

—Es un amigo de la familia.

El agente asintió.

—¿Conoce a la adolescente?

—Por supuesto, desde siempre. Hemos estado de vacaciones unas semanas en el rancho

de montana de mi familia.

—¿Y parecía feliz? ¿Hay problemas en casa, han llamado a sus amistades, o su familia en Montana?

Jane se acercó un paso al policía.

—Hemos llamado a todas sus amigas, pero… No es posible que crea que se dirija a Montana, ¿verdad?

—Sí, si en ese ambiente se sentía feliz.

—¡Pero es Montana! No puede subirse sola a un avión, es menor de edad.

—Se sorprendería de lo que pueden llegar a hacer los adolescentes —El agente asintió con énfasis—. Si falsifica su firma en los permisos a estas horas puede que esté volando hacia allí.

—No sería capaz… —pero Jane calló. ¿Violet? Sería capaz de todo—. Esto no está pasando.

—Voy a llamar al rancho. Enviaré a Daril al aeropuerto para que esté pendiente de los vuelos y… no sé. Se nos ocurrirá algo —dijo Red sacando el teléfono móvil.

Jane lo vio salir de la habitación mientras llamaba. Se estaba preocupando de Violet como si fuera su hija, dejando de lado todos los problemas que tenían. Contuvo las lágrimas, porque debía centrarse en encontrar a Violet, pero a pesar de lo mucho que tenían que discutir ella y Red, no olvidaría su ayuda, nunca.

—Los he avisado —dijo, al entrar de nuevo en el salón.

Jane lo miró con un agradecimiento infinito.

—Gracias.

Después de que la policía se marchara, Jane era incapaz de quedarse en casa, y Red convino que si la señora Hart, la vecina, se quedaba vigilando la casa por si Violet volvía, ellos podían ir a buscarla por los alrededores.

—Quizás esté con su padre —dijo Red—. Deberíamos avisarle, aunque no coja el teléfono. ¿Dónde vive?

Jane asintió, aunque la idea de ver a George le revolvía las tripas.

—Vamos —dijo ella—, podemos coger mi coche, están las sillas de los niños.

Red asintió.

—Pero yo conduzco —Jane estaba demasiado alterada, como era lógico.

Jane no recordaba haber ido en un coche tan silencioso jamás, y mucho menos con los niños. Llegaron a casa de George, pero tampoco respondió nadie. Había dejado su número a los agentes por si lograban localizarlo, y estos le habían dicho que era muy probable que estuviera con su padre. *Los adolescentes lo suelen hacer a menudo, y más si están en pleno proceso de divorcio*. Pero Jane dudaba que después de la escena de anoche a Violet le quedaran ganas para hablar con su padre.

Llegaron de nuevo a casa y la señorita Hart les dijo que Violet no había aparecido. Cuando entraron lo hicieron en silencio.

—Gracias por ayudarme, Red —dijo apenas conteniendo las ganas de llorar y sin mirarle a los ojos—. Mónica está en estos momentos volando hacia Sevilla, no he podido avisarla de nada. Y mi madre… ella está en Florida y creo que va a quedarse una buena temporada. No he querido avisarla porque… porque sé que aparecerá.

Cuando su voz se quebró, Red dio unos pasos hacia ella, envolviéndola en sus brazos, aunque ambos eran muy conscientes de que había una larga charla pendiente entre ambos.

Con cuidado la empujó hacia el sofá, obligándola a descansar mientras sus otros dos hijos ponían una película. Él mismo les preparó la cena y despertó a Jane para que comiera algo.

Reinaba el silencio cuando el más pequeño levantó la cabeza del plato de espaguetis.

—Red —dijo Klaus, con una cara de preocupación que jamás había visto antes Red—, ¿crees que Violet está bien?

—Claro que sí —le aseguró él, transmitiéndole seguridad.

—Quiero que nos lo prometas —intervino Tobbie, el pequeño no hablaba mucho, pero se

le veía muy angustiado. Clavó sus ojos azules en él como si no estuviera dispuesto a apartar la mirada hasta obtener su respuesta—. Quiero que nos prometas que no le ha pasado nada malo.

Red no podía prometer tal cosa, lo cierto era que el mundo estaba lleno de peligros y de gente malvada que… en fin, no iba a explicarles nada de eso a los niños, pero sí podía darles esperanza.

—Tobbie… —le susurró Jane. Le acarició la espalda con una mano mientras intentaba no llorar.

—¿Os acordáis del día que casi morimos engullidos por un dinosaurio? —dijo, poniendo una cara rara, y haciendo que los niños rompieran a reír.

—Sí, fue toda una aventura.

—Y no es por quitaros el mérito a vosotros dos, pero la más valiente de todos fue Violet. No dudó en ayudarme cuando esa mujer sufrió aquel accidente y Klaus —miró al pequeño—, ¿quién encontró esa tienda de campaña para que pudieras resguardarte de la tormenta?

—Fue Violet.

—Exacto. Violet es muy lista, más lista que todos nosotros, y claro que la calle está llena de peligros, pero si sobrevivió a una manada de velocirraptores, ¿cómo no va a estar bien en estos momentos?

—Tienes razón —asintió Klaus.

—Es verdad, es muy lista —dijo Tobbie con tristeza, pensando en su hermana.

—Bueno, pues ahora quiero que os terminéis la cena y vayáis a dormir, porque mañana os necesito bien despiertos para encontrar a Violet, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo!

Red sonrió, orgulloso de los niños. Mientras su madre recogía la mesa, ellos quisieron que los arropara y le diera las buenas noches. Besó a cada uno de ellos en la frente cuando los acostó en sus camas.

Cuando iba a salir de la habitación, se encontró con la mirada de Jane quien lo observaba con lágrimas en los ojos.

Sin decir una palabra se abrazó a él con fuerza y Red le correspondió el abrazo.

—Tengo miedo.

—No va a pasarle nada, lo que le he dicho a los chicos es verdad. Se habrá escapado furiosa con el mundo, pero volverá a casa.

Jane no lo miraba, incapaz de separarse y romper ese abrazo que tanto necesitaba.

—Gracias por estar aquí.

—Jane —cerró los ojos, se sintió tan culpable por todo lo que había pasado.

—Sobre la patente…

—Ssssh —le besó el pelo y apoyó la mejilla sobre su cabeza—. No hablemos de esto ahora, ¿de acuerdo?

Ella asintió sin separarse, lo que hizo que su coronilla se frotara contra el mentón de Red.

De pronto el teléfono móvil del cowboy empezó a vibrar. Lo sacó de su bolsillo trasero y miró la pantalla.

—Dime.

—No os preocupéis. Acaba de bajar del avión.

Red cerró los ojos y sonrió con un profundo alivio, y Jane miró el teléfono sin apenas respirar.

—Llamadnos cuando estés con ella.

Jane volvió a abrazarlo con fuerza, tan aliviada que las rodillas no la sostuvieron, por suerte Red sí. Él siempre estaría para ella.

***

El avión aterrizó y Violet se caló la gorra hasta las cejas. No quiso quitarse las gafas de sol durante todo el viaje, para que la azafata que le habían asignado después de presentarle la autorización paterna para volar, no sospechara nada.

Había falsificado la firma de su padre, no porque le saliera mejor, sino porque sabía que

en caso de querer comprobar algo, él no solía coger el teléfono. Más de cuatro horas después de haberse metido en ese avión, rumbo a Montana, Violet fue presa de una profunda tristeza y vergüenza.

Había huido, dejado a su familia, porque en su cabecita loca pensó que su madre necesitaba recuperar la sonrisa, volver a ser ella, y solo era ella misma cuando estaba con Red y sabía que sus hijos estaban bien. Entonces todo le había parecido fácil. ¿Dónde había visto a su madre feliz por última vez? En el rancho McTavish.

Ahí no tenía a su padre recriminándole cosas absurdas que no habían pasado y que él había hecho mil veces. Tenía amigas, ella tenía amigas. Phiona la quería y sabría qué hacer. Daril también sabría qué hacer y Mag le prepararía galletas de chocolate y la vida sería mejor.

Cuando bajó por las escaleras del avión y recorrió el corto tramo por la pista de asfalto, se quitó las gafas de sol y se dio cuenta de que, tras los cristales, en el pequeño edificio del aeropuerto, una silueta muy familiar la estaba mirando de brazos cruzados y con un sombrero de cowboy sobre la cabeza.

Lejos de huir, aceleró el paso hacia él.

El aire acondicionado bajó la temperatura unos diez grados en el interior del edificio y aún así ella estaba sudando, arrastró las maletas hacia el cowboy y este no se movió ni un ápice excepto para tocarse el ala del sombrero, no a modo de saludo, sino para cerciorarse de que realmente era ella.

—Hola, Daril.

Mientras las lágrimas recorrían sus mejillas aceleró el paso hasta ponerse a correr. La maleta de la que tiraba se soltó de entre sus dedos y cayó al suelo. Cuando llegó frente al cowboy saltó hasta agarrarse a su cuello. Él no la soltó, la abrazó de igual modo, quizás con un poco más de fuerza de la necesaria, pero a Violet no le importó.

—Estás aquí —dijo, tan aliviado como molesto.

—Lo siento, yo…

Se quedaron abrazados unos minutos hasta que Violet dejó de llorar y su corazón volvió a

latir a la velocidad normal.

Cuando por fin los pies de Violet tocaron el suelo, Daril se inclinó hasta ponerse a su altura para que lo viera bien.

—Nos has dado un susto de muerte.

—Lo siento mucho…

—No es a mí a quien debes una disculpa. ¿Sabes lo preocupada que debe estar tu madre? Al pobre Red casi le da algo… —Al ver que Violet volvía a llorar le tiró de la gorra hacia abajo —. No llores, la abuela te espera con un pastel de chocolate y un pizza para cenar.

Le tocó la nariz y la hizo sonreír. Violet asintió.

Cuando el cowboy recogió la maleta y tomó su mano para que fueran juntos hacia el coche, ella le apretó esa mano con más fuerza.

—¿Sabes, Daril?

—¿Qué?

—Vas a ser un papá fantástico.

—Oh, Señor… Y yo que quería raparte la cabeza como castigo —le dijo mirándola de reojo—, si me hablas con esas palabras tan bonitas no podré hacerlo.

Ella se echó a reír y se aferró a su cintura mientras salían del edificio.

# Capítulo 47

—Hola, mamá —Escuchar la voz de su hija fue el mayor alivio que Jane había sentido jamás.

—Hija… —rompió a llorar, sin poder decir más.

Red y Jane habían esperado en el salón, sentados juntos en el sofá con las manos entrelazadas a que el teléfono de Red volviera a sonar. Desde la llamada que habían recibido de Daril anunciando la aparición de Violet, hasta que ella les había llamado, transcurrieron diez minutos. El tiempo en que seguramente habían tardado en llegar al coche y ahora se dirigían al rancho.

—Lo… lo siento, mamá.

—Oh, cariño… ¿cómo has podido irte así? —Jane lloraba triste y aliviada—. ¿Has tomado un avión tu sola? Por Dios, estás en otro estado.

Violet sonrió sin humor, a pesar de que su madre no la podía ver.

—Estoy con Daril, no va a pasarme nada.

Jane resopló.

—¿Cómo te las has ingeniado?

—Compré un billete y… —al parecer se escuchó de fondo la voz de Daril que le dijo: di toda la verdad. Y eso hizo—. Falsifiqué la firma de papa, y me porté como la chica madura que soy… —Red se rio al escucharla por el manos libres.

—¿Te lo puedes creer? —le susurró Jane a Red.

—De tu hija me espero cualquier cosa.

Ella puso los ojos en blanco, aliviada de que todo hubiera salido bien y que su hija estuviera sana y salva, camino al rancho de los McTavish.

—Lo siento, mamá —Violet, al darse cuenta de lo mal que lo había pasado su madre, se puso a llorar.

Red dejó que ambas hablaran a solas y se alejó un poco de Jane para coger el teléfono de ella que estaba sobre la encimera de la cocina.

En el salón, las dos, estuvieron varios segundos sin decir nada, sólo escuchando los sollozos de la otra, hasta que Jane tuvo la suficiente fuerza para preguntarle:

—Pero ¿por qué a Montana?

—Porque están Phiona y Daril, y Mag…

—Entiendo.

—Aquí todos son amables y me tratan bien. Siempre están alegres, incluso Edgard. Sí, está sufriendo, pero tiene unos chistes buenísimos cuando se toma bien la medicación. Y hasta Gwen me cae bien, aunque a veces me da miedo que tire al pobre Edgard por la ventana.

—Violet…

—Son una familia.

—Oh, cariño. Nosotros también somos una familia.

—Pero a ellos se les nota de verdad.

Jane guardó silencio, pero después dijo resuelta.

—Lo que has hecho ha estado mal, y por supuesto tendrás un castigo ejemplar.

—Mamá… —se quejó no muy convencida.

—Pero… —volvió a tomar aire para no echarse a llorar—. Entiendo por qué necesitaste escapar y, te prometo que seremos una familia mejor, y te sentirás segura en casa. No volverás a querer irte, te lo prometo.

—¿No podríamos mudarnos aquí? —Soltó a bocajarro Violet—. Hay caballos, y naturaleza, y mis hermanos están mucho más tranquilos. Bueno, Klaus lo intenta, pero ya sabes como es. Yo… mamá, no quiero que papá se quede la custodia. Le quiero, a pesar de todo.

—Y eso está muy bien, cariño. —Al fin y al cabo, aunque había sido un pésimo marido y compañero, cuidaba a los niños, y a su modo los quería.

—… pero no quiero vivir con él. Por favor. Escuché cuando decía que iba a separarnos de ti… —empezó a llorar desconsolada—. Mamá… sé que soy una mala hija. Pero…

—Violet, no digas eso, porque es mentira.

—Lo soy, pero… te quiero. Tu eres la mejor de las madres, aunque no me dejes teñirme el pelo.

—Cariño…

—¿Vas a venir a buscarme?

Jane empezó a llorar en silencio, hasta que finalmente se rindió.

—Sí, voy a ir a Montana, e… iré con tus hermanos. Aún nos quedan algunos días de vacaciones ¿verdad?

—Por supuesto —la escuchó reír al otro lado del teléfono—. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero.

Cuando Jane alzó la mirada, Red entró en el salón con su teléfono móvil en la mano.

—Salimos mañana a primera hora. —Jane abrió la boca sorprendida.

—Red…

—También he comprado el billete de los niños, los gastos corren a cargo de la empresa.

***

Red no habló mucho esa noche, se marchó a casa y pasó a buscar a Jane y a los niños tres horas antes de que saliera el vuelo. Quería ser previsor y que no hubiera ningún incidente a la hora de embarcar. Durante el trayecto, los chicos estaban más animados al saber que su hermana estaba bien.

—No me extraña que se marchara al rancho —dijo Tobbie—, ahí nos los pasamos muy bien.

—Me encanta bañarme en el río y correr desnudo…

—Klaus —se rio Jane—, ya basta.

—Pero es verdad, ¿no podríamos vivir ahí, Red?

Jane se sonrojó un poco por la pregunta, pero Red miró al pequeño por el espejo retrovisor.

—Creo que a la abuela Mag le gustaría muchísimo.

Jane se mordió el labio, pensó que era una verdadera lástima que no fuera su abuela de verdad, aunque la propia Mag les había pedido que la llamaran así, si querían.

—La abuela Mag, es muy guay —dijo Klaus soñando con todas las cosas que podría hacer al llegar ahí. Aún quedaba mucho verano.

El resto del viaje fue tranquilo, como se habían levantado pronto, los niños durmieron en el avión y Jane se quedó mirando por la ventanilla, siendo muy consciente del calor que desprendía la pierna de Red contra la suya.

Tenían una conversación pendiente, pero a pesar de que no confiara en ella, de que pensara que había confabulado con George para quitarle la patente… ella no podía menos que amarlo.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto Great Falls, casi cinco horas después, Phiona los esperaban con su camioneta en la zona habilitada para las llegadas.

Al verla salir del vehículo para recibirlos, Jane corrió hacia ella.

Las dos amigas se fundieron en un abrazo. Jane rompió a llorar mientras Red aguardaba junto a Klaus y Tobbie cogidos de las manos.

—Siento muchísimo haberos causado tantas molestias, Phiona.

—Cielo, somos una familia —respondió ella, dándole un sonoro beso en la mejilla con cariño—. Tienes que saber que estaremos siempre a tu lado, Jane, para todo lo que sea necesario, —miró a su hermano, que silencioso, ayudó a los niños a cargar el equipaje—. ¿Verdad Red?

Red asintió y los niños sonrieron, aún somnolientos. Mientras ponían el ligero equipaje en el maletero, Phiona se dio cuenta de que pasaba algo entre Red y Jane. No se miraban siquiera, y la actitud de su hermano era fría y distante con ella, no así con los niños, que los

atendió en todo momento. Decidió que más tarde, ya en el rancho, hablaría con él. Tenía que haber pasado algo muy grave, pues Red solía contárselo todo.

Jane se dio cuenta del escrutinio, pero no tuvo el valor de decirle en esos momentos que todo había acabado entre ellos.

—¿Dónde está Violet? —preguntó al ver que no estaba en el coche.

—Supongo que han sido muchas las emociones de estos días, está en cama, mimada por mi madre. Le subió la fiebre y es mejor que descanse.

Jane asintió, deseosa de partir.

—Es solo eso, ¿verdad? —preguntó Jane mientras todos subían al coche. Red decidió ir detrás con los niños, porque estaba claro que Phiona no le dejaría conducir su camioneta—. Violet no habló mucho, creo que se las ingenió para falsificar la firma de su padre y subir al avión, pero no me ha dicho si alguien la molestó, o…

Phiona puso su mano sobre la de Jane, después de meter quinta para entrar en la autopista.

—¿No conoces a tu hija? —dijo Phiona, alegre—. Es más lista que el hambre. Rompió su hucha para pagarse el billete al llegar al aeropuerto. Su intención era llamarnos o intentar acercarse al rancho en autobús, pero Daril también es más listo que el hambre y miró qué aviones aterrizaban ese día.

—Suerte que no le ha pasado nada.

—¡Está bien mamá! —Le gritó Tobbie desde atrás—. Mala hierba nunca muere.

—¡Tobbie! —pero a pesar del disgusto de su madre, sus hijos se estuvieron riendo durante un buen rato.

—Al llegar a casa mamá pensó que habíais vuelto y se llevó una gran alegría. Hasta que descubrió que se había escapado

—¿No os contó lo que pasó? —preguntó Jane, avergonzada.

—Pensamos que era mejor no preguntar. Aunque… —Phiona miró a Red que guardaba silencio—, creo que dijo algo del divorcio y la custodia.

Jane apretó las manos entre sí, nerviosa. No quería pensar en ello. Ahora solo pensaría en que Violet estaba bien y en queé castigo le impondría por haberle hecho pasar el peor día de su vida.

Por su parte Red, durante el viaje, se mantuvo en silencio. Estaba en el asiento trasero con los niños, uno a cada lado. El pequeño Klaus se había quedado frito de nuevo, con la cabecita contra su costado, y Tobbie cabeceaba. Red sintió un gran alivio al verlos tan relajados. Habían sido horas espantosas.

Jane a duras penas había podido respirar tranquila y, aunque ambos habían conseguido que los pequeños se sintieran arropados y seguros en todo momento, Red sabía que había sido un shock para ellos.

Al ver por el retrovisor que Jane lo miraba, él apartó la mirada y volvió a fijarla en la ventanilla. No era el momento de dejar salir sus emociones.

Llegaron alrededor del mediodía. Nada más aparcar la camioneta junto a los establos, Jane salió corriendo del coche hasta la casa familiar.

Se encontró con Violet y Mag, haciendo galletas en la cocina.

En cuanto vio a su madre, la joven corrió a abrazarla, se le cayó el chal que Mag le había puesto sobre los hombros.

—¡Violet! —gimió Jane, mientras las lágrimas caían a borbotones de sus ojos. Le besó las mejillas y le acarició la cara, notándola algo caliente—. ¿Estás bien?

Ella asintió.

—¿Y tú?

—Nunca he pasado tanto miedo, cariño. Por favor no vuelvas a hacer algo así.

Violet también lloraba.

—Lo siento mamá, nunca quise hacerte daño. Es que…

—Lo sé, cariño —la interrumpió, besando sus lágrimas, una y otra vez.

Mag se acercó a madre e hija, y las abrazó también.

—Estas cosas pasan para darnos una lección —dijo, cariñosa—. Las madres no lo sabemos todo, por eso a veces, cometemos errores. Tenemos que aprender a asumir que no somos perfectas —miró a Jane, para después mirar a Violet—. Y los hijos, al llegar a la adolescencia, pensáis que el mundo está a vuestros pies, y no veis el peligro. También tenéis la impresión de que nadie más que vosotros sufre, y no es así—. Volvió a abrazarlas, con fuerza—. Pero ninguna de las dos tiene la culpa, así que dejad ya de llorar, pues todo ha acabado bien.

Madre e hija miraron a la abuela y asintieron ante sus sabias palabras.

—Bien —dijo Mag, cuando las notó más tranquilas—. Ahora que ya está todo arreglado, ¿me ayudáis a meter las galletas en el horno? Ahora que la familia está de nuevo unida, vamos a necesitar un montón de ellas, el apetito de Klaus es como el de un dinosaurio.

Dicho esto, Klaus entró corriendo para abrazar a su hermana y Tobbie también, aunque este luego le pellizcó el brazo.

—No vuelvas a largarte así, estúpida. —Le golpeó el brazo y ella le devolvió el golpe.

—Bien —suspiró Jane—. Todo ha vuelto a la normalidad.

# Capítulo 48

Ya por la tarde, a punto de caer el sol, Jane había ido con Violet a darle la cena a los caballos, sus otros dos hijos se quedaron con Mag.

—Daril dijo que como castigo por haberme escapado me hará limpiar los establos cuando vuelva.

Jane sonrió mientras miraban a la yegua blanca comer.

—Poco me parece.

—Cada día que esté aquí.

—Oh, entonces es un buen castigo. Olerás a caca y te saldrán ampollas en las manos.

—¡Mamá!

Jane se rio y su hija le devolvió la sonrisa.

Red las observó desde la distancia cuando pasó por delante del establo por si Daril necesitaba su ayuda, pero al parecer él ya se había ido, confiando en que la cena corriera a cargo de Violet.

Miró la escena madre e hija, y se alejó para no estropearla.

Al acercarse a la casa se encontró con Phiona, sentada en el columpio mecedora. Ella lo miró, expectante, y él, tras suspirar, se sentó a su lado.

—¿Vas a contarme qué está pasando, Red? —preguntó ella.

—George me robó la patente de las mantas, y la registró a su nombre y al de Jane. Así que tuve que despedirla.

—¡¿Qué?!

Él se encogió de hombros como si ese tema ya no le afectara, cuando en realidad no era así.

—No puede ser verdad. —Phiona lo miró con los ojos muy abiertos.

Él sólo asintió, con la mirada perdida en la extensa llanura que rodeaba el rancho.

—No me lo creo, Red —insistió, convencida— ¿Cuántos años lleva Jane trabajando para ti? Por Dios, ha estado sacrificando su vida personal para ayudarte a sacar adelante tus negocios. ¿Crees que lo echaría todo por la borda por una cosa tan…? —Phiona entrecerró los ojos—. No, que va. Tú no has creído ni por un minuto que Jane fuera capaz de hacerte eso, ¿verdad?

—No.

—Pero la has despedido para que el imbécil de su ex piense que la odias, así se cree que ha ganado y será benévolo en el divorcio.

Red respiró hondo.

—Vaya, soy un libro abierto para ti, hermanita.

—Lo que eres, es idiota.

Red la miró de nuevo con expresión triste.

—¿Eso crees? —Phiona parpadeó mientras él argumentaba—. ¿Crees que siendo felices ella y yo, George la hubiera dejado en paz? Hasta es probable que hubiera pedido la custodia total de los chicos solo para atormentarla. Cuando el divorcio pase… —Él suspiró y se llevó las manos a la cabeza para apartarse el pelo de la frente—. Phiona, George es un tipo peligroso. No descansará hasta que no se dé cuenta de que no existe nada entre Jane y yo.

—Pero sí que existe, Red. Y tanto tú como ella, tenéis derecho a ser felices.

—No lo tengo tan claro, hermana.

—Déjame decirte, Red, que has cometido la mayor estupidez de tu vida.

—No, Phiona —respondió, convencido—. Tengo que hacerle creer a Jane que en verdad creo que me ha traicionado. Solo así, George la dejará en paz y podrá divorciarse.

—Sigo sin verle la lógica. ¡Es tan ridículo!

—Es solo para que ella se aleje de mí, Phiona.

—¡Pero la amas!

—Sí, la amo, con todo mi corazón.

—Red —Phiona lo miró con tristeza y le apretó la mano. Luego miró hacia el establo donde estaban Jane y Violet—. Joder, sin duda eres el más bueno de nosotros. ¿Sabes lo que le hubieran hecho tus hermanos a ese imbécil? —Resopló—. ¿Y era necesario despedirla?

—Solo temporalmente. Sobra decir que el finiquito tendrá muchos ceros para que no le afecte en nada hasta que se reincorpore.

—Si es que quiere volver a trabajar contigo.

La miró extrañado.

—¿Por qué no querría?

—¿Por qué la estás engañando, haciéndole pensar que crees que es una traidora? ¿Porque sufre mucho por tu culpa? ¿Porque eres un paternalista a quien quisiera patear el culo hasta que espabiles?

—Lo hago…

—¿Por su bien? —Phiona se cruzó de brazos y lo miró severa—. O te sinceras con ella o la perderás.

—Pero…

—La perderás —aseguró— ¿Quieres perderla?

Se moriría si la perdía. Si supiera que ella no lo perdonaría… no podría soportarlo.

—Es… es… temporal —se justificó—. No puedo ser el responsable de que pierda a sus hijos. No puedo.

Phiona veía el dilema de su hermano, pero en su interior sabía que se equivocaba, Jane era más fuerte de lo que él pensaba y lo amaba muchísimo más de lo que podía imaginarse.

—¿Y si después de enterarse, Jane no quiere volver contigo?

—Me arriesgaré.

Phiona suspiró. No lo veía nada claro, pero era una decisión personal de Red y ella no podía intervenir.

—¿Y cómo te sientes, Red? —Se inclinó hacia él y descansó su cabeza sobre su hombro.

Él resopló.

—Me siento como una mierda —confesó—. Cuando la vi tan desamparada, con los niños y la policía… ¡Oh! ¡Dios!

—No es tu culpa, Red.

—¿No? Pues me siento muy culpable. Si las cosas no estuvieran tan tensas, es muy probable que Violet no se hubiera escapado de casa.

Hubo un instante de silencio, hasta que su hermana volvió a hablar.

Le acarició el brazo y le dijo.

—Tengo fe en que todo saldrá bien. Papá decía que el destino pone a cada uno en su lugar. Yo estoy convencida de que tu destino y el de Jane es estar junt…

Se calló cuando escuchó el rugido de un coche. Avanzaba a toda velocidad hacia la casa, dejando una nube de polvo tras él.

—¿Quién es este imbécil? —preguntó Phiona poniéndose en pie.

Entrecerró los ojos sin reconocer el coche. Enseguida vio que era de alquiler, y miró a Red, extrañada. Pero él también se había puesto en pie, y tenía los puños apretados. Ya se había dado cuenta de quién era la persona que acababa de llegar.

—¿Lo conoces?

—Es George.

—¿Dónde está mi hija? —gritó, hecho un basilisco, tras dar un portazo.

Red se tensó y bajó las escaleras hacia él. Phiona se colocó varios pasos atrás, con cara de pocos amigos.

—A salvo —respondió Red.

—¡Mis hijos nunca estarán a salvo mientras estén cerca de ti! —gritó George.

—Eh, cuidado forastero —dijo Phiona, adelantando un paso—. Estás en nuestra propiedad y podemos echarte a patadas si sigues con esa actitud.

En ese momento aparecieron Jane y Violet corriendo desde los establos, alertadas por el

ruido del coche.

—¿George?, ¿qué haces…?

George centró toda su furia en Jane cuando se acercó a él. Caminó hacia ella y la encaró, agarrándola del brazo.

—¡Eh! —Phiona llegó antes que Red y le propinó tal empujón que no le quedó más remedio que retroceder varios pasos—. Cuidadito. No vuelvas a tocarla.

George miró a ambas mujeres sacando espuma por la boca

—¡Eres una…!

Antes de poder insultar a Jane, Violet se interpuso entre sus padres, furiosa.

—¿También vas a pegar a mamá, como hiciste conmigo hace dos días? —gritó la niña, con una valentía que sorprendió a todos.

Red, al escuchar sus palabras, miró a George con ojos asesinos.

—¿Golpeaste a Violet? —preguntó, amenazante.

—Fue impertinente. ¡Le di una lección! —gritó furioso, al sentirse juzgado— ¡Soy su padre!

—Un padre no golpea a sus hijos —dijo Jane.

Red apretó los puños. Si no hubiese estado Violet presente, habría golpeado a ese malnacido. Sus ojos azules rezumaban odio y rabia, y George, cobarde, dio un paso atrás.

—Exijo llevarme a mis hijos a Boston —le dijo a Jane, envalentonado.

—De momento la custodia es mía.

—¿Y por eso estás aquí, en casa de tu amante? Debiste avisarme.

—Diecisiete, George.

—Diecisiete, ¿qué? —preguntó desconcertado.

—Diecisiete llamadas perdidas y no me cogiste el teléfono.

—Yo…

—Y no estabas en casa. Así que, ya que has dejado claro que no estás en caso de emergencia, no tengo por qué pedirte permiso, ni perdón. Sabes dónde está Violet, y que está

bien porque seguramente hoy, después de una noche de borrachera, has encendido el teléfono móvil.

—¿Quién te crees que eres para juzgarme?

—¿Quién te crees que eres tú? —rugió Jane—. ¡Se acabó! Búscate un abogado, yo ya tengo a la mía, y Eli es la mejor. Vete preparando, porque esta vez sí voy a luchar.

George miró a Jane con odio, y luego la señaló con el dedo.

—Esto no va a quedar así. Créeme que me las pagarás.

—Papá, basta —le rogó Violet, pero él solo la miró con desprecio por haberse puesto de parte de su madre.

Phiona la agarró por los hombros y Jane se puso a su lado para consolarla.

—Tranquila, Violet.

George regresó al coche de alquiler y desapareció tal y como había llegado, tras una nube de polvo.

Jane cerró los ojos y se puso a temblar. Red dejó que fuera Violet quien abrazara a su madre, a pesar de que se moría de ganas por consolarla.

Mientras madre e hija lloraban juntas, él regresó al porche con Phiona siguiendo sus pasos. Su hermana suspiró, y meneó la cabeza.

—Las aguas tendrán que volver a su cauce lo más rápido posible, por el bien de todos —le dijo, antes de entrar en la casa—. George la hará sufrir estés con ella o no. Lo que ahora necesita es tenerte a su lado. Así que haz el favor, Red McTavish.

# Capítulo 49

Cuando Red llevó a casa a los niños, Violet fue la primera en abrir la puerta.

—Vamos, chicos —le dijo a sus hermanos. Tomó a Klaus de la mano e hizo una seña a Tobbie para que se despidiera rápido—. Muchas gracias por todo, Red —le dijo a través de la ventanilla abierta.

Cuando su madre fue a abrir la puerta del copiloto para salir, Violet la miró comprensiva y puso una mano en la chapa para que aún no saliera.

—Ya los acuesto, ha sido un largo viaje.

Jane parpadeó algo confusa y siguió con la mano en la manilla, dudando si abrir o no, y qué decirle a Red, que tan bien se había portado con ellos.

—Yo… —Cuando se quedaron solos, apenas pudo mirarlo—. Muchas gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Quiero que sepas que…

Lo miró, y eso fue un error. El nudo que tenía en la garganta pareció aumentar de tamaño, apenas podía respirar mientras aquel hombre la miraba con intensidad y en silencio.

¿Qué iba a decirle, que ella no tenía culpa de nada sobre el tema de la patente? Quizás sí tuviera un poco de culpa, puesto que no había previsto lo que el hombre que había compartido su vida con ella durante tantos años, era capaz de hacer.

—Me voy. Gracias por todo.

La vio salir como una exhalación y para cuando Red estiró la mano para alcanzarla, la puerta ya se había cerrado de golpe.

Era un cobarde.

Por mucho que supiera lo que tenía que hacer, por mucho que su hermana Phiona confiara en él, era imposible que en esos momentos pudiera decirle algo que no estropeara las

cosas. George iría a por ella, pero lo haría con más ganas si estaban juntos.

Negó con la cabeza mientras ponía el coche en marcha.

Se fue sin mirar atrás, porque creyó que era lo mejor para ella.

***

—¡¿Pero se puede saber a ti que te pasa?!

La voz atronadora de Mónica se escuchó al otro lado del teléfono.

—Mónica…

—¿No ibas a decirme que tú hija había desaparecido? ¿Y qué es eso de que George le ha dicho a Red que tú se la robaste?

—Yo… —se quedó totalmente desconcertada—. ¿Cómo lo sabes?

—¡Klaus me ha llamado!

—Klaus —cerró los ojos.

—Y Violet esta vez también me lo ha contado todo.

—¡Pero si acabamos de llegar!

—Exacto, me han dicho que te despedías de Red. Y luego te hemos escuchado entrar. —refunfuñó algo ininteligible—. Una despedida muy corta para que todo fuera bien.

—Bueno… —Jane se sintió algo culpable—. Es que no había mucho que decir.

—¡Ja! ¡Hay mucho que decir! —Mónica intentó tranquilizarse—. Jane, no puedes esconder la cabeza, ni quedarte callada solo porque creas que Red estará mejor sin ti.

—Yo no…

—¡Te conozco!

Jane hizo una mueca. ¿A quién pretendía engañar? Era cierto había dejado pasar el momento de una conversación, porque si él creía que ella le había robado… en fin, no la querría en su vida. Y de momento era lo mejor.

—No necesita más problemas. Él es demasiado bueno para…

—¡Lo sabía! —la acusó Mónica, pero después se escuchó una profunda respiración—. Jane, te quiero. Y Red también te quiere. No puedes dejar que dude de ti, solo porque piensas que George podría hacerle algo. Red es fuerte, y te quiere. Debes darle una explicación… o mejor ¡Exigirle una disculpa por haber dudado de ti!

—Caray, Mónica. Has pasado de defenderle a acusarle en dos segundos.

—Está bueno —dijo, restándole importancia—, pero no tanto como para que se nos olvide que dudó de ti.

—¿Sabes? Sospecho que quizás no haya dudado de mí. Quizás simplemente se ha cansado de problemas.

—O lo haga para que George no la pague contigo.

Jane se encogió de hombros.

—Sí, ¿no? —dudó—. ¿Crees que debería ir a ver a Red mañana…?

—¡Ahora! Empieza a correr y no pares.

—Es casi de noche. No tengo canguro.

—De eso me he encargado yo.

—¿Qué?

Tocaron al timbre y Jane parpadeó con rapidez.

—¿Qué has hecho? —Al abrir la puerta siguió estupefacta—. ¿Señora Hans? Sandra… ¿Camila?

Frente a Jane, se encontraban tres mujeres que conocía muy bien. Eran clientas habituales de Mónica, y las conocía del barrio de toda la vida.

—Jane, querida —dijo la señora Hans, mientras se llevaba una mano a la cabeza para ver que la redecilla con los rulos no se había desplazado ni un milímetro—. Mónica dice que necesitas ayuda para esta noche.

—Yo…

—¿Los niños ya están acostados? —Camila entró en la casa, haciéndola a un lado.

—¿Necesitas que los acostemos? Puedo hacer de canguro esta noche. Solo procura cerrar

con llave, no quiero que tus pequeños monstruos se me escapen —Sandra se cerró la bata y caminó sobre el parqué con sus zapatillas recién estrenadas.

Parpadeando confusa, la voz de Mónica empezó a escucharse por el móvil que volvió a colocarse en la oreja.

—¿Ya han llegado?

—¿Qué has hecho? —Miró a las mujeres invadir su casa y cerró la puerta, anonadada.

—Oh, llamar al *Club del rulo*.

—¡Mónica!

El club del rulo, era el nombre del grupo de WhatsApp que Mónica tenía con sus mejores clientas. Prácticamente se dedicaban en exclusiva al cotilleo, pero también se ayudaban en las emergencias. Jane no estaba dentro de ese grupo, porque no quería perder la cabeza, pero conocía a esas mujeres desde antes que Mónica abriera su salón. Es decir, desde siempre.

—¿Qué? —dijo Mónica, al otro lado del teléfono, sacándola de su estupor—. Sandra y Camila viven en tu misma calle. Necesitaba saber que estáis bien y ya de paso… les he dicho que necesitas una canguro para esta noche.

—Yo no necesito… —se quedó en silencio al ver como Sandra ponía una bolsa de plástico sobre la encimera de la cocina y empezaba a sacar galletas de chocolate, helado y un par de gofres.

—¿Qué? ¿Te han invadido la cocina?

—Eso es.

—Perfecto, estarán de cháchara un par de horas y después alguna de ellas se quedará vigilando a los niños.

—No necesito que se queden toda la…

—Oh, sí —la cortó Mónica muy disgustada—. Porque vas a ir a ver a Red ahora mismo, le explicarás que tu no has hecho nada de nada, y le dirás lo mucho que lo amas y lo agradecida que estás a la vida de poder contar con un hombre tan bueno y amable. Y que además está como un tren.

—¡Mónica!

—Te juro que te arrastraría hacia la casa del cowboy yo misma, pero me has tenido totalmente en la ignorancia y aquí estoy, en Sevilla. A miles de kilómetros de ti, y solo se me ocurre regañarte por teléfono y mandarte un escuadrón de canguros para que puedas tener esa conversación con Red.

Jane se emocionó. Quizás sí que debería haberle contado todo a Mónica, pero era su única amiga de verdad, y una se cansa de siempre escuchar los mismos problemas ¿no?

—Lo siento, no quería molestarte.

—No soy una desconocida de la cola del súper. Soy tu mejor amiga. Si tu hija desaparece, me llamas. Si tu futuro exmarido se pone gallito, me llamas y lo atropello sin querer haciendo marcha atrás. Si necesitas una canguro y yo no puedo… para algo está el Club del Rulo.

Jane empezó a reírse.

—No sabía que el Club del Rulo atendiera de madrugada y a domicilio.

—No sabes nada Jane Nieve. Cubrimos cualquier tipo de emergencias. Y todas hemos estado muy pendiente de ti, aunque no lo creas. Te queremos. Y ahora, cuelga que tengo que irme a la playa del Guadalquivir a ponerme morena —dijo en tono de burla—. Tú, lárgate a ver a Red.

—Es de noche.

—Mejor, te ofrecerá una cama caliente.

—Mónica, eres incorregible.

—¡Lárgate de una vez! Y no vuelvas a casa sin haberle dicho lo mucho que lo amas y que no tuviste nada que ver con la dichosa patente de campos fotovoltaicos.

—No es de campos…

—¡Adiós! Y no se te ocurra engañarme porque Klaus me lo chivará todo en cuanto pueda hacerse con el teléfono de Tobbie.

Jane se quedó con el móvil en la mano.

—Yo… —entró dubitativa en la cocina, y tres pares de ojos la miraron mientras sus mandíbulas se movían a un ritmo decente para machacar galletas de chocolate—. Quizás…

—¡Lárgate! —exclamó Sandra con su acento italiano—. En un minuto subiremos a ver que tal están los chicos.

—Los chicos estamos bien —dijo Violet poniendo una mano sobre el hombro de su madre.

—Violet.

—Vete, me quedaré con las chicas.

—Chicas —se empezó a reír la señora Hans que había pasado de largo los setenta—, nos ha llamado chicas, qué emoción.

—Pero…

—Debéis hablar y arreglar las cosas —Violet abrazó a su madre—. Siento no haberte apoyado, mamá. Pero me haría muy feliz que tú también lo fueras.

—Oh —un suspiro colectivo y miradas llenas de emoción le llegaron desde la cocina.

—Yo… está bien —dijo Jane decidida—. Voy a ver a Red.

***

Jane estaba tan nerviosa cuando llegó a casa de Red que ni siquiera le entraban las marchas para aparcar. Se quedó en el coche respirando y repasando mentalmente todo lo que tenía planeado decirle. Aunque sabía que al final la mayoría de las palabras se quedarían sin decir.

Bajó del coche y se acercó al edificio con el corazón en un puño. Una vez entró, el portero la saludó amablemente. Por supuesto le devolvió la sonrisa mientras le llamaba el ascensor. Ya sola se reclinó contra el espejo y cerró los ojos mientras el ascensor subía a una velocidad vertiginosa.

¿Volvería a rechazarla? ¿La ignoraría?

Jane no podría soportar otro abandono.

—Dios, que no me odie. —Sería incapaz de vivir sin Red.

Gimió, bajando la cabeza y los hombros, derrotada, pero luego pensó que, a pesar de todo, ella siempre había sido una luchadora. Tenía que pelear por Red, no podía rendirse ahora, después de todo lo que habían pasado los últimos días.

Porque nada podía ser peor.

Salió al pasillo y miró a la única puerta del fondo izquierda. Llamó una sola vez.

—¿Quién es? —preguntó Red, solo para después alzar la vista y ver la cara de Jane en la pantalla.

Sintió un nudo en el estómago al escuchar su voz temblorosa.

—Soy yo, Jane.

Hubo varios segundos de silencio durante los cuales la mano de Red empezó a temblar. Carraspeó, sabiendo que ella no podía escucharle, y alargó el brazo para coger la manilla de la puerta. Tiró de ella y la abrió para encontrarse los profundos ojos de esa mujer que lo tenían completamente loco.

—Jane. —La voz de Red era profunda y cálida.

Ella contuvo el aliento cuando lo observó, parada frente a ella. No se acostumbraría jamás a ver a ese hombre sin camisa y con el pelo mojado. Llevaba también los pantalones del pijama e iba descalzo sobre el suelo enmoquetado.

Al ver que se la quedaba mirando y no decía nada, volvió a tragar saliva.

—Red. —Los dos hablaron al unísono— ¿Podemos hablar? —preguntó ella, mientras él decía al mismo tiempo:

—Entra.

Se apartó de la puerta y la hizo pasar. Estaba recién duchado, olía… maravillosamente

bien y por poco se pone en evidencia al dejar soltar un gemido de puro placer. Recorrió el pasillo hasta el amplio salón acristalado, con él detrás.

Observó a su alrededor, había estado allí en innumerables ocasiones, siempre por cuestiones laborales, y todavía le sorprendía y le apaciguaba el orden y la pulcritud de Red. Al contrario que su casa, que era siempre un caos.

—Esto —se rascó la cabeza, Red—, siéntate. Yo acabo de salir de la ducha, voy a ponerme una camiseta. —Se dispuso a marcharse, cuando se dio la vuelta de nuevo, como si hubiese olvidado algo importante—. No… no te esperaba. ¿Quieres tomar algo?

Jane negó con la cabeza y permaneció de pie, mientras él se ponía una camiseta básica de color negro. A pesar de que se había cubierto, ella pareció ver a través de ella los músculos de su torso, sus abdominales.

—Jane…

—Sí, perdona. —Se sobresaltó y juntó las manos frente a ella mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas—. Yo, he venido a hablar.

—Jane… —lo vio cerrar los ojos, como si tuviera suficiente de todo aquello y ella pareció hacerse más pequeña—. Por favor, Red.

—No hace… —Él quería decirle que no hacía falta hablar, que solo quería abrazara y besarla, pero Jane insistió.

—Red —lo cortó—. Yo… siento muchísimo no haber previsto que George intentaría algo. Siento que le echara mano a la patente. Te juro que yo no tuve nada que ver, pero me siento culpable porque quizás podría…

—No podrías haberlo hecho mejor —dijo, muy serio.

Jane abrió la boca para protestar.

—Pero te fallé.

—Jane escúch…

—Sé que me culpas, y algo de razón tienes. Pero jamás haría nada para perjudicarte…

—Jane, lo sé —La agarró de ambos brazos para que alzara la vista y lo mirara.

—¿Cómo? —Parpadeó confusa.

—Lo sé, Jane —la miró a los ojos, serio—. Sé que no fuiste tú. Siempre lo supe. Te confiaría mi vida.

Ella tomó aire y luego lo expulsó, lentamente.

—Pero… —No tenía palabras—. Pero tú… yo… ¡Me despediste! Creí que pensabas…

La cabeza de Red se movió en señal de negación.

—No, Jane. Nunca dudé de ti.

Se apartó, retrocediendo un paso.

—He pasado un infierno, ¿lo sabes?

—Jane, te juro que mi intención no era hacerte daño.

—¿Echándome a la calle? Pues dolió bastante.

Red volvió a alcanzarla y la rodeó entre sus brazos.

—Pensé que era lo mejor para todos —se excusó—. George… él es peligroso, Jane. He visto que es mucho más peligroso de lo que creía. Llevo años viendo cosas en él que no me gustan, pero… después de que intentara involucrarte en el robo de la patente, después de lo que pasó con Violet, de saber que la había golpeado… Me di cuenta de que si sabía que estábamos juntos, se volvería aún más peligroso.

—Pero, Red…

—Amenazó con quitarte a los niños, y pensé que si él creía que todo había terminado entre nosotros… sería benevolente.

—¡Ja! —rio sin humor—. Pues parece que no lo conoces.

—Lo sé, y lo siento. He sido un imbécil intentando alejarme de vosotros. Pero te prometo que solo pensé en despedirte hasta que las cosas del divorcio se arreglaran. Pensé que mientras George y tú no estuvierais divorciados, hasta que tú no fueras libre, él no descansaría hasta destrozarte. Lo siento, me equivoqué. Ahora lo sé. Tú no tienes la culpa de que él sea un ladrón malnacido. Así que quien debe pedirte perdón soy yo, por hacerte sufrir. Tendría que haber estado contigo para apoyarte y no lejos…

—¿Para protegerme? —lo miró con ternura. Porque eso es lo que había hecho, alejarse de ella porque creía que era lo mejor—. Eres un tonto, Red. Aunque George tenía razón en una cosa.

—No tiene razón en nada —debatió Red.

—Sí que la tiene —suspiró ella—. La tiene en el hecho de que llevo mucho tiempo enamorada de ti.

Red respiró hondo. ¿Cómo asimilar eso?

—Jane, no sabes cuanto te quiero. A ti y a los niños, sois mi vida. Si os pasara algo, me moriría. No sabes… Cuando Violet desapareció, yo…

—Ssssh… —Jane le acarició el rostro con ambas manos. Luego se puso de puntillas y le besó los labios, de una forma muy dulce—. Todo salió bien.

—Pero George… —Él la abrazó con más fuerza y le besó la frente—. He hablado con Hug, vamos a ir a por él. Mientras llega el juicio, no podrá utilizar el producto y toda la inversión de Kevin Wilson, no habrá servido para nada —sonrió besándole la punta de la nariz—. Me encantaría verle la cara cuando vea que tiene que parar la producción.

—No le gustará nada. —Entonces Jane se preocupó—. Pero, ¿y el señor Wilson? Afectará a la distribución de los productos.

Le apartó un mechón de la frente.

—No lo hará. —Ella lo miró confusa—. He hablado con él. ¿Y sabes lo que me dijo cuando le puse al corriente de todo?

—No, ¿qué?

—A por él, hijo.

Jane rio aliviada.

—¿De veras dijo eso?

—Sí, Wilson sabe que su hijo lo ha hecho mal, y pretende darle un escarmiento. Por supuesto no irá a la cárcel, ni afectará a los negocios de su padre, porque no lo pienso permitir. Pero sí que recibirá una lección.

—Me alegro.

—Yo también me alegro, pero más me alegro de que por fin estés entre mis brazos.

La besó profundamente, demostrándole cuanto la amaba, hasta que cayó en la cuenta de algo.

—¿Y los niños? —dijo, apartándose de ella.

—Oh, no te preocupes —rio Jane—. Los he dejado con el Club del Rulo.

# Capítulo 50

Red se la quedó mirando, con una ceja levantada y ella empezó a reírse de nuevo.

—¿El Club del Rulo?

—Te lo contaré luego, pero son unas canguros estupendas. —Se alzó de puntillas y tomó sus labios de nuevo. Lo besó hasta hacerlo suspirar.

Las manos de Jane se colaron bajo su camiseta. Se la subió para volver a dejar a la vista lo que él había ocultado al ponérsela.

Lo acarició a lo largo de su abdomen.

—No sabes lo mucho que me gustas. —Lo miró con intensidad y su mirada fue correspondida. Los ojos azules siempre llenos de pasión no habían cambiado, seguían siendo los mismos. Seguían mirándola como el primer día.

No pudo aguantar más. Se colgó de su cuello y lo besó con desesperación.

Red la asió por la cintura y la atrajo hacia sí, ansioso por sentir su calor de nuevo. Fue maravilloso tener lo que tanto había añorado, ella entre sus brazos. Gimió de placer mientras la idea oscura de que jamás volvería a sentirla, desaparecía para no volver. Porque ahí estaba de nuevo. Ahí estaba su calor, esa calidez que hacía que su vida fuera mejor.

—No voy a dejarte marchar, Jane —dijo, con voz enronquecida.

Ella sonrió contra sus labios.

—Prométemelo.

—Te prometo que jamás habrá nada que pueda separarnos.

Ella soltó un pequeño grito cuando Red la alzó en volandas.

—Red… —gimió ella, extasiada.

Caminó hacia la habitación y no dejó de besarla hasta llegar junto a la cama. La deslizó

por su cuerpo hasta que los pies de Jane tocaron el suelo. Lo miró mordiéndose el labio mientras se sentaba en la cama y se deslizaba después sobre las sábanas.

—Ven —le pidió, extendiendo el brazo.

Red no se hizo de rogar, se desnudó por completo mientras ella lo miraba golosa.

—Oh, Red…

Al ver su enhiesto miembro, se lamió el labio superior.

Se quitó ella misma la ropa mientras él se acercaba a ella, deslizándose sobre la cama. Cuando quedó completamente desnuda ante él, Red apoyó ambas manos sobre el colchón y se inclinó hacia ella, metiéndose entre sus piernas.

—Sí, ven Red. No puedo esperar por más tiempo.

Eso fue demasiado para él.

Sin dejar de mirarla a los ojos, se dejó caer. Su piel tomó contacto con la de ella, calentándose.

—Voy a hacerte el amor, Jane —le dijo, apasionado, hondeando las caderas y haciendo que el roce fuera exquisito para ambos—. No puedo esperar más.

—No esperes —jadeó al sentir como la punta intentaba adentrarse en su cálido interior—. Dios sabe que no esperaré nunca, jamás.

Red besó sus labios, el cuello y se fue deslizando por la clavícula, buscando el camino que le llevara hasta sus pechos.

Jane gemía, presa de una pasión que le era difícil reprimir. Al sentir los labios y las caricias de Red por su cuerpo, entreabrió los ojos para no perderse detalle. Abrió la boca, dejando escapar un largo gemido mientras él depositaba un reguero de besos sobre sus pechos. Chupó los montículos rosados mientras ella se arqueaba. Una y otra vez volvió a succionar con fuerza, haciendo que enloqueciera de placer.

—Jane… —Alzó la cabeza y ambas manos apretaron sus pechos, posesivo—. Eres preciosa.

De nuevo jadeó cuando meció sus caderas sin llegar a penetrarla. La estaba torturando,

era consciente, pero si se hundía en ella iba a avergonzarse. La deseaba demasiado.

Succionó un pezón e hizo que la espalda femenina se arqueara en un hermoso baile de placer compartido. La miró a los ojos un instante hasta que empezó a descender. Sus labios bajaron por su piel, por su vientre, hasta llegar al hermoso triángulo que tanto deseaba.

Le abrió las piernas con delicadeza.

—¡Red! Oh Red…

Besó sus húmedos labios. Los lamió con devoción mientras ella movía las caderas y gemía, en un precioso baile de seducción. Sus suspiros de placer eran música para sus oídos. Su duro clítoris pulsaba cada vez más rápido, inflamado por el bombear de la sangre. Sediento, Red lo lamió y lo succionó, hasta que, al fin, ella estalló de éxtasis en sus labios.

Durante los espasmos, Jane hundió sus largos dedos en el pelo de él. Tiró con fuerza para después arrepentirse y acariciarlo con suavidad.

—Vas a matarme —dijo ella entre sollozos al ver que no se detenía.

Tiró de nuevo de sus cabellos, hasta que Red por fin cedió. Logró que ascendiera por su cuerpo desnudo, desandando el camino, hasta besarla en la boca. Las lenguas bailaron, se exploraron con devoción y ternura y entonces, con una rápida estocada la conquistó.

—¡Ah! —gimieron, al unísono, cuando se unieron en la carne.

Acunó su rostro con las manos, mientras, despacio, iba moviéndose en su interior.

—Mírame, Jane —le suplicó.

Ella lo hizo, y observaron el placer en el rostro del otro.

Cada movimiento era una delicia. Jane lo acompañaba con las caderas. Estaban tan compenetrados… hasta que ella exigió más.

—Más rápido.

Red aumentó el ritmo.

Jane se deleitaba con sus preciosos ojos azules, cargados de pasión y amor, mientras, juntos, alcanzaban a tocar el cielo con las yemas de los dedos.

Red siguió moviéndose en su interior, esta vez despacio, mientras la veneraba con la boca

y hacía pequeñas pausas para mirarla a los ojos. Hacerle el amor era lo más hermoso que había vivido jamás. No estaba dispuesto a perderla.

Un gemido agónico se escapó de entre los labios de Red, mientras ella lo acunaba, sintiendo cómo él se dejaba llevar por la pasión.

Sudorosos y jadeantes se abrazaron sobre las sábanas de seda.

—Te amo —le dijo besando su mejilla con fervor—. Te amo tanto, Jane…

—Yo también te amo, Red —gemía ella, mientras disfrutaba de las caricias de sus manos, que iban explorando su cuerpo aún tembloroso.

—Pero las palabras no son suficientes —dijo, besándole la punta de la nariz, luego los párpados y los labios, para volver a comenzar a repartir besos por su rostro—. Quiero despertar a tu lado cada mañana a partir de ahora. No quiero separarme de ti nunca más.

—Oh, Red —gimió ella, acariciándole el rostro con ambas manos.

—Tengo tantos planes en mi cabeza —le dijo, mirándola con ternura—. Y no me refiero a trabajo. Yo, quisiera compartir mi vida contigo, Jane. Me encantaría hacer planes de futuro contigo y los niños. Quiero ser tuyo, es lo que siempre he querido desde… —sus ojos cobraron intensidad—. Jane, te amo desde el primer día.

Ella sonrió, fingiéndose escandalizada.

—Red McTavish, ¿estás insinuando que vivamos juntos?

—Estoy diciendo claramente que quiero que te cases conmigo.

A Jane se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Eso quieres?

Red asintió muy feliz al ver que aquellas lágrimas eran de emoción.

—Sí, eso quiero. Te quiero a ti, Jane Summers —hizo una pausa, mientras la miraba con todo el amor que era capaz de expresar—. ¿Quieres casarte conmigo y ser mi esposa, hasta que la muerte nos separe?

Lágrimas de felicidad rodaron por el rostro de Jane.

—Sí, Red McTavish. Acepto ser tu esposa.

La sonrisa que le dedicó su cowboy le calentó el corazón.

—Bien, vamos a ser una familia muy feliz y ruidosa.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

# Epílogo

Meses después.

—Y yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Ante las palabras de Hug, que se había preparado para oficiar la ceremonia en el rancho McTavish, Red tomó a Jane por la cintura y la besó apasionadamente delante de todos, hasta que su familia estalló en vítores y aplausos.

—Te amo, Red McTavish.

—No tanto como yo, señora McTavish.

En los ojos de Jane aparecieron lágrimas de felicidad mientras Violet, de dama de honor, intentaba contenerlas también. Quien lloraba a moco tendido era Mónica, que empezó a hipar sin poder contener la emoción.

—Tía Mónica —le dijo la jovencita, emocionada también.

—Mírala, si es que en tan guapa. Y él está súper buenorro.

—¡Mónica! —se escandalizó Violet, aunque luego se echó a reír. Llevaba un hermoso vestido color celeste que combinaba con el largo mechón violeta que le había hecho Mónica bajo supervisión de su madre. Tobbie también aplaudió como el que más, mientras Klaus… bueno, Klaus se fue corriendo hacia la mesa llena de golosinas que Phiona había insistido en poner para delicia de los niños.

—Felicidades —dijo Hug, al tiempo que su esposa Charlotte y su hijo Bernard se acercaban al improvisado altar.

Estaban en el granero, que habían acondicionado para la ocasión. Las guirnaldas de colores aún no estaban encendidas pero el sol de media tarde daba al lugar una luz mágica.

—Soy tan feliz —susurró Jane, abrazando a su esposo.

No sabía como lo había conseguido, pero Eli y Hug habían conseguido un trato muy ventajoso para ellos. A cambio de retirar la demanda contra George, que no tenía prueba alguna de haber desarrollado esa tecnología, el exmarido de Jane, le daba el divorcio sin traba alguna. Por supuesto a cambio de una buena suma, pero el dinero jamás fue un problema par Red, y habría dado todo lo que tenía para que los dejaran en paz. Así fue como en pocos meses, Jane era una mujer totalmente libre para andar hacia él en el altar, y Red juraría que había sido el mejor día de su vida.

—Enhorabuena, hermano —Daril, con su pequeña en brazos, le palmeó la espalda a Red, para después besar a Jane en la mejilla.

Uno por uno, fueron desfilando los McTavish. Tess y Howard los saludaron con una sonrisa radiante, acordándose de que las bodas siempre les habían traído suerte. Edgard andaba rebatiéndole algo a Gwen, que resopló, poniendo los ojos en blanco, gesto inequívoco de que ya estaba empezando a perder la paciencia. Su madre, la más emocionada de todos, abrazó a Red y después a Jane.

—Bienvenida a la familia, hija —volvió a abrazarla más fuerte—, aunque no hacía falta que te casaras con él para serlo. Esta siempre será tu casa y la de mis nietos —dijo guiñando un ojo a Klaus y a una emocionada Violet.

—Gracias, Mag.

Cuando salieron hacia el lugar al aire libre donde habían montado las mesas del convite, Red arrastró a Jane hacia un rincón entre los establos y el granero.

Estaban solos y Red la miró a los ojos emocionado mientras le acariciaba la mejilla.

—¿No vamos a poner un tridente en la puerta? —preguntó ella, divertida.

Él le sonrió con descaro.

—Por suerte nuestra casa está lo suficientemente cerca para no tener que improvisar donde hacerle el amor a mi mujer.

Habían reformado una casa de la familia, cerca de la de Daril y Eli, eran vecinos y Jane estaba encantada. Feliz. Jamás se había sentido tan plena. Era una casa muy amplia y acogedora,

con un pequeño porche de madera, y cinco habitaciones, una de ellas habilitada como despacho, donde trabajaban, mientras los niños estaban en el colegio.

Vivir ahí era el paraíso, bajo el cielo anaranjado del atardecer que teñía las altas montañas, con sus coronas bañadas en oro. Todo a su alrededor era magnífico y parecía estar en paz.

Era cierto que temieron que el cambio para ellos fuera demasiado brusco, pero no fue así. Violet había cambiado totalmente a mejor. Se sentía querida y amada, y muy útil porque Tess la dejaba ayudar en sus salidas como veterinaria. Era evidente hacía donde irían sus estudios. Por lo demás, los chicos crecían salvajes. Klaus, encantado con los caballos y sus chapuzones, y Tobbie más aún por vivir en un lugar tranquilo donde podía leer sin que nadie lo molestara.

En cuanto a ellos, cada dos o tres semanas viajaban a Boston o a algún otro lugar del país para reunirse con proveedores interesados en su nuevo producto, que resultó ser todo un éxito. El señor Wilson acabó siendo un gran socio, y corría el rumor de que había desheredado a su hijo, o estaba a punto de hacerlo.

Jane le besó la barbilla.

—Así que… ¿no le hará el amor a su esposa hasta llegar a casa?

—Mmmm… bueno, tal vez pueda pensar en algo.

—Busca el tridente, me da que nos han dejado una botella de champan en nuestro rincón favorito.

—Oh, retozar en el heno en nuestra noche de bodas… me parece una idea muy interesante.

—Y sin bichitos.

Se besaron entre risas, hasta que…

—¡Klaus! —Jane gritó escandalizada al ver pasar a su hijo desnudo por delante de ellos.

—¿Lo ha vuelto a hacer?

—Eso me temo —No terminó la frase cuando Bernard, también desnudo, lo perseguía en busca del bebedero de los caballos para darse un chapuzón.

—No me lo puedo creer, van a helarse.

—¡Yo me encargo! —gritó Daril, quien ya casi los había alcanzado— ¡Klaus Summers, ven inmediatamente o de lo contrario, habrá graves consecuencias! —No hizo falta gritar demasiado, sólo con un tono de voz alto y con decisión, logró detener al demonio de Boston.

—¿Te ayudo? —se acercó Eli, con su bebé en brazos.

—¡No hace falta! —respondió Daril, riendo, luego se dirigió a Klaus—Y ahora, pequeño exhibicionista, regresa con la abuela y discúlpate por el alboroto. —Klaus asintió—. Tú también, Bernad —También asintió—. Después, quiero que os vistáis y os aseéis y que dejéis el cuarto de baño impecable. Ni Violet, ni Tobbie, ni la abuela tienen por qué ir arreglando vuestros desastres, ¿habéis entendido?

Los gritos del hijo de Charlotte y Jane, habían alertado a la familia y Phiona se colgó del brazo de Edgard mientras no paraban de reír. Era bonito ver reír de nuevo a Edgard. Gwen había sido como un ángel caído del cielo, pero faltaba mucho para una recuperación total, aunque él se empecinara en volver a competir cuanto antes.

—Oh, Señor —suspiró Jane, mientras Red se echaba a reír, al tiempo que regresaban. Daril se colgó un niño debajo de cada brazo y se encaminó hacia la casa para volver a vestirlos.

Phiona también rio. Y miró a su cuñada con cariño, mientras Edgard volvía a sonreír de nuevo.

En cuanto el resto de invitados se acomodaban en sus asientos, el núcleo familiar se divertía viendo a Daril con un niño bajo cada brazo.

—La próxima vez, te doy permiso para usar el lazo.

Todos rieron, compartiendo la felicidad de los recién casados.

—Creo que os esperan para el brindis —dijo Howard.

—Sí, y hay mucho por brindar —dijo Jane soñadora, mientras se perdía en los ojos de su marido—. Aún no entiendo como George accedió tan fácilmente al divorcio. Pero gracias a eso estamos aquí.

Howard se atragantó con su propia saliva, a Daril casi se le cae uno de los niños cuando

miró a sus hermanos, y Edgard fingió silbar. Solo Red parecía un poco confundido por el comportamiento de los McTavish.

—Aquí pasa algo —le susurró a Jane.

—Pero como no es nada malo… vamos a dejarlo pasar.

Él asintió, y todos los hermanos McTavish respiraron aliviados, escondiendo una sonrisa debajo del ala de sus sombreros.

—Vamos, señora McTavish —la besó dulcemente en los labios mientras iban juntos camino a la pista.

***

*Seis meses antes.*

Una camioneta apareció en mitad de la pradera, mientras de sus ruedas traseras se levantaba una nube de polvo, debido a la velocidad.

George no daba crédito. Su hija había volado de Boston a Montana, seguro que para llamar la atención. Y ese miserable cowboy y su esposa… ¡Al demonio! No les daría ni un momento de paz, ni un momento para que pudieran disfrutar de sus vidas. Iba a exigir la custodia, y que Jane siguiera manteniéndolo a él y a los niños. Así le daría un escarmiento.

Mientras aceleraba aún en tierras McTavish, escuchó el rugido de otro motor que no era el de su coche de alquiler.

—¿Quién dem…? —Vio como el vehículo aceleraba hasta rebasarlo y ya más adelante frenó hasta entrometerse en medio del camino— ¿Qué hace ese imbécil?

Oscurecía y vio la línea de luz que dibujaban los faros sobre la interminable hierba seca. Cuando el vehículo se detuvo en mitad de la nada, aún con los faros encendidos, se oyó el canto de un coyote, riéndose cruelmente de la situación.

Se abrió la puerta del copiloto, y alguien, ayudándose con una muleta, dio la vuelta al coche y abrió el maletero. Instantes después, dos hombres más salieron de la pickup y se colocaron, cada uno con sus muletas…

Un momento.

Eso no eran muletas, eran escopetas.

George abrió los ojos como platos y tragó saliva, agarrándose al volante.

¿Lo buscaban a él? ¿Cómo era eso posible?

—Querido George… —dijo un fornido hombre que se asomó a su ventanilla. Lo había visto antes, era el hermano de Red, ¿verdad?

—Yo…

—Vas a tener que acompañarnos.

Cuando George fue a negarse, el sonido de la escopeta le hizo cambiar de opinión y, mientras empezaba a temblar, lo maniataron y le pusieron una capucha sobre su cabeza.

—¡No podéis hacer eso! ¡Os meterán en la cárcel de por vida!

—Has invadido nuestras tierras y… esto es Montana —dijo Hug—. Y sin antecedentes…

Howard se rio con ganas mientras lo lanzaba en el maletero. Cuando dos horas después lo sacaron de ahí, ya había anochecido. George escuchó el ruido de pasos acercarse, ya hacía tiempo que habían parado y por las risas de esos hombres estaban tomando cervezas alegremente mientras él temblaba de miedo en el coche.

Vio algo de luz tras el saco cuando lo sacaron de ahí.

Los tres hermanos McTavish y su cuñado Hug, miraron el bulto maniatado, que no dejaba de temblar, mientras maldecía haciéndose el fuerte.

—¿Qué hacemos con esta piltrafa? —dijo Edgard—. ¿Cómo lo haremos desaparecer?

Entonces, George sí que se preocupó de verdad.

—No muy lejos de aquí hay un pozo —dijo Howard, socarrón.

—No sé… no es lo suficiente hondo —respondió Daril.

—¡Por favor! —empezó a suplicar, George.

Los hombres lo ignoraron.

—Joder, si son unos cuarenta metros, más que suficiente —debatió Howard.

—Nos contaminará el agua, ¿luego cómo daremos de beber a las reses? —opinó el rudo cowboy.

—Cierto, cierto.

—¡Por… por fa… favor! —gimió el hombre maniatado—. No me matéis, soy joven.

—Joven y estúpido —respondió el de la muleta—. De haber sido listo no te habrías metido con nuestra familia.

—¡Por favooorrr! ¡Socorrooo!

—Nadie puede oírte, así que mejor no gastes saliva.

—¡Os lo suplicooo!

—Joder, saquémoslo de aquí, o se cagará en mi camioneta —se quejó Daril quien era el que mostraba menos compasión de todos.

Lo estiraron, y el hombre maniatado cayó al suelo, con un gran estruendo.

—¡No me matéeeeiiis! —seguía gimiendo al borde de las lágrimas—. Os lo suplico. Soy joven, tengo hijos. ¡Estoy casado!

—¿Casado? —el rudo de Daril hizo una mueca de asco—. No por mucho tiempo, ¿verdad?

—¿Qué?

A George le quitaron la capucha de un tirón y lo dejaron caer de rodillas.

—¡Sois… sois los hermanos McTvish! —gimoteó, George.

—Los mismos que visten y calzan —rio Howard, tocándose el ala de su sombrero, con su característica sonrisa de niño bueno, pero que en esos momentos daba auténtico miedo.

—Pero no estamos todos —dijo Edgard, mientras George gimoteaba y se revolvía sobre la hierba seca.

—Falta el más decente de todos nosotros —añadió Daril—. Red no merece mancharse las manos para ocuparse de ti.

—Pero para eso estamos sus hermanos —volvió a decir el de la sonrisa inquietante.

—¡No me matéis…! —George juntó ambas manos y empezó a suplicar por su vida—. No me hagáis daño… Haré lo que queráis. ¡Lo que queráis! ¡Tengo mujer e hijos! —Volvió a gritar.

—No vas a estar casado por mucho tiempo —repitió Hug—, ¿verdad?

George miró a Hug y reconoció al abogado de Red.

—¡Tú! —graznó—. Sé quien eres, ¡Voy a denunciarte!

—No, no, no, no —Daril frunció el ceño y le levantó el mentón con la escopeta—. ¿Eres gilipollas? ¿Cómo amenazas a un hombre que podría hacerte desaparecer?

George tragó saliva.

—¿Vais a matarme?

—Yo quiero, desde luego —dijo Daril.

—Yo no quería —frunció el ceño Howard—, pero tío, me es muy difícil apreciarte.

—¡Por favor! No podéis hacerme esto —empezó a llorar.

Edgard resopló.

—Acabemos de una vez, tengo hambre —dijo desganado y dando la impresión de que prefería un tiro limpio antes de dejar que George se marchara.

Cuando lloró más fuerte, Howard se apiadó.

—Joder, a mí me está empezando a dar pena.

—Porque eres un blando —se quejó el rudo cowboy.

—Por favor, tengo hijos…

—Pero qué hijos ni qué hijos, no te ocupas de ellos desde que nacieron —dijo Edgard—. No, no nos convences.

—En absoluto. Démosle una lección —propuso Daril.

—¡No! ¡No! —Sus gritos eran tan agudos que podrían haberse confundido con el de un cochinillo.

—Eres un cobarde —dijo Daril, el rudo cowboy.

—Haré lo que me pidáis.

—¿En serio? —dijo Edgard, feliz—. ¿Vas a hacer lo que queramos?

—¡Sí! ¡Lo Juro! ¡Lo juro por mi madre!

—¡Genial! —sonrió Daril—. Howard, trae los papeles.

Cuando el mediano de los McTavish hubo sacado una carpeta azul de la camioneta, el rudo cowboy se le mostró, dándole también un boli.

—Mira qué fácil es seguir con vida, querido George —rio sarcástico, Ed—. Sólo tienes que firmar los papeles del divorcio.

George, con manos temblorosas y la cara llena de lágrimas y mocos, cogió el bolígrafo y firmó todo lo que los hermanos McTavish le pusieron delante.

—¿Ya… ya puedo irme? —sollozó, esperanzado.

—¡Por supuesto! —exclamó Edgard—. Pero antes…

Lo cogieron entre los tres, y le quitaron la ropa, dejándolo en pelotas.

—Pero… ¿qué hacéis? —gimió, al verse desnudo en mitad de la pradera.

—Sólo te invitamos a hacer un poco de ejercicio.

—Es una nueva versión de running.

—Running en pelotas —se rio Howard.

—¿Ves esa ladera? —le indicó Hug—. A un kilómetro está tu coche, ahí encontrarás unos calzoncillos viejos, para que no tomes el avión desnudo.

Entonces se escuchó el sonido inconfundible de una escopeta cargándose.

—¿Qué… qué haces?

—Realmente es tiro al runner —empezó a decir Daril, sosteniendo la escopeta con una mano y sacando un revólver de su cinturón…

—Dicen que es muy saludable y bueno para la piel —añadió Howard.

Ante la espantada mirada de George, Daril puso el arma en alto. El ex de Jane no se lo pensó, y empezó a correr campo a través, haciendo zig zags, mientras gritaba y moqueaba a cada paso.

—¡Corre como el viento, Perdigón! —gritó Daril, mientras el resto de sus hermanos estallaban en carcajadas.

El disparo resonó en el aire. Por supuesto Daril había disparado a un punto indeterminado a su espalda. Pero eso, cochinillo George no podía saberlo.

FIN

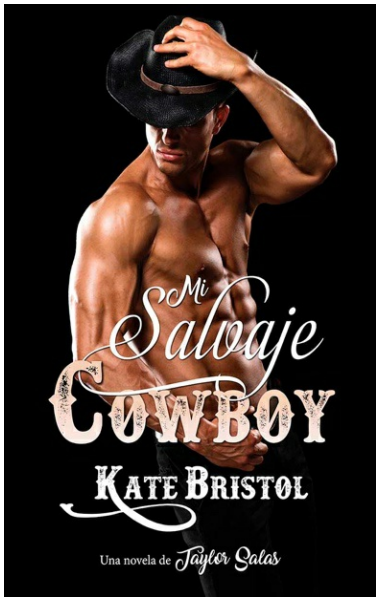
**¿Aún no conoces al resto de mis cowboys?**

¡Sigue leyendo y los descubrirás!

Y recuerda, puedes descargarte las novelas pulsando en los enlaces.

# Mi salvaje Cowboy: Una novela de Taylor Salas

(Dave y Carol)




Dave ha dedicado toda su vida al rancho en el que ha crecido. Es un hombre fuerte y rudo que ha sabido desde muy temprana edad lo que es ser abandonado por los que alguna vez significaron algo para él. Pero en Richard, el viejo dueño del rancho, había encontrado una familia. Por eso se siente tan traicionado cuando, después de tanto esfuerzo, el viejo ranchero decide entregar su posesión más preciada a Carolina, la nieta española cuya existencia había ignorado durante tantos años.
Carolina se siente feliz de poder huir de su vida en España y aterrizar por fin en el rancho de su abuelo. Lo que no sabe la dulce e ingenua chica, es que este tiene un plan secreto para hacer que Dave y ella se casen. Richard no puede despreciar el esfuerzo que Dave siempre ha hecho por sacar adelante su rancho, pero tampoco puede ignorar que el único pariente que tiene es Carolina y no él, aunque lo ame como a un hijo. La solución es muy sencilla: Si los dos se casan, ambos heredarán el rancho que tanto significa para Dave, y el único legado que puede dejar a su nieta.

**¿Será esta la solución para todos?**
**¿Cómo se tomará Dave que Richard lo utilice para que acceda a su última voluntad?**
**Quizás podría rebelarse si no deseara tanto poseer algo suyo, o resistirse a la proposición si lo que sintiera por la recién llegada no fuera un deseo abrasador y unos sentimientos desconocidos para el salvaje cowboy.**

# Un falso matrimonio con un cowboy

**(Kurt y Scarlett)**




Kurt, vive tranquilo en su solitario rancho. Desde que su prometida lo abandonó, no tiene intención de volver a sufrir por amor. Pero al parecer, la vieja y entrometida Ginger cree que es demasiado bueno y sexy para envejecer solo, por eso está convencida de que debe intervenir, y a sus ochenta años, le buscará esposa en una aplicación que a duras penas consigue entender.

**¿Qué pasará cuando el sexy cowboy se entere de que se han hecho pasar por él?**

**Quizás la broma no hubiera llegado a más si Ginger no le hubiese propuesto matrimonio a Scarlett en su nombre.**

**¿Qué hará Kurt ahora que la chica está a punto de bajarse del avión, dispuesta a pasar el resto de su vida con él?**

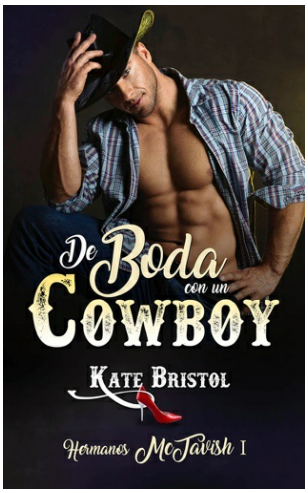
Quizás lo mejor sea decirle la verdad y dejarla marchar, pero... Scarlett es mucho más de lo que él hubiera imaginado.

# SAGA HERMANOS MCTAVISH

**De boda con un cowboy**

**Hermanos McTavish I**

**(Charlotte y Hug)**




Charlotte McTavish viaja de vuelta a su hogar para la boda de su prima. No trae acompañante y a su familia no le importa, ni le extraña que su triunfadora hermana vuelva sola a casa. ¡Pero es tan injusto! Por eso cuando conoce a Hug Willson en un bar no puede resistirse a hacerle una proposición. Sí, quizás sean las copas de más, pero ¿podría pedirle a ese stripper que se hiciera pasar por su novio durante la boda?

Hug debería sentirse ofendido, él no es ningún stripper, sino uno de los abogados más famosos de Boston, pero se ve incapaz de decirle que no a una mujer como ella. La atracción es inmediata y el aburrido abogado, pronto se transforma ante la energía arrolladora de Charlotte.

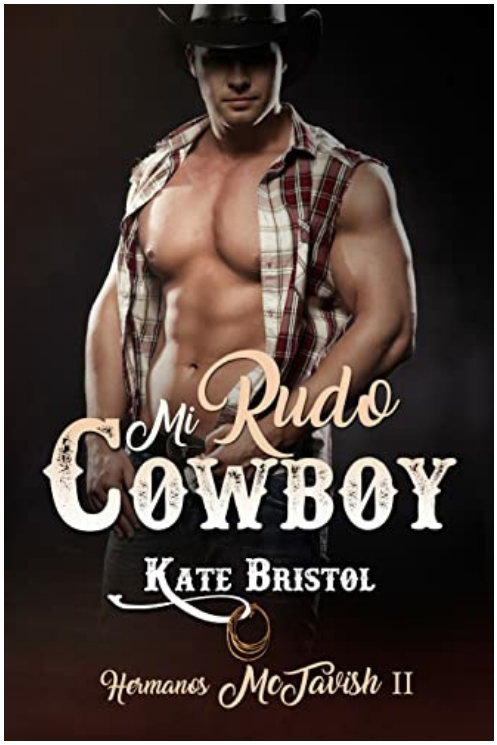
El único problema es que conociendo a los hermanos McTavish, unos cowboys de armas tomar, no sabe si saldrá entero de esta aventura.

Embárcate en esta nueva aventura de los cowboys de Kate Bristol. Si te gustan las novelas románticas del oeste, no puedes perderte la saga de la reina del brilli-brilli.

# Mi rudo Cowboy

**Hermanos McTavish II**

**(Daril y Eli)**

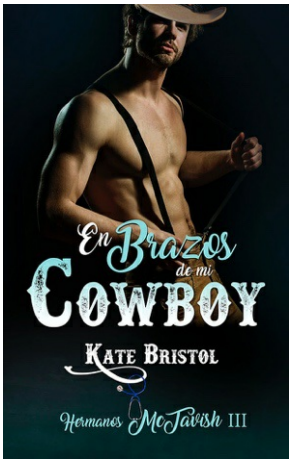



Daril siempre ha tenido fama de rudo, quizás porque domina a la perfección el arte de ser un auténtico cowboy. Él junto algunos de sus hermanos es dueño del rancho McTavish y en su corazón no tiene espacio para nada que no sea su familia o su rancho… hasta que aparece en escena Eli.

Eli siempre ha soñado ser una gran abogada. Tiene cabeza para ello, su único defecto es que… es un poco patosa, pero está dispuesta a compensarlo con creces. Por eso cuando su jefe le pide ayuda para llevar un caso en Montana no lo duda. Lo que no esperaba nada más llegar es que alguien le salvara de una muerte segura, y no solo una vez. Es una lástima que su héroe, Daril McTavish, no tenga espacio para ella en su corazón. De momento.

# En brazos de mi Cowboy

## Hermanos McTavish III




Tess es tan simpática y sencilla, y Howard tan divertido y leal... Que ninguno de los dos concibe la vida el uno sin el otro, por algo son los mejores amigos para siempre. (BFF)
Lastima que lo que tenga que pasar, pase…

Tess y Howard no se guardan secretos, menos uno: El deseo que sienten el uno por el otro desde que son adolescentes, y que ambos se han propuesto ocultar. Tess no puede evitar sentir una enorme atracción por Howard y él es incapaz de concebir la vida sin su mejor amiga.
Pero un apuesto y exitoso veterinario llegará al Rancho Curtis, y pondrá los planes de Howard patas arriba.

¿Se puede mantener una amistad cuando el deseo entra en juego?
Sumérgete en esta nueva aventura de los Hermanos McTavish, los Cowboys de Kate Bristol.

# Grupo Brilli-brilli de la Juani en Facebook

Aquí abajo os dejo el enlace del grupo de las Brilli-billi de La Juani, donde os lo pasaréis genial y estaréis al tanto de todas las novedades.

El Grupo Brilli-brilli de La Juani

Y no os olvidéis de dejarme una estrellita en Amazon si os ha gustado la novela.

Un abrazo a todas mis lectoras, y gracias por leerme.